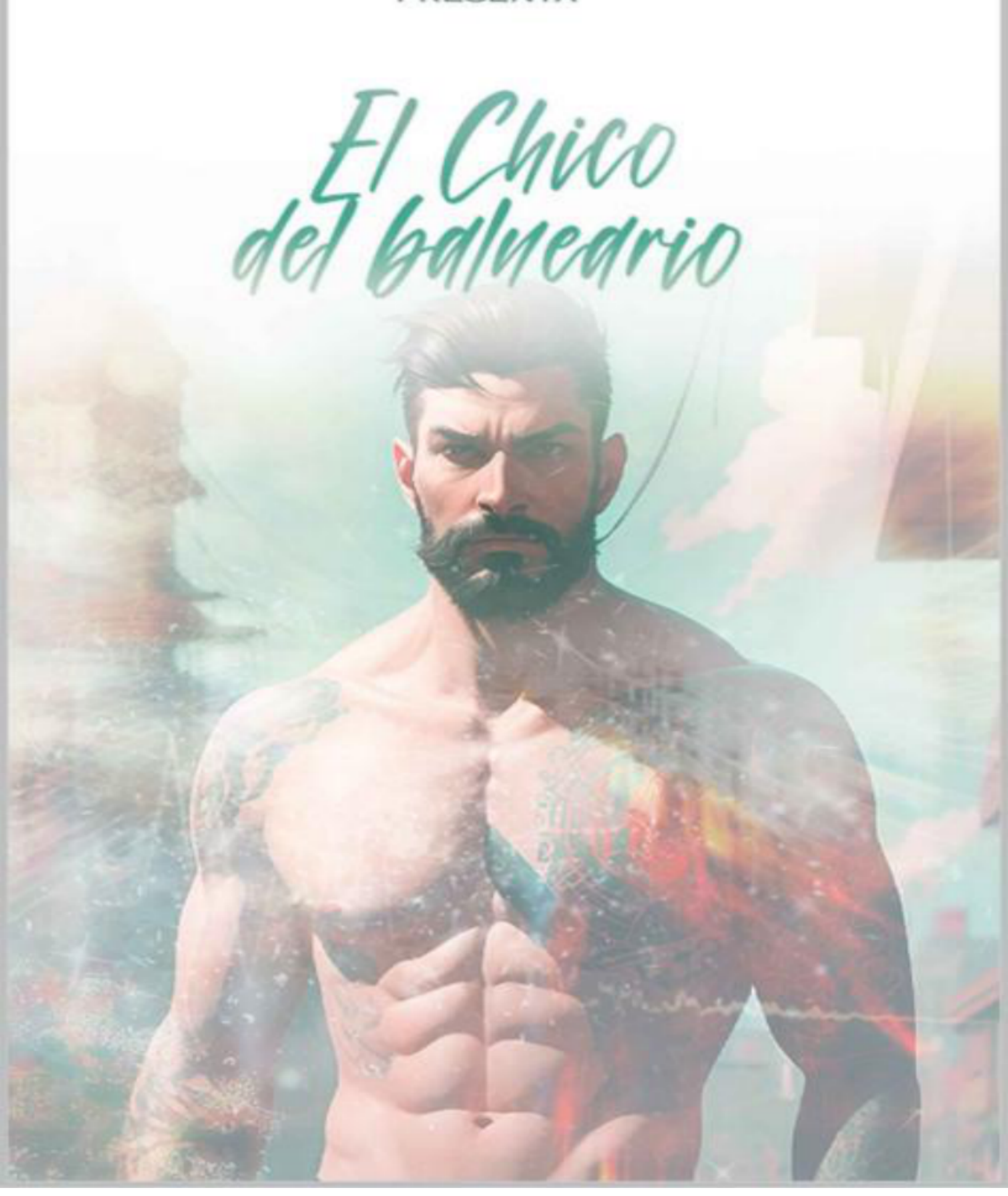

LUCÍA CAMACHO
PRESENTA
El Chico
del balneario

El Chico
del Balneario.

Escrito por:

Lucía Camacho Iglesias.

PRIMERA EDICIÓN.

Publicada por Amazon en 2023.

Registro Legal de la Obra por
Safe Creative.

Corrección: Rosario Iglesias Rosado y Lucía Camacho Iglesias.

Dedicado a esas personas que estuvieron,

pero que lamentablemente… ya no están.

Un abrazo al cielo.

Capítulos



PRÓLOGO.

(Rosaura)

Aún no estaba segura de la decisión había tomado. No fueron mis padres, ni los insistentes ruegos de mi hermana o mi mejor amiga, los que me hicieron llegar a ese lugar. Fui yo misma, yo y mis constantes exigencias por recuperarme lo antes posible.

Siempre he sido demasiado exigente conmigo misma y por consiguiente con los demás, y a veces, es un problema.

Miré por la ventanilla para admirar el cielo despejado en aquel bonito día soleado. Sin lugar a dudas, lo agradecerían los turistas que tuviesen la intención de disfrutar de un día de playa. No era mi caso, yo no estaba en aquella isla para disfrutar de unas vacaciones de ensueño, mi única intención era asistir a un programa de curación del alma para poder seguir adelante tras una pérdida devastadora.

Un atisbo de tristeza se instaló en mi interior. Aún estaba rota y llena de cicatrices. Sentía un dolor desolador que nunca se marcharía del todo.

Esta no es una historia sobre el desamor. Lo es sobre el profundo dolor que sienten las personas que se quedan en este mundo después de que los seres queridos lo abandonen.

Apreté los puños haciéndome daño con las uñas en las palmas, clavándolas tan fuerte que creí que sangraría. Pero aquella vez tenía control de mis propias decisiones. No volvería a perderme a mí misma, porque sabía que Carmen jamás me lo perdonaría si lo hacía. Era difícil llegar a las expectativas que ella esperaba de mí, más cuando ya no estaba para calmar aquella pesadez que me asfixiaba día a día.

Ni siquiera podía refugiarme en el trabajo como hacía antaño, pues ya no ejercía. Era incapaz de sujetar un bisturí, mis manos temblaban, no me veía capaz de salvar la vida de nadie. Me sentía impotente, por no haber podido salvar a la única persona por lo que lo hubiese dado todo.

Estaba enfadada con Dios por arrebatarme a esa dulce niña que tenía toda una vida por delante y que murió antes de tiempo.

Las lágrimas se precipitaron al vacío y eso me hizo enfadar. No podía volver a venirme abajo. Tenía que luchar y dar lo mejor de mí para sobrellevar aquel dolor.

El taxi se detuvo frente al complejo turístico de aquella hermosa isla

famosa por sus ensaimadas. Bajé del auto tras pagar la carrera al taxista, dejé la mente en blanco y saqué las maletas, adentrándome en aquella pequeña aventura. Aún podía recordar a mis padres, con el pasaje comprado y el sobre con el programa al que me habían inscrito. De nada sirvieron mis persistentes *"No quiero ir"*, ellos sólo querían alejarme del dolor.

–Bienvenida al Balneario Eterno Paraíso, ¿Qué puedo hacer por usted? – Preguntó la chica de recepción, haciéndome salir de mis pensamientos. Metí la mano en el bolso y saqué los papeles de la reserva.

–Tenía reserva para el programa <<*Dulce Paraíso.*>> Soy Rosaura Mejide. – Observé como hacía comprobaciones en su ordenador, tecleando aquí y allá, antes de entregarme el itinerario de las instalaciones, la guía del programa, la pulsera para acceder a todo el complejo y la llave de mi habitación.

–Siguiente. – Agarré el sobre, volviendo a meterlo en mi bolso, y posteriormente las maletas, adentrándome en aquel complejo turístico.

–Hola buenas tardes. – Saludó un hombre alto, fuerte y atractivo. – Vengo al programa.

Mi habitación era la número 56.

Dejé las maletas en la entrada y me puse a inspeccionar cada rincón: el baño era espacioso. Tenía una bañera de jacuzzi junto a una ducha de estilo árabe (en el suelo), el lavabo era tan amplio que podría perfectamente colocar todos los cosméticos que mi hermana Susana tenía amontonados en el suyo. El váter era de esos que tras pulsar un botón sale un chorrillo para limpiarte el trasero. Y el espejo era tan grande que reflejaba cada rincón. Se podría decir que las paredes eran espejo. Pero … ¿quién querría mirarse al espejo mientras se duchaba?

Negué con la cabeza, saliendo del baño, observando el enorme armario que había en el pasillo. Ahí cabría toda mi ropa, sin necesidad de usar el de la habitación. La cama era muy amplia, había una chocolatina sobre la almohada y toallas a los pies de la cama. El armario de esa zona también era enorme y en su interior tenía una caja fuerte junto a un montón de perchas.

Al otro lado, junto a un balcón con unas excelentes vistas al mar, había una televisión de plasma incrustada en la pared y en el mueble de debajo un frigorífico y una colección de bebidas en mini talla.

Dejé aquello y me marché a admirar las vistas. Mis padres tenían razón. Me hacía falta esa escapada de desconexión total, sin llamadas de teléfono dándome aún el pésame tras la muerte de mi hija, sin preguntas constantes sobre dónde estaba mi esposo, sin que Susana me recordase a cada rato que tenía que ir al sicólogo para recomponerme por una pérdida tan trágica, sin que mi jefe me llamase para preguntarme cuándo iba a volver al trabajo.

Al menos… entendía a mi jefe. Era la mejor neurocirujana del país. Así que, era normal que la gente quisiese que volviese a operar, pero yo no podía.

Carmen tenía tan sólo 12 años cuando se fue. Era una niña con un futuro por delante, con miles de experiencias que vivir, y ni siquiera tuvo esa oportunidad. Aquella maldita enfermedad la venció y murió de forma prematura.

Recuerdo que nunca se enfadó por lo que le había tocado vivir. Aunque yo me viniese abajo, ella siempre estaba ahí para recomponerme, para darme ánimos y ayudarme a seguir. Se suponía que debía de ser al revés ¿no? Era ella la que estaba enferma y yo era su madre. Pero al final, esa niña sacaba el coraje de dónde no lo había y seguía luchando. Lo hizo por 5 años, 5 duros años, en los que los médicos no nos daban mucha esperanza de vida. Según ellos a mi pequeña no le quedaba más de 1 año, quizás 2. Pero ella les demostró que se equivocaban, aguantando más tiempo que ningún otro niño en su estado.

Se marchó una noche de luna llena, con sus ojos clavados en los míos, dedicándome la mejor de las sonrisas, después de haberse tomado sus doce uvas y haber dado la bienvenida al año nuevo. Mi sol se marchó, sus pulmones dejaron de respirar y su mirada se quedó vacía.

El dolor que sentí en aquella noche es indescriptible. No se lo deseo ni al peor de mis enemigos.

Perder a una hija es lo peor que a uno le puede pasar. Una madre nunca debería sobrevivir a los hijos.

Me quedé completamente sola, sin el apoyo de mi esposo; que se marchó padre al segundo año, sin poder aguantar su caída del cabello, los duros tratamientos, sus llantos en la noche por el dolor que sentía dentro, un dolor que ni siquiera los calmantes o relajantes musculares podían aliviar.

Mi pequeña se levantaba con dolores y a veces eran tan insoportables

que rompía a llorar en mitad del almuerzo, suplicándome que parasen. Impotente, intentaba consolarla cantándole una canción de cuna y la acurrucaba entre mis brazos hasta que se quedaba dormida. Sabiendo que eso era lo único que podía hacer por ella, porque el dolor no se marcharía jamás.

Pero eso terminó. Quizás era lo mejor. Ya no sufriría más, la que lo haría a partir de ese momento sería yo.

(Noah)

Escuchaba la monótona voz de mi hermano hablándome sobre las maravillas del programa *Dulce Paraíso*.

Estaba tentado a quedarme dormido, pues no había dormido mucho a causa del jet lag y las fiestas que me pegué la noche anterior.

No tenía ganas de ir a un balneario. Quería seguir con mi maravillosa vida de lujos y excesos, pero mi mánager opinaba distinto. Y no era para menos, en los últimos meses, se me había ido un poco de las manos, incluso el presidente del club estaba pensando en prescindir de mí. Era normal, le estaba costando demasiado dinero cubrir todos mis escándalos.

El teléfono comenzó a sonar, haciendo que saliese de mis pensamientos. Lo descolgué y lo llevé a mi oreja, pero antes de responder Kylian me lo quitó y lo guardó en el bolsillo interno de su chaqueta.

–Nada de móviles. – Le lancé una mirada de pocos amigos, sin tan siquiera rechistar. – Al lugar al que vas no lo vas a necesitar. Tienes que relajarte y …. – de nuevo mi mente desconectó. Era un pesado. Si no fuese porque era mi hermano pequeño, ya lo habría despedido.

El camino se me hizo eterno y al llegar lo agradecí pues al fin iba a poder perderle de vista.

Me ayudó a sacar las maletas del auto y me dio un fuerte abrazo antes de desearme buena suerte y dejarme ir.

Entré en el amplio recibidor, dejando atrás la cristalera de la entrada, deteniéndome detrás de una joven que no me pasó desapercibida. En cualquier otra circunstancia habría intentado ligármela, pero aquel no

era el momento ni el lugar.

La chica era guapa: rubia, ojos azules, y tenía pinta de tener un cuerpazo, a pesar de ir bien tapada.

–Siguiente. – Llamó la recepcionista mientras la rubia se marchaba a su habitación. Dejé de prestarle atención y miré hacia la chica del mostrador que parecía haberme reconocido. – Señor Hazard, no le esperábamos hasta las ocho.

–Se adelantó el vuelo. – Saqué la documentación de la maleta y me preparé para mostrársela. Hizo varias averiguaciones en el ordenador y luego me dio el pack de bienvenida. – Gracias por su discreción. – Acepté la documentación y me marché a inspeccionar mi habitación (la número 55).

Entré en ella, dejé las maletas junto al baño y me tumbé en la cama, estaba agotado. Quizás podría echarme una cabezadita antes de empezar aquella aventura, quizás…

Dejé de pensar en cuanto miré hacia el techo. Había un espejo enorme allí.

¿Para qué demonios habían puesto un puto espejo en el techo? No podía entenderlo. ¿Quién *coño* querría mirarse en el espejo mientras dormía?

Si Kylian estuviese allí pondría una de sus caras de desaprobación.



Capítulo 1:

CHARLA DE BIENVENIDA.

(Noah)

Me di una ducha a eso de las ocho para asistir a la presentación del programa en el *Salón Flamenco* a las nueve de la noche.

Ni siquiera quería pensar en qué significaba aquello de *"Salón Flamenco"* ¿Acaso iban a ponerse a bailar un fandango andaluz?

Lo cierto es que estaba algo sorprendido por la cantidad de espejos que había en el baño.

Pero … ¿qué demonios estaba sucediendo en esa habitación? ¿Por qué había tantos espejos?

El tipo que diseñó aquella habitación estaba obsesionado consigo mismo, porque no se me ocurría otra razón para querer poner espejos en el baño. ¿Quién coño iba a querer mirarse mientras se estaba duchando? Si tienes una verruga en el culo no quieres estar mirándotela mientras te duchas ¿no?

Me puse algo casual, pues no quería ir demasiado arreglado, y luego me arrepentí cuando vi a todo el mundo bien vestido.

Comprendí en seguida por qué lo llamaban *el Salón Flamenco*. No tenía nada que ver con el fandango, si no con el ave de este nombre. La sala entera estaba ambientada en tonos rosas y había varias figuras con su forma decorando el lugar.

Me tocó sentarme en la mesa 6, que estaba formada por 6 personas. Aquello fue incluso más raro que lo de la habitación y los espejos, o la sala de los flamencos. Cada mesa tenía un número y en cada una estaban sentado el número de personas que representaba la mesa. Es decir, en mi mesa había 6 personas y era la 6, pero en la 1 sólo había una persona.

¿Qué sentido tenía aquello? Me parecía de lo más estúpido.

Un tipo apareció sobre el escenario que teníamos en frente mientras yo daba un sorbo a la copa de vino que acababan de servirme y picoteaba un poco de queso. El hombre en cuestión era alto, con cejas pobladas, cabello abundante y desordenado, ojos negros y cierto acento argentino.

"Buenas noches a todos.

Antes de comenzar quería daros la bienvenida a todos ustedes a este

programa Dulce paraíso.

Mi nombre es Benjamín Casas y seré vuestro profesor.

Les enseñaré a reconducir la ira, olvidar los problemas del exterior, y sobre todo a estar en paz con la parte intrínseca del alma.

Después de terminar este programa de 4 semanas, les aseguro que aprenderán a canalizar sus problemas, y a convertir lo malo en algo positivo."

Pasaba de aquel idiota, sólo estaba allí porque me habían obligado. Ni siquiera me importaba toda aquella mierda.

"Vamos a empezar por conocernos todos un poco mejor y para ello vamos a hacer un ejercicio, porque es mejor hablar de uno mismo sin palabras."

¿Hablar sin palabras? Aquello era incluso más absurdo que el tema de los espejos.

"Nos vamos a colocar por parejas y vamos a dejar que hablen nuestros cuerpos en este baile tan bonito de mi tierra."

Los primeros acordes de un tango se escucharon. Una a una, las personas se fueron levantando y colocándose en parejas, por supuesto yo pasaba de toda aquella mierda, y por eso me quedé a solas con una ancianita de 90 años, a la que parecía que de un momento a otro le daría un infarto. Aun así, la mujer bailó como una verdadera profesional, arrastrándome por toda la pista.

Después de la canción nos detuvimos en la pista formando un gran círculo y levantamos las manos de la forma en la que el profesor nos indicó. Nos concentramos en nuestras respiraciones y no hicimos nada más durante unos minutos.

–Relajad el diafragma. Debéis sentir como el aire entra y fluye por vuestro cuerpo. Relajad vuestras extremidades… – el sonido de una tuba empezó a envolver el lugar seguido por el de pájaros que se escuchaban a lo lejos. Era tan relajante que empecé a quedarme dormido de pie. – Ahora piensen en algo que les calme, un recuerdo que les transmita paz.

¿Algo que me trajese paz?

No había nada. Mi vida era demasiado estresante, solía vivir al límite. Así que… no había nada… Aunque, si me paraba a pensar … podía recordar un momento.

–Háblenme ahora acerca de esos momentos. Empecemos por la habitación 5, ¿en qué *pensás*?

–Estoy en la bahía, pescando con mi padre. – Aseguró un joven muchacho de no más de 20 años de edad. – Acabamos de pescar un buen ejemplar y él me está dando la enhorabuena.

–Estupendo, eso es. Habitación 6, por favor, *continuá vos*.

–Estoy con mi hermana pequeña en el cine, es increíble lo bien que me siento cuando ella es feliz. – Explicaba una mujer de unos 65 años.

–Habitación 15 su turno.

Parecía que habían colocado a las personas de dos en dos en las distintas plantas del hotel. Es decir, la habitación 5 y la 6 estaban ocupadas en la planta cero, la 15 y la 16 en la primera planta, la 25 y la 26 en la segunda planta, y así sucesivamente, hasta llegar a la planta sexta. ¿Por qué habían ocupado las habitaciones terminadas en 5 y en 6? ¿Por qué era todo tan raro?

–Habitación 55 – Llamó, depositando su mano sobre mi hombro – es vuestro turno.

–Es navidad, tengo doce años y estoy en casa de mis padres – El hombre asintió, dándome un leve apretón en el hombro, antes de continuar al siguiente.

–Habitación 56.

–Estoy en la playa, hace unos ocho años, con mi hija y mi esposo, bañándome en el mar. Carmen, mi hija, está sonriendo, y rompe a reír cuando comienzo a perseguirla por la orilla.

Lo que viene siendo una familia feliz. ¿Por qué coño se ha apuntado alguien feliz a ese muermo de terapia?

–Bien grupo – terminó aquel martirio chino. Abrimos los ojos y esperamos las instrucciones de nuestro profesor. – Lo habéis hecho muy bien. Habéis dado el primer paso hacia el espíritu. Ya podéis ir a cenar. Recordad que mañana a primera hora tenemos clase de meditación en la *Sala Cisne*.

(ornament: line with hearts)

(Rosaura)

Después de aquella extraña presentación y bienvenida nos marchamos a comer. La comida estuvo rica, cené verdura a la parrilla y un poco de arroz blanco.

A medida que me alimentaba me iba fijando en los demás que parecían entusiasmados y hablaban unos con otros. Yo preferí quedarme al margen. No estaba allí para hacer amigos.

"Eres una chica joven" – me había dicho Graciela (mi mejor amiga) – "*tienes toda la vida por delante. Seguro que encuentras pronto el amor y te olvidas del capullo de Pablo. Quizás con el tiempo tengas otra hija. Y así Carmen se sentirá feliz, por tener una hermanita."*

Carmen siempre me dijo que quería una hermanita, incluso me obligó a prometerle que cuando ella ya no estuviese me animaría a tenerla. Mi hija era un encanto. No estaba enfadada conmigo por nada, ni siquiera se enfadó con Dios o con la vida que le tocó vivir. Solía decir a menudo que Dios la había elegido a ella de entre todos los humanos para enseñarle algo en primicia.

"Te estaré protegiendo desde el cielo." – Me dijo una tormentosa lluvia cuando llegué más temprano de la cuenta a cuidarla. – *"Te ayudaré a encontrar un buen hombre"*

"¿Y qué pasa con papá?"

"Papá no te merece. Así que tienes que prometerme que cuando yo ya no esté le pedirás el divorcio y reharás tu vida con alguien que si merezca la pena."

"Sólo si me guías hacia él."

Sellamos ese pacto usando la promesa del dedo meñique. Sonreí al pensar en ello, dejando el tenedor sobre la mesa, agarrando el vaso de agua para dar un largo sorbo. Levanté la vista, despreocupada, y me percaté de que había un atractivo chico mirándome. Eso me desconcertó tanto que terminé tosiendo sofocada.

Era un chico alto, fuerte y guapo. Un morenazo de ojos grises.

Bajé la vista con rapidez porque me intimidaba completamente su forma de mirarme. Era como si estuviese interesado en mí.

No estaba preparada para algo así. Perdí la confianza en mí misma tres años atrás, después de que Pablo me abandonase en esa lucha a la que me enfrenté yo sola. Ya no quería volver a confiar en nadie porque siempre era traicionada. Las únicas personas que siempre habían estado ahí hasta el final, eran mi familia y mi mejor amiga.

Tan sólo pretendía pasar desapercibida, por eso me arreglaba tan poco últimamente, usaba mayas y sudaderas anchas, con una coleta a todos lados, sin maquillaje, ni sello de identidad. Como si mi vida se hubiese detenido, incluso antes de que Carmen se fuese. Me sentía atrapada en el pasado.

Una parte de mí aún tenía miedo a vivir, algo que Carmen nunca volvería a sentir. Era injusto, que yo pudiese seguir viviendo mientras su corazón dejaba de latir.

¿Por qué Dios no me eligió a mí en vez de a ella? Lo hubiese dado todo por cambiar los papeles, por estar en su lugar, por salvarla de aquella muerte tan horrible.

Creo que cuando se es madre esa parte inherente está dentro de ti y harías cualquier cosa por proteger a tu hija, por mantenerle a salvo. Yo fallé en ese cometido. Y eso me devastó.

El banco tembló cuando alguien se sentó a mi lado, pero ni siquiera miré hacia él. Sólo me centré en agarrar el tenedor y dar vueltas sobre el calabacín que había sobrado.

–Hola – Le ignoré por completo y eso le divirtió. – No muerdo. – bromeó, mientras metía las manos en los bolsillos de su sudadera y estudiaba cada rasgo de mi rostro haciéndome sentir incómoda. – Te prometo que no estoy desequilibrado, así que … habla conmigo. – Me atreví a mirarle, porque su ruego casi parecía desesperado. – ¿No te parece que todo esto es un muermo? Porque si no es así… creo que soy el único raro de este programa, el único que no encaja. – No dije nada, me limité a observarle. Tenía a más personas a las que hablar, ¿por qué me elegía a mí? ¿Por qué elegir a una persona que está rota y no quiere ser salvada de su abismo? – ¿Y qué me dices del tema de los espejos? – insistió. Estaba decidido a sacarme una palabra. Quizás quería escuchar mi voz, no lo sé. – No es normal que haya espejos en el baño. – Puso una cara divertida, muy similar a la que habría puesto Carmen en su misma situación, y supongo que … simplemente… no pude evitarlo. Solté una risotada y él sonrió.

–Es raro. – Le dije. Asintió.

–¿Y qué me dices del que hay sobre la cama? – Le miré sin comprender. – ¿No lo has visto? Hay un *puto* espejo en el techo. – Su forma de hablar tan intensa me recordaba a mi hija, aunque sin tantas palabrotas. – ¿En qué habitación estás? – Dudé antes de contestar, no estaba acostumbrada a socializar.

–En la 56, ¿y tú? – Parecía sorprendido, incluso lo forzó más, haciéndome sentir bien. Sin lugar a dudas su forma de ser era muy parecida a la de mi hija.

–Entonces somos vecinos, yo estoy en la 55. Soy Noah, por cierto.

–Yo soy Rosaura.

Él era simpático. Se pasó el resto de la noche hablando sobre lo extraño que era el complejo. Todas las salas tenían nombre de pájaros, había espejos en el baño y en el techo, nos habían colocado de dos en dos por parejas, en cada planta, y las habitaciones terminaban en 5 y en 6, estaba obsesionado.

–Tienes que cerciorarte. – Me decía, justo en la puerta de nuestras habitaciones. – Luego sal al balcón y me lo dices.

Entré en la habitación, mirando hacia el techo al llegar junto a la cama. Tenía razón, había un espejo enorme sobre la cama.

Me asomé al balcón, observándole a él allí, en el suyo.

–Tenías razón: hay un espejo en el techo.

–¿No te parece raro? – Sonreí. – Eres de pocas palabras ¿no?

–Hace mucho que no socializo – Se apoyó en la barandilla y volvió a mirarme. – Tú si pareces normal, ¿qué haces aquí?

–Se podría decir que tengo problemas de autocontrol. Me cuesta bastante portarme bien, y estoy a punto de perderlo todo. Así que … mi hermano me apuntó a este programa para intentar reencauzar mi vida. ¿Y tú?

–Mis padres me apuntaron porque no querían que me viniese abajo después de la muerte de mi hija. – Tenía la esperanza de alejarle de mí después de confesar aquello. Pues la mayoría de las personas no aguanta ese tipo de dramas.

–¡Oh! Lo siento muchísimo, no lo sabía… – No sabía dónde meterse, estaba incómodo. Siempre fui demasiado directa en el pasado y eso me causó demasiados problemas.

–No importa – Me fijé en las vistas nocturnas desde aquel balcón. El mar podía escucharse a lo lejos chocando contra las rocas.

La brisa nocturna movía mis cabellos relajándome en exceso. Estaba cerca de quedarme dormida.

–¿De qué murió? – quiso saber, tras largo rato en silencio. No contesté enseguida. Primero abrí los ojos, di una gran bocanada de aire y entonces lo hice.

–Tenía cáncer. – Hacía mucho que no hablaba sobre ello. No quería recordar la forma trágica en la que mi pequeña Carmen se fue.

–¡Qué mierda! ¡Puta enfermedad de mierda! – Giré la cabeza por su reacción tan intensa. Lucía enfadado – Mi padre murió hace unos años, de lo mismo. – Volteó la cabeza y nuestras miradas volvieron a encontrarse. Él era guapo, pero en aquella ocasión sólo podía apreciar las extrañas sombras que los árboles dibujaban en su rostro. – No tienes que decir nada. – Comenzó, bajando la cabeza, perdiendo el contacto visual. – Ya lo tengo casi superado. – No parecía ser cierto, aún se ponía tenso al hablar sobre él. – Supongo que no es igual que perder a una hija… pero sé lo que es perder a un ser querido. – Volví a mirar hacia la espesura de la noche. Él era diferente a cómo pensé que sería. Pensé que en cuanto conociese la situación saldría corriendo, que sólo querría acercarse a mí por un propósito oculto, un

encuentro causal, tal vez, algo que yo no necesitaba… Pero … a veces las apariencias engañan. – Dicen que con el tiempo te olvidas, pero es mentira. Nunca la olvidarás… sólo que con el tiempo el dolor se hace más llevadero. Al final sólo recuerdas los buenos momentos y sonríes al hablar de él.

–Gracias – Le dije, fijándome entonces en la luna. Me sorprendió que estuviese tan llena como la noche en la que ella se fue.

–Bueno, será mejor que nos vayamos a dormir. El profesor quiere levantarnos mañana a las seis de la mañana a meditar.

–¿A las seis?

–¿No te has leído el programa? – negué con la cabeza. – Pues léetelo, que vas a flipar. Si pudiese huir, lo haría con gusto.



Capítulo 2:

EL EJERCICIO DE LAS RISAS.

(Rosaura)

El programa Dulce Paraíso estaba bien para alguien que tuviese 90 años, que quisiese relajarse y despejarse de la ciudad. No para mí.

\+ 6:00 – Meditación en *la Sala Cisne* (una enorme terraza frente al mar).

\+ 7:30 – Clases de yoga (nos estirábamos aquí y allá, intentando hacer las difíciles posturas que el profesor nos enseñaba).

\+ 8.30 – Desayuno libre.

\+ 9:00 – Recorrido de las *saunas de la Garza.*

\+ 12:00 – Clases de bailes con el viento, en *la Sala del Águila* (nos ponían música clásica y teníamos que bailar lo que nos indicase la música, lo que nos apeteciese).

\+ 14:00 – Comida.

Luego teníamos unas horas para hacer lo que nos apeteciese o más bien para reposar la comida.

\+ 16:00 – Espectáculo de Dumbo, el elefantito volador (un espectáculo de payasos y un tipo vestido de elefante, haciendo el tonto. Al final, todos acabábamos riéndonos).

\+ 17:00 – Clase de intercambio en la *Sala Gorrión*: Hablamos sobre un pensamiento negativo e intentábamos cambiarlo por uno positivo.

\+ 18:00 – Gimnasia en la *piscina Petirrojo*.

\+ 19:00 – Charla del instructor sobre *"La Vida Es Bella"* su nuevo libro, en la *sala Bengalí* citándonos varias frases, recomendándonos libros que leer, audiolibros, y música que calma la mente. (Me parecía de lo más curioso que en esa sala hubiese jaulas con pájaros rojos que cantaban de vez en cuando)

\+ 20:00 – Meditación en los *jardines Pavo real* (para dejar los pensamientos fuera del recipiente corporal, así lo llamaba él. Podías encontrarte a los pavos reales campando por allí a sus anchas)

\+ 21:00 – La cena.

No estaba nada mal. Podría haberme acostumbrado a algo así, a pesar de lo raro que me parecían los métodos del profesor, la disposición de

las aulas, los raros nombres de las salas, lo de los espejos y un montón de cosas más. Pero, lo cierto, es que no era nada de eso lo que me estaba ayudando a desconectar, si no Noah.

Me parecía un chico de lo más interesante, a pesar de que no hablábamos mucho sobre nuestras vidas fuera del programa. Lo cierto es que me caía bien. Y eso es raro, porque suelo ser muy exigente con la gente a la que dedico parte de mi tiempo.

Él era guapo. Un chico moreno, de nariz regordeta, cejas pobladas, ojos grises, con una ligera barba recorriendo sus mejillas y barbilla, de labios carnosos y un bigote. Era de esos chicos fuertes que se obsesionan con su cuerpo. Pero no era nada de eso lo que llamaba mi atención, si no su forma de ser, era tan intenso como Carmen, y eso me agradaba.

Noah no era mi tipo. Yo los prefería rubios y del montón, de esos que no suelen llamar la atención de las chicas, pero que tienen un gran intelecto.

–… y entonces lo vi, todas las fotografías que había hecho con esa vieja cámara eran todas sobre mí. – Le explicaba, hablándole sobre Carmen, en el último viaje que hicimos juntas a Barcelona, tan solo unas semanas antes de que la internaran en el hospital. Siempre se me iluminan los ojos al hablar de ella. – ¿Por qué no había captado nada en todo el viaje?

–Te había captado a ti – Me dejé caer sobre la hierba y miré hacia el mar. Era agradable estar allí. Hacía un precioso día, eso era cierto, pero estando en aquel complejo apenas podíamos disfrutar del verano. – La echas de menos, ¿no? – Sonreí, con melancolía. No necesitaba decir nada, él lo sabía, a pesar del poco tiempo que me conocía.

–Es que no es justo, joder. – Me quejé, en voz alta, por primera vez en semanas. – Sólo era una niña, tenía toda la vida por delante, ¿por qué…? ¿Por qué Dios me la arrebató?

–Yo también estoy enfadado con él. – Señaló hacia arriba. Torcí la cabeza para mirarle. – A veces pienso… que disfruta con nuestro sufrimiento. Sólo somos marionetas para él, seres inferiores con los que jugar, somos como … como malditos *Pinipons* en sus manos. – Me fijé en los pavos que abrían su plumaje.

–Carmen no quería que guardase este rencor dentro. Era más creyente de lo que yo nunca lo fui, y solía decir que Dios la había elegido por una razón.

–Yo nunca fui muy creyente, ¿sabes? – Se guardó las manos en los bolsillos de la sudadera. – Todo ese tema de que hay un ser superior que no está mirando… me siento como si viviese en la *puta* casa de *Gran Hermano*.

Nos quedamos en silencio durante un rato, pero no fue incómodo. era reconfortante. Estábamos cerca y su olor a madera me relajaba.

–Basta de hablar de cosas tristes. – Rogó de pronto. – El ejercicio de más tarde es reír, así que deberíamos ir calentando, ¿no crees? – No dije nada, sólo torcí un poco el gesto, en señal de que me daba igual. – ¿Qué te hace reír?

–Ahora mismo no se me ocurre nada.

–¿Tienes cosquillas? – Me levanté en el acto y él lo hizo detrás de mí.

–¡Ni se te ocurra! – levantó las manos, indicándome que iba en son de paz. – Odio las cosquillas. – sabía que quería saber la razón, con sólo una mirada ya me lo estaba indicando.

–Caminemos juntos, ya casi es la hora de la próxima clase. Cuéntamelo.

–Mi mejor amiga me hizo tantas cosquillas que terminé en el suelo, sin poder parar de reír, meándome encima. – Se sorprendió tanto que se quedó con la boca abierta, rompiendo a reír después.

–Ahora debo confesarte algo vergonzoso para que estemos en paz ¿no? – Me encogí de hombros. Era una estúpida norma que él había puesto el día anterior. – Me da miedo la oscuridad. – Abrí mucho los ojos, con sorpresa. – Cuando era pequeño me quedé encerrado en el cobertizo de mi tío, estuve ahí todo un día, hasta que mi hermano Francis vino a buscarme.

–A Carmen le sucedía algo parecido. Por eso todas las noches, le dejaba una luz fluorescente encendida, para que pudiese dormir. Tenía la extraña sensación de que alguien la separaría de mi lado por la noche.

–¿Cómo era ella? – quiso saber, justo cuando entrábamos a la recepción del hotel, siguiendo hasta los ascensores. – ¿Tenía el pelo rubio como tú?

–Tengo una foto en la habitación, ¿quieres verla? – Sonrió, en respuesta. Caminamos hacia mi habitación. Tenía ganas de enseñarle la foto de mi hija. Así que cuando llegamos la abrí con rapidez. – Pasa que no te voy a morder. – Abrí el primer cajón de la mesilla de noche, sacando una foto de Carmen, en la que no debía tener más de cinco años y se la cedí.

–No es tan rubia como tú – reconoció, sonreí, observando aquella foto una vez más. En ella estábamos las dos, sacando la lengua, mientras mi hermana nos hacía la foto. Sucedió en el cumpleaños de mi padre, por eso estábamos tan felices. – Y sus ojos son marrones.

–El padre de Pablo tenía el cabello castaño y los ojos marrones.

–¿Qué fue de Pablo? – Me encogí de hombros pues siempre me ha incomodado hablar de la gente que ya no se encuentra en mi vida – No contestes si no quieres. Siento haber hecho esa pregunta de mierda. Cuéntame cómo era Carmen, su personalidad.

–Era muy intensa. Se entusiasmaba por cualquier cosa, y era feliz con casi todo. Siempre le veía la parte positiva a todo, aunque pareciese que no hubiese ninguna. Y jamás lloraba. Después de la enfermedad lloraba más, y sólo cuando el dolor era insoportable… – Dejé de hablar. Él agarró mi mano haciendo que dejase de pensar en ella y mirase hacia él.

–Estoy fallando en mi ejercicio de hacerte reír. Anda, ven. – Tiró de mi mano para acercarme a él y me abrazó antes que me hubiese

percatado si quiera de sus intenciones. Lejos de lo que pensé me sentía cómoda en sus brazos y no tardé mucho en esconder la cabeza en su cuello e inhalar su agradable olor.

–Háblame de ti. ¿Cómo es tu vida fuera de aquí?

–Es estresante – Se le veía a leguas que no tenía demasiadas ganas de hablar sobre ello. – Oye, ¿deberíamos escaparnos esta noche? He oído que las noches de fiesta en la isla son bestiales. ¿Te apuntas? – Me separé para observarle.

–Nos caerá una buena si nos pillan.

–Sólo con eso ya debería ser excitante, ¿no crees? – Me encogí de hombros. Lo cierto es que no me apetecía nada, pero él parecía tan entusiasmado, que simplemente iba a dejarme arrastrar.

"Era una mala influencia para mí" – pensé.



(Noah)

Ella era la única que me seguía el juego en aquel nido de aburridos. Era mucho más divertida de lo que pensé en un principio. Además, era guapísima. Sabía que no estaba pasando por un buen momento: había perdido a su hija por culpa de la horrible enfermedad que se llevó a papá. Quizás en otras circunstancias me habría dado igual, y hubiese pasado de ella, pero estar encerrado en un lugar en el que no conoces a nadie, con gente tan rara… ella era mi única vía de escape.

Lo cierto es que le hablé por eso, porque de primeras me pareció diferente al resto, se intimidó con tan sólo una mirada, y no tenía por qué, porque … joder, seamos realistas: Ella era preciosa.

Supongo que la muerte de una hija no debe ser fácil, y el abandono que sintió por el padre de Carmen, del que no quería ni hablar, también influyó bastante.

Me di una ducha relajante pensando en la noche. Tenía grandes planes: emborracharnos en el hotel y luego marcharnos a algún pub de entrada gratuita pues no teníamos pasta. Joder… nunca pensé que llegaría a tal punto, yo, que entraba gratis en la mayoría, sólo por ser quién era.

Me coloqué el albornoz para luego comenzar a echarme mis cremas. Soy un tío bastante presumido. Me gusta cuidarme.

Alguien golpeó la puerta y luego habló en voz baja, haciéndome sonreír. Era ella, con su insistentes *"¿Estás ahí?"*

Miraba hacia el pasillo cuando abrí la puerta, cogiéndola desprevenida y tiré de su mano hacia el interior.

Llevaba un vestido negro muy corto, que dejaba ver bien sus curvas. No tenía nada que ver con lo que me tenía acostumbrado. ¡Joder! Me faltó hasta el aliento, y se me quedó la boca seca.

–Es demasiado exagerado ¿no? – preguntó, algo arrepentida, como si no tuviese confianza en sí misma. ¡Por Dios! Por supuesto que no la tenía.

–No, a mí me parece que estás preciosa. – Me dio un golpetazo en el brazo y bajó la cabeza con rapidez, roja como un tomate. Sonreí, porque nunca antes me había parecido tan especial una chica tímida. De normal, las rehuía. Me iban más las chicas malas, las traviesas, y las atrevidas. Pero ella no era nada de eso, no lo parecía al menos.

–¿Aún no te has arreglado? – Se cruzó de brazos, molesta. – Ni siquiera me he peinado porque dijiste que tenía que estar lista a las doce…

–Podemos ir bebiendo ya. – Sugerí, caminando hacia el pequeño frigorífico. Saqué una botella de champagne y las bebidas en miniatura.

–¿Y los vasos? – me encogí de hombros. – ¿No hay vasos?

–Tengo una copa de vino y … – me metí en el baño, agarrando el vaso de lavarme los dientes – … esto. – Se encogió de hombros, torciendo el gesto después, quitándomelo de la mano.

–Servirá.

Ella preparó las bebidas, mientras yo terminaba en el baño. Me quité los pelos de la nariz que sobresalían, me afeité la barba y luego peiné mi cabello con un poco de cera, escuchando un pequeño hilo musical de fondo. Me asomé, divertido, observándola allí, bailando como un pato mareado.

–¿Qué estás haciendo? – me burlé. Una mirada asesina me fulminó, y rompí a reír.

–Hace mucho que no salgo, ¿vale? – se quejó, molesta, para luego dar un sorbo al mejunje que tenía en su copa.

Salí del baño, haciendo el tonto, dejándome llevar por los acordes de Do It Like That, haciéndola reír, a carcajadas, siguiéndome el ritmo. Éramos dos payasos, y nunca imaginé que ella pudiese ser así.

–¿No es muy porno? – pregunté al escuchar la letra de la canción. Se encogió de hombros y siguió a su bola. Le quité la copa, bebiéndomela entera, mientras ella se quejaba al respecto. La rellené después con un poco de vodka y se la cedí.

Bailamos un poco más hasta que el cantante de aquella canción dijo algo que me trastocó demasiado. Ambos nos observamos con sorpresa y rompimos a reír. – ¿En serio? Una tía te da el teléfono, le escribes un par de mensajes en los que le preguntas sobre su vida, el trabajo ¿y de pronto le sueltas que si quiere *follar*? No tiene ningún sentido.

–No te hagas el inocente conmigo. – Espetó. Sonreí porque me hacía mucha gracia la forma en la que hablaba, parecía que el alcohol le estaba soltando la lengua. – Tú eres uno de esos tíos. – Rompí a carcajadas. Me había calado.

–Que mal concepto tienes de mí – bromeé. Nos reímos por un largo rato, bebiendo y bailando.

–¿No deberías vestirte, o es que vas a salir así?

–Ahí tienes toda la razón, amiga mía. – Dejé el vaso sobre la mesilla de noche y saqué los calzoncillos mientras ella bailaba una canción country.

Me puse la ropa interior de espaldas a ella, sin quitarme el albornoz y luego me acerqué al armario. Agarré unos jeans informales y una camiseta gris, y me vestí allí, mientras ella lo daba todo con aquella canción, cerrando los ojos incluso, moviéndose de un lado a otro. Se movía bien, y esas curvas me traían loco.

Sacudí la cabeza, intentando alejar esos pensamientos de mi mente. Se suponía que éramos amigos. ¡Joder! ¡Qué novedad, mi primera amiga mujer! De normal era de los que pensaba que una mujer y un hombre no podían ser amigos. Pero, joder, ella acababa de perder a su hija, no era plan de lanzarme sobre ella en plan plancha. No me parecía ético.

Nos bebimos todo el alcohol que tenía en la habitación. En mi defensa diré… que ella me obligó. Ni siquiera sé cómo llegamos al pub, sólo sé que no podía dejar de reírme con ella haciendo bromas y poniendo caras raras a cada instante.

Tengo que admitir, que llegar al puto pub fue una maldita odisea. Entre risas, alcohol y bromas, confundiéndonos de calle una y otra vez. Acabamos con los pies cansados antes si quiera de entrar en el garito.

Y entramos, sin tan siquiera pagar entrada. El lugar parecía ambientando tipo hawaiano y la gente iba muy a su bola, cosa que agradecí bastante, porque soy una figura pública y no había pensado en ese detalle cuando dije de salir. ¿En qué estaría pensando? Pero en fin… que tuve una suerte, que flipas.

Así que, estábamos allí, rodeados de gente, bailando cada uno a su aire, mientras le contaba una anécdota de cuando estudiaba en el instituto. Quizás era mi voz de borracho, o que cuando bebo mezclo las palabras y me sale una mezcla rara de español y alemán. Pero ella se lo estaba pasando muy bien riéndose a cada rato, sin parar.

–Y entonces llegó el profesor y dijo *"señor Hazard, está usted castigado."* Yo no sabía dónde meterme y mi hermano mirándome con cara de pocos amigos, porque le estaba castigando a él en vez de a mí. Desde entonces, me la tiene jurada. Se supone que soy el hermano mayor y tengo que dar ejemplo, pero siempre he sido como la oveja negra de la familia.

–¿Cuántos hermanos tienes? – Se interesó, mientras bailábamos al ritmo de *Ariana Grande, Positions.*

–Cuatro, yo soy el quinto – Contesté, despreocupado. Aunque normalmente la media, de una familia normal suelen ser dos o tres como mucho, reconozco que mis padres apostaron alto. Supongo que el cinco era su número de la suerte. O quizás estaban buscando la niña que nunca llegó, porque todos éramos varones. – Ahora te toca a ti. Tu mayor locura.

–Tenía diecinueve años. Estaba en mi segundo año de carrera, y mi mejor amiga Graciela me obligó a salir en época de exámenes…

–Eso debió ser catastrófico – bromeé, poniendo caras, haciéndola sonreír. – Lo digo porque pareces de las estudiosas.

–Sí, era de las empollonas. En cambio, tú eras de los deportistas. – Me había calado. – Pues como te decía, antes de que me cortaras – Ensanché la sonrisa, ella no tenía pelos en la lengua cuando bebía. Era demasiado directa. – Me enrollé con un tío que no conocía de nada y la cosa no quedó ahí. Terminamos bañándonos desnudos en la piscina de su tío. – Me sorprendí al respecto, no me esperaba tan atrevida. – Al día siguiente, mi hermana nos citó a todos en casa de mis padres, para presentarnos a su nuevo novio. ¿A qué no adivinas quién era?

–¡No! – contesté, rompiendo a reír antes de que ella hubiese desvelado el resto. – ¿El tío con el que te liaste? – asintió – ¿se lo contaste?

–Por supuesto, le mandó a paseo en cuanto se lo dije. – Rompimos a reír, divertidos, durante un buen rato, hasta que ella habló. – Deberíamos volver. Esto puede ser motivo de expulsión y …

–Relájate. – Acorté las distancias y agarré sus manos para depositarlas sobre mis hombros. Ella lucía algo cohibida con mi atrevimiento, quizás estaba siendo demasiado osado. – Haz algo diferente por una vez. Baila con el tío que acabas de conocer, fuera del balneario. Eres demasiado correcta, siempre intentas controlar la situación… – Dejó caer sus brazos, como si fuese a apartarse. Así que la sostuve de los codos para impedirlo. – ¿Tan malo sería dejarte llevar por una vez?

–Noah… – Lucía molesta con mi atrevimiento.

–Tranquila. No voy a hacerte daño. – Estaba a punto de conseguirlo, pero no por ello me sentía vencedor. Tan sólo era un idiota por estar forzándola a hacer algo sólo por un maldito calentón. Pensé que iba a mandarme a la mierda, me lo estaba ganando a pulso. Pero… para mi sorpresa no se alejó, sólo me pellizcó la camisa con ambas manos. –Deberías soltarte el pelo, de vez en cuando. – Levanté la mano para agarrar su perfecta coleta y tiré del coletero para soltarlo. Su suave melena cayó sobre sus hombros y su delicioso aroma a coco me embriagó por completo. Me moría por darle un mordisco.

Se echó hacia atrás, nerviosa. Parecía que mi atrevimiento había sido una idiotez. Ya casi la tenía, joder. Nunca había tenido que conquistar a alguien como ella, y me estaba resultando tan difícil, que estaba cerca de tirar la toalla. Sobre todo, porque no quería hacerle daño. Era la primera mujer, que no me daba igual dejar herida.

–Deberíamos volver. Esto no está bien.

–Volvamos. – Estaba dispuesto a tirar la toalla en aquel asalto.



Capítulo 3:

CONFESIONES BAJO LA LUNA.

(Noah)

Nos mantuvimos en silencio de camino al complejo mientras caminábamos por el paseo junto a la playa, mirábamos al mar y escuchábamos de fondo las olas que llegaban a la orilla. Era reconfortante.

Pensaba en ella, en lo inalcanzable que era llegar hasta su persona como si tuviese miedo a mostrarse accesible a los demás. Era obvio que también se sentía atraída por mí, pero intentaba pretender que no era el caso, y no lograba entenderlo.

–Tengo una pregunta. – Rompí el calmado silencio que había entre ambos. Miró hacia mí, luciendo despreocupada. – Pablo fue el primero, ¿verdad?

–Eso no es una pregunta, es una afirmación.

–Pero ¿es verdad o no? – insistí, sin dar importancia a lo anterior. – Fue el primer hombre en tu vida ¿no?

–¿Cómo lo has sabido? – quiso saber. Sonreí, al darme cuenta de que era justo eso por lo que ella desconfiaba tanto. Su única experiencia con el sexo opuesto fue con el tío que la abandonó en cuanto las cosas se pusieron feas.

–Con él controlabas la situación. – Me percaté – ¿Sabes qué? Eso que sentías por él era algo prefabricado.

–¿Por qué dices eso? – me preparé para darle mi punto de vista, justo cuando cruzábamos el paso de peatones hacia el otro lado. Estábamos cerca del hotel.

–La atracción y el deseo hacia otra persona, el amor y los sentimientos… no es algo que se pueda controlar. Es algo que surge cuando menos te lo esperas. Que se sale de las reglas y de los

estereotipos que tú misma te creas en la cabeza. – Agarré su mano para posicionarla frente a mí – ¿Sabes lo difícil que es en este mundo que dos personas se encuentren por casualidad, que se fijen la una en la otra y … que surja esa chispa? – Dejé caer mi rostro sobre el suyo y acaricié su sien con la punta de mi nariz. Tembló bajo mi roce y tuve miedo de alejarla aún más.

Apoyó la mano en mi pecho y me echó hacia atrás. Justo como pensé que haría se estaba resistiendo. Y eso me frustraba terriblemente.

(Rosaura)

No había vuelto a hablar con él desde nuestra pequeña salida nocturna. Lo evitaba constantemente. Y eso era muy difícil, pues éramos vecinos y estábamos apuntados al mismo programa de recuperación. Pero últimamente, me ponía con Miriam, una señora de unos 80 años, que me recordaba mucho a mi abuela que estaba en Galicia; en una residencia de ancianos en la que ella misma se internó para no ser una carga para sus hijos. No estaba mal allí, sabía que era feliz, pero eso nos dificultaba ir a visitarla.

Miriam acudió a aquel retiro porque estaba muy decaída últimamente, tras la muerte de su esposo se había aislado y sus hijos lo habían intentado todo para animarla, incluso apuntarla al programa.

Había coincidido con ella alguna vez y me parecía entrañable.

Volviendo a Noah. Me daba miedo, lo que sentí la última vez que estuvimos juntos. Bailar con él fue excitante y yo no quería salir de mi zona de confort. Así que lo mejor era mantenerse al margen.

–Se nota que le gustas… – dijo Miriam en voz baja, mientras hacíamos los ejercicios de yoga – …a ese chico alto de allí. – No dije nada porque no sabía que decir. – No ha dejado de mirarte en toda la clase. Deberías perdonarle, mujer. A tu edad cualquier cosa parece un mundo, pero cuando llegas a la mía, nada es importante, sólo el tiempo que puedes pasar junto a esa persona, que, en mi caso, ya no está.

–Él y yo sólo somos amigos.

–¿Y qué?, ¿acaso no tiene derecho a disfrutar de tu compañía? Mira, yo con mis hijos no tengo mucho trato, pero en esta semana he aprendido mucho, ¿sabes? No quiero irme al cielo sin haberlos conocido, así que cuando vuelva, voy a cambiar las cosas. – Sonreí. Aquella mujer era muy sabia – Y me he dado cuenta en tan sólo una semana.

La música se detuvo y el profesor nos indicó que fuésemos saliendo. Ayudé a Miriam a levantarse del suelo, pues a pesar de ser muy ágil en el deporte, por su corta estatura y su delgadez, le costaba bastante.

–Espera – dijo él, agarrándome de la mano, reteniéndome en la sala, sin dejarme salir. – Lo siento. – Soltó mi mano realmente incómodo. –

Sólo quería que te dejases llevar, nada más.

–¿Nada más? – contesté, logrando ponerle nervioso. Tragó saliva, y se echó un poco hacia atrás. – Yo no soy como esas chicas a las que estás acostumbrado. Yo no salgo a bailar, no … Soy una madre, Noah.

–¿Y por eso ya no puedes divertirte? – Negué con la cabeza, porque eso era justo lo que creía. – Escucha… – agarró mi mano y se acercó a más. – Sólo quiero demostrarte que es posible, que la vida es algo que mereces y …

–No – le corté, antes de que hubiese dicho algo más. – Eso no es lo único que quieres – me miró, sin comprender, y yo intenté probar mi teoría, porque desde el baile lo había sentido qué era lo que quería de mí. Apoyé mi frente sobre sobre la suya. Abrió los labios y su respiración empezó a crecer. Su olor inundó mis fosas nasales y la confianza que había mostrado para probar aquello me abandonó, miles de dudas me embargaron y ni siquiera sabía cómo seguir. Me sentía tan vulnerable cuando estaba cerca que me aterraba. – No soy tonta, Noah. – Di un paso hacia atrás, porque su cercanía me tenía muerta de miedo, pero para mi sorpresa él no me dejó alejarme, me agarró de la cintura y me apretó contra él.

–¿Por qué sigues pensando que no mereces esto? – insistió, volviendo a acercar su rostro al mío, acariciando nuestras narices. – Sé que no eres así. Ese miedo y esa inseguridad no te dejan ser tu misma, Rosaura. Lo he visto. He visto a la chica maravillosa que eres cuando no tienes miedo. No tienes pelos en la lengua y dices lo que quieres. – ¿Cómo podía haberme calado tan rápido? – Así que dime… ¿qué quieres? – me mordí el labio. Estaba histérica.

–No podéis estar aquí – dijo una mujer, haciendo que ambos nos separásemos y bajásemos la cabeza, avergonzados. – Si sois del programa deberíais estar en vuestra siguiente clase.

Me agarró de la mano, con rapidez y tiró de mí hacia nuestra próxima clase.

Me alejé de él, lo más que pude y me coloqué junto a Miriam.

¡Uf! Ese hombre era la tentación en persona, había estado a punto de perder la compostura, de olvidarme de todo y …

¡Oh Por Dios! ¿Qué es lo que me estaba ocurriendo?

–El profesor me odia – dije en voz baja, mientras Miriam negaba con la cabeza, restándole importancia, como si aquello no fuese lo importante.

–¿Arreglaste las cosas con el moreno? – miró hacia él, que no dejaba de hacerlo hacia nosotras. No dije nada, me limité a escuchar los pensamientos positivos del chico que hablaba en aquel momento, era el de la habitación 16. – La vida es demasiado corta, niña – añadía, como si me estuviese recriminando por mi actitud. – Vive y déjate llevar, porque si no luego te arrepentirás de todas las cosas que no hiciste.

–Lo estáis haciendo muy bien, grupo – nos felicitaba el instructor. – Por eso, esta noche, que justo se cumple el primer día de la segunda semana, haremos algo especial. – Agarró el perchero que tenía justo detrás. – Uno a uno vais a acercaros a este perchero y vais a coger uno de los trajes que llevan vuestro nombre. Cada uno representa un ave.

Todos estábamos entusiasmados por el baile de la noche.

Llevaba un vestido blanco, con plumas, como si fuese un cisne.

Todo era precioso en la sala flamenco, seguía adornado como siempre, pero habían añadido una larga mesa con aperitivos, una bola de discoteca que alumbraba la pista, donde la mayoría bailaba y música.

Noah estaba charlando junto a Miriam, justo cuando se percató de mi presencia. Se despidió de los presentes y caminó hacia mí, a cada paso que daba iba haciendo una leve presión en sus manos, mientras mi corazón latía con fuerza. ¿Por qué estaba tan nerviosa?

–Te estaba esperando. – Mis miedos seguían allí, pero él agarró mi mano y tiró de mí hacia la pista. – Quería proponerte algo – se posicionó frente a mí y bailamos esa canción sin que me hubiese tocado si quiera. Parecía aterrado de que volviese a poner distancia entre nosotros. – Seamos amigos, sin segundas intenciones y sin presiones. – Me mordí el labio inferior, asintiendo después. Pues eso era lo mejor debido a la situación. – Ahora cuéntame más cosas sobre ti, cuando salgamos de aquí quiero ser capaz de conocerte mejor.

–¿Qué quieres saber? – sonrió, atreviéndose a rozar sus dedos con los

míos. Miré hacia ese punto, porque sólo eso ya había creado un cúmulo de emociones dispersas en mi interior. – Te hablaré sobre Pablo – Tenía la intención de poner distancia entre nosotros después de lo que me había hecho sentir. Hablarle sobre el padre de Carmen me parecía una buena idea. – Nos conocimos en una fiesta. Graciela, mi mejor amiga, me lo presentó. Él estaba estudiando un curso de dietética, después de acabar la carrera de bellas artes. Me enamoré de él enseguida. – tragó saliva, sin saber qué decir. – Era un chico muy popular, que brillaba con luz propia. Uno de esos chicos que termina eclipsando a su pareja.

–Eso no siempre es bueno. Si te eclipsa siempre sobresale él y tu dejas de ser importante, ¿no crees? – me sorprendió su forma de verlo. – Y es una pena, porque tú tienes mucho que aportar.

–Se marchó al segundo año de hospitales y quimioterapia – añadí, sin querer detenerme a sentir, no cuando su mirada tenía ese efecto en mí. Le tenía demasiado cerca y no podía dejarme llevar. – Y no volvió nunca.

–¡Qué idiota! – Me sorprendieron sus palabras, de nuevo. – ¿Por qué dejar a una mujer como tú y a una preciosa niña como Carmen? No la conocí, pero por como hablas de ella parece que era alguien admirable.

–Lo era. Pero la presión que sienten unos padres con una hija enferma… no todo el mundo puede soportarla. Él no lo hizo.

–Tu hija se muere – asentí porque era justo eso lo que ocurrió. – Pero eso no es lo único importante. Hay que ver siempre la parte positiva, a pesar de que sea difícil. – Me acordé de Carmen, no pude evitarlo, porque ella opinaba de la misma forma. – ¿Huir? ¿Dejar a tu mujer y a tu hija a su suerte? ¿De qué sirve huir de la realidad, dejar atrás aquello que amas, por no poder afrontarlo, si al final perderás justo lo que más miedo te da? Tú te quedaste. Aprovechaste cada momento con tu hija y pudiste despedirte. Él no. Es triste, porque al final… se arrepentirá de no haber podido hacerlo y sobre todo… de haber perdido a alguien como tú.

–No soy tan genial cómo crees – bromeé, porque odiaba que la conversación se hubiese vuelto tan seria. No quería pensar en el pasado.

–Eres lista, inteligente, preciosa y tiendes a decir lo que piensas cuando dejas de lado el miedo.

–Eso no siempre es bueno – Levanté los brazos sin apenas darme cuenta y los entrelacé en su cuello. Sonrió, aprovechando la oportunidad para apoyar sus manos en mi cintura. Cerré los ojos un momento y abrí la boca para respirar, porque su toque me hacía estremecer. – A la gente no le gusta oír la verdad.

–A mí me gusta – admitió al ritmo de ***Hold On de Chod Overstreet***. Sonreí mientras él me guiaba por la habitación. – Nunca dejes de ser tú por miedo al rechazo de los demás.

No sé en qué momento perdí el miedo o cuando me dejé llevar, pero lo cierto es que ni siquiera podía detener aquello, no cuando le tenía tan cerca.

Ya no me acordaba de que era una mujer casada o de que acababa de perder a mi hija. Tan sólo percibía su aliento sobre mi boca con el único deseo de besarle…

–¿Tú fuiste a la universidad, Noah? – pregunté en un intento desesperado de no perder el norte. No podía dejar que todo se me fuese de las manos, no sería yo misma si lo hacía. Debía evitarlo a toda costa. Sonrió, al darse cuenta de que me estaba resistiendo.

Apoyó su frente sobre la mía y rozó nuestras narices delicadamente, haciendo que me faltase el aliento. ¡Por Dios! Iba a darme un maldito ataque.

–No – contestó con la voz marcada por el deseo mientras la canción terminaba y comenzaba una en español que no había escuchado nunca. Era de ***India Martínez y Marc Anthony, se llamada Convénceme***. No pude evitar ver las similitudes entre el momento y lo que decía. Era justo como me sentía. – No me hizo falta. – Me apoyé en su hombro, ignorando el deseo y me resistí un poco más. Sonrió, mientras yo me embriagaba de su aroma a madera y almizcle. Su mano recorrió mi espalda, deteniéndose en la parte baja de esta,

atrayéndome un poco más a él, entrelazándome en sus brazos, como si me estuviese abrazando. – A lo que me dedico no hace falta tener una carrera, aunque eso no quiere decir que sea un paleto. Me gusta mucho leer y estudiar por mi cuenta. Pero lo cierto, es que con los entrenamientos no tengo mucho tiempo para nada más. – Me sentía cómoda en sus brazos. Hacía tanto que alguien no me daba un abrazo de esos que dejan huella que casi sentía mis pies como si fuesen mantequilla.

–Háblame más sobre ello. – Supliqué, pues me relajaba escuchar su voz tan cerca. Tenía un acento muy suyo que me encantaba. Se veía a leguas que no era español, pero lo hablaba muy bien.

–Es más aburrido de lo que parece. Los entrenamientos lo son.

–¿De dónde eres? Tu acento es tan …

–Soy belga – me sorprendí y sonreí. – ¿Tanto se me nota?

–No – sonrió, como si no pudiese creerme. – Tienes un acento muy sexy – ensanchó la sonrisa, mordiéndose el labio inferior, después. – No te lo tomes a mal, yo … – bajé la cabeza, avergonzada. Quizás había sido demasiado directa, quizás…

–No me lo tomo a mal – Prometió. Levanté la vista, mientras él acercaba su rostro al mío, acariciando nuestras narices de nuevo. – Quiero que seas tú conmigo, Rosi – su forma de acortar mi nombre me encantó y eso era raro, porque solía odiar cuando alguien lo hacía, pero en él quedaba precioso. Quizás era por su forma de pronunciarlo, lo hacía parecer diferente. – Ese miedo que tienes… lo haré desaparecer – sonreí, agradecida de que fuese tan dulce conmigo.

Una canción más animada comenzó y aproveché para echarme hacia atrás con la excusa perfecta de bailar despegados.

No quería tener miedo, ni avergonzarme. Quería ser yo misma, justo como era cuando Carmen estaba conmigo: segura de mí misma y dispuesta a comerme el mundo. ¿Por qué me sentía tan fuera de lugar sin mi hija?

–Deberíamos subir – comencé mientras miraba a nuestro alrededor y me daba cuenta de que éramos de los pocos de nuestro grupo allí. ¿Cómo podía pasar el tiempo tan rápido cuando estaba con él? Acercó su rostro a mi oído, mientras yo apoyaba la mano en su pecho, en acto reflejo, para evitar que se acercase más.

–Te he dicho que haría desaparecer ese miedo y no lo estoy consiguiendo. – me agarró de la mano y yo miré a ese punto histérica – Rosi…

–Es tarde – me solté y puse distancia entre nosotros. – Mañana tenemos meditación a primera hora y … – asintió, dándose por vencido.

–Subamos.

Caminamos juntos hacia el ascensor y nos subimos en él después de que una pareja de ancianos bajase de él. Traté de pensar en lo acontecido en el salón. Me lo había pasado bien, tanto que incluso perdí la noción del tiempo.

Sus dedos acariciaron los míos delicadamente y yo fingí que su cercanía no me afectaba. Pero tan pronto como las puertas se abrieron salí con rapidez y aligeré la marcha hasta mi habitación. Saqué la tarjeta del bolso con manos temblorosas y …

–¿Te apetece tomar una copa? – Di un pequeño respingón porque había llegado tan sigilosamente que ni lo escuché llegar – Vamos, ¿qué me dices? – negué con la cabeza y eso pareció frustrarle. Me mordí el labio inferior, histérica. – ¿Crees que te haría algo que no quisieras, Rosi? No tienes que tener miedo de mí. Odio que lo hagas, joder.

–No tengo miedo – mentí. Sonrió. – Entremos a tomar una copa – añadí para demostrarle que no estaba asustada, cuando lo cierto es que estaba muerta de miedo. Asintió, me quitó la tarjeta de las manos y abrió la habitación.

Ambos entramos. Yo estaba de los nervios, no sabía cómo iba a escapar de aquella situación en la que yo solita me había metido.

Él se acercó a la nevera y sacó la botella de champagne que aún no

había descorchado y la copa. La abrió ante mi atenta mirada y luego la sirvió antes de ofrecérmela. La agarré y di un leve sorbo mientras él bebía directamente de la botella.

Me senté sobre la cama y volví a dar otro sorbo a la copa tratando de liberar la incomodidad que sentía en mi pecho.

–Entonces…. ¿eres entrenador personal? – intenté romper el hielo y quitarme aquellas ganas de besar sus labios de dentro. Sonrió, apoyando la botella sobre su rodilla antes de contestar.

–No. Soy futbolista.

¡Mierda!

Eso sí que no lo había esperado.

Se dio cuenta en seguida de que la noticia me había sentado mal.

–No me gusta mucho el fútbol – añadí, intentando parecer tranquila. – Lo cierto, es que me suelen aburrir los partidos que salen en la televisión – asintió sin decir nada – Ni jugarlo.

–Eso es porque no tuviste un buen maestro. Seguro que si te enseño a jugar… te gusta– Estar tan cerca de él era muy mala idea. – ¿Y qué haces tú? ¿A qué te dedicas?

–Soy neurocirujana. – se sorprendió – Una de las mejores antes de lo de Carmen, aunque ahora… me da pánico ejercer.

–La clave para esos momentos de pánico es mentalizarte de que puedes hacerlo. En realidad, puedes hacer cualquier cosa que te propongas, Rosaura. Sólo tienes que creer en ti misma. Piensa en Carmen cuando te bloquees. Ella cree en ti, así que eso debería bastar para ayudarte a superarlo. ¿No crees que ella te está observando desde el cielo?

–Ella lo está haciendo – aseguré, porque lo sabía, mi hija siempre me dijo esto antes de morir. – Pero … a veces…

–A veces pierdes la fe – terminó por mí. Asentí. – No pienses en las cosas que pueden salir mal, piensa en todas las vidas que puedes salvar.

–Gracias. Necesitaba que alguien me dijese todo eso, necesitaba… – ambos nos sonreímos. Él era diferente a lo que pensé en un principio. – Te pareces mucho a Carmen.

Ambos dimos un sorbo a nuestras bebidas y luego yo acerqué la copa para que me echase más.

No dijimos nada durante un largo rato que para nada fue incómodo. Entonces él dijo algo más.

–¿De dónde sacaste la canción del otro día? – Le miré sin comprender – Sí, hombre, esa del tío que quería *follar*. – Rompí a reír por su forma de decirlo y luego me encogí de hombros.

–Pues era una de las canciones más escuchadas en el momento. Puse una lista de reproducción popular. – Dio vueltas al champagne que había en la botella antes de beber más. Parecía nervioso.

–Debería irme. – Se puso en pie y caminó hacia el mueble de la tele para dejar la botella.

–¿Ya? – pregunté con incredulidad, pues ni siquiera me había terminado la segunda copa. Me puse en pie y le seguí hasta la puerta. – ¿Tan pronto? – Sonrió al darse cuenta de que me agradaba su compañía tanto como a él la mía.

No había quién me entendiese. Primero no quería quedarme a solas con él bajo ningún concepto, y en aquel momento me desagradaba la idea de que se fuese.

Soltó el pomo haciendo que la puerta se cerrase, se dio la vuelta y volvió a mirarme, acercándose más de lo que había previsto. Ni siquiera pude preguntar nada, pues su actitud me dejó sin aliento, cuando presionó su frente con la mía y acarició nuestras narices.

¡Oh Dios Mío!

Abrí la boca para respirar tan pronto como mi respiración creció a una velocidad abismal. Su aliento chocaba contra mis labios y creaba en mí una necesidad irrevocable de probarlos.

Tragué saliva, intentando pensar con claridad. Di un paso hacia atrás y entonces sentí su mano en la parte baja de la espalda para que no pudiese alejarme.

Apoyé la mano sobre la suya con la intención de apartarle, cuando él habló.

–Esto me está costando mucho… reprimirme para no… – Le miré sin comprender. – Lo que quiero decir es … – Echó la cabeza hacia adelante y rozó nuestros labios. Me quedé sin respiración y sin palabras después de eso.

Abrimos la boca para respirar porque nos ahogábamos y luego volvió a rozar, aquella vez su labio inferior, con el mío.

–¿Quieres follar? – Preguntó de pronto, dejando caer su aliento sobre mi boca. Abrí los ojos de golpe, sin darme cuenta siquiera de que los había cerrado.

¿¡QUÉ!?

¡OH DIOS MÍO!

Levanté la vista, fijándome de nuevo en su rostro que estaba demasiado cerca del mío, aunque aún podía pasar el aire entre nosotros.

Tragué saliva, sin saber qué decir o qué hacer.

¡Por Dios!

En cualquier otra circunstancia le habría apartado de mí y le hubiese pegado una cachetada, pero en aquel momento… estaba tentada a aceptar su oferta.

¡Por el amor de Dios! Hacía cinco años que un hombre no me tocaba. Una mujer tiene necesidades y más frente a un hombre como él. ¿Quién iba a poder resistirse a sus encantos? Aunque tengo que admitir que esa no era la única razón, el alcohol también estaba nublándome la mente.

–¿Follar? – fue lo único que pude decir, intentando entender qué era lo que ese pedazo de hombre veía en mí. Era guapa, pero nunca me consideré lo suficiente como para gustarle a alguien como él, que jugaba en otra liga completamente distinta.

–No pasa nada si no te apetece – Tragó saliva, algo incómodo, comenzando a aflojar su agarre. – Yo sólo… – me aferré a su camiseta, haciendo que dejase de hablar mientras yo seguía apretando la tela con fuerza para impedir que pudiese irse muy lejos. Bajó su mano, pero no se separó de mí.

–¿Por qué te apetece follarme? – susurré con el corazón en un puño, sin poder evitar sentí un ligero desasosiego, porque aquello no estaba planeado, y todo lo que saliese de mis propias normas me creaba un abismo de inseguridades. Sonrió, ante aquella pregunta.

–Me gustas – contestó, sorprendiéndome incluso más. – Eres guapa, lista, interesante, divertida y … me muero por recorrer toda tu piel con los dedos. – Mientras decía esto último rozaba mi brazo con sus dedos creando un extraño hormigueo por allí por donde tocaba.

Volví a abrir la boca porque en aquel momento, más que nunca, necesitaba respirar.

Sus ojos no tardaron mucho en centrarse en mis labios y eso me puso incluso más ansiosa de lo que estaba.

–Hace mucho que yo no … – tragué saliva, histérica, justo cuando él lamía su labio inferior y lo mordía. Me detuve a mirarlo y olvidé lo que tenía que decir.

–Follar es como ir en bici. – Volvió a colocar su mano en mi espalda para acercarme de nuevo a él, echando la cabeza hacia adelante. – Relájate.

¡Oh Dios Mío! ¡Oh Dios! ¡Iba a besarme!

Estaba hiperventilando.

–Dijiste que sólo querías ser mi amigo – Traté de resistirme una vez más. Necesitaba alumbrar aquella enajenación mental con un poco de cordura. Sonrió, sin decir nada y yo apoyé mi mano sobre su pecho para alejarle. – Noah…

–Sólo lo dije para no hacerte sentir incómoda. – Eso me asustó mucho más, pues… ¿cuánto de todo lo que me habría dicho sería real y cuánto lo habría dicho sólo para no asustarme? – Mira, sé que estás asustada. Lo entiendo, pero yo … no voy a hacerte daño… – Sus palabras se perdieron en cuanto tiré de él hacia mí con la mano aún agarraba a su camisa. – Déjate llevar, ¿tan difícil es para ti?

Ambos lo deseábamos. Os mentiría si os dijese que él era el único.

Nuestros labios se unieron, sin saber muy bien cómo y nos dejamos llevar.

Sus besos creaban en mí un remolino de sensaciones que ni siquiera entendía. Mi cabeza daba vueltas y me costaba pillar el ritmo de la intensidad de sus labios. Sus besos eran arrebatadores y fogosos.

Sus dientes mordieron mi labio inferior antes de que él se echase hacia atrás para contemplarme.

¡Oh Cielos! No tenía tiempo para eso. Necesitaba volver a besarle.

Eché la cabeza hacia delante y acorté la distancia entre nuestros labios nuevamente. No tardé nada en colgarme de su cuello y hacer la presión justa para que no se separase de mis labios.

En aquel momento la intensidad con la que me besaba había bajado. Sus besos eran lentos y se mezclaban a la perfección con los míos, para conectar de una forma que jamás antes sentí con ningún otro, ni siquiera con el padre de Carmen. Muerdos cortos, besos húmedos, leves jadeos… que terminé yo al echarme hacia atrás.

Levanté la vista para observarle. Él también lucía acelerado, pero eso no le impidió volver a besarme, llevándolo al siguiente nivel: metiéndome la lengua en la boca, entrelazándola con la mía, intensificando un poco más el beso hasta dejarme la sensación de que no nos estábamos besando, si no devorando el uno al otro.

Su mano bajó y se aferró a mi trasero, me apretó más contra él y me clavó algo duro en el abdomen. Ni siquiera pude quejarme, porque sus besos arrebatadores no me dejaban pensar en nada más. Pero abrí los ojos, de par en par, tan pronto como su mano libre se metió por debajo de mi falda agarrándome la otra nalga.

Bajé las manos, apoyándolas en su pecho y conseguí echarme hacia atrás, rompiendo nuestro beso. Me miró sin comprender.

–No – fue lo único que dije. Tragó saliva, arrepentido de haberlo forzado, levantando las manos, como si le estuviese apuntando con una pistola.

–Lo siento – se disculpó – me he dejado llevar… – bajé la cabeza, avergonzada. Acababa de estropearlo y todo por no querer forzarlo – ¿quieres que me vaya? – Miré hacia él, con el corazón en un puño, pensando en la pregunta que acababa de hacerme

–No – contesté con la voz marcada por el deseo. Volví a colocar mi mano en su nuca y atraje su rostro al mío.

Su mano acarició mi clavija haciendo que una corriente eléctrica me recorriese entera. Mi piel se erizaba por allí por donde él pasaba. Subió los dedos un poco, más, abriéndose paso entre mis cabellos hasta llegar a mi nuca. La presionó y volvió a besarme apasionadamente.

La presión que hacía en mi cabeza se sentía caliente. Era como si sus manos fuesen fuego y me estuviesen quemando la piel. Ese calor empezó a emerger también en mi interior y me estaba volviendo loca.

Echó la cabeza hacia atrás para volver a mirarme y la forma en la que lo hizo me dejaba sin aliento, porque jamás esperé que alguien pudiese desearme de esa forma.

Bajé las manos, poco a poco, algo intimidada con todo aquello.

–Si no hubieses tenido una hija… pensaría que eres virgen – bromeó. El miedo se marchó después de escuchar esas palabras. – Tranquila, no voy a hacerte nada que no quieras, Rosi. – Acarició mi mano derecha con su mano libre, aferrándose a ella después. – He parado cuando me has dicho que no. Lo volveré a hacer si vuelves a pedírmelo. – Me lamí los labios, histérica, mientras él sonreía. – Voy a preguntártelo sólo una vez, Rosi, y sólo quiero que sepas que no me enfadaré si tu respuesta es negativa. – Asentí, esperando a que dijese algo más. – ¿Quieres follar?

–Sí – contesté con la voz marcada por el deseo, sorprendiéndole. – Pero te lo he dicho antes. Hace mucho que yo no … – me detuve, tan

pronto como su mano soltó la mía y bajó delicadamente la tiranta de mi vestido.

Tragué saliva, temblando mientras él abría la cremallera lateral del vestido.

–¿Me vas a dejar que te lo quite? – preguntó al bajarla – ¿o vas a volver a detenerme? – No dije nada, solo le miré – Hace falta quitarse la ropa para follar, Rosi. – Me sacó el vestido por la cabeza, dejándome en ropa interior frente a él. Llevaba un sujetador de transparencias y un tanga, ambos en el mismo tono que el vestido. Me observó con atención, devorando cada parte de mi cuerpo con la mirada.

Me sentía incómoda estando en aquella situación, pues mientras yo estaba en ropa interior él aún poseía toda su ropa. Eso estaba a punto de cambiar, iba a igualar la balanza.

Pellizqué su camisa con ambas manos y la levanté. La prenda se deslizó por su cuerpo, sus brazos, sus manos, hasta caer al suelo. Pero ni siquiera pude mirar hacia el lugar al que caía, pues él volvió a agarrarme de la nuca para aferrarse a mis labios una vez más, sin apenas dejarme pensar.

Apoyé las manos en la hebilla de su cinturón y comencé a desabrocharlo. Luego hice lo mismo con su pantalón: quitándole los botones de uno en uno, rozando sin apenas darme cuenta su duro miembro, haciéndole estremecer y gemir sobre mi boca. Terminé dejándole en calzoncillos.

Se echó hacia atrás, se bajó los pantalones, sacó los pies y los mandó lejos con una patada. Me miró entonces, apoyando su mano en mi espalda, volviendo a aferrarme a él, pero en aquella ocasión, al estar sin ropa, la electricidad rebotó, intensificando más las sensaciones.

–Joder… – susurró, mientras acariciaba mi nariz con la suya. Ladeó la cabeza, echándola hacia delante, recorriendo mi mejilla con la punta de su nariz, estremeciéndome. Apoyé la mano en su pecho, mirando hacia ese punto, deleitándome con su escultural cuerpo de dios griego. – Ah… – un gemido salió de su boca tan pronto como mis dedos tocaron su pezón izquierdo, endureciéndolo.

Su mano subió hasta llegar al broche de mi sujetador, soltándolo con tanta destreza, que me hizo preguntarme por lo ajetreada que sería su vida sexual.

¡Oh Cielos! Tenía que dejar de pensar en esas tonterías.

Eché la cabeza hacia atrás y me olvidé de todo tan pronto como sus labios se instalaron en mi cuello dejando un camino de besos hasta mi hombro.

Sus manos apartaron el sujetador, y sus labios dibujaron las líneas de mi cuerpo. Mis gemidos irrumpieron en aquella habitación, tan pronto como su lengua se enredó en mi pezón.

–¡Oh, joder! – pronuncié, tan pronto como cerro su mano alrededor de mi otro pecho. Sonrió, deteniendo lo que hacía con su lengua, levantando la cabeza para verme disfrutar.

–Voy a ser rudo ahora – me dijo, con la voz marcada por el deseo. – Necesito follarte, Rosi – declaró. Se me hizo la boca agua con sólo escucharle.

Me condujo hacia la cama, me dejó sobre ella y se echó sobre mí para atreverse a morder mi piel: desde mis pechos hasta mi ombligo, mientras mi cuerpo temblaba.

Agarró el tanga para deslizarlo por mis piernas y tirarlo a algún lugar de la habitación. Abrió mis piernas con destreza y se detuvo a mirarme con lujuria.

–No – pedí tan pronto como vi sus intenciones, pero aquella vez no me hizo caso: no se detuvo. Metió su boca entre mis piernas y se hundió mucho más – ¡Oh, joder! – gemí con fuerza, haciéndome daño en la garganta, tan pronto como su lengua apareció en escena, dando un rodeo alrededor de mi clítoris, atacándolo al final, sin darle tregua.

Gemía de forma desesperada, perdiendo la cordura, porque en aquel momento el placer lo llenaba absolutamente todo. Mi respiración crecía cada vez más, parecía que iba a darme un ataque, y mi cuerpo se tensaba y se expandía con cada movimiento de su lengua. Apreté la cabeza contra la almohada, cerré los ojos y empecé a sentir sacudidas. La primera me llenó entera, haciéndome gritar su nombre, en la segunda él se detuvo y levantó la cabeza mirando hacia mí, con toda

la boca mojada.

Se bajó los calzoncillos, dejando libre su tremendo…

¡Oh, oh!

Eso no cabía dentro de mí, no cuando llevaba tanto tiempo sin sexo.

Mi mente se llenó de dudas y me acordé de lo único que podría salvarme de la situación.

–¿Tienes condón? – pregunté, sorprendiéndolo. Su desilusión se hizo partícipe en cuanto se dio cuenta de que no tenía. Cerré las piernas y me senté en la cama, indicándole que no íbamos a seguir con aquello.

–Espera aquí. – Se puse en pie, se colocó los calzoncillos, el pantalón y se marchó descalzo y sin camiseta a su habitación. Escuché su puerta abrirse, a él rebuscando en su maleta, cremalleras abrirse y cerrarse – ¡Joder! – vociferó, mientras seguía con su labor. Tardó casi 5 minutos en volver. Y cuando lo hizo, levantaba un condón en la mano, con una sonrisa de oreja a oreja. – He encontrado el de emergencias y creo que ésta bien podría ser una. – Sonreí mientras él volvía a quitarse los pantalones y los calzoncillos antes de volver a la cama – ¿por dónde íbamos?

¡Oh, no!

–Creo que deberíamos… – comencé, atemorizada, mientras él me abría las piernas, rasgaba el plástico, lo sacaba y se lo colocaba a la primera. – Noah… – le llamé. Metió sus dedos entre mis pliegues, deslizándolos hasta haberlos introducido en mi interior, sorprendiéndome de estar tan lubricada.

Se colocó sobre mí entonces, sujetándose con los codos para no espachurrarme, acariciándome con sus pectorales. Acercó su boca a la mía y me besó desesperadamente, haciendo que me olvidase de absolutamente todo.

Abrí los ojos de par en par tan pronto como su imponente miembro se acercó a mi apertura. Aún tenía miedo de lo que su tremendo aparato podría hacerle a mi estrecho sexo.

Traté de apartarle, pero él agarró mis manos y las aprisionó bajo las suyas, sobre la cama, antes de atacarme sin piedad.

–¡Joder! – me quejé. Era incómodo. No se sentía placentero en lo

absoluto, ya no estaba tan segura de querer hacer aquello. – Noah… – le llamé en cuanto me zafé de sus labios. – No… Ah

Su miembro entró por segunda vez casi entero mientras sus labios volvían a rozar los míos. Pero yo ni siquiera podía responder a sus besos, no cuando me había quedado sin palabras.

Mi corazón se detuvo tan pronto como entró por tercera vez, pero no se detuvo, siguió dándome más y más. Con cada embestida sentía que mi cuerpo se iba abriendo más y más. Los gemidos se entrelazaban de una forma caótica y pronto me olvidé de todo al sentir ese fantástico placer que me llenaba entera.

¡Oh Cielos! Me estaba encantando.

¿Por qué con él todo era tan contradictorio?

Él gemía, con tanta intensidad como yo, entrelazándose conmigo, sin dejar de mirarme mientras lo hacía, apretando los labios de vez en cuando.

El placer me estaba llevando lejos de aquella habitación, ni siquiera sabía quién era, sólo sabía que no quería que se detuviese, quería seguir llenándome de él hasta el final.

–¡Oh! ¡Dios, Dios…! – gemía una y otra vez.

Levanté las piernas, para facilitarle la entrada y aquello me gustó incluso más.

Nuestras miradas de deseo se entrelazaban comenzando a querer cada vez más. Más fuerte, con más ritmo, hasta que ambos llegamos al más pleno éxtasis, entre sonidos guturales y respiraciones aceleradas.



Capítulo 4:

SÓLO SEXO.

(Noah)

Ella era incluso más intensa que yo cuando gemía en el sexo. De normal eso no solía gustarme, pero en aquella ocasión, sorprendentemente me encantó. La forma desesperada en la que me pedía más… me hacía enloquecer.

Tener sexo con ella me encantaba. Acabábamos de hacerlo y ya me moría por volver a acostarme con ella.

La abrazaba, mientras nos besábamos apasionadamente, con mi miembro más que listo para un segundo asalto.

–No pensé que sería tan increíble. – Se atrevió a decirme. Sonreí antes de volver a besarla, acariciando su piel desnuda con mi mano izquierda. Su espalda, su trasero, su pierna, hasta llegar a su sexo, entre sus pliegues, haciéndola gemir en mi boca. Bajó la mano que se aferraba a mi cabeza para atreverse a acariciar mi torso, la pelvis, hasta llegar a mi miembro. Lo rozó con los dedos y eso creó miles de calambres que me recorrieron entero. – ¿Tienes otro condón?

–No. – Retiró la mano de mi miembro y la mía de su sexo, para luego darme la espalda. Sentándose en la cama, comenzando a vestirse. – Espera – La agarré de la mano y la obligué a mirarme. – No vas a dejarme así ¿no? – señalé hacia mi aparato. Sonrió.

–Asegúrate de tener condones suficientes la próxima vez. – Se puse en pie y se acercó a sus bragas, las recogió del suelo y se las puso – además, mañana tenemos meditación a primera hora, deberías irte ya.

–Mañana iré a comprar condones – prometí, observando cómo se colocaba el pijama, mirando luego hacia mí. – Mañana no te dejaré escapar.

–Esto ha estado muy bien, Noah, pero … – ¿Pero? ¡Joder! Era la primera tía con la que tenía sexo y que no estaba deseando repetir. – Quiero que dejemos claro algo. Sólo es sexo.

–Claro – Eso era justo lo que quería que fuese. – Pero mientras estemos aquí, encerrados, podemos repetir ¿no? – Sonrió, entendiendo mi punto de verlo.

–Solo mientras estemos aquí. No quiero tener nada con un futbolista fuera. – Me sorprendieron tanto sus palabras que me quedé con la boca abierta, sin posibilidad de disimularlo. – Entiéndeme, la prensa persiguiéndome por todas partes es lo menos que necesito ahora.

Tragué saliva, levantándome de la cama. Era la primera vez que alguien me echaba de su habitación después de haber tenido sexo. Por regla general era a la inversa. Recogí mi ropa, en silencio, me coloqué los calzoncillos y luego me marché sin más. Ya era demasiado incómodo estar allí después de lo que acaba de suceder.

No sólo me había dejado a medias en el segundo asalto, sino que me había dejado claro desde el primer momento que aquello sólo sería sexo, y que una posible relación fuera era algo inviable. A ver… no me entendáis mal. Yo no quería nada serio con ella, sólo me sorprendía que ella hubiese sido la primera en sugerirlo. Era la primera tía con la que me acostaba que sólo quería sexo, y lo declaraba abiertamente.

Generalmente tenía que quitármelas de encima, como si fuesen moscas. Pero en aquella ocasión, no era el caso, en absoluto.

Aquella situación me hizo gracia y no pude evitarme reírme.

¡Era increíble!

Mi orgullo debería sentirse herido, pero … sólo podía pensar en volver a meterme entre sus piernas. Había sido uno de los mejores revolcones de mi vida.

Pedazo de bombón que había descubierto. Iba a pasármelo en grande el resto de mi estancia en el complejo.



Ella se mostró mucho más receptiva en los ejercicios del curso al día siguiente, como si lo que necesitase para abrirse completamente fuese un buen meneo. No dejó de reír y de hacer bromas, y la complicidad con la que nos mirábamos era incluso mayor que antes del sexo. Era la primera vez que me acostaba con una tía como ella, tan culta y tan

madura.

Después de comer se quedó hablando con los ancianos, sobre cosas sin importancia, y yo aproveché para ir a la farmacia a comprar condones. Pensar con la entrepierna era mi especialidad.

Cuando volví tuvimos clase de yoga, ejercicios en la piscina y charlas de optimismo.

–Me ha gustado ese cambio, Rosaura – le decía nuestro profesor, justo cuando yo me hacía el tonto, devorando las judías, a la hora de la cena. – Abrirte más es justo lo que necesitabas para avanzar.

Apenas hablé con ella mucho más.

En tan sólo una media hora después estaba llamando a su puerta, con una botella de champagne en la mano, dos copas y una tira de condones en la otra. Sonrió al verme aparecer y más cuando levanté la tira frente a ella.

–Pasa – caminó delante de mí, con aquella corta bata de seda, mostrándome su respingón culito. Se me hacía la boca agua con solo pensar mis manos aferrándose a él. Agarró la botella y las copas, dejándolas sobre la mesa – ¿Quieres… – comenzó, desanudando el cordón de su bata – … follar?

Sonreí, con deseo. Acortando las distancias entre ambos, metiendo la mano por debajo de la tela, rozando su piel desnuda con los dedos, sin perder detalle de sus reacciones.

–Anoche me dejaste a medias – me quejé, con la voz marcada por el deseo. – ¿No crees que deberías compensármelo de alguna manera? – Se mordió el labio, provocándome, antes de alargar la mano y agarrar la tira de condones.

–Pensé que querías… – hizo una parada, apoyando la mano en mi miembro, dejándome sin palabras. – … follar.

Sonreí, al comprobar que ella tenía tantas ganas de mí como yo de ella. Levanté la mano, acariciando su mejilla, bajando hasta su barbilla, sus labios. Lanzándome a ellos después.

Nos despedimos con ansiedad, sin poner mucha atención al lugar al que caían nuestras prendas y terminé empotrándola en la pared, como desesperados, incapaz de llegar si quiera a la cama.

¡Joder! ¿Cómo era posible que me gustase incluso más que el día anterior?

–El condón – pidió entre gemidos. ¡Mierda! Con las putas prisas había olvidado ponérmelo. La dejé en el suelo, agarrando la tira de condones, rasgando el envoltorio del primero. Me lo coloqué y volví a colarme en su interior.

La besaba con tanta desesperación, que parecía irreal.

El sexo con ella era increíble. Lo hicimos infinidad de veces en infinidad de distintas posturas y gasté la mitad de la caja de condones.

–¿En qué piensas? – preguntó tumbada en nuestra última ubicación: en el suelo.

–En lo increíble que se siente dentro de ti – contesté, haciéndola reír.

–A mí también me ha gustado – me dijo, mientras yo sonreía y ella me acariciaba la barbilla con los dedos. – Nunca había disfrutado tanto en el sexo, Noah.

–Eso es porque tu novio no sabía tratarte como mereces. – Me atreví a decirle, para luego meter la mano entre sus piernas, volviendo a la carga. – ¿Te tocaba él así?

–No – contestó entre gemidos que empezaron a volverse cada vez más y más ansiosos, mientras yo disfrutaba observando su hermoso rostro que se desencajaba al llegar al final. Tardó un par de segundos en reaccionar y entonces habló. – Él nunca me hacía sexo pervertido. – Rompí a reír mientras la miraba. Lucía satisfecha y mojada. Me moría por volver a acostarme con ella, pero entonces dijo algo que me dejó sin aliento. – Noah, Pablo no era mi novio, era mi marido.

Espera ¿¡Qué¡?

–¿Estás divorciada? – quise saber, sorprendido. Ella sonrió, como si mi pregunta le hiciese gracia. – ¿Qué?

–¿Dejarías de acostarte conmigo si no lo estuviese? – La miré sin comprender. – Estoy casada aún.

¡Mierda!

–Eso me convierte en el amante. – Traté de quitarle importancia porque no lo quería hacer incómodo.

–¿Acaso esperas ser otra cosa? – su pregunta me cogió desprevenido. Ella era demasiado directa, más incluso que yo. Eso me gustaba.

–Ser el amante no está mal. Me llevo la mejor parte.

Rompió a reír, llenando toda la estancia con aquel angelical sonido.



(Rosaura)

No quería pensar, quería dejar a esa chica que adoraba las normas fuera de aquello. Cerré los ojos, sobre su cama, mientras él besaba mi cuello, dejando leves mordiscos húmedos por mi piel hasta conseguir lo que se proponía: hacerme gemir. Sus manos recorrieron mi cuerpo hasta meterse debajo de la tela.

Una fuerte tormenta de verano se escuchaba en el exterior y el olor a tierra mojada se colaba por el ventanal del balcón, medio abierto. El viento movía las cortinas de un lado a otro y los truenos resonaban en aquel silencio, tan sólo llenado por mis insistentes quejidos cuando él me daba placer.

Me mordí el labio inferior, mientras él bajaba la cremallera de mi vestido. Me lo quitó por la cabeza y me observó en ropa interior.

Empecé a quitarle los botones de la camisa de cuadros y recorrí su torso desnudo con mis dedos. Me encantaba su perfecto cuerpo escultural.

–No puedes hacerte una idea de lo mucho que deseaba esto – se puso sobre mí, mientras mis manos se entrelazaban a su cuello – a ti, en mi cama, a mi merced…

Acercó sus labios húmedos a mi cuello y volvió a besarlo, dejando un camino hasta el centro de mi sujetador. Lo mordió y tiró de él hacia atrás, provocando después que al volver a mi piel dejase un leve latigazo que me picó.

–Quítatelo. – Metí las manos detrás de mí y lo desabroché para luego tirarlo a algún lugar de la habitación. – Mientras estemos aquí, no vuelvas a usarlo, ralentiza el tiempo que tengo para tomarte. – Iba a quejarme, pero deseché la idea tan pronto como sus labios succionaron mis pechos haciéndome estremecer – el sujetador, en tu caso, no sirve para nada. – Trataba de convencerme. – Tienes las tetas firmes y no van a caerse, así que … ¿qué quieres sujetar?

–Puede que lo que pretenda con él es que no se me noten los pezones en la camiseta cuando estoy excitada. – Sonrió, volviendo a pellizcarlos con sus dedos, haciéndome temblar.

–Es justo eso lo que quiero saber. Lo excitada que estás, Rosi – Apoyé la cabeza en la almohada y apreté las sábanas entre mis manos, mordiéndome los labios al sentir sus besos en mi abdomen. – Tienes las bragas mojadas. – Las bajó y me dejó a su merced.

–Noah – Susurré con la respiración agitada, tan pronto como su boca se perdió entre mis pliegues, abriéndose paso con su lengua hasta encontrar la perla del placer, esa que me haría llegar al mismísimo cielo – Ah…

Se aferró a mis caderas, mientras jugaba con mi sexo y me daba un poco de placer húmedo, buscando llevarme a la locura. Así era él, siempre alejándome de la razón, de las normas y de lo que era correcto.

Levantó la boca, justo cuando comencé a repetir su nombre, como si fuese mi maldito *“padre nuestro”* y presionó mi clítoris con sus dedos, metiendo dos de su otra mano en mi interior, moviéndolos en círculos.

–Joder, joder, joder… – aquello era el puto infierno y me estaba consumiendo ese calor, el placer… me estaba volviendo loca. Parecía que iba a explotar en cualquier momento, pero él lo ralentizaba al

sacarlos y volver a la carga de nuevo.

–Dime que es lo que quieres, Rosi. – Me dijo, con la voz marcada por el deseo. – Dime que es lo que quieres que te haga, pídemelo.

–Te quiero a ti, dentro – pedí con el cuerpo en llamas, mientras él sacaba los dedos de mi interior y comenzaba a quitarse los pantalones. Se colocó el condón y se acercó más. – Fóllame, Noah.

–Quiero que esta vez abras los ojos mientras te lo hago, nena. – Me agarró de la cintura para atraerme hasta él. – Es hora de darle un poco de utilidad al espejo. Vas a mirar cómo te hago mía, como te deseo… – se coló dentro mientras yo miraba hacia arriba, observándole con la poca luz que había.



Capítulo 5:

SALIENDO DEL AGUJERO.

(*Rosaura)*

Acostarme con él era increíble. Lo hacíamos todas las noches y más de una vez en ella.

Quería aprovechar el momento, el poco tiempo que nos quedaba para disfrutar del sexo. Porque ambos sabíamos que en cuanto terminase aquel curso lo dejaríamos.

Ni siquiera pensaba en Pablo o en Carmen cuando estaba en sus brazos, sólo en el placer que me proporcionaba y en lo mucho que quería más.

Mi cuerpo estaba en llamas y mi sexo derrochaba cierta humedad, mientras él seguía besándome apasionadamente, sin darme tregua. Sus manos recorrieron mi cuerpo desnudo, deteniéndose entre mis pliegues, haciéndome estremecer.

¡Por el amor de Dios!

Acabábamos de hacerlo y ya me moría por volver a tenerle dentro. ¿Qué me estaba ocurriendo con él? ¿Por qué no podía parar?

Se sentó en la cama, metiéndose entre mis piernas, volviendo a acariciar mi sexo, mientras yo le observaba. Entrelazó sus dedos en los mechones de mi cabello enmarañado, mientras sus labios me besaban apasionadamente, sin poder detener esa enajenación mental que teníamos entre manos.

–Oh, sí – gemí con fuerza. – Oh, sí, sí, sí – repetía una y otra vez, sin poder decir otra cosa, como si mi mente no pudiese conectarse con mi cuerpo. Parecía haber perdido conexión con la razón y sólo abrí los brazos hacia el placer, lanzándome de lleno a aquel abismo de emociones, importándome bien poco estar entrando en un universo desconocido. Había dejado atrás a *"Doña Normas",* convirtiéndome en una versión de mí más relajada, que se dejaba llevar y que no tenía miedo a algo nuevo.

La forma desesperada en la que se aferraba a mi cuerpo me indicó que estaba cerca del final, pero se detuvo a volver a ralentizar su forma de tomarme, para prolongar el momento. Sabía que lo hacía por eso, porque era nuestra última noche en el complejo y nuestro último condón.

Pero yo necesitaba más. Quería que me llenase aquella sensación

embriagadora. Necesitaba que me lo hiciese con esa ansiedad de siempre. Así que terminé empujándole para subirme sobre él y hacérselo como a ambos tanto nos gustaba.

Sus manos se aferraban a mi cintura para guiarme mientras mi espalda erguida completamente, era rozada por mis suaves cabellos. Tenía los ojos cerrados y el cuello estirado. Mi boca se abría con desesperación y mis manos estaban apoyadas sobre sus pectorales.

Estaba consiguiendo lo que tanto había ansiado: que se retorciese debajo de mí y que su cuerpo empezase a convulsionar.

Sonreí, me sentía plena, completamente entera después de haber presenciado ese momento. Pero no me detuve, pues en tan sólo un par de segundos, mi cuerpo estalló en mil de pedazos, tembló y me dejé ir, ante su atenta mirada.

Me dejé caer a su lado en mi cama, recuperándonos de aquella sesión de sexo salvaje, luchando por controlar nuestras respiraciones mirando al techo, viéndonos allí desnudos, antes de ladear la cabeza para mirarnos.

Ambos rompimos a reír, sin ninguna razón, haciendo temblar la cama debajo de nosotros, como si no hubiese tenido ya suficiente.

Me gustaba lo que él me hacía sentir. Todo era posible cuando estaba juntos. No tenía miedo a romper las reglas.

Acarició mi mejilla con las yemas de los dedos, mientras yo sólo me deleitaba con cada rasgo de su hermoso rostro que lucía pensativo.

–¿En qué piensas? – me atreví a preguntar. Sonrió antes de echarse sobre mí a besarme con mucha calma y entonces se detuvo a observarme.

–Estos días aquí, contigo… han sido increíbles. –Sonreí porque yo me sentía de la misma forma. – No sólo por el sexo. Me ha encantado esto, Rosi.

–Es una pena que tenga que acabar. – Reconocí en voz alta, sin darme cuenta. Había pasado las mejores 4 semanas de mi vida junto a él, sin contar todo el tiempo que pasé con Carmen, porque después de tener a una hija, no hay nada que pueda igualarlo. Simplemente me refería a que el tiempo con él, había sido infinitamente mejor que el que pasé con Pablo, cuando no teníamos a Carmen.

Se dejó caer sobre la cama y yo aproveché para tumbarme sobre él,

con la cabeza apoyada en su pecho, abrazándole. Me sentía demasiado segura en sus brazos y eso debería darme miedo, pero en aquel momento, no lo hacía.

–Escucha… No tiene por qué acabar. Si quieres, podríamos…

¡Espera un momento!

¿Estaba diciendo justo lo que estaba pensando que estaba diciendo? ¿Seguir acostándonos fuera del complejo?

¡Ni de broma!

Vivíamos en ciudades distintas, eso para empezar.

–No – contesté antes de que hubiese terminado. Un miedo exterminador empezó a expandirse entre ambos en seguida ante la más mínima posibilidad de que el mundo entero pudiese descubrirnos. Porque él era famoso y yo … no estaba preparada para algo así, no después de los valores que mis padres me inculcaron. – Deberías irte. – Me levanté de la cama y empecé a vestirme, dejándole algo desubicado. De repente me sentía incómoda estando en la misma habitación que él.

–Escucha… – Llegó hasta mí y me agarró de la cintura para atraerme hasta él. Acarició mi mejilla con las yemas de sus dedos, levantando mi rostro para que me fijase sólo en él. – Yo …

–Estas semanas a tu lado han sido mágicas. – Me atreví a decirle, a sabiendas de que podría sonar demasiado cursi, pero en aquel momento quería dejar las cosas claras. – Hacía mucho que un hombre no me hacía sentir así, pero … – Tragó saliva, soltando su agarre. Bajó la mirada, avergonzado. – Prefiero que esto sea algo que recordar, no quiero alargarlo en el tiempo y que se convierta en otra cosa que nos haga daño, Noah.

–¿Por qué iba a hacernos daño?

–Dejémoslo así, por favor.

–¿Por qué? – Él era de los que no dejaba una conversación a medias. – Dime por qué tengo que dejarlo estar, cuando es más que obvio que

ninguno de los dos quiere…

–Vamos, Noah. Seamos sinceros, sólo te acuestas conmigo porque soy la única tía *“normal”* de este complejo. Si estuviésemos ahí fuera ni siquiera te habrías fijado en mí.

–Eso no es verdad.

–¿Ah no? Soy una mujer casada que ha perdido a su hija y ha sido abandonada por su marido. ¿Quién iba a soportar un drama así? Hubieras huido, Noah. – Tragó duro porque sabía que tenía razón. – No soy tonta, sé que en cuanto salgas de aquí te lloverán las chicas dispuestas a meterse en tu cama. Entonces… ¿para qué quieres que sigamos en contacto?, ¿para echar acostarnos de vez en cuando?, cada vez que por imposible que me parezca, ¿visites la ciudad?

Se llevó las manos a la cara y las frotó sobre ella. Lucía molesto por la sinceridad de mis palabras. No estaba acostumbrado a que las chicas le hablasen de esa forma. Pero yo tenía que hacerlo, no podía aferrarme a esa ilusión. Él y yo pertenecíamos a mundos distintos y no podía engancharme a un tío así. No sería sano, no después de todo lo que había pasado en aquella vida.

–Está bien, ¿quieres que me vaya? – levantó las manos, altamente furioso, bajándolas con rapidez, comenzando a buscar sus calzoncillos.

–Noah, ¿te has enfadado? – No había pretendido molestarlo.

Llegué hasta él y le agarré del brazo para obligarle a darse la vuelta. Estaba terriblemente enfadado, tenía una expresión hasta el suelo.

–Tienes razón, ¿sabes? No te necesito. No necesito que me tientes con ese cuerpo curvilíneo del pecado, esos gemidos que me hacen temblar cada vez que rozo tu cuerpo. No necesito tus besos, haciéndome perder la cordura… – Se detuvo, molesto consigo mismo por estar actuando tan estúpido frente a mí. – Puedo tener a cualquier mujer. Porque en cuanto chasquee los dedos tendré una larga lista de mujeres preciosas haciendo cola para acostarme con ellas, Rosi.

–Vamos, no te enfades. – Me coloqué delante de él, impidiéndole que recogiese los pantalones y se los colocase. – No te he dicho nada que no sea cierto ¿no? – Rompió a reír, su tono era frío y forzado, como si no quisiese reírse en lo absoluto. – Noah… – Levanté la mano para acariciar su rostro, pero la detuvo y la agarró con fuerza, dejándome bastante sorprendida.

–Voy a irme y a marcharme de tu habitación, ¿no es eso lo que querías cuando me has echado de ella? – Su voz temblaba de rabia, sabía que estaba dolido. Hice caso omiso de sus suplicas de apartarme y le agarré el rostro con ambas manos, intentando calmarle. Pero conseguí lo contrario: agarró mis manos y las apartó, sin soltarlas aún. – Lo único que te importa es que no interceda en tu perfecta vida planeada. Pero ni siquiera te has dado cuenta que tu vida de mierda se ha terminado. Tu hija está muerta y no va a volver, Rosi. – Me solté de él y le crucé la cara, dolida, porque tenía razón, pero no por ello dolía menos. – Acéptalo de una vez.

–Eres un hijo de puta – Los ojos se me llenaron de lágrimas y le empujé para apartarle de mí. Más que nunca quería que se fuese. – y yo una idiota por creer que había algo bueno en ti.

–Siento desilusionarte, encanto. – Me hizo a un lado y se colocó los pantalones, antes de ponerse a buscar su camiseta. La cogí del suelo y se la lancé a la cara.

(Noah)

¿En qué momento la había cagado tanto?

Me sentía como un idiota al estar tratándola así, pero ella no había estado muy fina tampoco. Parecía arrepentida de lo que había pasado entre nosotros. Pero joder… es que me jodía que ella me hubiese calado tan rápido. Sí, era un puto cabronazo que tenía a una distinta cada noche en su cama, chasqueaba los dedos y había una larga lista esperando a ser la elegida por unas horas y luego no volvía a llamarlas.

Y tenía razón: jamás en mi vida me habría fijado en ella fuera del complejo. Miento, sí, me habría fijado, esas curvas eran una puta obra de arte, pero … me habría largado en cuanto me hubiese hablado de su drama. Porque ella no era una de esas chicas que se mete en un reservado conmigo sin hablar sobre ella misma, que acepta hacerme una buena mamada o cualquier cosa por tener un rato a solas con uno de los hombres más atractivos y famosos de la ciudad. Ella era de esas de las que hablan, que tienes que tener la mente puesta en la conversación o te quedas sin mojar esa noche. Así que, sí, me habría largado, en cuanto escuchase su drama. La habría dejado colgada sutilmente, fingiendo que tenía otro compromiso.

¡Joder! Cómo me alegraba de haber estado encerrado allí. Porque no había podido largarme y sí había probado ese cuerpecito del pecado. Se me hacía la boca agua con sólo pensar en volver a hacerlo, volver a repetir de nuevo con esa diosa, rompiendo mis propias reglas. Quería seguir acostándome con ella hasta que ya no me quedasen ganas y sabía que eso iba a ser difícil, porque la deseaba aun cuando acababa de tenerla gimiendo debajo de mí.

–¡Vete de una vez! – gritó haciéndome salir de mis pensamientos. Me olvidé del maldito enfado tan pronto como vi sus ojos empañados. El único culpable de ello era yo. – No te quiero aquí.

–Lo siento. – Le dije, sorprendiéndome a mí mismo de emitir aquellas palabras. ¿Qué coño estaba ocurriendo conmigo? ¿Pedir perdón?, ¿yo? ¿por haberle callado la boca a una tía? Eso nunca. – Sólo quería molestarte, cómo tú me has molestado a mí.

Levantó la mano para volver a cruzarme la cara, pero fui más rápido y la agarré de la nuca para atraerla hasta mí.

–No quiero que nos digamos adiós así. – Trató de soltarse, pero perdió todas sus ganas tan pronto como rocé sus labios con los míos. – Los dos nos hemos pasado diciendo cosas para herir al otro. Eso no ha estado bien, ¿verdad? – Acaricié su rostro con las yemas de los dedos. – Me voy a quedar aquí, en tu habitación, haciéndote disfrutar como mereces. – Abrió la boca dispuesta a quejarse, por lo que tuve que elevar el dedo para apoyarlo en sus labios y evitar que dijese nada. – Demostrándote lo mucho que vales, porque este futbolista se muere por pasar la noche contigo, nena.

–No tenemos más condones. – Esa fue su respuesta, dejándome claro que tenía tantas ganas de mí como yo de ella. – Noah… – Mi mano se aferró a su trasero, aún por encima del vestido, haciéndola estremecer.

–Tengo algunos en el bolsillo del pantalón. – Contesté, sorprendiéndola, logrando lo que quería: a ella deseándome incluso más. – Lo haremos como tú quieres. Esta noche será nuestra última noche. Pero voy a tener que hacerlo hasta por la mañana para que me canse de ti. Así no habrá reproches, porque voy a… – Dejé de hablar tan pronto como sus labios se aferraron a los míos. La conduje despacio hacia la cama y volvimos a dejarnos llevar por lo que sentíamos. Ese peligroso deseo que me hacía enloquecer.



Capítulo 6:

REGRESO A CASA.

(Noah)

Mi respiración relajada, entrelazándose con la suya era lo único que podía escucharse en aquella oscura habitación. Era muy tarde y no me habría despertado de no ser por sus dedos, abriéndose paso entre mis cabellos, acariciando mi cabeza.

Abrí los ojos, despacio y la observé. Estaba preciosa. Dejó caer su mano en la almohada y cerró los ojos, fingiendo que dormía. Sonreí allí recostado junto a ella, con una fina sábana tapando nuestros cuerpos, aunque sus pechos estaban libres, a sus anchas. Sabía que en el fondo ella quería aceptar mi propuesta de seguir en contacto, pero sus malditas reglas no la dejaban aceptar.

Esa chica gritona y con voz repelente, ordenada y meticulosa, cuidando al milímetro el más mínimo detalle, que se había dejado llevar por algo que no estaba en esas estipuladas reglas que intentaba controlar al detalle.

Por supuesto que era difícil para ella, si sólo fuese un tipo normal, pero no… tenía que complicarlo aún más y ser un futbolista famoso. Éramos de mundos distintos, no podíamos seguir frecuentándonos.

Además, ella tenía razón, ¿cuándo íbamos a vernos? Yo vivía en Madrid, y ella en Murcia, teníamos trabajos opuestos que no podíamos dejar de lado para tener sexo esporádico. Tan sólo estaba siendo egoísta al no querer decir adiós, pero en el fondo sabía tan bien como ella que era el final.

La observé durante largo rato, intentando guardar en mi memoria cada uno de sus rasgos: esos pequeños hoyuelos que se le formaban en las mejillas al sonreír, la forma en la que se le achinaban y le salían arrugas en las ojeras. Sonreí al recordarlo, volviendo a fijarme en sus delgadas cejas, su frente amplia, sus pequeños ojos encapotados, su nariz fina y perfecta, sus labios entre abiertos, que guardaban unos perfectos dientes que en aquel momento no mostraba. Sus hombros relajados, descansando sobre ellos… Su clavícula, marcada y preciosa, sus pechos que, aunque no muy voluminosos, me encantaban. Eran firmes, a pesar de haber pasado por un embarazo, redondos y con los pezones del tamaño de una moneda de dos euros, en un tono rosado, preciosos. Había visto muy pocos pechos tan bonitos como los suyos. Su abdomen estaba cubierto por la sábana, incluso su sexo, así que no pude apreciarlo en aquel momento, pero recordaba cómo eran… Su

precioso pubis… con un pronunciado monte de venus, unos labios carnosos y sus pliegues arrugados, escondiendo todo un tesoro en su interior: la perla que podía hacerla llegar a la locura.

Sonreí.

¿Cómo podía estar pensando en eso?

Cerré los ojos y dejé que el sueño me venciese.



Cuando desperté a la mañana siguiente, no había ni rastro de ella por ninguna parte. Sus maletas no estaban y me alarmó terriblemente que se hubiese ido sin despedirse.

Me puse en pie de un salto, reparando entonces en algo: la ropa que llevaba la noche anterior estaba bien doblada y colocada sobre el banco que había a los pies de la cama. Y junto a ella descansaba una nota.

La agarré con rapidez, sin preocuparme en vestirme o en taparme con nada.

"Siento irme así, sin despedirme, pero odio las despedidas. Prefiero quedarme con la que tuvimos anoche.

Muchas gracias por todo. Me has ayudado más de lo que crees. Gracias por estas maravillosas semanas.

Espero de todo corazón que las cosas te vayan bien, que vuelvas a conseguir todo lo que te propongas y te olvides de los excesos. Quiero que vuelvas a ser tú, ese chico maravilloso que yo he tenido el gusto de conocer.

Quizás volvamos a vernos, quizás un día me cruce con algún cartel con tu cara… Hasta entonces, me quedaré con los buenos momentos, justo como tú me has enseñado.

Rosaura"

Sonreí, como un idiota.

¿Cómo podía hacerme tan feliz una simple nota?

Quizás por el hecho de que ella no se había ido sin más, se había

despedido a su manera. Ella era única, hasta en el final.

Dejé la carta sobre la cama, me vestí, tomándome todo el tiempo para hacerlo, para luego recoger la carta, doblarla y meterla en el bolsillo de mi pantalón, abandonando la estancia.

Me había dormido, así que tuve que recoger toda mi ropa y meterla en la maleta a velocidad luz, bajando al recibidor, donde mi hermano pequeño me esperaba, señalando al reloj, exasperado.

–¿Te has peinado si quiera? – se quejó, al ver todo mi cabello espelucado. Lo acicalé un poco con los dedos y luego le seguí hasta el auto, sin tan siquiera decir mucho más. Me subí al coche, mientras él metía la maleta en el maletero y luego se sentaba a mi lado, indicándola al chófer que nos llevase al aeropuerto. – ¿Cómo ha ido? – Miré por la ventanilla sin tan siquiera contestar, pensando en la realidad. En tan sólo unos pocos días volvería a entrenar y en un tiempo más a jugar en los partidos. – ¿No estás demasiado callado?

–Ha ido mejor de lo que esperaba.

La vuelta a casa fue silenciosa, con mi hermano contestando llamadas en el avión. Ni siquiera apagó el teléfono cuando las azafatas le llamaron la atención, mientras yo recostaba la cabeza en mi asiento, mirando por la ventanilla para observar las nubes que nos rodeaban.

Su hermosa risa apareció en mi cabeza, alterando mi descanso y sonreí. Esa chica que reía por mis continuas bromas, con la que me sentía cómodo para hacerlas.

Ni siquiera sabía mucho sobre ella. Sólo que su hija Carmen murió de cáncer, su marido Pablo la abandonó y que era neurocirujana en un hospital.

Quizás por ahí podría encontrarla.

Pero tampoco quería hacerlo, quería respetar su decisión. No todo el mundo puede aguantar estar en contacto con un personaje público.



(Rosaura)

A cada paso que daba por aquel aeropuerto, de camino al avión que me ayudaría a dejar aquella etapa de mi vida atrás, iba sintiendo aquella sensación de pérdida en mi interior, como si dejase algo valioso atrás.

Sonreí al verle en mi mente, dormido, justo cuando iba a marcharme. Me pareció cruel irme sin más, así que me vi en la obligación de dejarle una nota. Eso no era algo habitual en mí. Pero por él siempre hice cosas que salían de mí día a día. Siempre he tenido la sensación de que él me convertía en otra persona, una versión mejorada de mí misma que no tenía miedo y que se atrevía con todo, justo el mismo tipo de persona que solía ser cuando Carmen estaba conmigo. Eran iguales, como dos trozos de papel, cortados al milímetro, por la misma tijera. Quizás por eso sentía aquella sensación de pérdida en aquel momento, pero no podía quedarme a su lado, no cuando pertenecíamos a mundos tan distintos.

No quería perder ni un segundo más, quería volver a casa y mostrarles a todos que lo estaba superando. Podía hacer cualquier cosa que me propusiera porque una persona creía en mí: Carmen me estaba mirando desde el cielo, tenía que demostrarle que podía hacerlo, seguir hacia delante por ella.

Volver a operar era algo que echaba de menos. La tensión de la operación, planear todo al milímetro, controlar hasta el más mínimo detalle, consiguiendo un resultado óptimo. Así era yo, siempre tan organizada en el trabajo.

Quizás por esa razón, después de la muerte de Carmen, comencé a ser de la misma forma en mi vida personal. Aunque lo cierto es que siempre fui algo perseverante y cuadriculada en algunos aspectos, a pesar de que Carmen siempre los ponía todos patas arriba. Ese torbellino que entraba en casa, alterándolo todo a su paso, con esa intensidad con la que vivía, contagiándome su buen humor, sus ganas por vivir.

Es triste pensar en eso. Porque al final son las personas que más ganas tienen de vivir las primeras en irse.

Quizás ella tenía razón, después de todo. Quizás Dios la había elegido junto a unos pocos privilegiados para enseñarle algo en primicia, algo que sólo algunos podrían presenciar.

Sacudí mi cabeza, llegando al control de pasajeros. Me quité los colgantes, el reloj, los pendientes y la cartera sin un mísero Euro, tan sólo el carnet de identidad y el de conducir, pues mi hermana había limpiado esta antes de que me fuese. Alegando que no iba a necesitar nada más que actitud en el balneario de la luz, como ella solía

llamarle.

Lo dejé todo en una de las bandejas, junto a mi maleta y pasé por el detector de metales.



Capítulo 7:

VUELTA A LA REALIDAD.

(Rosaura)

La vuelta a la realidad fue rara. Mis padres estaban entusiasmados con volver a verme, y yo me sentía arropada y feliz de tenerlos a mi lado.

Justo como él me dijo una vez: cuando uno se propone algo lo consigue y justo eso fue lo que me sucedió a mí en el trabajo. En poco tiempo volví a convertirme en una de las mejores neurocirujanas del país. Y sentía que todo estaba bien, que volvía a ser yo: a reír, tener ganas de hacer cosas y recordaba los buenos momentos con mi preciosa Carmen, olvidando los malos.

Abrí la taquilla de los vestuarios, despreocupada y agarré la toalla antes de meterme en la ducha.

Tuve un duro entrenamiento con Manuel, mi entrenador personal, que opinaba que tenía que mejorar mi gancho de izquierda, pues aún no tenía tanta fuerza como en el otro.

El agua se deslizó sobre mi rostro, refrescándome, y yo pensé en todo lo que había conseguido en esas cuatro últimas semanas.

¿Cómo podía haber pasado ya un mes desde mi estancia en el balneario?

Me sentía otra persona en aquellos días, solía pensar que todo era posible. Me atreví a hacer cosas que nunca antes me había planteado, como subirme a un ring, saliendo de mis monótonas clases de Pilates. Porque… ¿por qué no? Lanzarse a la piscina con cosas que normalmente nunca antes habían llamado mi atención.

Me sequé con calma, una vez fuera, volviendo a la taquilla a vestirme. El sonido de un nuevo mensaje llegándome al teléfono me hizo salir de mis pensamientos.

Graciela:

“No hagas planes para este fin de semana. Vamos a despejarnos del trabajo, nos vamos a Barcelona.”

“Mi madre me ha dejado las llaves esta mañana.”

“Y no puedes decir que no te apetece. Tengo ganas de verte, amiga.”

Sonreí.

Lo cierto es que desde mi regreso no nos habíamos visto en persona, debido a lo ocupada que estábamos con nuestros trabajos. Lo cierto era que me moría de ganas de pasar tiempo con ella.

Yo:

"Vale."

Graciela:

"¿Vale? ¿Cómo que vale?"

"¿Así sin más?"

"Si lo hubiese sabido, te habría pedido que me dejases dinero."

Rompí a reír, divertida. Ella era todo un caso.

Terminé de vestirme, recogí mis cosas y me marché a casa. Tenía que recoger a mi sobrino de las clases de kárate antes de volver. Así que, ni siquiera me paré en el Quiosco a comprar quicos, mi nueva adicción. Por eso no vi el periódico dónde un famoso jugador salía en portada, con un titular bien grande: "*El Club vuelve a apostar por su jugador estrella."*

Crucé el semáforo en cuanto se puso en verde, sin mirar si quiera hacia el autobús de línea que se detenía en su parada, con una enorme fotografía anunciando el regreso de ese famoso jugador al Club.

Saqué las llaves de mi *"Mini",* ese que me pagué en cuanto ahorré un poco en el trabajo, sin tener que recurrir a mis padres o a mi pareja. Era mi propio tesoro, quería que sólo fuese mío, por eso ni siquiera permití que Pablo se pusiese como segundo conductor del vehículo.

Y entré en él. Dejé el bolso y la carpetilla con los nuevos casos en la clínica antes de poner rumbo hacia el colegio.

Había mucho tráfico para recoger a los niños en la puerta, así que tuve que detenerme en doble fila y salí para recibir al bueno de Pedro. Sonreí, intentando parecer calmada y me crucé de brazos, remangándome luego la chaqueta. ¿Hacía más calor, o es que estaba nerviosa?

La gente me estaba mirando, algunos cuchicheaban junto a sus parejas. Hacía mucho que no iba por allí: desde que tuvimos que sacar a Carmen del colegio porque sus compañeros empezaron a meterse con ella por haber perdido el cabello. Los niños pueden ser muy crueles a esas edades, no entienden que sus actitudes pueden hacer daño.

La puerta del colegio se abrió y los niños empezaron a salir en avalancha. En seguida vi a Pedro, con esa gran sonrisa, buscándome con la mirada. Corrió hacia mí en cuanto me vio, con su kimono puesto aún, sin ni siquiera habérselo quitado.

Nos subimos en el coche, él con sus continuos y entusiastas comentarios sobre lo maravillosa que había sido la clase, lo mucho que había aprendido, y lo mucho que quería volver.

Le escuchaba y le miraba a cada tanto. El niño hacía gestos con las manos para explicarme al detalle cada nuevo movimiento que había aprendido. Era tan entusiasta como Carmen, a pesar de no tener la misma edad.

Pedro tenía cuatro años menos que Carmen, pero iban al mismo colegio de pago, aunque apenas se veían. Supongo que cuando estás en un curso distinto, tienes tus propios amigos y te olvidas un poco de la familia. Aunque, lo cierto es que fuera se llevaban bien. Carmen siempre le estaba arropando y le enseñaba muchas cosas, mientras él se quedaba maravillado con cada una de ellas.

Sé que para él su prima siempre fue un gran pilar y alguien de quién estar orgulloso, un ejemplo a seguir, o así me lo decía cada vez que iba a verla al hospital y la veía tan desmejorada.

"¿Qué le pasa a la prima, tita? ¿Por qué ya nunca sonríe cuando vengo a verla?" – me preguntó en los primeros años de quimioterapia, cuando Carmen perdió el pelo y hasta el apetito. Sólo tenía ganas de dormir y no quería ir al colegio.

A menudo me calma y me dice que ella nos está mirando desde el cielo, ahora que comprende un poco más las cosas. Con 8 años que tiene ya.

–… y luego llegó Rayo, el perro de mi amigo Luis… – me explicaba sobre lo bien que se lo pasó el día anterior, en el cumpleaños de uno de sus amiguitos del cole – … oh, eso fue genial, tita.

–¿Por qué no le dices a mamá que te compre un perrito? – pregunté al doblar la esquina hacia nuestra casa: un ático de lujo en uno de los mejores barrios de Murcia. Lo cierto es que mi hermana y yo nos criamos en un adosado a las afueras, pero cómo estaba tan lejos de la ciudad, al final, por comodidad, nos acabamos mudando a la casa de ahora. Bueno, mi hermana ahora vivía en otro lugar, pero yo había vuelto a casa de mis padres hacía ya tiempo, cuando Pablo se fue. – Incluso podrías adoptarlo.

–Mamá no me deja – se quejó algo decaído, mirándose los dedos de las manos, tenía las uñas largas, debía decirle a su madre que se las cortase. – Dice que papá es alérgico. Pero papá nunca está. Así que podríamos tenerle igual. ¿Por qué a mamá no le gustan los perros? Jo…

–A tu madre le encantan los perros – aseguré, sorprendiéndole. – Cuando éramos pequeñas teníamos un bodeguero muy travieso que se llamaba Pulgas, porque siempre se estaba rascando las orejas. – Sonrió al escucharme hablar sobre ello. – Era todo un trasto, le quitaba las zapatillas al abuelo y las escondía por la casa. – Rompió a reír, divertido. – ¿y sabes qué hacía el abuelo? – Negó con la cabeza, escuchándome con atención. – Se ponía a gritar. – Volvió a reír durante un buen rato y yo me sentí bien. Hacía tiempo que no compartía esos momentos con él y me sentía feliz de poder hacerlo.

Aparqué en el garaje y subimos por el ascensor comunitario hasta el jardín, cogiendo luego el otro ascensor para subir a la séptima planta. Pedro me recitó de memoria los nombres de los jugadores del Real Murcia Club, porque minutos antes me había estado hablando sobre el último partido, entusiasmado. Ahí dónde le veis, a mi sobrino le encanta el deporte y cómo encima mi padre era un gran futbolero, era algo que tenían en común. Solían sentarse frente al televisor en la alfombra de casa, junto al sofá, a ver los partidos juntos cada vez que había uno importante y lo televisaban.

A decir verdad, toda mi familia era gran amante de ese deporte. Cada vez que jugaban los grandes, siempre estaban pegados a la televisión, mientras yo me encerraba en mi habitación a estudiar algún caso, a ver alguna serie en Netflix o algo por el estilo.

Cuando vivía con Pablo era parecido, pues a él también le gustaba. Se veía todos los partidos de la Champions e intentó varias veces que Carmen los viese con él, pero ella siempre prefería venirse conmigo a la habitación, a ver documentales de ballenas. Era su animal favorito y le encantaba verlas a cada rato, siempre aprendía algo nuevo en los documentales de la dos o en el Discovery Channel.

–¿Ya estáis aquí? – preguntó papá, al escuchar la puerta. Dejé las llaves sobre el recibidor de la entrada y observé como Pedro se quitaba los zapatos en la entrada, dejándolos en el zapatero de forma correcta. Colgó la chaqueta en el perchero y dejó la mochila en el banco antes de correr al salón.

Sonreí en cuanto vi aquella estampa: a mi madre comiéndole a besos mientras él se quejaba y miraba a su abuelo.

–Mira abuelo lo que he aprendido hoy – se puso en posición ataque y lanzó una patada al aire.

–Estás hecho todo un karateka, colega. – Le decía papá, mientras él seguía enseñándole más técnicas y yo llegaba hasta mamá. La besé en la mejilla, mientras ella se giraba a mirarme.

–¿Cómo ha ido hoy en la clínica, hija? – quiso saber, limpiándose la masa de croquetas en el delantal.

–No ha ido mal. Alfredo me ha estado insistiendo para que patente las pinzas.

–Pero eso es bueno ¿no? – sonreí, asintiendo después. – Entonces, hazlo, me gusta verte feliz. – Volvió a la cocina, a seguir enrollando croquetas mientras yo miraba a Pedro que sentado en el sofá se ponía al día con su abuelo de las últimas noticias futbolísticas.

–Mamá. – Entré en la cocina, al recordar el plan que mi mejor amiga me había propuesto. – Me iré mañana a Barcelona, después del trabajo. Graciela quiere que pasemos el fin de semana allí. ¿Te parece bien? – sonrió, al darse cuenta de que volvía a hacer planes. Eso era algo bueno para mí.

–Me parece perfecto, cariño.

(Noah)

La vuelta a casa fue rara, volver a la normalidad, volver a ver a mi

querido Rey: un precioso pastor inglés al que adoraba.

Estaba haciéndome a mi nueva vida: sin drogas, sin excesos, sin chicas… y me estaba costando menos de lo que imaginé. Aquellos días en el complejo me habían ayudado mucho, puesto que mis días allí no necesité nada para sonreír y estar bien, sólo a ella.

Debía de estar perdiendo la cabeza para estar pensando algo así.

Y vuelta al trabajo. Volvieron los entrenamientos, las reuniones en el club con nuevos colaboradores, los comerciales, anuncios con mi cara en los autobuses, nuevas campañas de marketing para que mi imagen rodease la ciudad. Porque Noah Hazard había regresado, renovado y con muchas ganas de demostrar su valía.

Y en tan sólo un mes ya los tenía a todos comiendo de mi mano. Era carismático y con don de gentes, era de esperar. Kyllian no cabía en sí de satisfacción y no dejaba de hablar sobre nuevos proyectos. Mi vuelta a los partidos era inminente, porque en el club estaban deseando volver a contar conmigo y qué mejor que de vuelta al campo. Sí, señor. Mi vida estaba volviendo a encauzarse.

Di un trago a mi copa, escuchando las innovadoras ideas que mi hermano le presentaba al presidente del club. Este lucía entusiasmado con mi regreso. Nos íbamos a hacer de oro, al menos eso repetía a cada momento.

Al cabo de un rato, con la sexta copa en el cuerpo, ya estaba hasta la punta del ciruelo de escucharles hablar. Así que me disculpé con elegancia y me marché al baño, necesitaba vaciar la vejiga.

Atravesé el largo pasillo, llegando a la quinta puerta de la izquierda, metiéndome en el cuarto de baño.

¡Uf que bien sienta descargar la manguera después de beber como un cosaco!

Me subí la cremallera y salí de allí, tropezándome en la puerta con una modelo de infarto. Alta, pelirroja, con curvas y unas largas piernas interminables.

–Hola, guapo. – me lanzó una sonrisilla juguetona. Sonreí, sin poder evitarlo, porque debía ser mi día de suerte. Llevaba semanas sin sexo y un hombre tiene necesidades, joder.

Ni siquiera sabía el nombre de la dama y ya le había metido la lengua hasta la campanilla, en uno de los reservados vacíos del club, mientras ella me quitaba el cinturón del pantalón y yo le cogía el culo por debajo del vestido.

"No" – retumbó en mi cabeza, recordando aquella vez, cuando intenté hacer lo mismo con Rosi, y terminó deteniéndome.

¡Joder! ¿Por qué tenía que pensar en ella en un momento como aquel?

La alejé de mis pensamientos, tan pronto como aquella pelirroja de infarto se agachó frente a mí. Me bajó los pantalones y los calzoncillos, hasta las rodillas. Acercó su boca a mi miembro, observándome mientras lo hacía.

Eché la cabeza hacia atrás y emití varios gemidos mientras aquella mujer me hacía un buen trabajo con su boca. Uf, parecía tener bastante maña, porque me estaba encantando.

Un flash apareció en mi cabeza. Mis manos recorriendo el cuerpo de una mujer, su piel erizándose con mi toque, sus gemidos desesperados cuando mi lengua recorría cada rincón de ese cuerpecito, mi boca probando su embriagadora intimidad, su voz pronunciando mi nombre, …

¡Oh, joder!

Eso estaba haciendo que me gustase incluso más.

Su precioso rostro desencajado por el placer cuando mi miembro entraba en su interior…

Agarré la cabeza de la pelirroja para apretarla contra mí. Estaba a punto y todo era culpa de esa maldita rubia con la que no había dejado de acostarme en aquel complejo.

Sus risas invadieron mi mente, haciendo que me quedase helado, deteniéndome en el acto. Eso me había bloqueado y se me quitaron las ganas de acostarme con otra de golpe.

–Para. – La pelirroja me observó sin comprender mientras se ponía en pie y se limpiaba la comisura de los labios. Me subí los pantalones y los abroché. – Tengo que irme – abrí la puerta y atravesé el pasillo, con los nervios a flor de piel, apretando los puños, molesto conmigo mismo.

¿Qué coño había sido eso?

Su puta risa, joder.

¿Por qué *coño* no podía sacarla de mi cabeza, incluso en aquel momento la oía?

¿Qué coño me estaba pasando?



Capítulo 8:

SORPRESAS QUE DA LA VIDA.

(Rosaura)

Aquel viernes por la tarde, justo después de salir de trabajar, me marché a Barcelona, pues Graciela vino a recogerme. Menos mal que había traído conmigo una pequeña maleta por si a mi amiga le daba por hacer locuras.

No íbamos solas: dos chicos venían con nosotras. Me molestó que no lo hubiese mencionado siquiera, suponía que por miedo a que le diese una negativa. A pesar de eso, no dije nada. Me limité a mirar por la ventanilla y disfrutar de las vistas, después de haberme comido un bocadillo que la misma Graciela me había preparado.

¿Os he dicho ya lo ricos que estaban sus emparedados de atún? Era toda una diosa con los bocadillos, le salían de miedo. ¿Cómo una médica del aula prenatal puede tener buena mano en la cocina? Pues… así era ella.

Sonaba ***"Nada de esto fue un error" de Coti***, con ambas cantando cada párrafo de esa canción. Nos encantaba, era de nuestras favoritas. Siempre me pareció una canción preciosa. Muy del estilo de Graciela que era muy bohemia.

–Me gusta más la versión con Julieta Venegas. – Se quejaba Ulises, su nuevo ligue.

–El mérito es de Coti, que tiene mucho arte. – Aseguraba mi amiga.

–Tú sí que tienes arte – bromeó el moreno antes de guiñarle un ojo, haciéndola reír.

Nos esperaba un largo camino hasta Barcelona: 5 horas y media de viaje. Tan sólo esperaba llegar a tiempo para ver la puesta de sol y dar un paseo por la playa. Hacía mucho que no iba y me apetecía.

Mi amiga había elegido una de sus playlist favoritas. Fueron cinco horas de ***Pereza, M-Clan, El Canto del Loco, Paulina Rubio y Melendi***, entre otros. Ella era muy de las canciones en español. En cambio, yo, las prefería en inglés, pero escuchaba de todo.

Hicimos una parada en Castellón para repostar y comprar algo para

comer, y luego seguimos cantando. Mi amiga lo daba todo, mientras Ulises la miraba de reojo divertido, y yo me fijé en el tipo que tenía al lado, por primera vez desde que nos habíamos subido en el coche. Era un chico rubio de ojos azules, facciones duras y muy guapo. Pero anti social, no había hablado para nada y parecía enganchado al móvil.

Cuando llegamos al chalet de mi mejor amiga, a pie de playa, nos descalzamos en la entrada. Mi madre le pegó esa manía a la suya, qué le vamos a hacer. Nos pusimos algo cómodo y nos fuimos a dar una vuelta por la playa.

Llegamos justo cuando el sol se escondía, así que al menos pude apreciar eso.

–Así que … – Comenzó Graciela, justo cuando caminábamos juntas, dejando que los chicos se adelantasen. Ulises le estaba echando la bronca a Mario por no relacionarse – … el programa en el balneario fue genial ¿no?

–Fue estupendo. Me ha ayudado mucho.

–¿Has sabido algo de Pablo? – negué con la cabeza, en respuesta. – Bueno, pues este fin de semana desconecta del trabajo. Llevas un mes a full y no todo en esta vida es trabajar, también hay que divertirse. – Sonreí, mirando hacia el mar. Hacía mucho tiempo que no disfrutaba de un día así. – ¿Qué te parece Mario? Está como un tren, ¿no? – Le eché una leve ojeada. No estaba mal, volvía a salirse del tipo de tío en los que solía fijarme.

–Esta noche salimos. – Comenzó Ulises, llegando hasta mi amiga. La agarró de la cintura y empezó a decirle cosas al oído antes de volver a dirigirse hacia mí – Después del partido, eso sí.

–¡Qué previsibles sois los tíos! ¡Sólo os importa el maldito fútbol! – Ulises rompió a reír y volvió a adelantarse para decirle algo a Mario.

–El Barcelona le va a dar una paliza al Madrid. – Nos llegaba el comentario de Mario.

–El Real Madrid ha recuperado a Hazard que lo va a dar todo en este partido. – Opinaba el otro.

Hazard. ¿De qué me sonaba ese apellido?

Nos duchamos y nos pusimos una muda seca. Ayudé a Graciela a preparar la comida, que no era otra cosa que un picadillo de patatas y un revuelto de verduras. Comimos con el fútbol puesto, soportando gritos por parte de los chicos, silbidos y quejas cuando el árbitro no pitaba alguna falta.

"… Christiano lleva la pelota, se le acerca Fati…" – decía el comentarista – *"… parece que se la quita, pero el portugués salva la situación pasándosela a Hazard…"*

Miré hacia la televisión, despreocupada y por poco no me muero al atragantarme con una patata.

Graciela me pasó el vaso con agua para que tragase, cosa que agradecí con la mirada.

Volví la vista hacia la televisión justo cuando la cámara volvía a enfocarle.

¡Cielos!

Era él.

¿Qué esperaba? Era futbolista. Él mismo me lo dijo.

Hazard. Por fin me acordaba de que me sonaba ese apellido.

"… y GOOOLLLL del Real Madrid, gracias a esa destreza de Hazard. Ya lo echábamos de menos, este espectáculo al que nos tiene acostumbrados. Es sin duda el rey del balón. Ese juego de pies, ese… ¡Qué máquina!"

Mi amiga y yo recogimos los platos, a mitad del partido, y luego nos fuimos a arreglarnos. Era obvio que íbamos a tardar más que los chicos. Me coloqué un vestido blanco con un poco de vuelo en la falda, muy escotado. Me hice unas hondas en el cabello y maquillé mi rostro con algo simple, un delineado y labios rosas.

Me colocaba los pendientes cuando los chicos entraron en la habitación, más que listos para cambiarse.

–Hemos ganado, Graci – Ulises agarró a mi amiga de la cintura y le dio un morreo de infarto que la dejó algo mareada. Eso me divirtió. Me alegraba que mi amiga hubiese encontrado a alguien, aunque sospechaba que sólo se acostaban juntos. Ella no era muy fan del

romanticismo y las relaciones serias. – El puto Hazard ha salvado la situación, en el último minuto.

–De seguro esta noche se irán por ahí a celebrarlo. – Intervenía Mario, sacando de su maleta la ropa que iba a colocarse esa noche. – Igual nos los encontramos. – Miré hacia ellos, con rapidez.

–¿El partido ha sido aquí?

De repente ya no me apetecía tanto salir. No quería encontrármelo.

(Noah)

Había vuelto a petarlo en un partido. De nuevo reconocimiento por parte de mis compañeros, el entrenador, los sponsors y todo aquel que se acercaba a mí. Me tiraron por los aires y me abrazaron, entre vítores.

¡Cómo echaba de menos la gloria! La sensación que me transmitía ser un puto amo en el campo, eso era lo que más había añorado. Y sólo había sido posible a través de esa chica que conocí en el balneario, que me demostró que podía volver a ser especial, que podía volver a ser yo mismo, si me lo proponía.

"¿A esa chica? Venga tío, no me hagas reír. La gloria es algo que tú mismo has conseguido" – me espetaba a mí mismo. – *"Disfruta de tu momento y olvídate de mariconadas."*

Mi padre estaría viendo mis logros desde el cielo, orgulloso y eso sólo me hacía aún más feliz.

Los chicos me azuzaron para que me fuese con ellos a celebrarlo, iríamos a la mejor discoteca de la ciudad, pero lo cierto es que no tenía muchas ganas, prefería quedarme en el hotel. Me había esforzado mucho en los entrenamientos y estaba agotado, sólo quería dormir. Así que después de celebrarlo en la habitación del entrenador

durante unas dos largas horas, me marché a dormir.

Fue lo más sensato que hice esa noche, porque al día siguiente me levanté como nuevo: limpio de excesos y con ganas de comerme el mundo.

Desayuné como un rey y me fui a correr por la playa. Hacía un día maravilloso, me apetecía mucho. Así que, tras colocarme el bañador, una camiseta blanca y mi inseparable gorra azul con el logo del real Madrid en el centro, me marché a correr.

Fue agradable. Porque a esa hora apenas había gente en la playa, nadie me reconocía, y eso era un plus.

Lo cierto es que mi vida había cambiado mucho: ya no me apetecía pasarme con las copas, meterme en la cama de cualquier mujer, derrochar mi dinero en algo caro, los lujos y todas esas mierdas. En aquel momento sólo quería disfrutar de la vida. Porque esta es muy corta, así me lo había demostrado mi padre o la hija de Rosi.

Uno piensa que tiene toda la vida por delante, pero de repente ocurre algo y te la quita sin más. Entonces… ¿por qué esperar a que las cosas sucedan? ¿Por qué gastar el dinero en cosas vacías que no llenan tu vida? ¿Por qué buscar la gran felicidad cuando puedes disfrutar de los pequeños momentos?

Alguien me dijo una vez que el secreto de esta vida no está en el final de algo, si no en cada uno de esos momentos que te hicieron feliz, cada una de esas alegrías que formaron tu vida.

Sonreí, dándome cuenta de que había madurado.

Me detuve en el muelle y me quité la camiseta, porque estaba sudando. Había mucha más gente que por la mañana. Tan sólo esperaba no ser reconocido.

Volví la vista hacia el frente, pensando de nuevo en aquello…

Ya no era ese niñato rebelde que no sabía lo que quería, que usaba el dinero del club en llenar el vacío que su padre había dejado. En aquel momento era otra persona.

Y todo se lo debía a esa chica, esa a la que no volvería a …

"¿Otra vez con esa puta chica en la cabeza? ¿Qué coño te pasa últimamente, tío?" – me reprendí a mí mismo.

Esa preciosa risa inundó mi cabeza e hizo que me olvidase de la lucha interna que tenía conmigo mismo.

¡Joder! Si incluso parecía que la estuviese escuchando en ese justo instante.

Giré la cabeza, despreocupado y me quedé sin respiración tan pronto como la vi. Ella estaba allí. Es decir, no podía ser un puto espejismo ¿no?

El sol apenas me dejaba ver nada por lo que tuve que bajar la visera de la gorra un poco para evitar el resplandor.

No, no era una puta alucinación. Rosaura estaba allí con sus amigos, mirando hacia el mar, con aquel corto vestido blanco, semitransparente que dejaba ver el bañador verde que tenía debajo.

Me apoyé en la barandilla, disfrutando de las vistas.

Ni siquiera pareció darse cuenta de mi presencia. Sólo sonreía por algo que su amiga a su lado le había dicho, mientras los chicos opinaban al respecto. El que estaba a su izquierda la miraba con cierto interés.

Retiré la mirada un momento, mientras ella se asomaba, sacando el cuerpo por la baranda un poco más, mirando hacia los peces que comían pan debajo de ella. Lucía despreocupada. Volví a mirarla, con rapidez, admirando como el tipo a su lado bromeaba sobre algo y el resto se reía, aunque ella no.

–Deberíamos ir. – Dijo ese chico. El grupo empezó a andar, pasando por mi lado. Ella los siguió, sin ánimos por hacerlo y yo sólo la observé. Pasó junto a mí sin tan siquiera darse cuenta y se marchó a la arena junto a los demás mientras yo me quedaba allí como un pasmarote.

Quizás debía agarrar esa nueva oportunidad que me daba la vida y …

Estaba guapísima. Llevaba el pelo suelto y no dejaba de sonreír.

Eché a andar detrás de ellos, a una distancia más que prudencial, intentando parecer despreocupado.

El grupo dejó las ropas en la arena, más que dispuestos a meterse en el agua. Ella negó con la cabeza en señal de que no iba a meterse.

Sólo quería observarla. No quería estropear su humor o hacer desaparecer esa hermosa sonrisa de su rostro. Pues me quedó claro la última vez que hablamos cuál era su opinión sobre seguir manteniendo el contacto con alguien como yo.

El viento de poniente era fuerte y hacía que sus cabellos volasen hacia un lado, trayéndome su olor. El pañuelo que llevaba a modo de diadema se le soltó y cayó en la arena.

Lo agarré en acto reflejo, antes de que hubiese salido volando y entonces nuestras miradas se encontraron.

Su sorpresa se vio reflejada en su rostro, mezclada con la incredulidad de verme allí, frente a ella. Pensé que iba a salir corriendo, huyendo de ese hombre famoso con el que podrían relacionarla, pero para mi sorpresa no lo hizo. Sonrió, haciendo que esos hoyuelos se marcasen en sus mejillas.

–Noah. – Reconoció, cómo si una parte de ella quisiese cerciorarse de que era real. Le devolví la sonrisa y nos quedamos mirando, sin necesidad de decir nada más. – ¡Qué sorpresa! ¿Qué haces aquí? ¡Ah! Claro, el partido de ayer…

–Pensé que no te gustaba el fútbol. – Me olvidé de todo lo demás al verla tan nerviosa. Se apartó el cabello de la cara pues el viento no dejaba de meterlo en su boca, una y otra vez.

–Y no me gusta. – Estaba histérica, no sabía dónde meterse, y eso sólo me hacía gracia. Se lamió los labios, nerviosa, haciendo que sus cabellos se pegasen a sus labios. Levanté la mano, en acto reflejo, apartando sus mechones de sus labios, sujetándolos detrás de su oreja.

–Tenías un pelo … – señalé a mi boca, bajando entonces las manos. Me sentía como un flan.

–Gracias. Cómo te decía… no me gusta, pero a los amigos de Graciela sí. ¿Fuiste a celebrarlo ayer?

–No. Ahora evito los excesos, ya sabes… – sonrió, justo cuando su amiga miraba hacia nosotros. – No pensé que volvería a verte… luces bien, estás guapa y … – Me sentía como un idiota. Era la primera vez en toda mi vida que no sabía qué decir para ligarme a una chica. Estaba histérico, joder.

–Tú también – contestó, mirando hacia sus amigos. – Deberías irte, si alguien te reconoce… estarás en problemas ¿no? – Tragué saliva al darme cuenta de que ella estaba preocupada de que nos viesen juntos, justo como había esperado. – Noah – me llamó, antes de que me hubiese dado la vuelta – me ha gustado verte.

–¿Cuánto tiempo te quedas? – quise saber, antes de que se hubiese

marchado. Me miró sin comprender y dije algo rápidamente, antes de que pudiese malinterpretarlo. – Nosotros nos iremos mañana, tenemos que entrenar para el próximo partido y …

–Sólo he venido a pasar el fin de semana, así que también me iré mañana a Murcia.

–Debería irme – señalé hacia atrás y puse una cara divertida, haciéndola sonreír – ya sabes, la fama…

–Noah. ¿Me devuelves mi pañuelo? – me di cuenta entonces: aún tenía sujeto este en mi mano.

–¡Ah! ¡Sí, claro! – levanté la mano para cedérselo, justo cuando ella miraba hacia atrás, pues sus amigos la estaban llamando.

–Hablemos luego – pidió, sorprendiéndome. Metió el pañuelo en su bolso y luego rebuscó en este algo. – Dame tu número y … – lucía histérica.

–¿De verdad quieres que hablemos luego? – pregunté, atónito. Sonrió, mordiéndose el labio inferior, nerviosa. – ¡Guau! Pensé que la señorita Reglas no salía de su zona de confort – sacó el teléfono del bolso y me lo cedió.

–Puede que aceptase el consejo de un buen amigo: vivir y dejarse llevar, ¿no es así? – Guardé mi número en su agenda y me hice una llamada perdida a mi teléfono.

–Te escribiré – prometí para luego guiñarle un ojo y hacerla sonreír.

Me marché después de eso, al trote.

Ese encuentro con ella fue especial, a pesar de habernos dicho tan sólo unas pocas palabras, sin ni siquiera habernos rozado.

Sonreí como un idiota de regreso al hotel, pensando en ella. Había dicho que quería que volviésemos a vernos. Eso era algo bueno ¿no?

Ni siquiera sabía dónde me estaba metiendo en aquel entonces.



Capítulo 9:

UNA ILUSIÓN.

(Rosaura)

No podía parar de sonreír como una idiota, observando como él se alejaba más y más, apretando el teléfono debajo de mi mano, con su número guardado en mi agenda.

Debía haberme vuelto loca, ¿cómo se me había ocurrido sugerir algo así? Sin lugar a dudas el espíritu de Carmen se había apropiado de mi cuerpo. No había otra explicación. Porque una cosa era… atreverse a hacer cosas distintas, como subirse a un ring, y otra muy diferente, abrir la puerta a que surgiese algo más con Noah.

Estar ilusionándome por volver a ver a un jugador de fútbol era un error, porque yo no quería empezar algo con alguien tan famoso, pero … no podía evitarlo.

Tenía que reconocerme a mí misma una gran verdad: cada día, después de volver del balneario, había pensado en él y en lo mucho que añoraba nuestras charlas. Él era un buen tío, al menos quería conservar su amistad, a pesar de no poder tenerle de otra forma. Aunque, una parte de mí deseaba ser mucho más que una simple amiga.

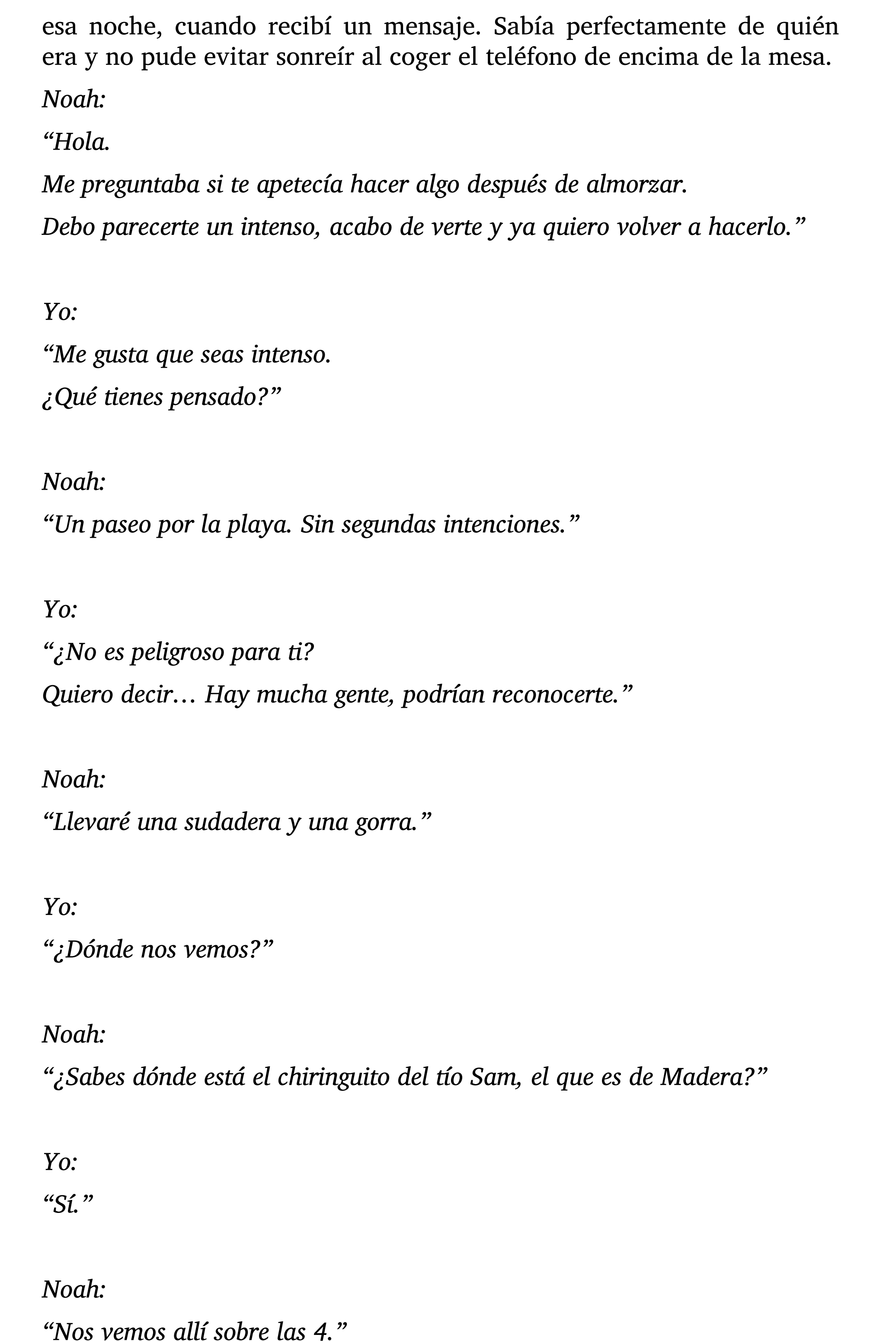
Ni siquiera pude seguir pensando en ello mucho más, pues Graciela llegó hasta mí con miles de preguntas.

–¿Quién era?

–No tengo ni idea – mentí porque no quería tener que darle explicaciones sobre él. Yo nunca tuve las expectativas de la mayoría de las chicas: liarse con un tipo famoso e ir a contarlo a la tele, ganarse una fama falsa y vivir del cuento. Eso no era lo mío. Yo prefería mantenerme al margen de la tele. Siempre me ha parecido de lo más agobiante eso de ser famoso, rodeado de periodistas, fans y gente metiéndose en tu vida. – sólo me ha recogido el pañuelo.

Llegamos a casa de Graciela un tiempo después Nos duchamos por turnos y nos cambiamos de ropa, mientras los chicos hablaban de los planes para la noche. Querían volver a salir de fiesta. Yo prefería quedarme en casa, tantos excesos no eran buenos para mí.

Escuchaba a mi amiga opinando sobre la discoteca a la que iríamos



esa noche, cuando recibí un mensaje. Sabía perfectamente de quién era y no pude evitar sonreír al coger el teléfono de encima de la mesa.

Noah:

“Hola.

Me preguntaba si te apetecía hacer algo después de almorzar.

Debo parecerte un intenso, acabo de verte y ya quiero volver a hacerlo.”

Yo:

“Me gusta que seas intenso.

¿Qué tienes pensado?”

Noah:

“Un paseo por la playa. Sin segundas intenciones.”

Yo:

“¿No es peligroso para ti?

Quiero decir… Hay mucha gente, podrían reconocerte.”

Noah:

“Llevaré una sudadera y una gorra.”

Yo:

“¿Dónde nos vemos?”

Noah:

“¿Sabes dónde está el chiringuito del tío Sam, el que es de Madera?”

Yo:

“Sí.”

Noah:

“Nos vemos allí sobre las 4.”

Bloqueé el teléfono y volví a prestar atención a la conversación de los chicos.

–En ese caso deberíamos dormir siesta – aseguraba Ulises. – Si vamos a salir esta noche. Porque yo estoy muerto.

–Vale. – Me uní a la conversación. – Comemos y nos acostamos un rato. – Mi amiga me miró sorprendida, pues yo no solía dormir después de comer, más que nada porque me levanto con dolor de cabeza y mal humor.



Recogí la cocina después del almuerzo junto a mi mejor amiga. Ella miraba de reojo a Ulises que dejaba los vasos sobre la encimera.

–Voy a acostarme ya, estoy muerto. ¿Vosotras que vais a hacer al final?

–Me quedaré leyendo un rato. – Contestó. – Igual me quedo dormida yo también. – Le dio un leve pico a su chico antes de girarse hacia mí mientras él se marchaba a la habitación. – ¿Tú qué harás?

–Creo que me iré a dar un paseo. No me sienta bien dormir después del almuerzo, así que me daré un paseo para despejar la mente un rato.

–Estás demasiado reservada, más de lo habitual. ¿Ha pasado algo? – me encogí de hombros, sin darle importancia.

–Estoy como siempre.

Cuando llegué al chiringuito del tío Sam él ya estaba allí sentado en el muro que bajaba hacia la playa. Me senté a su lado, fingiendo despreocupación y eso le divirtió.

–Pensaste que no iba a venir, ¿no? – bromeé, haciéndole reír. Bajó la cabeza un momento, mientras yo seguía hablando. – He tenido que mentir a mis amigos para venir. No me gustan demasiado las mentiras.

–¿Tan malo sería decirles la verdad?

–No me gusta que la gente opine sobre mi vida –Ambos nos miramos y sonreímos como dos idiotas. – ¿No te cansas de eso?

–Sí. A veces es agotador, pero no todo es malo. El secreto está en saber apreciar las cosas buenas de esta vida, Rosi.

–¿Incluso de una vida como la tuya? – sonrió.

–Te sorprenderías la de cosas buenas que pueden ocurrirme a lo largo del día. – sonreí. Me encantaba la forma en la que hablaba sobre ello, le brillaban los ojos de una forma especial.

–¿Cómo cuáles? – quise saber.

–Cómo encontrarme con una chica especial y que esta me pida el número de teléfono. – Rompí a reír, divertida, al darme cuenta de que estaba hablando de mí.

–¿Vas a preguntarme por la vida, el trabajo y luego … de la nada, me harás una pregunta comprometida? – bromeé refiriéndome a lo que sucedía en la canción que escuchamos una vez, en su habitación del complejo. Sonrió, divertido.

–Ya sé sobre la vida de esa chica, sobre su trabajo y … – tragó saliva antes de decir algo más. – Ya hemos tenido sexo. – Me guiñó un ojo antes de ponerse en pie. – Vamos a dar una vuelta.

Paseamos un rato por la arena mojada, hablando de cosas sin importancia: como lo mucho que había luchado por volver al campo, lo maduro que se sentía en aquellos días, al no apetecerle los excesos de antes. Yo le hablé sobre mi regreso al trabajo, sobre la adrenalina que me recorría cada vez que tenía una operación, sobre cómo estaba siendo volver a compartir tiempo con mi familia… Fue agradable. Hacía tiempo que no me sinceraba con alguien así, quizás desde lo del balneario.

–Esto es genial. Oye, ¿no has pensado en la posibilidad de que esto sea obra de Carmen? – le miré sin comprender. – Es la segunda vez que nos encontramos por casualidad, me parece a mí que tu hija está haciendo de las suyas ahí arriba. – Señaló al cielo y yo sólo pude sonreír. Me gustaba su forma de verlo. Porque él y yo éramos dos personas que pertenecían a mundos totalmente opuestos, que de normal no se habrían encontrado, entonces… ¿sería cierto? ¿estaría Carmen haciéndolo posible?

"Conoce a un buen hombre y se feliz" – resonó en mi cabeza la voz de mi pequeña.

"Sólo si me guías a él" – fue lo que contesté.

–Si eso es así… deberíamos dejarnos llevar, ¿no crees?

–Voy a tomarte la palabra – aseguró, mirándome, divertido. – No vale que luego me digas que quieres alejarte de mí porque soy famoso. – Rompí a reír, sin poder evitarlo.

–Eso es algo que yo totalmente diría – Nos fijamos en el cielo que se había nublado. De ahí el viento de la mañana, lo entendía completamente. – Parece que va a llover.

Como si fuese una película en la que están esperando que el actor diga esas palabras para activar la lluvia, esta empezó a caer y él rompió a

reír.

–Ven, vamos – tiró de mi mano y corrimos hacia el chiringuito más próximo. La gente entraba y salía de él mientras nosotros nos resguardábamos debajo del techo del porche. – Este lugar está abarrotado, deberíamos irnos. – Le agarré de la sudadera haciendo que volviese a prestarme atención.

–Quedémonos aquí. – Me mordí el labio inferior al darme cuenta de que me moría por besarle. Aquella vez no iba a huir de mis anhelos, así que acorté las distancias entre nosotros y me lancé a sus labios.

Se quitó la gorra para que nuestros labios encajasen a la perfección y soltó mi mano para agarrarme de la cintura con la intención de atraerme hasta él. Levanté las mías y me colgué de su cuello.

–Hay demasiada gente – me dijo, entre besos. –¿Quieres convertirte en la nueva comidilla del país? – bromeó, haciéndome reír. Me eché un poco hacia atrás, bajé los brazos y sonreí, observando como volvía a colocarse la gorra. – Escucha, si quieres…

–Podemos ir a otro lugar. – Terminé por él. Apreció el gesto y me cedió la gorra. Le miré sin comprender, observando cómo se colocaba la capucha de su sudadera. La acepté entonces, colocándomela, siguiéndole entre la lluvia.

A medida que lo hacía, una nueva sensación se iba expandiendo por mi cuerpo: me sentía libre junto a él, ni siquiera me importaba volver a romper esas reglas que dirigían mi vida o alejarme demasiado de mi zona de confort.

Nos detuvimos debajo del muelle, observándonos, con una gran sonrisa. Me coloqué frente a él, justo cuando comenzaba a hablar.

–Tienes algo aquí – le dije, apoyando la mano en su ceja, limpiando el agua que se le había acumulado ahí. – Sólo es agua – bajé la mano con rapidez, incómoda.

–¿No te da miedo estar aquí conmigo? – quiso saber. Sonreí, bajando la cabeza un momento, sin saber qué contestar. – Aquí en la playa, bajo la lluvia, donde todo el mundo puede vernos…

–Puede que haya decidido arriesgarme. – Contesté haciéndole sonreír, acercándonos con sigilo. – Puede que merezcas la pena – rio, bajando la cabeza, divertido. – No me da miedo, Noah. – Sonrió, acercando su rostro al mío para capturar mis labios con los suyos.

–Demuéstramelo – pidió. Sonreí, esperando a que dijese algo más. – Salgamos juntos esta noche.

–He quedado con mis amigos para salir luego. – Me agarró de la cintura para atraerme hasta él. ¡Cielos! ¡Cómo me encanta su cercanía! – Quizás podamos encontrarnos por casualidad también allí. – Rompió a reír, al darse cuenta de lo que estaba proponiendo. – No sería salir a divertirse, si no salir para encontrarnos… ¿no te parece excitante?

–Mucho – susurró en mi boca. – Pero esta vez, yo pongo las reglas. – Me mordí el labio inferior. Me sentía excitada y no era sólo por lo mucho que deseaba que volviese a meterse entre en mis piernas. Era mucho más que eso. – Atrévete a sentir, Rosi. Sólo tú y yo esta noche.

–¿Qué quiere decir? – sonrió, sin soltar prenda. – Noah…

–¿No puedes hacer algo sin saber el resultado?

–Lo haré y te mandaré luego la ubicación del lugar. – Mi actitud le hizo feliz de una forma que ni siquiera imaginaba.



Capítulo 10:

HASTA PRONTO.

(Noah)

La abrazaba por detrás, en las dunas donde la tierra aún estaba húmeda. Pero había escampado hacía un rato. Ambos mirábamos hacia las gaviotas de la orilla, el mar mojaba sus patas y ellas correteaban de un lugar a otro.

El sol estaba ya bastante bajo, pero el tiempo con ella pasaba tan rápido que ni siquiera quería pararme a pensar en la hora que era.

–Cuando era pequeño solía ir con mi padre a una playa en Oostende, al norte de Bélgica… – comencé, hablándole de aquello a alguien por primera vez en mi vida – solíamos sentarnos en la tierra seca y mirar hacia las gaviotas al atardecer. – Entrelazó sus manos con las mías, dándome apoyo. – Nunca me di cuenta de lo feliz que me hacían esos momentos, hasta ahora.

–No apreciamos esos momentos hasta que ya no están. No nos damos cuenta de lo importantes que son hasta que no podemos volver a repetirlos.

–Por eso quiero disfrutar cada momento contigo como si fuese el último. – Se recostó sobre mi hombro y cerró los ojos. Parecía muy relajada.

–Pertenecemos a mundos distintos. Así que … ¿hasta qué punto podremos disfrutar de esto?

–No pienses en el final. El final no es lo importante, estos momentos lo son.

–Hace un momento, bajo el muelle… te he confesado mis sentimientos. – Hice memoria, recordando lo último que había dicho. – Ya sabes, cuando he dicho que merecías la pena. – Me mordí el labio al darme cuenta de que tenía razón.

–Yo también pienso que tu mereces la pena. – Ladeó la cabeza, levantándola para observarme. – Nunca me he arriesgado con nadie, porque nadie merecía la pena, pero tú… eres la chica más especial que he conocido en mi vida. – sonrió, dándose la vuelta para abrazarme.

Me gustaba demasiado su cercanía, así que nos mantuvimos en silencio durante un largo rato hasta que ella volvió a colocarse en la posición anterior y se fijó en mi reloj.

–Sé lo que vas a decir: es tarde. Probablemente tus amigos estén preocupados y … – volvió a entrelazar nuestros dedos y besó mi mejilla. Me sentía demasiado bien con su cercanía.

–¿Sigue en pie lo de esta noche? – preguntó, nerviosa y divertida al mismo tiempo.

–Tienes razón. Lo de esta noche… – Lo había olvidado completamente. – Deberíamos irnos o no nos dará tiempo a arreglarnos. – Me puse en pie y la ayudé a hacerlo.

–No sé si es buena idea… Noah, la discoteca estará llena de gente.

–¿Gente? En realidad, sólo estaremos tú y yo, porque cuando te miro no existe nadie más – sonrió, entendiendo mi punto de verlo. La agarré de la mano, entrelazando nuevamente nuestros dedos y tiré de ella hacia la orilla para que nos fuese mucho más fácil caminar. – Nos encontraremos esta noche, por casualidad.

Caminamos juntos de vuelta al punto de partida, quería acompañarla al chiringuito *La casa del tío Sam*, antes de volver al hotel. Nos abrazamos sin darnos cuenta, y seguimos el recorrido, sin más.

–Tienes razón – dijo al fin, tras largo rato en silencio. – No quiero pensar en lo que pasará mañana, sólo quiero dejarme llevar.

–Es lo mejor – Ella estaba tan preciosa como siempre y me encantaba hacerla sonreír. Recién me apetecía bromear un rato. – No me conviene hacer planes de futuro con una mujer casada. – Me dio un golpe en las costillas y rompió a reír.

–No he sabido nada de él desde que se fue –confesó. Miré hacia el frente, sintiendo que aquella conversación se había vuelto seria por mi culpa. – Sinceramente, dudo que vuelva a verle. Ni siquiera se presentó en el entierro de Carmen.

–Quizás no se enteró de su muerte aún.

–Creo que aparecerá un día, cuando necesite casarse con otra persona, para pedirme el divorcio. – Sonreí, besando su cabeza. – Yo no pienso detenerme a esperarle. Quiero vivir, Noah.

–Escucha, tengo que volver al hotel. – Le dije justo cuando subíamos las escaleras hasta llegar arriba del todo. Sonrió, cediéndome la gorra. – Quédatela. – Se la quité de la mano y se la coloqué en la cabeza. Rompió a reír, divertida. – ¿Qué planes tienes para luego? Solo pregunto.

–Mis amigos quieren salir de fiesta y yo espero encontrarme con alguien allí. – Sonreí porque justo ella me seguía el juego. Estaba consiguiendo dejarse llevar, perdiendo el miedo a todo lo demás.

–Me voy a poner celoso – bromeé, haciéndola reír, con ganas durante un momento. Decidí cambiar de tema, para hacer más excitante nuestra quedada de más tarde. – Mañana … ¿te vas en tren o en coche?

–En coche –La agarré de la mano y la atraje hasta mí para besarla una vez más antes de dejarla ir. – ¿Y tú?

–En avión.

–Hasta pronto, Noah – se despidió, subiendo luego las escaleras hacia el chiringuito, dejándome atrás. Sonreí, porque sabía que iba a verla muy pronto.

(Rosaura)

Aún estaba preocupada. Una parte de mí estaba aterrada, pero en el fondo, algo me decía que estaba haciendo lo correcto. Ya no quería tener miedo de las cosas o dejar de hacer lo que me hacía feliz sólo por el miedo a perderlo. Él me había enseñado eso. Lo importante era el camino, no el destino final.

–Sí que tenías que despejar tu mente – se quejó mi amiga, al verme entrar en el piso. – Son las nueve y media de la noche, Rosaura. – Me encogí de hombros, sin darle importancia. – ¿Y esa gorra? – la cogió sin pedir permiso y la observó con cautela. – Del Real Madrid. – Se la quité de las manos antes de que hubiese descubierto algo más y me senté sobre el sofá. – Al final no te vienes esta noche ¿no? Yo también estoy cansada, pero estos están tan ilusionados.

–Claro que salgo. Es nuestra última noche en la ciudad, tenemos que aprovechar y vivir esta noche como si fuese la última de nuestras vidas.

–Pero … ¿quién eres tú y que has hecho con mi mejor amiga? – Rompí a reír – Dime la verdad… ¿has estado con un chico? – ¿cómo podía saberlo? A veces tenía la sensación de que ella era medio bruja.

–¿Tanto se me nota? – dije sin pensar. Sonrió, ilusionada, agarrándome de la mano.

–Cuéntame todos los detalles, ¿cómo es él?, ¿es guapo?, ¿a qué se dedica?, ¿dónde le conociste?, ¿está bueno?

–Eres abrumadora, amiga – Ahí estaba la razón de por qué no quería contarle nada. – Es guapo, muy guapo. Pero no me gusta por eso.

–Te gusta ¿eh?

–Sí, me gusta. Cuando estoy con él sólo quiero disfrutar de su compañía. Somos más parecidos de lo que se ve a simple vista. Él también ha perdido a alguien ¿sabes?

Le conté cosas sin importancia, como su nombre y lo a gusto que me sentía a su lado. Nada más, aún no estaba preparada para reconocer que estaba quedando con un futbolista.



Capítulo 11:

UN BAILE DISTINTO.

(Rosaura)

Estaba de los nervios aquella noche, por lo que apenas cené. Me vestí con uno de los vestidos de mi amiga, porque yo no había traído mucho más. Era rojo, de palabra de honor, precioso y me llegaba por encima de la rodilla.

–Estás hermosa. ¡Te queda mejor que a mí, tía! – bromeó Graciela. M coloqué los zapatos a juego con el vestido. Era toda una suerte que tuviésemos la misma talla de zapatos también. – ¿Vas a intentar ligarte a Mario? Porque te aseguro que, vestida así, conseguirás a cualquier tío que te propongas.

–¿A qué discoteca vamos al final? – pregunté despreocupada mientras agarraba la paleta de maquillaje y empezaba a colocar sombras aquí y allá. Me maquillé con un bonito dorado con brillantina y un delineado negro, remarcando mucho más mis ojos, con mucha máscara de pestañas.

–Goa, creo que se llama. – Me eché la base de maquillaje con esponja porque mi piel solo necesitaba igualar el tono – usa el labial rojo, a conjunto con el vestido. – agarré el labial que me pasaba y me maquillé los labios con él, para luego lanzar un beso al aire, haciéndola reír. – ¿Cuándo ha vuelto tu yo de la universidad? Esa Rosaura que se atrevía con todo, sin mirar atrás, dejándose llevar por las locuras de su mejor amiga.

–Acaba de volver – bromeé, abriendo los brazos para recibir su abrazo. Ambas rompimos a reír, aferrándonos a la otra. – Pero se marchará en cuanto volvamos a Murcia.

–No lo creo. Volveré a traerla en cuanto te distraigas.

Agarré el teléfono móvil y me fijé en que tenía un mensaje suyo.

Noah:

"Se me han complicado un poco las cosas, no sé si podré ir. Mándame la dirección de todas formas, por si acaso."

Yo:

"¿Qué ha pasado?

Estaremos en Goa."

Noah:

"Mi mánager me ha pillado, pero estoy intentando convencer a Chris de que venga conmigo. Luego te aviso si al final voy."

Yo:

"¿Quién es Chris?"

Noah:

"Christiano Ronaldo."

¡Cielos!

Empezaba a tener dudas por momentos.

Estaba aterrada.

Yo:

"Esto es una mala idea."

Noah:

Haría cualquier cosa por volver a verte, Rosi.

Sonreí. Él era todo un encanto y ni siquiera quería pensar en nada más. En mis miedos o en cualquier otra cosa que pudiese estropearlo.

No volví a recibir ningún mensaje por su parte.

"Quizás no lo había logrado y no podría escaparse."– Pensaba en la puerta de la discoteca, esperando la larga cola que había para entrar, mientras Ulises hablaba por mensajería con su colega, el que nos había conseguido apuntar en lista.

–Listo – admitió, levantando la mano. El portero le hizo una señal con

la mano para que se acercase a la zona vip. Abandonamos la cola de la gente normal y nos colamos por esa entrada.

Era una discoteca enorme, con una terraza y unas vistas espectaculares. El lugar estaba ambientado en la antigua Roma: grandes columnas griegas, decoración en dorado y rojo, y estatuas de desnudos griegos en la puerta, junto al pasillo que daba a los baños.

Entramos en la sala. La música electrónica retumbaba en las paredes y las gogos pintadas de dorado, resaltaban sobre el escenario. Los camareros vestidos con una túnica y maquillaje dorado en los ojos, formando una máscara extraña.

Nos pedimos una copa con hielos de colorines que brillaban en la oscuridad.

Me lo estaba pasando en grande, a pesar de que la música no era de mi estilo y de que mis planes no habían salido como esperaba.

Mi móvil vibró en mi mano, cuando iba por la sexta copa, bastante chispada, tengo que admitir. Abrí la aplicación de mensajes y miré hacia él, mientras mi amiga me tiraba del brazo para que dejase aquello, y bailase con ella aquella canción comercial de Sia.

Noah:

"Es de locos que esté haciendo esto. Me he escapado.

No he podido convencer a Chris, y mi hermano estaba de lo más pesado, así que me he largado cuando pensaban que dormía.

Estoy deseando verte, Rosi.

¿Dónde estás?

Esto es enorme, y me ha costado la vida entrar, había un pedazo de cola que llegaba hasta la esquina.

Aforo completo me han dicho. Ni siquiera me han reconocido.

Eso es una buena señal ¿no?"

Yo:

"Estoy dentro.

Voy por mi sexta copa.

Estoy junto al dj, llevo un vestido rojo."

Miré hacia la puerta, aunque era un poco imposible intentar ver nada,

había demasiada gente.

Una canción de ***Selena Gómez*** comenzó, ***Love You like a love song***. Me encantaba esa canción. Me giré, buscándole por todas partes, pero era en vano, no había rastro de él por ninguna parte.

Mi móvil volvió a sonar.

Noah:

"¿A quién pretendías seducir con ese vestido?"

Sonreí, mordiéndome el labio, mientras mi amiga volvía a empujarme, para que le echase cuenta y dejase el móvil de una vez.

–Espera – ordené, cansada de sus continuos toques de atención.

Yo:

"¿Dónde estás?"

Pero al levantar la vista le vi: estaba junto a uno de los muros del local dejándose caer en la viga. Sonreí, como una idiota, observando su cabello: lo tenía rebelde, suelto y apenas podía vérsele bien la cara.

Caminé hacia él sin tan siquiera despedirme de mis amigos y me mordí el labio al llegar hasta él, que me agarró de la cintura, sin previo aviso, y siguió el ritmo de esa canción dedicándome sonrisas cómplices a cada tanto.

Me sentía bien, ni siquiera me importaba la gente que podría descubrirle, sólo quería dejarme llevar.

–¿Qué te has hecho en el pelo? – me atreví a preguntar, metiendo la mano debajo de los mechones de su nuca para tirar de ellos hacia atrás. Sonrió sin decir nada. – ¿Es para que la gente no te reconozca?

–Es el resultado de salir con prisas, sin peinarme. – Rompí a reír.

Me lo pasé genial, bailando con él, como si sólo estuviésemos nosotros, como si el tiempo se hubiese detenido. Me encantó eso.

–Estoy muy tentado a decir esas palabras – bromeó, cuando bromeábamos sobre nuestros días en el balneario. – Es difícil no pensar en ello, cuando vienes así vestida…

–Así que… quieres besarme – rompió a reír.

–Oh, cariño, quiero hacerte mucho más que eso – me atrajo más hasta él y se lanzó a mis labios. En cualquier otro momento me habría resultado demasiado osado, en aquel no. Porque yo había estado deseando justo eso desde que mis ojos se posaron en él. Volví a enredar mis dedos en los mechones de sus cabellos y me fundí en un apasionado beso que me hizo perder la noción de todo. – Esta vez no será algo espontáneo – me dijo, retirándose un poco para observarme. – Quiero que sigamos en contacto, Rosi.

–Vamos a otra parte – pedí porque me moría por sentirle entre mis piernas. La culpa de que fuese tan atrevida la tenía el maldito alcohol.

Sonrió al percatarse de ese pequeño detalle, sintiéndose agradecido de estar despertando algo así en mí. Sabía que él también se moría por hacer aquello conmigo, pero su respuesta no la esperé.

–No. No quiero que tengamos sexo y tratarte como a cualquier chica de una noche, Rosi – me sorprendió demasiado su actitud. – Tu mereces mucho más que eso. – Sin embargo, me gustó aquella frase.

–¿Cuándo? – quise saber, incapaz de aceptar un no por respuesta. – Noah…

–Pronto. Bailemos – volvimos a movernos al son de la canción que sonaba en aquel momento. ***Closer de The Chainsmokers y Halsey.***

–¿Sueles hacer locuras como estas? – pregunté. Sonrió. – Escaparte del hotel para ir en busca de una chica que te gusta.

–No. Pero tú mereces que aposten por ti. – Sonreí, me encantaba cuando me trataba así. Él era un buen chico, a pesar de las apariencias.

–¿Tú crees? – sonrió, acercando su rostro al mío, volviendo a besarme. La forma en la que nuestros labios se entrelazaban me abrumaba. Era

como si supiesen exactamente lo que tenían que hacer, como si hubiesen sido creados para estar de aquella forma. Me hacía estremecer e invadía mi corazón con esa sensación cálida, aplacando hasta el último rastro de miedo que hubiese en mis entrañas.

Mordió mi labio inferior en cuanto hicimos otra parada para mirarnos a los ojos. Estaba demasiado apuesto, a pesar de tener su rebelde cabello por toda la cara.

–Estás muy guapo con el pelo así. – Traté de peinar su cabello y me gustó que este volviese echarse indomable hacia adelante. Rompió a reír.



(Noah)

Estar con ella en un local lleno de gente, donde cualquier podría reconocerme era una puta locura, pero en aquel momento tan sólo quería estar junto a ella. Porque no sé qué tenía esa mujer, pero me volvía loco, en muchos aspectos.

Tiró de mí hacia la barra para pedir algo para beber. Lo cierto es que necesitaba algo, tenía la boca seca después de todas las estupideces que hice para estar allí.

Sólo quería una cerveza. No quería perder la cabeza.

No me gustó nada que los hombres la devorasen con la mirada con grandes aspiraciones de llevársela a la cama. Porque ella era mía y yo no iba a soltarla jamás.

–Aquí tienes – dejó la cerveza a mi alcance y sonrió antes de tomar un trago a la suya.

Acerqué mis labios a los suyos y volví a besarla. En aquel momento tan sólo quería defender mi territorio y quitarles las ganas a todos esos tíos de lanzarle la caña. Se aferró a mis brazos algo mareada. Ilusa, yo no iba a soltarla jamás.

–Tío – comenzó una voz detrás de nosotros, ni siquiera lo hoy al principio, pero me puse alerta al escuchar lo que vino después. – ¿Ese de ahí no es Hazard? El jugador del Real Madrid.

–Pero… ¿qué dices?, ¿cómo va a ser él? – contestaba el que le acompañaba.

–Vámonos a otra parte – pedí hacia ella. – Hay demasiada gente disfrutando del espectáculo de tu cuerpo y yo te quiero solo para mí – bromeé, para que ella no sospechase. Sonrió, divertida.

–Me despido de mis amigos y salgo – prometió. La solté de la mano y la observé marchar, antes de volver a colocarme el flequillo en la cara para que no me reconociesen. Salí a trompicones porque la discoteca estaba tan llena que era imposible hacerlo de otra forma.

Yo:

“Te espero fuera, me estoy agobiando con tanta gente.”

Rosi:

“Vale.”

Sonreí en cuanto la vi y le cedí la mano para que nos marchásemos calle abajo, hacia la playa.



En la oscuridad de la playa, escuchando de fondo las olas del mar llegar a la orilla, con mis labios aferrados a los suyos, y mis manos aferrándose a su cintura, nos encontrábamos sentados en la arena.

–Deberías marcharte al hotel – comenzó, haciendo una parada para respirar – en unas horas tendrás que irte a Madrid.

–Ahora mismo todo eso me importa una puta mierda – me quejé, acariciando su mejilla con la mano antes de volver a besarla de esa forma arrebatadora que tanto necesitaba. – Sólo quiero quedarme aquí a disfrutar del tiempo que me queda contigo.

Nuestros labios volvieron a unirse y no se separaron por un largo rato, hasta que ella gimió al sentir el contacto de mis dedos debajo de su vestido, entre sus piernas.

La situación se me estaba escapando de las manos, más cuando la deseaba tanto.

–¿Y si nos bañamos? – se puso en pie para evitar que sucediese algo más sexual entre ambos y yo lo agradecí. – Podemos añadir una locura más a la lista. – Se quitó los zapatos y el bolso, bajó la cremallera de su vestido y se desnudó a escasos centímetros de mí. Verla de esa forma tan sólo me nubló la mente… porque me moría por acostarme con ella. Se metió en el agua y me miró. – ¿Vienes?

Me puse en pie, me quité los zapatos, la chaqueta, la camisa, los pantalones y corrí tras ella hacia el agua. Estaba helada y la excitación nos nubló la razón, metiéndonos hasta la cintura. Sonrió en cuanto estuve frente a ella, tan sólo alumbrados por la luz de la luna, bajo un cielo lleno de estrellas.

–Ojalá tuviésemos más tiempo… – susurró. Agarré su rostro entre mis manos y lo acaricié despacio.

–Volveremos a vernos – prometí, aferrándome a sus labios una vez más. Besarla me hacía sentir en la luna y no podía parar. – Aún no sé cuándo, dónde ni como, pero … – Volvió a besarme de esa forma arrebatadora que me volvía loco y de un leve salto se abrazó con sus piernas a mi cintura.

–La próxima vez me harás lo que tanto necesito. – Mis manos se establecieron en sus nalgas y la conduje hacia mi más que preparado miembro, haciéndola estremecer.

–Me está costando mucho resistirme, Rosi – Confesé haciéndola sonreír.

–No te resistas más. – Fue eso justo lo que necesitaba para quitar el freno. La penetré con impaciencia y ambos nos dejamos llevar por el calentón del momento.

La besé apasionadamente entre gemidos porque necesitaba hacerlo. Me gustaba demasiado besarla y nunca antes me di cuenta de eso.

–Deberíamos parar – dije en medio de aquella enajenación mental. – No estamos usando condón, Rosi.

–Deberíamos salir y seguir fuera. – Sugirió altamente ansiosa.

–No me he traído ningún condón y el que tenía en la cartera para emergencias lo gasté hace mucho.

–¿Quién va a una cita sin condones, Noah? – Se quejó haciéndome sonreír.

–No estaba pensando con la polla al pensar en ti hoy, Rosi. – Le gustó que le dijese algo así y entonces me fijé en que su labio inferior temblaba a causa del frío. – Salgamos, hace frío.

La ayudé a colocarse el vestido, que con la piel mojada le costó horrores, los zapatos, y luego se sacudió el cabello, observando como yo me colocaba la camiseta, los pantalones y todo lo demás podía esperar.

Nos sentamos en un banco, en el paseo, y yo aproveché para colocarme los pantalones, ya que estaba un poco más seco.

–¿En qué piensas? – pregunté, al verla tan pensativa.

–En la semana tan agotadora que me espera cuando vuelva a Murcia. Me han programado un montón de operaciones y tengo una charla el viernes, en la universidad.

–¿Una charla sobre qué? – quise saber, mientras me colocaba los calcetines y posteriormente los zapatos, sin quitar atención de lo que me respondía.

–Temas de medicina – contestó.

–Suena aburrido.

–Es excitante. Me gusta mucho mi trabajo, Noah. – Sonreí, dándome cuenta de las similitudes entre nosotros. – Me apasiona tanto abrir un cerebro como a ti jugar al fútbol.

–Somos más parecidos de lo que crees – añadí, mientras ella se subía sobre mí y volvía a besarme. Me sentía bien con ella cerca, me encantaban sus besos, esa sensación que creaba dentro de mí.

Quería estar con ella. Quería verla cada día y …

¡Joder!

¿Por qué teníamos que vivir en ciudades separadas?

–En el fondo somos dos personas que encajan a la perfección – admitía, entrelazando mis mechones de cabello a sus dedos, con una gran sonrisa. – Es como cuando te pruebas miles de zapatos, y ninguno es el adecuado, hasta que, al fin, un día, te pones unos que te

sientan genial, son cómodos y te hacen sentir tu misma, o incluso mejor.

–¿Me estás comparando con un par de zapatos? – bromeé, divertido, haciéndola reír, durante un rato.

Era la primera vez que alguien me ponía un ejemplo tan raro como ese, pero era original, me gustaba.



Capítulo 12:

ACABARLO.

(Noah)

La semana fue agotadora entre comerciales, entrenamientos y ruedas de prensa sobre mi vuelta al campo. Todo el mundo estaba entusiasmado, y yo el primero, no os lo iba a negar. Pero hablar con ella a diario, fue justo lo que necesitaba para estar a tope en mi día a día.

Puse el hilo musical por toda la casa, saludé a Rey y subí a la planta de arriba, dejando luego la bolsa en el pasillo, metiéndome en el baño, comenzando a desnudarme, al ritmo de ***Watermelon Sugar de Harry Styles***. Me gustaba mucho esa canción.

Me di una ducha, quitándome el barro de las manos, esa maldita mañana lluviosa tenía el campo lleno de barro, era una asquerosidad.

Dejé caer las manos y sentí caer el agua sobre mi cabeza. Era agradable. Con ojos cerrados, pensando en esa bonita sonrisa, su mirada de complicidad sobre la mía, su risa que invadió mi mente por completo.

"La próxima vez que nos veamos me harás eso que necesito." – resonó en mi cabeza. Sonreí, porque ella me deseaba tanto o más que yo a ella.

Apoyé la mano sobre mi pecho, recorriendo mis pectorales, mi abdomen…

Uff estaba buenísimo, era un puto dios griego, una escultura del neoclásico, ¿cómo no iba a desearme?

Agarré la gelatina de ducha y la refregué por mi cuerpo, creando la espuma que necesitaba para enjabonarme.

Salí de la ducha, cogí la toalla y comencé a secarme con ella, mirándome entonces en el espejo aún empañado. Sonreí, divertido, porque aún en aquellas circunstancias, amaba mi cuerpo. La clave para ser feliz es esa, ser el puto amo y ser consciente de ello.

Y vuelta a mi rutina facial. En momentos como aquel me sentía como una tía. Sonreí, echando el tónico en mi piel a toques, colgando luego la toalla en la percha, recorriendo completamente desnudo mi casa, hasta llegar a la habitación.

Abrí el cajón del armario y saqué unos calzoncillos. Me los coloqué y luego volví al cuarto de baño, donde me eché el sérum facial, el contorno de ojo y el humectante. Y cambiando de zona, luego

embadurné el resto de mi piel en crema hidratante, lo cierto es que iba alternando, unos días me echaba crema, y otros, aceite, iba dependiendo de la textura que me apeteciese usar ese día. El desodorante fue lo que usé después, antes de marcharme de nuevo a la habitación y comenzar a vestirme. Me puse algo cómodo, porque no iba a salir el resto del día. Era domingo y ya había tenido el entrenamiento de la mañana. Así que estaba más que listo para meterme dentro de ese chándal tan cómodo, con el logo de una famosa marca española en el pecho.

Bajé al salón, donde Rey me esperaba para que le diese montones de mimos. Me tumbé sobre el sofá, echando una leve mirada a la mesa de la cocina, que podía verse desde aquel punto, por supuesto Mamen me había dejado la comida preparada antes de irse. Era todo un encanto de mujer.

Mi perro no tardó en subirse al sofá para recibir mimos. Mi perro era el rey de la casa, lo consentía demasiado.

Ni siquiera tenía hambre, lo único que quería hacer era hablar con una persona en la que no podía dejar de pensar. Alargué la mano hacia la mesa, cogiendo el teléfono móvil, marcando su número, esperando, impaciente.

–Hola, preciosa – saludé en cuanto ella descolgó, pero me sorprendió escuchar la voz de un niño al otro lado.

–Hola – saludó el pequeño – mi tita está ayudando a la abuela con el pastel – aseguraba. Sonreí, porque me encantó que ella fuese tan familiar. – ¿Quién eres? Es para decirle que tiene una llamada tuya.

–Soy Noah. ¿Y tú? – pregunté, sacándole conversación, porque lo cierto es que me encantan los niños, a pesar de las apariencias. Dave, mi hermano mayor, el que va justo por encima de mí, tienes tres hijos, y cuando nacieron estuve presente en cada uno de sus nacimientos. Siempre que iba a casa, les llevaba regalos y era un tío súper enrollado. Sabía que me echaban de menos, y odiaban que viviese tan lejos, pero así es la vida.

–Yo soy Pedro – aseguró, con una gran sonrisa. – Tienes un acento raro – rompí a reír, sin poder evitarlo. Ese niño tenía buen oído.

–Eso es porque soy belga.

–¿Belga? – repitió, como si no pudiese creérselo. – Mi jugador favorito del real Madrid también es belga. – Se notaba que aquel niño era muy hablador e igual de entusiasta que yo, porque no paraba, ni siquiera parecía estar cerca de pasarle el teléfono a su tía. – Hazard, es mi favorito, ¿y el tuyo? – Sonreí, al darme cuenta de que él era un gran fan.

–Mi favorito es Christiano Ronaldo – bromeé, empezó a darme un millón de razones de porqué debía elegir a Hazard, hablando de todos mis logros en el campo y de algo de mi personalidad, según la prensa.

–¿Qué hace el niño con tu teléfono, nena? – preguntó una voz detrás del pequeño, lejana, porque el niño no dejaba de hablarme sobre lo maravilloso que era Hazard.

–¿Quién es, Pedro? – preguntó ella. Al fin, porque, aunque me gustasen los niños, y era agradable ver a un entusiasta de mí mismo, en aquel momento me moría por escuchar la voz de esa chica.

–Es Noah – contestó, cediéndole el teléfono a su tía. Esta agarró el teléfono, con rapidez.

–¿Noah? – preguntó, como si aún no pudiese creer en las palabras de su sobrino.

–El mismo – contesté, haciéndola sonreír.

–¿Qué hacías hablando con mi sobrino? – se quejó. Rompí a reír, antes de contestar.

–Es un gran fan de Hazard, no podía dejar de hablar con él – sonrió, para luego sentarse en el sofá, ignorando a sus padres y a su sobrino, fijándose sólo en mis palabras. – ¿Qué tal tu día, preciosa?

–Está yendo bien, un día en familia. Lo necesitaba. – Sonreí, me encantaba ella, me calmaba de forma sobre natura. – ¿Y tú? ¿Cómo

fue el entrenamiento?

–Pues quitando el hecho de que hoy parecía un cerdo en estiércol, con la lluvia y el barro… ha ido bien – rompió a reír, nerviosa. – ¿Cuánto tiempo voy a tener que esperar para escuchar esa preciosa risa en persona? – bromeé. Sonrió, al otro lado. – Estoy imaginándolo justo ahora, nuestro próximo encuentro… quizás en una discoteca… si es así, voy a empezar a salir ahora mismo.

–Sobre eso… tengo una noticia. – La escuché con atención, quería saber que era lo que tenía que decirme. – La semana que viene tengo una convención en Madrid. Mi jefe me ha avisado esta mañana, que me quiere allí para que presente mi patente.

–¿Qué día? – quise saber, entusiasmado, porque me moría de ganas de volver a verla. – Porque la semana que viene la tengo incluso más llena que esta, pero … como es obvio … haré un hueco para verte.

–El jueves. Nos quedaremos hasta el domingo, así que tendré que aplazar todas mis operaciones para cuando vuelva. – Se detuvo un momento antes de continuar. – Así que… no suena tan descabellado eso de que volvamos a vernos en una discoteca. – Rompí a reír. Me encantaba que dijese las cosas sin pensarlas demasiado, que fuese tan directa. Me volvía loco.

–Es una buena noticia, ¿sabes? Porque estaba empezando a imaginarme a mí mismo haciendo locuras, como escaparme un fin de semana a Murcia. – Volvió a reír, y yo volví a enamorarme de ese precioso sonido.

–No sabía que tuvieses tantas ganas de verme – se quejó, mordiéndose el labio, tímida.

–Incluso más que la primera vez que tuve que decirte adiós, en el balneario.

–Esta vez era un hasta pronto, ¿recuerdas?

–Quiero verte – imploré.

–Y yo. ¿deberíamos hacer una video-llamada la próxima vez? – reí, sin poder evitarlo.

–No estaría mal, mirar a esos preciosos ojos mientras hablamos.



Estaba histérico ese día, ni siquiera había podido concentrarme en el entrenamiento y mi hermano estaba que echaba chispas, pero yo sólo podía pensar en volver a verla. Kyllian no me comprendió que le dijese que quería ir a la feria de medicina. Me daba igual. Yo sólo quería, pero como de costumbre no pude quitármelo de encima, así que allí estaba junto a ese pesado, observando a aquella preciosa chica allí que le explica a todas aquellas personas la correcta extracción de una bala de un cerebro, con un instrumento de su propia invención: eran unas pinzas, muy precisas, con imanes en las puntas, lo suficiente potentes para extraer la bala con éxito, sin necesidad de hurgar mucho en el cerebro del paciente, sin crearle daños colaterales, tras la operación. La forma en la que ella lo explicaba era con un lenguaje mucho más técnico, pero en resumidas cuentas eso fue lo que dijo. Estaba preciosa allí arriba, disfrutando de su trabajo, mientras yo sólo podía sentirme orgulloso, porque ella había superado su miedo a operar.

–¿Ahora te interesa la medicina? – se preocupaba mi hermano, justo cuando aplaudía después de su presentación. – No me he enterado de nada de lo que ha dicho – sonreí, divertido, para luego fijarme en ella, que se bajaba del atrio y saludaba a varios entendidos en el gremio, con un apretón de manos, haciéndose fotos con sus fans, contestando a las preguntas que estos le hacían sobre la presentación.

Me di cuenta de algo en ese justo instante: ella también tenía su público, era famosa entre los de su profesión. No tanto como yo, eso estaba claro, pero para mí era toda una heroína. Ella salvaba vidas.

Ni siquiera me acerqué, pues me sentía bien mirándola desde lejos. Estaba en su salsa y no quería interrumpirla en eso. En aquel

momento me daba igual si la gente me reconocía, a mi hermano parecía importarle un poco más, pero ni siquiera oí sus suplicas.

Ella se percató de mi presencia poco después. Sonrió, sorprendida de verme allí, disculpándose con los que la rodeaban, incluso con su jefe y acortando las distancias que nos separaban.

–¡Noah! ¿Qué haces aquí? – mi hermano dejó de prestar atención a nuestro alrededor y se fijó en ella, con desconfianza. – No te esperaba, no pensé que pudiese interesarte la convención.

–La convención no. Me interesas tú – nos sonreímos como dos idiotas antes de que el carraspeo de mi hermano nos interrumpiese. – Rosi, este es mi hermano Kyllian, me acompaña a todas partes, porque es mi mánager.

–Hola, Kyllian, yo soy Rosaura Mejide… – la corté antes de que hubiese terminado

–La mejor neurocirujana del país – sonrió hacia mí, divertida. – No está mal ¿eh? La mejor neurocirujana del país y el mejor futbolista. De revista. – Bromeé. – ¿Te apetece que demos una vuelta por aquí? – le pregunté, levantando la mano para que la cogiese. Sonrió, apoyándola sobre la mía, aferrándose a ella después. Miré hacia Killian. – No te importa, ¿Verdad, hermanito? – Este puso los ojos en blanco, con resignación, dando un paso hacia atrás. Sabía que me esperaba una buena reprimenda luego, pero en aquel momento, no quería pensar en eso. – Has estado muy bien ahí arriba.

–¿Te ha gustado?

–Es interesante, unas pinzas con imanes – contesté, dejándole claro que la había escuchado.

–No es exactamente eso, pero sí. Es algo en lo que estuve trabajando, incluso antes de lo de Carmen, y lo terminé hace unos meses. Ni siquiera me acordaba ya de ello, pero mi jefe me lo recordó el otro día, incitándome a patentarlo. Alfredo, mi jefe, opina que es algo novedoso para este campo.

–Eres incluso más espectacular de lo que pensaba – bajó la cabeza, avergonzada, mientras yo le daba un leve apretón a la mano que aún sostenía. – Lo digo en serio, tienes incluso más fans que yo. – Rompió a reír y yo me enamoré de ese maravilloso sonido un poco más. – Creo que lo tuyo tiene más mérito. Quiero decir… yo divierto a personas, pero tú… – nos detuvimos antes de llegar al stand farmacéutico de Cinfa, girando nuestros rostros para observarnos. Nuestras miradas decían tanto que me sentía abrumado. ¿Cómo era posible que no necesitásemos palabras para comunicarnos? Era algo mágico – … tú les salvas la vida.

–¿Eres Hazar? El jugador del Madrid – dijo un señor mayor frente a nosotros. Sonreí, asintiendo después. – Estuviste sublime en el último partido.

–Muchas gracias – agradecí, mientras ella soltaba mi mano, nerviosa, echándose a un lado.

–Tenemos que irnos – dijo mi hermano a mi lado. No entendía cómo había podido llegar tan rápido. Pero lo comprendí tan pronto como me fijé en mi alrededor, había gente mirándome, cuchicheando. Ella se dio la vuelta, sin tan siquiera despedirse, volviendo a su stand y no era algo que podía reprochar. La situación se había complicado.

Me monté en el coche, junto a mi hermano, mirando por la ventanilla, apoyando el codo en ella, acariciándome los labios con el dorso de los dedos, pensando en Rosaura.

–Ha sido una estupidez venir aquí, Noah – comenzó mi hermano – un lugar con tanta gente… podría haber habido una avalancha, sin guardaespaldas, ¿cómo te habría sacado de ahí? – se sacudió el cabello, preocupado. Entendía perfectamente su enfado, había sido una estupidez por mi parte, pero mis ansias por verla me habían nublado la razón.

Saqué el teléfono en cuanto este vibró en mi pantalón. Lo observé, mirando hacia el mensaje que ella acababa de enviarme.

Rosi:

“Quizás deberíamos posponer lo de esta noche.”

Marqué su número, ignorando el sermón de mi hermano, esperando a que contestase, pero no lo hizo. Lo intenté dos veces más, pero no hubo respuesta. Eso sólo me preocupaba más.

Miré hacia la conversación que tenía con ella, dándome cuenta de que había enviado dos mensajes más.

Rosi:

"Quizás nos equivocamos al intentarlo.

No creo que debamos seguir haciendo esto."

–¡Joder! – dije en voz alta, sorprendiendo a mi hermano, que jamás me había visto tan enfadado.

Un nuevo mensaje llegó, y yo volví a mirarlo.

Rosi:

"El nivel de fama que puedo soportar es este: subida a un atrio hablando sobre lo que me apasiona, tomándome fotos con colegas del gremio, aceptando alguna entrevista para hablar sobre medicina, contestando a preguntas sobre ello.

No quiero que la gente hable de mí de otra forma, Noah. No quiero ser la nueva amiga de cierto futbolista, no quiero manchar mi reputación con cotilleos o ensuciar mi nombre con artículos en la prensa rosa."

Lo entendía perfectamente. Ella no era como las demás chicas que conocía. Era lista, responsable con su trabajo y sabía perfectamente lo que quería en su vida. Yo no estaba dentro de sus prioridades y nunca lo estaría si seguía dedicándome a lo que me apasionaba. Pero yo era como era, no quería dejar el fútbol, porque igual que a ella le apasionaba la medicina, a mí me apasionaba el fútbol.

Ella tuvo razón desde el principio, pertenecíamos a mundos distintos.

Yo:

"Dijiste que querías dejarte llevar."

Rosi:

"Y lo he hecho, pero no puedo seguir arriesgándome. No puedo echar por tierra todo lo que he tardado tanto en conseguir.

Esta es mi vida, así soy yo.

No puedo estar con un futbolista, Noah.”

Yo:

“Pensé que querías arriesgarte porque valía la pena…

No tengas miedo y arriésgate a vivir. ¿No crees que Carmen se sentirá triste si te niegas ese derecho?

Después de todo lo que ella ha logrado desde ahí arriba, porque sigo pensando que ha sido ella, la que nos ha unido…”

Me negaba a aceptar que había terminado, no cuando ni siquiera había empezado. Estaba usando a su hija para convencerla de que me diese otra oportunidad. Me había convertido en el capullo manipulador de siempre y eso sólo me hizo incluso más daño. Le hablé antes de que hubiese respondido, justo cuando escribía para darme una respuesta.

Yo:

“Olvídalo.

Borraré tu número ahora mismo si es lo que quieres y me olvidaré de todo esto.”

Rosi:

“¿Puedes darme un poco de espacio?

Necesito pensar en todo esto, Noah.”



Capítulo 13:

MIEDO.

(Rosaura)

Llevaba el resto de la semana sin hablar con él. Me sentía fatal, justo iba a marcharme a Murcia esa tarde y no volvería a verle. Estar en la misma ciudad que él me daba miedo, encontrarme con él y que la gente opinase sobre nuestra relación.

Sabía perfectamente que era lo que no quería: que me relacionasen con alguien como él, manchar mi nombre y mi reputación con toda esa mierda era algo de lo que me arrepentiría toda mi vida. Pero … es que él era tan genial como persona y lo que me hacía sentir cuando estábamos juntos era tan increíble que dolía no intentarlo.

Quizás fue eso lo que me hizo recapacitar o pensar en no volver a verle cuando me fuese a Murcia, quizás fueron las dos cosas o quizás no fue ninguna. Pero le llamé.

Estaba en la calle, frente a la cafetería en la que desayunaba con mis compañeros y mi jefe, esperando impaciente la llamada. Pero no lo hizo.

Colgué el teléfono y volví dentro, sonriéndoles a los demás, volviendo a poner toda mi atención en mi café.

De vuelta al hotel recogí la habitación, cerré la maleta y me senté sobre la cama. Nuestro vuelo salía después de comer, a eso de las tres y media, pero teníamos que dejar la habitación a las doce.

Saqué el teléfono del bolsillo de la chaqueta y observé la pantalla. No tenía ningún mensaje nuevo.

Yo:

"Te he estado llamando, pero no lo coges. Mi vuelo a Alicante sale a las tres y media. Voy a necesitar un poco más de tiempo, Noah.

Sé que mereces la pena, eso lo sé. Pero … no puedo echar a perder mi vida por un hombre.

Sé que quizás te parezca egoísta, pero … después de todas las cosas que me han ocurrido, creo que merezco ser egoísta por una vez.

Siento mucho no ser cómo esperabas, no poder arriesgarme con esto ciegamente.

Entenderé perfectamente que quieras mandarme a la mierda, que …

Dejé de escribir tan pronto como recibí la llamada de mi jefe, me estaban esperando en recepción. Mandé el mensaje sin darme cuenta, bloqueé el teléfono y me marché, sin más.

Él no contestó al mensaje, ni siquiera lo leyó. Quizás estaba ocupado. Entendía perfectamente que su mundo no girase en torno a mí. Seguramente estaría entrenando o en algún comercial.

Comimos un sándwich en una cafetería del aeropuerto y nos montamos en el avión justo después. Le quité el sonido al móvil para no molestar a los demás, era una manía que tenía desde que iba a visitar a Carmen al hospital, solía hacerlo para no despertarla.

Colocaba las maletas en la balda de arriba, justo cuando una niña de no más de tres años de edad hacía un berrinche, un par de asientos por delante del mío.

–Carolina – se quejó la mujer que estaba junto a ella. – Si no te portas bien, papá te dará una torta en el culo. – La niña la miró, molesta, sentándose junto a ella, con los brazos cruzados, mientras el padre colocaba las maletas en la balda, girando un poco la cabeza, despreocupado.

La incredulidad visitó mi rostro y dejé de poner atención a lo que hacía. Como consecuencia la maleta se me cayó encima, dándome un gran coscorrón en la frente.

Caí al suelo con la maleta encima, mientras varias personas se fijaban en mí, incluido ese tipo.

–Rosaura ¿estás bien? – se preocupó Alfredo, ayudándome a levantarme antes de fijarse en el rasguño que me había hecho en la frente: un feo corte con el pico de la maleta y un moratón que estaba comenzando a aparecer. – Eso tiene mala pinta. – Cogió la maleta y la colocó en la balda de arriba mientras el chico de antes llegaba hasta nosotros.

–¿Rosaura? – me giré para encararle, aún algo mareada por el golpe. Aún no podía creerme que estuviese allí. – ¿Eres tú? ¡Vaya! ¡Qué coincidencia!

–¿Pablo? – preguntó mi jefe por mí. Yo seguía en shock. Pablo estaba allí. Mi marido. Junto a una mujer y su hija. – ¡Cuánto tiempo! – ambos se saludaron con un apretón de manos mientras yo los ignoraba y me sentía totalmente fuera de lugar.

Rompí a reír, sin ganas. La situación me parecía del todo irreal. Nos abandonó a su hija y a mí, nos dio de lado y le dio igual si se moría, y en aquel momento estaba con otra mujer, y parecía haber tenido otra hija. ¿Tan poco le habíamos importado? ¿Tan poco significó para él Carmen, que se creía que podía remplazarla con tanta facilidad?

Lágrimas de impotencia invadieron mi rostro. Cada recuerdo del infierno que viví en el hospital, luchando contra la enfermedad de mi hija invadieron mi mente, creando en mí esa ansiedad, que ni siquiera me dejaba respirar.

–Necesito salir de aquí – dije en voz alta haciendo que mi jefe me mirase sin comprender, al igual que Pablo. Me abrí paso entre la multitud, importándome bien poco las palabras de la azafata y todo lo demás. No me detuve hasta que no estuve fuera, respirando el aire contaminado de las calles de Madrid, dándome cuenta entonces, de lo que había hecho. Iba a perder el avión.

Miré hacia atrás, teniendo la tentación de volver, mientras mis cabellos se movían de un lado a otro a causa de la brisa de aquel día. Quería volver, necesitaba volver, tenía obligaciones que atender en Murcia, tenía…

Pero no podía moverme. Mi cuerpo no me respondía. Tenía miedo y el pánico me invadió de nuevo.

Me tapé la cara con las manos, intentando relajarme y apartar todo aquel miedo, desesperada, escuchando entonces la voz de mi ángel.

"No tengas miedo, mamá – me decía aquel día, en el hospital, agarrando mis manos, con las suyas – *nunca dejes que el miedo te quite los bellos momentos que aún nos quedan por vivir. Puede que nos quede poco tiempo para estar juntas, pero no pienses en el final, piensa en los momentos que aún vamos a disfrutar juntas. Papá no está aquí, pero eso no me preocupa, porque él se perderá estos momentos que yo solo quiero compartir contigo"*

Sus palabras calmaron mi alma.

Bajé mis manos, mirando hacia el otro lado, sonriendo levemente, porque ya no tenía miedo. Carmen seguía allí, cuidando de mí, seguía guiándome, indicándome que era lo que debía hacer. Quedarme al lado de las personas que tenían esa visión de la vida, eso era lo que quería hacer.

Saqué el teléfono, observando un par de mensajes de Noah.

Noah:

"Estaba trabajando, por eso no he contestado antes.

Lo entiendo todo, así que no te preocupes. Puedo esperar todo el tiempo que necesites, y si al final decides que es mejor no intentarlo… bueno… entonces tendré que aceptarlo."

Estaba en línea, pero yo no quería contestar por mensaje, quería hablar con él. Así que le llamé, esperé paciente a que contestase.

–Se supone que las radiofrecuencias de los móviles alteran el buen funcionamiento del avión, Rosi. Por eso no creo que sea buena idea que me estés llamando ahora. – Lo dijo tan de sopetón que me cogió desprevenida. – Cuelga, anda. Te llamaré cuando aterrices.

–¿Sería una locura si hubiese perdido el avión y quisiese verte ahora? – sonrió, al otro lado, ignorando las palabras del resto de sus compañeros que discutían sobre el entrenamiento. – Sé que estás trabajando y sé que debo parecerte tremendamente bipolar, pero …

–¿Cuál es la razón? – quiso saber, con cierta desesperación en su voz. – La razón por la que no has cogido el avión.

–Querrás decir la razón por la que me he bajado cuando estaba en cabina, dejando mi maleta dentro, ignorando a todo el mundo, corriendo hasta el exterior, sin detenerme hasta estar frente al aeropuerto. – Sonrió al otro lado. – Me dio un ataque de pánico allí dentro, Noah. – Perdió la sonrisa, preocupándose al respecto. – Pablo estaba allí.

–¿Qué Pablo? ¿Pablo tu ex? – quiso saber. Que lo denominase de esa forma me gustó, pues en aquel momento Pablo y yo aún estábamos casados. Pero dentro de mí sentía que nuestra historia terminó hacía ya mucho.

–Sí – contesté.

–¿Qué vas a hacer ahora?

–No lo sé. Sólo sé que quiero verte. Necesito… verte.

–Podría ser peligroso. Podrían fotografiarnos mientras estamos juntos, incluso podrían murmurar sobre el tipo de relación que …

–No me importa.

–Podría afectar a tu reputación, a tu trabajo.

–Yo sé quién soy y tú sabes quién soy. No me acerco a ti por la fama, por el dinero, ni nada de eso, ¿no?

–¿De verdad no te importa? – escuchó un ruidito negativo por mi parte. – ¿Qué te ha hecho verlo tan claro?

–Si te lo dijese no me creerías.

–Pruébame.

–Carmen – contesté. Él sonrió al otro lado, levantándose de la silla, haciendo que el resto se fijase sólo en él. Caminó hacia la ventana y miró al exterior, donde los fans seguían esperándole.

–Mira ahora no puedo. Estoy en medio de algo y me es imposible atravesar la ciudad sin ser visto y …

–Dime dónde tengo que ir – contesté, más que dispuesta a arriesgarme, a darlo todo. Porque Carmen tenía razón, no podía tener miedo por el resultado final o por las consecuencias de mis actos, tan sólo quería arriesgarme y estar con él.

–Estoy trabajando ahora, te aviso cuando termine. Mira, estoy entrenando. Luego tengo un comercial y … ¿nos vemos en mi casa o

es demasiado osado?

–¿No crees que es demasiado pronto para que la gente especule sobre sexo entre nosotros? – rompió a reír.

–Sí, tienes razón. Veámonos luego en el club. Iré a tomarme unas copas con mi hermano y un amigo, no puedo faltar y …

–¿Qué club?

–Te paso la ubicación por mensaje.



Capítulo 14:

EL CLUB.

(Rosaura)

Estaba histérica.

Ya había hablado con mi jefe que me dijo que llevaría la maleta a mi casa, y que me tomase un par de días libres para volver, que entendía perfectamente que me hubiese dado un ataque de ansiedad al ver a Pablo allí, y que no tenía de que preocuparme.

Os asegura que tenía el jefe más comprensivo del mundo. Él me estimaba mucho y quizás era por eso por lo que me mimaba tanto, como si fuese un tío lejano o algo así.

El club al que Noah se refería estaba en mitad de la avenida principal, en medio centro de Madrid. Era una discoteca de 3 plantas, a la que había que asistir con invitación. Ese pequeño detalle se le olvidó mencionarlo, porque era obvio que no podía entrar y menos con las pintas que llevaba.

Saqué el teléfono, echándome a un lado, quedándome perpleja al ver la larga cola de gente que quería pasar a ese club. Todo el mundo iba bien arreglado y con un nivel que yo sólo podía soñar. Incluso vi a Belén Esteban, una de esas comentaristas que trabajaban en platos, en programas de cotilleos, todos muy al estilo de la prensa rosa.

Yo:

“Estoy fuera. No puedo entrar, ya que no tengo invitación.”

Noah:

“Oh, lo había olvidado.

Espera, que bajo.”

Yo:

“No sé si es apropiado.”

Noah:

“No me digas que te arrepientes de esto ahora.”

Yo:

"No."

Noah:

"Espérame que bajo."

Esperé impaciente, dando vueltas a mi teléfono con las manos, aún a riesgo de estamparse contra el suelo. A veces era muy patosa, sobre todo cuando estaba histérica, como era el caso. Por eso en quirófano siempre entraba relajada, aunque fuese una operación complicada, siempre confiaba en mí misma. Aún no se me había muerto nadie, y eso era todo un logro, a pesar de lo complicada que era la operación.

Él apareció logrando los cuchicheos de varias chicas de la fila. Sonreí al verle. Estaba guapo y trajeado. No se parecía al chico que había conocido, las veces que le había visto siempre iba muy informal.

Me indicó con la mano que me acercase y luego habló con el de seguridad. Con un simple *"viene conmigo"*, este me dejó pasar.

Era como un flan y sentía que me derretiría en cualquier momento. Caminaba delante de mí, con porte decidido, como si llevase toda la vida haciéndolo. Saludando a varias personas de camino al reservado del fondo, invitándome a entrar en cuanto abrió la puerta.

Se sentó junto a dos hombres, uno de ellos era su hermano, el otro no le había visto en mi vida.

–Os presento – comenzó, indicándome que me acercase. – A Kyllian lo conoces ¿no? – asentí. – Pues él es Harold, un amigo mío de Bélgica.

Luego le tradujo a él, en alemán. Se me hacía raro oírle hablar en otro idioma, pero le quedaba de miedo. Me quedé embobada al verle pronunciando con soltura.

El tal Harold, me sonrió por algo que él le dijo sobre mí. Los tres hablaron durante un rato, mientras yo me sentaba y miraba hacia mi alrededor. La sala era amplia y discreta.

–Ven – tiró de mi mano, para que me sentase a su lado. Me sentía incómoda mientras aquellos dos me estudiaban como si fuese una rata de laboratorio. – Dice que deberías haberte arreglado más.

–Mi maleta se marchó a Murcia sin mí – contesté, mientras él rompía

a reír, divertido. Miró hacia su hermano y su amigo, y le tradujo lo que yo había dicho al belga.

–Les he dicho que sólo eres una amiga – susurró haciéndome temblar por nuestra cercanía. – ¿Estás bien con eso? – asentí, observando cómo se giraba hacia los otros para hablarles en alemán.

Apoyé mi mano en la suya, intentando lucir despreocupada. Esa que descansaba sobre el sofá. Miró hacía mí tan pronto como lo hice. Sonreí, acercándome a él para susurrarle algo.

–Si hubiese sabido que iba a tener que compartirte en dos idiomas… habría aceptado ir a tu casa.

–Igual deberíamos ir a otra parte. – Se giró hacia su amigo, volviendo a hablar en alemán, antes de hablar conmigo. – Espera aquí – le miré, sin comprender, observando cómo se ponía en pie y salía del reservado.

–Así que eres neurocirujana – comenzó su hermano, haciendo que me fijase en él. Asentí, como respuesta. – ¿Y qué hace alguien como tú relacionándose con alguien como él? – me encogí de hombros, sin revelar detalles. – No pareces del tipo de chica que sólo busca un revolcón. – Tragué saliva, incómoda. No quería tener que ponerle en su lugar, porque era su hermano y quería evitar cualquier confrontación. – Él no volverá a llamarte después de haberse metido entre tus piernas, encanto.

–Creo que voy a ir al baño – contesté sin caer en su juego. Caminé hacia la puerta, la abrí y salí por ella, encontrándole allí. Sonreí, mientras él me miraba extrañado. – ¿Nos vamos?

–Sígueme. – Caminamos por el largo pasillo de la izquierda, entrando en otro reservado. Una botella de champagne, un par de copas y una fuente con fruta era lo que había sobre la mesa.

–Has reservado esto para nosotros ahora, ¿no? – Cerró la puerta detrás de mí y caminamos juntos hacia el sofá para sentarnos el uno junto al otro. El lugar era cómodo.

Abrió la botella de champagne y sirvió un poco en las copas. Brindamos y bebimos el burbujeante mejunje.

–Ahora que estamos solos… dime – dejó la copa sobre la mesa y apoyó la pierna doblada sobre el sofá. – ¿Qué pasó en el avión?

–No quiero hablar de eso. – Asintió, mientras miraba de nuevo hacia mí.

–¿Y de qué quieres hablar, Rosi? – me preguntó, mientras me sujetaba un par de mechones detrás de la oreja.

–Mi jefe me ha dado un par de días libres y había pensado que igual… podríamos… – me detuve, histérica, sin saber bien cómo proponer aquello. Sonrió, dejado caer la mano, apoyándola sobre la mía. Me fijé en ese punto. Antes era más fácil conversar con él, cuando tan sólo éramos dos personas que se acostaban en aquel Balneario. Quizás podría tomarlo como referencia. – ¿Quieres follar? – me atreví a preguntarle.

–¿Qué pasó con lo de ir despacio? – Sonreí, algo avergonzada y me mordí el labio inferior con ganas de besarle. Me aferré a su camisa y actué sin pensar al besarle apasionadamente. Sabía que él también se moría de ganas por estar conmigo. Pero nuestra situación era muy complicada. – Escucha… este no es el mejor lugar para hacer esto. Sí quieres esta noche te quedas conmigo, en mi casa y … tenemos sexo. Pero aquí no – me lamí los labios nerviosa.

–¿Y qué quieres que hagamos entonces? – quise saber, mientras él se pasaba la mano por el flequillo, desordenándolo. – ¿Hablar? No quiero estropear mi humor con lo que pasó en el avión.

–Entonces disfrutemos de una charla sobre cualquier otra cosa, mientras nos tomamos la fruta y el champagne.

–Hablemos – acepté, agarrando una fresa, dándole un bocado, sin dejar de mirarle – empieza tú.

–Ahora me siento presionado por sacar un tema –Sonreí, dando otro bocado a la fresa, dejando lo verde sobre la mesa. – Cuando lo único que quiero hacer es meterme entre tus piernas… – me lamí los labios y miré hacia los suyos. ¡Cielos! Me moría por volver a besarle. – … Aún sin tener condón.

–¿Así que es eso? Esa es la razón por la que no quieres tener sexo aquí.

–¿Qué puedo decir en mi defensa? El último condón de emergencia lo usé hace tiempo, contigo – ambos sonreímos. Me sentía bien estando con él.

–Entonces hablemos de lo que pasó en el avión, así ambos nos olvidaremos del sexo por un rato. – Apretó mi mano para darme fuerzas y yo me fijé en ese punto. Me gustaba demasiado su cercanía. – Pablo estaba allí y me quedé tan sorprendida que se me cayó encima la maleta.

–Ya veo… Hace tiempo que me estaba preguntando cómo te hiciste ese chichón de la cabeza. – Rompí a reír. – ¿Le pediste explicaciones?

–Claro que no, ni siquiera hablamos. ¿Qué clase de loca incontrolable te crees que soy?

–La loca incontrolable que me sugiere tener sexo en el privado de una discoteca – bromeó. Volví a reír. – Continúa – insistió, dejándome claro que seguía interesado en hablar sobre ello.

–No estaba allí solo. – Me fijé en lo bien ordenada que estaba la fruta. Tragué saliva, incapaz de decirlo en voz alta. – Iba con una mujer y una niña – él asintió, sin decir nada, dejando que me desahogase. – Eso me hizo pensar en el pasado… en la noche en la que se fue. Nos abandonó y … – me detuve, incapaz de continuar, mirando hacia la forma en la que nuestros dedos se entrelazaban. Sonreí, calmadamente, él me daba fuerzas para continuar. – Me sentí impotente, Noah, porque esa noche no pude hacer nada para que él se

quedase a luchar a mi lado.

–Es normal que te sintieses así – me calmó, levantando mi mano para besarla y rasparla con su corta barba. – Pero no es algo que pudieses evitar. Fue su decisión marcharse y dejaros, tú te quedaste a luchar. Mira. Sé que no es lo mismo, porque perder a un padre es inmensamente distinto que perder a una hija, pero … yo estuve ahí hasta el final, a pesar de que tenía trabajo: partidos y entrenamientos. Me las ingeniaba para ir cada semana a Bélgica, a visitarle al hospital. Creo que cuando alguien te importa de verdad, aguantas cualquier cosa, por dura que sea, por volver a verla, sólo por ver esa sonrisa cuando sueltas una de tus bromas. Harías lo que sea por pasar los últimos momentos que le quedan a su lado. Aun así, me sigo arrepintiendo de no haber estado más tiempo allí, podría haber dejado el fútbol de lado y acompañarle esos últimos días, pero … él tampoco me hubiese perdonado algo así, Rosi. Hice todo lo que pude por él y me quedé a su lado, aunque fue duro. Era mi padre, la persona que me crío. Así que, ¿cómo podía irme y no mirar atrás sólo porque no estaba de acuerdo con que Dios me lo arrebatase de mi vida? ¿Fue su culpa acaso contraer esa enfermedad que le quitó la vida?

–Gracias – le corté, lamiendo mis labios, ladeando la cabeza para mirarle. – Gracias por compartir tu experiencia conmigo, por apoyarme y por estar aquí. Por recordarme a cada instante que esto que hay entre tú y yo … vale la pena – sonrió, agarrando entonces su copa de champagne, dándole un largo trago. Repetí sus pasos y luego volví a mirar hacia sus manos. – Graciela siempre me decía que tenía que seguir adelante tras su muerte, que debía conocer a alguien y darle a Carmen una hermanita que ella pudiese ver desde el cielo.

–¿Eso quiere decir que quieres hacerlo sin condón? – preguntó, en tono broma, con ciertos matices de deseo. Rompí a reír, porque siempre sabía que decir en el momento oportuno, para dejar ese saber amargo fuera de nuestra relación.



Capítulo 15:

EN MI CASA.

(Noah)

Estar con ella me hacía sentir bien, aun estando en un lugar con riesgo a ser fotografiado y provocar un nuevo escándalo. En aquel momento no podía pensar en nada más.

–Tengo una pregunta – dijo con la boca llena, tragando lentamente un trozo de melón. – ¿Cuál es tu historia con el español? Quiero decir… ¿cómo puedes hablarlo tan bien, casi como si fueses nativo?

–¿Tanto? ¿No tengo un acento raro? – sonrió, dando un sorbo a su tercera copa de champagne.

–Un poco, pero pronuncias muy bien, hablas con mucha soltura.

–Eso es porque soy bilingüe desde niño. Mi madre era española ¿sabes? – se sorprendió al escucharme hablar sobre ello. – Se marchó a Bélgica por los estudios, conoció a mi padre y se enamoraron. Ya sabes la típica historia entre países. – Sonrió, apretando mi mano con la suya. – Parece que la historia vuelve a repetirse, ¿no? Al igual que mi padre yo también tengo cierto interés por las españolas. – Se mordió el labio, nerviosa.

–No pensé que hablases alemán. Pensé que en Bélgica se hablaba francés.

–Depende de la zona. Hay partes en las que se habla francés, otras alemán y otras…

–Te queda muy bien el alemán – se atrevió a decir, algo tímida. – Muy sexy… – Rompí a reír. Ella era increíble. Agarró otra fresa, devorándola en seguida. – Me gusta mucho la fruta.

–Ya lo veo.

–¿Sabes lo beneficiosa que es para la salud? La clave para una buena dieta…

–Lo sé. ¿Acaso has olvidado a lo que me dedico? Soy deportista, cuido mucho lo que como. – Volvió a morderse el labio, bajó la mirada y entonces hablé. – Somos más parecidos de lo que crees, Rosi. – Ella no dijo nada durante dos largos minutos. – ¿En qué piensas?

–En la locura que estoy cometiendo. No hablo de ti – aclaró, con rapidez, para que no pudiese malinterpretarlo. – Es que yo no soy… Soy una persona que no suele salir nunca de su zona de confort. Siempre lo llevo todo estudiado al detalle, me encanta hacer listas, llevo una agenda con todas las cosas que tengo que hacer y … – se detuvo, tragó saliva y me miró. – Es la primera vez en la vida que hago algo fuera de lo estipulado. Ni siquiera tengo un lugar donde quedarme, ni ropa, ni nada aquí, Noah.

–Me tienes a mí. – Sonrió, agradecida. – Puedes quedarte conmigo en mi casa. – Se mordió el labio, indecisa y levantó la vista para observarme. – Sé que suena loco, pero …

–¿Podemos ir ya? – rompí a reír.

–¿Tantas ganas tienes de sentirme entre tus piernas? – pregunté, divertido. Ella se acercó a mi oído, susurrando su respuesta.

–Ni te lo imaginas.

–Mira, vamos a hacer una cosa – rebusqué en mi chaqueta las llaves de mi casa. – Te voy a dar las llaves de mi casa para que te adelantes. Puedes coger un taxi y entrar por la puerta detrás, desconectar la alarma y yo tardaré diez minutos más. – Sonrió. Me levanté, la ayudé a hacerlo y la atraje hasta mí. – Te mandaré la dirección por mensaje y la clave de la alarma para que no olvides ningún detalle. – Se colgó de mi cuello algo mareada a causa del champagne. – Puedes decirle al taxista que te deje en la esquina de la calle, así no sabrá a dónde vas. – Acortó la distancia entre nuestros labios y me besó apasionadamente,

dejándome sin aliento.

–Te veré en un rato, bombón – Sonreí al escuchar el apelativo con el que me había llamado. Me encantaba estar con ella.

Le entregué las llaves, le guiñé un ojo y la dejé marchar.

Volví a reservado, me despedí de los presentes y les indiqué que estaba cansado, que me iba a casa a descansar. Mi hermano se sorprendió por no verme con ella.

–¿Dónde está? – quiso saber. Me encogí de hombros, fingiendo indiferencia.

–Se ha largado ya – contesté, chocando los cinco de mi colega – me llevo el coche.

Saludé a varias personas de camino a la salida, me monté en mi bugatti, y puse rumbo hacia casa. Casi estaba llegando cuando me acordé de un detalle importante.

Conecté el coche con el teléfono y marqué su número.

–¿Has llegado ya? – quise saber.

–Estoy a punto de entrar – escuché la puerta de fuera cerrándose y a ella caminando por el jardín.

–Espérame en la puerta de atrás, pero no entres, me había olvidado de Rey.

–¿Quién es Rey?

–Es mi perro. Es muy protector con la casa, no quiero que te muerda ni nada.

–Te espero aquí fuera entonces.

–Tardo nada, estoy cerca.

Abrí la puerta del garaje, metí el coche y luego me marché a la parte de atrás, hasta que llegué hacia ella. La saludé con tan sólo una mirada y un simple *"Ey."* Agarré mis llaves, entré en la casa, quité la alarma, saludé a Rey y volví hasta la puerta, abriéndola.

–Siento todo esto, no había caído en Rey, y … – me detuve al ver como mi perro se acercaba a ella, olisqueándola. Sabía que en cuanto lo hubiese hecho se marcharía a una distancia prudencial y se quedaría mirándola con recelo. Pero, para mi sorpresa, no lo hizo, se quedó junto a ella y aceptó de buen grado sus caricias en la cabeza, moviendo la cola. – Se te dan bien los perros ¿no?

–Me gustan los perros – contestó, justo cuando llegábamos al salón, miró hacia todas partes, maravillada, quizás nunca había estado en una casa tan grande.

–¿Te hago un tour por la casa? – pregunté.

–Sí, por favor.

–Pues este es el salón – informé. Miró hacia los ventanales que daban al jardín, la mesa pequeña que había junto a la pantalla plana y el sofá, los cuadros de pintura al óleo que decoraban el lugar, casi todos de paisajes, excepto alguno abstracto. La lámpara de estilo bohemio, las escaleras que había en mitad del salón, estilo moderno, rompiendo con la armonía de la estancia. La agarré de la mano, llegando hasta la cocina. – la cocina.

–Es grande. Incluso tienes una mesa en el centro para cocinar.

–Es una de mis zonas favoritas de toda la casa.

–¿Sueles cocinar tú?

–No, la mayoría del tiempo lo hace Mamen, pero estos días que estés aquí puedo decirle que no venga, así no será incómodo, ¿te parece? – Asintió. Envié un mensaje rápido a mi cocinera antes de seguir con el

recorrido.

–¿Y dónde está la lavadora? – curioseó, buscándola entre los muebles de la habitación.

–Está en el garaje junto a la secadora – contesté, como si fuese la cosa más normal del mundo. Aunque… bueno, supongo que en su piso lo tendría todo en la cocina. – Aquello de allí es el baño – señalé hacia el fondo, después de abandonar la cocina. – Y esto – tiré de ella hacia la última habitación. – Es mi sala de juegos. – Tenía de todo. Una zona para trofeos, una estantería con juegos de la play, de la wii, entre otras video consolas, una enorme televisión de pantalla plana pegada a la pared para jugar y muchas cosas más. – Vamos arriba – subimos a la planta de arriba. Le enseñé el gimnasio, y luego entramos en mi habitación. Observó la enorme cama, las vistas a la parte de atrás de la casa, a la piscina, al jardín, entre las cortinas, y luego se acercó a la vitrina de las fotografías, estuvo mirándolas por largo rato, toda mi vida en fotografías.

–¿Este es tu padre? – quiso saber, señalando hacia la fotografía que nos hicimos una de las últimas veces que fui a verle al hospital. Ya apenas tenía pelo y una gorra del real Madrid cubría su cabeza. Ambos sonreíamos mientras mirábamos hacia la cámara. Esa foto me la hizo mi madre. – Te pareces a él.

–Más de lo crees. No sólo en el parecido físico, los dos éramos muy intensos, muy cabezotas y con muchas ganas de vivir.

Siguió observando las fotografías en las que aparecía con mis hermanos, con mi madre, una familiar de todos juntos, yo de niño jugando al fútbol, con mis compañeros del equipo, con el entrenador, …

–¿A qué edad supiste que querías ser futbolista? – quiso saber, mientras se daba una vuelta por la habitación, observando una estatuilla de metal con forma de balón que había sobre el armario del fondo, acariciándola despacio.

–Desde siempre lo supe. Desde pequeño lo jugaba con mis hermanos, veía los partidos en la tele con mi familia, y siempre deseé estar ahí:

ser uno de ellos. Era bueno, eso aseguraba todo el que me veía jugar. Así que no fue difícil conseguir mi sueño. – Asintió, sentándose en el banco de terciopelo que había al otro lado, mirando hacia la puerta que había junto al cuadro minimalista. Llegué hasta ella y me senté al revés, mirando hacia la cama. – ¿Y tú? ¿Cuándo supiste que querías ser neurocirujana?

–Pues no lo sé – se encogió de hombros. – Cuando era pequeña quería ser veterinaria, pero luego… mi padre quería que me dedicase a algo relacionado con la medicina, como él. Mi padre es médico familiar, de los de toda la vida. Yo al principio no quería, pero después de asistir a una charla sobre un respetado neurocirujano de Massachusetts… creo que lo tuve claro ese día. A lo que quería dedicarme. ¿Quién me habría dicho que mis contactos en el hospital, me servirían más tarde, para tener un trato especial cuando tuvieron que internar a mi hija? – agarré su mano, intentando hacerla sentir mejor. Sonrió, agradecida, cambiando de tema para que la conversación no fuese triste. – ¿Qué es esa habitación de allí?, ¿el baño?

–No soy de esos tíos que necesitan tener el cuarto de baño en la habitación. Es el vestidor. Ven – tiré de ella, abriendo la puerta, enseñándole el lugar. Era la primera chica que llevaba a mi armario. – Mira, aquí tengo colocada la ropa de los entrenamientos, esta es la de los partidos y aquí la de deporte. Aquí tengo la ropa informal. Aquí los trajes, las corbatas y … todo está ordenado por colores y formas. – Ella me observaba, con interés, como si realmente le interesase todo aquello. – Y aquí tengo la ropa interior. Al fondo los zapatos.

–Eres más meticuloso de lo que había pensado. –Sonreí, sin poder dejar de mirarla. Me encantaba ella. Se acercó a mí, sin decir nada más, agarró mi rostro entre sus manos y me besó. Era un beso inocente, al menos era simplemente eso al principio, pero nuestras ganas por estar juntos terminaron ganando a todo lo demás.

Sin apenas darnos cuenta terminamos allí, con ella desabrochándome el cinturón, el pantalón del traje, sacándome la camisa de dentro, mientras yo la cogía en brazos, subiéndola al mueble de las corbatas, importándome bien poco cargármelo. Le quité el pantalón, dejándolo caer junto a la puerta, mientras ella me reventaba la camisa de 200 euros, tirándola al suelo después, junto a la chaqueta. Subí su camiseta, quitándosela por la cabeza, volviendo a besarla con

desesperación, agarrándola de la cintura para atraerla a mí, haciendo que gimiese cuando acaricié su sexo con mi miembro por encima de sus bragas.

Se bajó del mueble y dimos varios traspiés por la habitación, hasta que me senté en la silla junto al zapatero, con ella subida sobre mí, mordiéndome los labios con desesperación.

Nuestros gemidos desesperados invadieron la habitación, tan pronto como ella hizo fricción entre nuestros sexos.

–Espera – la detuve justo cuando agarraba mi aparato por encima de los calzoncillos, masajeándolo. Me miró sin comprender, echándose un poco hacia atrás, con la respiración agitada. – Tengo que ir a por los condones. – Se levantó de la silla y me dejó marcharme. Abrí el cajón de la mesilla de noche, saqué un par de ellos y volví a entrar en el vestidor. Ni siquiera me dio tregua o me dejó hablar, se abalanzó sobre mis labios, de nuevo. Tirando de mis calzoncillos hacia abajo, dejando mi pene libre.

Volvió a empujarme para que me sentase en la silla, con ese aire seductor que me ponía tan cachondo. La observé con lujuria mientras me quitaba el condón de la mano y rasgaba el envoltorio para colocármelo sin mucho esfuerzo.

Me ponía tanto que fuese tan atrevida y que perdiese la vergüenza cuando estábamos juntos.

Me aferré a sus nalgas, guiándola para que no dejase de hacerme aquello, entre muerdos, con las respiraciones a un ritmo imparable y nuestros gemidos entrelazándose entre sí, al igual que nuestras miradas.

Llegamos al éxtasis tan pronto como ella apoyó la mano en mi pecho y ladeó la cabeza con el rostro desencajado por el placer.

–Ha estado bien – me dijo, mientras se levantaba y yo me quitaba el condón, haciéndole un nudito. La agarré de la mano antes de que hubiese salido de la habitación y me lancé a sus labios. ¿Por qué no me cansaba de besarla?

–Ha estado genial – reconocí haciéndola reír.



Capítulo 16:

DISTINTO.

(Rosaura)

Gemía como una loca sobre su cama, con sus labios entre mis pliegues, dándome más de aquello que me hacía perder la cordura. Metió un par de dedos en mi interior para intensificar ese delicioso placer y se colocó el condón en cuanto mi cuerpo empezó a convulsionar.

Se subió sobre mí y m e besó desesperado antes de propinarme la primera estocada. Sentía mi cuerpo en llamas y era incapaz de pensar en cualquier otra cosa que no fuese ese momento. Jamás en mi vida un hombre me hizo disfrutar tanto en el sexo como lo hacía él. Aunque… tampoco es que yo tuviese mucha experiencia.

–Espera – me detuvo, cuando estaba a punto de volver a llegar al éxtasis. La sacó de mi interior y miró hacia abajo. – El condón se ha roto.

–¿Qué? – pregunté, histérica.

–Tranquila – me calmó, quitándoselo, abriendo el primer cajón de la mesilla de noche para coger otro. Rasgó el envoltorio y se lo colocó. – aún no me he *ido.*

–Antes de llover chispea – me quejé, sonrió, quitándole importancia al asunto, volviendo a hacerme aquello, disipando mis miedos. – ¿Estás seguro de que no… ah… pasa nada?

–Tengo absoluto control sobre mi cuerpo – me calmó entre gemidos, dándome cada vez más fuerte. Le abracé con mis piernas, favoreciendo la penetración. – Podría hacerlo incluso sin condón sin que hubiese peligro, aunque contigo sería difícil porque me encanta hacerlo contigo. – Sonreí, entre gemidos, besándole con desesperación, antes de volver a escucharle. – Quiero estar dentro todo el tiempo… ¡Dios! – Un prolongado gemido gutural se escuchó indicándome que él había terminado.

Se tumbó a mi lado. Lucía exhausto. Se quitó el condón, haciendo un nudito, dejándole sobre la mesilla de noche y se giró a mirarme. Sonreí, mientras le observaba. Entrelazó su mano con la mía, y nos quedamos allí en silencio.

–Perdona por lo de antes – me disculpé, mientras él se colocaba de lado y me abrazaba, apoyando sus labios en mi frente. Me dejé arropar y me perdí en su acolchado pecho. – No tengo buena experiencia con los anticonceptivos. – Esperó paciente a que siguiese hablando. – Siempre usé condón con Pablo. Se rompió un día cuando lo hacíamos, se fue dentro y 9 meses más tarde llegó Carmen. – Se sorprendió al escucharme hablar sobre ello.

–¿Nunca lo has hecho sin nada? – negué con la cabeza. – ¿Ni siquiera durante el embarazo? – volví a negar.

–Pablo no quería hacerlo durante el embarazo. Le expliqué miles de veces que no iba a dañar a nuestra pequeña, pero era demasiado cabezón, ¿sabes? Lo intentamos varias veces, pero siembre decía que le dolía. – me detuve a pensar un momento. – La única vez que lo he hecho sin nada, fue esa vez en el balneario, contigo. Y me gustó tanto, que ni siquiera quería parar para que te pusieses el condón.

–Eres increíble, acabo de hacerlo contigo y ya me muero por estar dentro otra vez. – Sonreí porque a mí me pasaba justo lo mismo. – ¿Quieres que lo hagamos esta vez sin condón? No tengo ninguna enfermedad de transmisión sexual, estoy sano y …

–Despacio – pedí mientras él me agarraba de la cintura para atraerme hasta él. Presionó su miembro contra mi sexo y entró sin mucho esfuerzo. Era la primera vez que lo hacíamos en aquella postura, de lado sobre la cama. No dejó de mirarme y de observar cada una de mis reacciones.

¡Dios! Jamás pensé que me gustaría tanto hacerlo sin usar la gomita. Pero … era lo más placentero que había sentido nunca.

Me volví tan loca que terminé empujándole y subiéndome sobre él para poder ser la que mandase en cuanto a la intensidad de las embestidas.

Me la clavé disfrutando como nunca mientras él me sujetaba de la

cintura y mi espalda se erguía. Me apoyé en sus perfectos pectorales y seguí haciéndole aquello, llevándole poco a poco al límite.

–Para – suplicó, entre gemidos, pero yo no podía hacerle caso, no cuando me gustaba tanto. Estaba cegada por el placer. – Me voy a correr, Rosi. – Me apartó justo a tiempo, corriéndose a borbotones sobre él mientras yo observaba la escena.

–Quiero más. – Sonrió con malicia, dándome la vuelta para colocarse sobre mí y besarme apasionadamente. Acarició mis pezones y eso consiguió volverme loca. – Noah.

–Espera un poco a que me recupere – pidió mientras metía los dedos entre mis pliegues y los movía en círculos haciendo que me perdiese la respiración.

Mis alaridos llenaban aquella habitación mientras mi cuerpo se estremecía al borde del abismo. Estaba a punto y él lo sabía pues empezó a subir el ritmo, cada vez más, hasta que mi cuerpo estalló en mil pedazos y su sonrisa apareció en escena.

Pensé que iba a poder descansar después de eso, pero él no iba a dejarme tregua, pues acercó su más que preparado miembro para introducirlo dentro, haciendo que todo volviese a empezar.

–¡O Dios! – Jadeé encantada mientras él lo hacía ansioso. Tan fuerte y placentero que volvimos a conectar de esa forma insana que nos volvía locos.

Cayó a mi lado con la respiración agitada y me miró. Sin saber bien por qué los dos rompimos a reír durante un buen rato y nos miramos como dos idiotas.

¿Por qué el sexo con él era tan emocionante?

–¿Quieres más? – Preguntó mientras agarraba mi mano y besaba el dorso.

–¿No tienes que trabajar mañana? – quise saber. Cayó en la cuenta en ese justo instante. – Son las dos.

–Y ni siquiera hemos cenado. – Recordé ese pequeño detalle y empecé

a tener hambre en ese momento. – ¿Por qué cuando estoy contigo pierdo la noción del tiempo? – Sonreí, porque a mí me sucedía lo mismo. Volvió a besarme haciéndome sentir especial. – ¿Cómo voy a resistirme a este cuerpo durante toda la noche? – Rompí a reír, en cuanto me percaté de que volvía a estar excitado.

–Estaré aquí mañana, cuando despiertes – contesté, calmándole de forma increíble.

Nos quedamos dormidos entre besos, muy cerca del otro, en calma. Era la primera vez en mi vida que dormía con un hombre de esa manera. Con Pablo siempre nos dábamos la espalda para dormir, pues él odiaba que le tocasen mientras lo hacía. Solía decir que no podía dormir con mi peso sobre su pecho o sintiendo mi respiración sobre su rostro. ¿Lo habréis deducido no? Mi primer novio formal fue Pablo, no había estado con nadie más en toda mi vida.

***

Cuando desperté él estaba allí, vistiéndose. Me refregué los ojos y le observé, con una gran sonrisa, mientras él gateaba por la cama para besarme.

–Sigue durmiendo – rogó, volviendo a ponerse en pie. Se puso los zapatos y la gorra antes de guiñarme un ojo. – Cuando te levantes luego… desayuna algo, sobraron tortitas de ayer, por si te apetece. – Me mordí el labio ante esa muestra de protección. – Tienes el cargador en el cajón de la mesilla, por si tienes que cargar el móvil. Nos vemos luego, preciosa.

Me tan sentía bien estando allí que ni siquiera quería pensar, tan sólo quería dejarme llevar. Me quedé dormida un rato más y me desperté a las once. Hacía mucho que no dormía tanto.

Me di una vuelta por la casa, curioseando cada rincón. Aún estaba sorprendida de que fuese tan ordenado, la forma en la que lo tenía todo colocado. Desayuné un zumo con tortitas, iba a darme un homenaje aquel día, y mientras lo hacía miraba hacia Rey, que movía la cola con la vista fija en mí.

–¿Qué quieres tú? – pregunté. Se marchó a alguna parte, así que me encogí de hombros. Escuché sus patitas, volviendo hasta donde me

encontraba, justo cuando metía otra tortita en mi boca. ¡Dios! Estaban deliciosas. Me fijé entonces en el perro: tenía sujeta entre sus dientes la correa. Esa parecía ser su sutil forma de decirme que lo sacase a pasear.

Rompí a reír, sin poder evitarlo. Noah lo tenía bien enseñado. Seguramente la tal Mamen también se encargaba de sacarlo, y por mi culpa, el pobre animal estaba aún en casa.

Me di una ducha rápida, en la parte de abajo, porque no tenía ni idea de cómo funcionaba la ducha de arriba. Me vestí con las mismas ropas del día anterior, pensando en ir luego a comprar algo de ropa, no iba a poder sobrevivir con tan sólo una muda.

"Sólo vas a quedarte dos días, tampoco es para tanto, Rosaura" – me recriminé a mí misma, cogiendo las llaves de encima de la mesa. Salí sin más, con Rey, a pasear. Sus vecinos se me quedaron mirando, extrañados, pero no dijeron nada al respecto.

Rey lucía desesperado, iba prácticamente llevándome de un lugar a otro. Era un perro muy grande, uno de esos peludos blanco y negro. Era un pastor inglés.

Con las prisas olvidé coger una bolsa para sus excrementos, pero una mujer muy amable, que causalmente también sacaba a su perro a esa hora me prestó una.

–¿No es Rey? – preguntó hacia mí. ¡Mierda! Ella le conocía. Iba a meterme en un lío. – ¿Eres nueva en la casa de Hazard?

–Sólo he venido a sacarlo – contesté, mintiendo cual bellaca. La mujer sonrió, amablemente.

–Pareces bastante responsable – sonreí, agradecida, caminando junto a ella, mientras su perro, un terrier pequeñito se acercaba a Rey y le olisqueaba. Parecían buenos amigos, se llevaban bien. – Es raro ver a alguien tan tranquilo y joven por aquí. De normal la gente joven se vuelve loca cuando ve a un famoso. Pero veo que no es tu caso. – No dije nada, porque no sabía qué decir. – Soy Pamela, por cierto, aunque seguro que ya me conocerás ¿no?

–No veo demasiado la televisión – contesté, sorprendiéndola.

–Pamela Queen, la esposa de Gabriel Maldonado. Ambos somos actores en Estados Unidos. Venimos poco a causa del trabajo, pero de

vez en cuando nos gusta pasarnos lejos de Hollywood.

***

Volví a casa, después de darle una larga vuelta a Rey. El perro se marchó a la cocina a beber agua y yo saqué el teléfono al escuchar que tenía una llamada entrante.

–¿Ya despierta? – quiso saber. Hice un ruidito y me senté en el sofá. – ¿Te comiste las tortitas? – volví a hacer el mismo ruidito, sin querer soltar prenda, haciéndole reír. – ¿No vas a decir nada más?

–Deja que recupere el aliento. Acabo de llegar de sacar a Rey. – Supuse que iba a preocuparse al respecto, pero él lucía demasiado tranquilo.

–¿Lo habéis pasado bien?

–Mucho – sonreí, mirando hacia Rey que salía de la cocina y se tumbaba en el salón, justo en el lugar por donde se colaba el sol. – Oye… ¿por qué no estás ni un poco preocupado?

–¿Preocupado? – preguntó, sin comprender.

–Has dejado a una extraña en tu casa, ¿no tienes miedo de que te quite los calzoncillos y los venda por ebay? – Rompió a reír, dejando de prestar atención a sus compañeros y se acercó a la ventana del despacho. – No debería sentirme tan cómoda en una casa ajena.

–Estoy deseando volver y besarte. – Sonreí como una idiota, porque yo necesitaba justo lo mismo. – Sólo pensarte en mi casa, esperándome… me encanta la idea. ¿Qué vas a hacer ahora?

–Había pensado ir a comprarme algo de ropa. Sólo tengo una muda y me siento sucia a pesar de haberme duchado. Que, por cierto, ¿cómo funciona la ducha de arriba? Me he llevado como diez minutos intentando entender el mecanismo, al final he terminado duchándome abajo.

–No hay que tirar, ni dar vueltas. Sólo tienes que presionar el pomo hacia arriba. Luego das vuelta a la rueda y eliges como prefieres que salga el agua, con mayor intensidad, con menos, … No es tan complicada. – Él lo hacía parecer fácil.

–¿Cuándo vuelves?

–Veamos… tengo una reunión ahora con el entrenador, luego entrenaremos un rato más y … Creo que sobre las tres estaré de vuelta.

–¿Puedo cocinar algo mientras te espero?

–Muñeca, estás en tu casa – sonreí, divertida, me había hecho gracia ese diminutivo al llamarme.

–No me llames así. Lo haces parecer como si fuese tu puta y tu mi chulo – rompió a reír, divertido.

–De acuerdo, nena. Ahora tengo que colgar. El entrenador ya está aquí. Nos vemos luego.

–Hasta pronto, bombón. – Colgué el teléfono, sin poder evitar que esa sensación cálida me invadiese por completo. Estar allí con él me hacía muy feliz.

Me marché en taxi al centro comercial para comprarme algo. Me cogí dos mudas de ropa interior, por si las moscas, una camisa arreglada y otra más informal, una falda, y unos pantalones de pitillo con florecillas.

Volví a su casa, con los bolsillos un poco más vacíos y muchas ganas de cocinar. Miré en su frigorífico, buscando algo para cocinar.



Capítulo 17:

ME GUSTA.

(Noah)

Tuve una mañana agotadora. Mi hermano opinaba que mejor comer por ahí, pues por la tarde también teníamos compromisos, pero yo quería volver a casa a ver a mi preciosa.

Dejé aparcado el coche en el garaje, entré en casa, con Rey abalanzándose sobre mí, feliz de verme. Un aroma agradable recorría la casa y cuando llegué al salón la vi poniendo la mesa.

–Espero que tengas hambre – me dijo, dejando los platos sobre ella. Era verdura salteada, con lo que parecía ser ensalada de lentejas y dos huevos escarchados. – Es una receta propia – Me quité la chaqueta y me senté en el puf, junto a ella, agarrando el tenedor, probando un primer bocado. Estaba riquísimo, era lo mejor que había probado en la vida.

–Trabajadora, salva vidas y encima cocinas bien. ¿Te casas conmigo? – bromeé. Rompió a reír, divertida, dándome un codazo como regañina.

–Ya estoy casada, ¿recuerdas? – contestó. Sonreí, dando otro bocado al platillo. – El matrimonio está sobrevalorado, no es tan genial como piensas… – Tragué y bebí un poco de vino, que ella había servido con anterioridad en las copas.

–Pasar el resto de tu vida con la persona que te hace feliz, ni tan mal ¿no? – contesté, dejándole claro mi punto de vista. – A mis padres no les fue mal. Se amaron como el primer día hasta el final de la vida de él, incluso después. Mi madre le sigue amando a pesar de que ya no está.

–Es un poco diferente cuando te casas de penalti. – La miré sin comprender. Terminó de masticar y tragó, con la ayuda de un poco de vino antes de contestar. – Estaba embarazada y sus padres no veían con buenos ojos que tuviésemos un hijo fuera del matrimonio, así que nos casamos.

–¿Le querías?

–¿Qué clase de pregunta es esa? – preguntó, escandalizada. – Por supuesto que le quería, no iba a casarme con él sin quererle.

–A veces da esa sensación, de que ya no le quieres. – Sonrió, metiendo otro poco de comida en su boca. – Supongo que te cansaste de esperar a que volviese ¿no?

–A veces las decepciones hacen que la relación se desgaste. Se marchó y no supe nada de él por tres años: ni una llamada, ni siquiera vino al entierro de su hija. ¿Crees que podría quererle después de todo eso?

–No. – Dejé de prestar atención a la comida y me di la vuelta para agarrarla de la mano y arrastrarla por el suelo con la intención de atraerla hasta mí. Me miró sin comprender, con el tenedor en la mano. Se lo quité y lo coloqué sobre la mesa, antes de decir algo. – Es un alivio, pensar en que puedo ser el único hombre de tu vida. – Apoyé las manos en su cintura, atrayéndola más a mí. Rozó su nariz con la mía, en calma.

–Deberíamos comer. La comida se va a quedar … – Se detuvo en cuanto abrí la boca, echando mi aliento sobre su boca. Sucedió entonces, nos besamos con desesperación, comenzando a desvestirnos, olvidándonos de todo lo demás.

Verla allí desnuda en la alfombra de mi casa me hacía sentir muy bien. Recorrí su perfecto cuerpo con mis dedos haciéndola estremecer. Y entonces Rey hizo de las suyas: se acercó a ella por detrás y chupó su hombro, asustándola. Rompí a reír, sin poder evitarlo.

Nos besamos entre risas. Se sentó encima de mí, y comenzamos a hacer aquello que ambos nos moríamos por hacer, entre gemidos desesperados y besos fugaces.

–¿Qué me estás haciendo? – preguntó cerca del final, con su cabello pegándose a su piel sudorosa, mientras yo lo echaba hacia atrás, observando a aquella preciosa chica que me tenía completamente cautivado. – Me estoy volviendo adicta a ti… – Sus convulsiones hicieron su aparición y yo tuve que apartarla en la segunda, porque no estábamos usando condón.

La besé, desesperado, observando como ella se ponía en pie, dándome la mano para que también lo hiciese. Cogí antes una servilleta de la mesa y me limpié aquel estropicio. La seguí hasta el cuarto de baño de la primera planta, se metió en la ducha y esperó a que yo también lo hiciese.

–Sabes qué cuando volvamos Rey se habrá comido nuestra comida ¿no? – rompió a reír, divertida, tirando de mi mano para obligarme a meterme dentro con ella. – Mira. – Señalé al grifo. Lo presioné levemente hacia arriba haciendo que saliese el agua mucho más densa de lo que estaba acostumbrado, de una tira que había arriba. – ¿Has estado tocando esto? – me quejé. Di vueltas a la rueda y la coloqué a mi gusto. – No es tan difícil. – Apoyó la mano en el grifo, presionándolo hacia abajo, cortando el agua y luego hacia arriba, logrando que volviese a salir. – ¿Qué tal?

–Ahora mucho mejor – aseguró, apoyando sus manos en mi pecho, mientras nuestros labios se encontraban por sí solos.

Volvimos hacerlo en la ducha y fue el mejor sexo de mi vida ahí dentro. En realidad, era la primera vez que llevaba a una chica a mi casa y la dejaba dormir en mi cama, incluso la metía en mi ducha. No sabía por qué, pero quería hacer todo eso con ella, que fuese la primera y la única. Me apetecía. Así que sólo me dejaba llevar.

Cuando volvimos a bajar, ella con la camiseta de mis entrenamientos puesta, sin nada en la parte de abajo, Rey se había comido nuestra comida.

–Debería preparar algo ligero, creo que ha sobrado un poco de lentejas, puedo … – La agarré de la mano, atrayéndola hasta mí, volviendo a besarla. Agarrándola de las nalgas para impulsarla contra mí.

Entre traspiés, besos y risas llegamos a la cocina. La subí a la encimera y seguí besándola, sin la más mínima intención de detenerme.

–¿Por qué no me canso de hacer esto contigo? – era una puta pregunta retórica, sin esperar respuesta. Me subí a la encimera, tirando luego de su cintura, obligándola a sentarse sobre mí, volviendo a la carga.

No sé qué coño me pasaba con ella. Acabábamos de hacerlo, y no una sola vez, y ya me moría por volver a estar dentro de ella. Creo que era por hacerlo sin condón, me gustaba demasiado, más de lo que jamás me había gustado con ninguna chica en circunstancias similares.

Terminamos comiendo un sándwich que yo mismo preparé para ella, desnudos.

–Está muy bueno. – Dio el visto bueno y disfrutó de la comida mientras yo no hacía otra cosa más que mirarla. Sabía que era muy fácil enamorarme de esa mujer y eso empezaba a darme miedo, pero no iba a hacer nada por evitarlo. A pesar de todo. – ¿Qué salsa le has echado?

–Un chef jamás revela el secreto de sus recetas. – Bromeé haciéndola sentir bien.

Nos terminamos los últimos bocados entre miradas cómplices y luego la ayudé a recoger la mesa.

–¿A dónde vas? – preguntó, cuando me vio agarrando la ropa que acababa de quitarme y me la colocaba – ¿Vas a volver a irte?

–Tengo un comercial y una entrevista en la radio.

–Date prisa en volver – me dijo, buscando sus bragas para ponérselas – quiero que nos acostemos otra vez. – Sonreí. Me encantaba aquella mujer, siempre quería más, era casi tan insaciable como yo.



(Rosaura)

Me pasé el resto de la tarde viendo la televisión en su perfecto y caro plasma gigante. Volví a pasear a Rey, y le serví la cena. Aquella vez, pienso. Me senté en el sofá, mirando hacia el reloj, eran cerca de las ocho de la tarde.

Un mensaje llegó a mi teléfono y me desilusionó ver que sólo se trataba de mi hermana.

Susana:

“Papá me ha dicho que vas a quedarte en Madrid un par de días más. ¿Y eso?, ¿qué ha pasado? Estarás de los nervios con el cambio.”

Yo:

“Ha sido decisión mía, quedarme.”

Susana:

“¡Vaya! Eso es nuevo: mi hermana la normas, rompiéndolas.”

Yo:

“No le digas nada a nuestros padres, pero … vi a Pablo en el avión, estaba con una mujer y una niña.”

Susana:

“¿Cómo?”

Yo:

“Creo que ha formado una familia con otra, Su.”

Susana:

“¿Cómo coño va a formar una familia con otra si aún está casado contigo?”

Yo:

“Creo que voy a pedirle el divorcio, en cuanto vuelva a verle.”

Susana:

“¿Y ese cambio?

¡Oh! Eso quiere decir que has conocido a alguien ¿no?

¿Quién es él?

Cuéntamelo.”

Yo:

“Puede que sí, aún no quiero ilusionarme mucho, Su. Es complicado.”

Susana:

"¿Complicado en qué sentido?

Ahora comprendo por qué te has quedado en Madrid. Eh, pillina."

Yo:

"Es justo eso, él vive en Madrid y yo en Murcia."

Susana:

"¿Y qué? Mamá vivía en Madrid y papá en Murcia cuando se conocieron."

Yo:

"Es aún más complicado que eso."

Susana:

"¿Más complicado que lo mío? Estoy saliendo con un piloto y apenas le veo.

Sabes que puedes contar conmigo cuando necesites hablar."

Yo:

"Ni siquiera le he hablado sobre él a Graciela. Porque me da pánico todo esto, Su.

Pero … no sabes lo bien qué me siento cuando estoy con él."

Susana:

"¿Entonces cuál es el problema?

Si te hace feliz no te lo pienses. Deja de pensar tanto y déjate llevar. Las cosas en esta vida no se pueden pensar tanto, si no pierdes el tren."

Yo:

"Sabes cómo odio ser comidilla por temas no laborales. Él es famoso, Su."

Susana:

“¿Famoso? ¿Cómo de famoso?”

Yo:

“La mayoría de las tías perdería las bragas por estar con él.”

Susana:

“Papá va a matarte cuando se entere. Pero dejando a papá fuera de esto… creo que si te hace feliz deberías de arriesgarte, ¿no crees que ya has sufrido demasiado?”

Escuché la puerta abrirse y a Rey correr hacia su amo.

Yo:

“Tengo que dejarte. Él acaba de llegar.”

Susana:

“¿cómo que acaba de llegar? ¡No te estarás quedando en su casa, cacho zorra!”

Bloqueé el teléfono y miré hacia él, sonriente.

–Hola – me saludó. Me puse en pie, caminé hacia él y le besé, sonriendo después. – Estoy agotado, la entrevista se ha alargado y luego tuve una reunión con mi hermano. El muy pesado no quería dejarla para mañana y yo sólo quería llegar y verte… – me abrazó, quedándose ahí por un momento, cogiéndome en brazos de pronto, emití un largo gritito, haciendo que él rompiese a reír. – ¿*Follamos*?

–¿No estás cansado?

–Mucho. Pero había pensado que podríamos pedir sushi para cenar y luego… besarnos y tener sexo hasta que el sueño me venza – sonreí, porque me encantaba su plan. Me dejó sobre el sofá y luego abrió el cajón del mueble de la tele, sacando un pequeño folleto, pasándomelo después. *Japonés Luna Naciente*, se llamaba el lugar. – Elige que te apetece, a mí me gusta todo.

–Me pondré en sus manos señor futbolista – bromeé, sonrió, sentándose junto a mí en el sofá, entrelazando nuestras manos. –

Sorpréndeme. – Sacó su teléfono de la chaqueta y marcó el número del restaurante para hacer nuestro pedido.

–¿A qué hora te vas mañana? – quiso saber. Me acordé de ello entonces. Estaba tan bien allí que ni siquiera quería pensar en mi inminente marcha. – Vamos a comprar el billete ahora. – Agarró su Tablet y la encendió. – ¿Qué prefieres: bus, coche, avión o tren?

–El coche es lo más directo. Porque el avión o el tren me dejan en Alicante.

–Entonces coche, tengo una aplicación por aquí, de gente que comparte coche, ¿te atreves? – Sonreí, asintiendo después. Me encantaba lo resolutivo y risueño que era. – A ver… seleccionamos el trayecto… el día… y …. Listo. ¿A qué hora quieres salir?

–Mmmm – pensé en ello, mientras me tocaba los labios, dándole más dramatismo al asunto. Sonrió, divertido.

–¿Qué tal a las 7? Llegarás a 10 y cuarenta de la noche. ¿Muy tarde? – miré hacia la pantalla, observando a uno que salía a las seis.

–Elige este – señalé hacia el tipo.

–Este no. Es un tío y no me inspira confianza. – Rompí a reír, sin poder evitarlo. – Mejor este – señaló hacia el anuncio de una chica que salía a las 6.15. – ¿Te parece?

–Genial.

–Ahora reservamos el viaje – clicó en dónde decía reservar. – Rellenamos la ficha y le damos a pagar.

–No me vas a dejar pagar ¿verdad?

–Tómatelo como un regalo. Te lo debo después de ese maravilloso almuerzo que me has preparado. – ¿Os he dicho ya lo mucho que él me gustaba?

–Técnicamente, ni siquiera lo has disfrutado. Rey se lo comió entero. –Rompió a reír, besándome después.



Capítulo 18:

A GRITOS.

(Rosaura)

Cenamos un delicioso sushi que me fascinó, entre bromas, anécdotas y muchas risas. Ni siquiera me dejó recoger la cocina. Lo hizo él, mientras yo contestaba los mensajes que tenía pendientes.

Susana:

“¿No vas a contarme quién es el tío con el que sales?”

Yo:

“Nos estamos conociendo aún. Y ya te he dicho que es complicado. Nuestro padre nos enseñó a valernos por nosotras mismas, sin acercarnos a los famosos, inculcándonos unos valores que nos mantuviesen lejos de ese mundo. Quiero ser reconocida en este mundo por mis logros académicos, no por estar saliendo con un famoso.”

Levanté la vista del teléfono, observándole allí, quitándose el delantal, apagando la luz, llegando hasta el salón.

–¿Te apetece un poco de sexo pervertido antes de dormir? – sonreí, dejando el teléfono a un lado del sofá, poniéndome en pie de un salto, acortando las distancias entre ambos.

–Me apetece mucho – contesté, recibiendo sus besos desesperados en mis labios. Me cogió en brazos y me condujo hacia la planta de arriba, soltándome en el suelo al llegar a su habitación, comenzando a desnudarme, sin perder detalle de ello, con lentitud. Su mirada sobre mi cuerpo me quemaba.

Me quitó el pantalón y luego la camisa, tragando saliva tan pronto como quedé desnuda. Su mirada de deseo me volvía loca. Le desnudez con la misma calma que usó él y luego volvimos a besarnos.

Volvió a cogerme en brazos, sin previo aviso, haciéndome reír, dejándome sobre la cama. Se tumbó sobre mí y metió su cabeza entre mis piernas. Dio leves besos en mi pubis mientras yo le agarraba de la cabeza y le atraía hasta mis labios. Le necesitaba demasiado. Se bajó los calzoncillos con impaciencia, agarrando un condón de encima de

la mesilla de noche.

–No – le detuve, en cuanto vi sus intenciones de rasgarlo. Me miró sin comprender. – Ya no quiero hacerlo con condón contigo nunca más. – Sonrió, olvidándose del globito e hicimos aquello como a ambos tanto nos gustaba.



Se quedó dormido en seguida, mientras yo me acurrucaba a su lado, dejando caer la mano sobre su abdomen. Pensando en lo bien que me sentía a su lado, en las pocas ganas que tenía de volver y en lo mucho que quería quedarme a su lado.

Cerré mis ojos, dejando que el silencio llenase mis oídos, relajándome con el sonido de su respiración, cayendo en los brazos de Morfeo.



Le sentí cuando se levantó esa mañana. Se sentó en la cama, en silencio, evitando despertarme, después de darme un beso en la frente y comenzó a vestirse. Le agarré por detrás, antes de que hubiese podido marcharse a ningún lugar y le besé el cuello. Sonrió, enamorado de aquella sensación.

–Voy a echarte de menos – dije sin pensar. Sonrió, ladeando la cabeza para mirarme.

–Voy a cancelar lo que tengo esta tarde, porque quiero pasar las últimas horas que me quedan contigo.

–No hagas eso – le reprendí. – No quiero que dejes tu trabajo de lado por mí – se levantó de la cama, agarrándome de la mano, atrayéndome a él, abrazándome después. – Noah…

–Ojalá no tuvieras que irte – sonreí, porque entendía perfectamente lo que quería decir.

–Ambos tenemos responsabilidades y debemos ser fieles a nosotros mismos, ¿no crees? Sería inútil sacrificar nuestros sueños por el otro. Además, ya sabes que esto no es un adiós, es un hasta pronto. Da lo mejor de ti en cada partido, sé el hombre que eres, Noah.

–Tu sigue salvando vidas, Rosi – sonreí, agradecida de que compartiese conmigo ese afán de triunfar, cada uno en lo nuestro, pero, al fin y al cabo, los dos éramos unos ganadores.

Me pasé un rato más en la cama y luego me levanté, me di una ducha, desayuné un zumo con tostadas, saqué a pasear a Rey y entonces él me llamó.

–Oye, hoy me es imposible pasarme a comer – me dijo, algo tristón con la noticia que me estaba dando. – Comeré cualquier cosa y me iré al comercial, tenemos que terminarlo hoy. Intentaré llegar lo antes posible, pero … no sé, preciosa…

–Ya me he despedido de ti esta mañana – le tranquilicé. – Volveremos a vernos.

–Oye, deja la ropa que compraste allí – rogó, sorprendiéndome con aquella petición. – Por si vuelvas a quedarte en mi casa, para que tengas ropa con la que cambiarte.

–¿Piensas convertirlo en algo repetido? – quise saber. – Acoger a la tía con la que te acuestas en tu casa.

–¿Crees que esto sigue siendo sólo sexo? – Sonreí, porque sabía que no. – Somos algo más que eso, Rosi. Mira, no me gusta poner etiquetas, pero …

–Tomémoslo con calma – rogué, aterrada, antes de haber escuchado su proposición. Asintió, al otro lado.

–Créeme cuando te digo que lo hago. Estoy teniendo mucha paciencia contigo. Si fueses cualquier otra ya te habría mandado a freír

espárragos. – Rompí a reír.

–¿Por qué? No soy tan mala, ¿no?

–Veamos… eres bipolar, espontánea cuando te dejas llevar, doña normas el resto del tiempo, y … tienes una extraña obsesión con el sexo pervertido – volví a reír. Había dado en el clavo. – Lo tomo con calma, pero no te arrepientas de esto, Preciosa.

–Sabes que es difícil para mí lidiar con lo de que eres famoso – me quejé, haciéndole entender mi punto de vista. – Pero ahora sólo sé que quiero seguir con esto, porque para mí no eres ese tío: el futbolista. Lo sabes ¿no?

–Lo sé. Tengo que colgarte, mi hermano viene hacia aquí.

–Hasta pronto, bombón – colgué el teléfono, mirando luego hacia la pantalla tenía una llamada perdida de mi hermana.

–Dime.

–¿Llegas esta noche? Me tienes que poner al día, enana. Iremos al club de Berni un rato, vente y nos cuentas.

–Vale. Me paso por allí cuando llegue, pero tengo que cenar algo. Llegaré tarde.

–Graciela te trae uno de sus famosos emparedados de atún – aseguró.

–Vale – colgué el teléfono.

Recogí un poco la casa, almorcé sola y esperé impaciente a que volviese. Pero al final me mandó un mensaje, disculpándose por no poder llegar a tiempo.

Noah:

“Me siento fatal por no poder estar allí diciéndote adiós, pero me es imposible, nena.

Espero que tengas un buen viaje.

Te veré pronto.”

Yo:

“Me quedaré con la despedida de esta mañana, ya te lo dije.”

Noah:

“Yo me quedaré con cada día que he pasado contigo aquí. Ahora cada vez que vaya a hacer algo de comer me acordaré de ti. Cuando duerma en mi cama, volveré a acordarme de ti. Incluso cuando me duche o entre al salón.”

Yo:

“Me lo he pasado muy bien contigo, Noah.”

(Noah)

Llegué a casa agotado. Me tumbé sobre la cama, sin tan siquiera pensar en cenar, con Rey chupándome los dedos de la mano, que colgaban. Y su olor no tardó nada en inundar mis fosas nasales. Mi cama olía a ella. La realidad me golpeó con fuerza, tan pronto como me di cuenta de que no sabía cuándo volvería a verla.

–Carmen – susurré hacia el silencio de mi habitación. – Si vuelves a unirnos… te prometo que cuidaré de ella.

"¡Qué idiotez!" – pensé. – "*Ni que ella pudiese escucharme."*

Quizás lo hacía, allí dónde estuviese. Sonreí, al pensar en esa niña: la recordaba bien de la foto que su madre me mostró cuando estábamos en el balneario. Una preciosa chica con el cabello castaño, ojos marrones y una sonrisa que hacía que todo lo demás careciese de sentido.

¿Qué estaría haciendo?, ¿habría llegado ya a casa?

La llamé por teléfono, durante dos veces seguidas, pero nadie lo cogía al otro lado. Eso me preocupó. ¿Se habría arrepentido otra vez?

Probablemente estaba dormida y yo estaba sacando las cosas de quicio.

–¿Sí? – contestó a la tercera, con mucho ruido de fondo, gritos y risas por parte de sus amigas.

–Rosaura – la llamó alguien por detrás. – Ya conoces las reglas, nada de móviles.

–Su, es importante – se quejó ella por detrás.

–Lo siento… – comenzó hacia mí, mirando hacia la pantalla, para ver cómo me tenía ella guardado. – ¿Noah? Mi hermana está castigada por no contarnos más sobre ti. – Rompí a reír, divertido, escuchándola por detrás, volviendo a quejarse con su hermana. – ¿Qué es lo que le has hecho? Ella de normal me lo cuenta todo – no dije nada, sólo las escuché, entre bromas y risas. – Tu hombre es muy callado, nena, aún no ha dicho ni mu.

–Hola – saludé, dejándola desarmada, quizás porque no esperaba que tuviese una voz tan seductora.

–¡Oh, joder! – se quejó, mirando hacia ella. – Te has liado con un bombón. – Rompí a reír, de nuevo, sin poder evitarlo. – Cacho de zorra – la escuché riéndose por detrás, agarrando el teléfono al fin, escabullendo con éxito, metiéndose en el baño, mientras su hermana la seguía.

–Disculpa todo esto – me dijo, sonreí.

–Así que le has hablado sobre mí – averigüé mientras ella sonreía algo tímida.

–No le he contado nada – saltó, a la defensiva. – Sólo que me gusta un tío y poco más.

–Y luego te vas de fiesta en cuanto llegas, ¿tantas ganas tenías de librarte de mí?

–Es mi última noche de libertad antes de volver al trabajo. Así que… necesitaba una noche solo de chicas. Mi hermana no iba a dejar pasar la oportunidad de sonsacarme información sobre ti, pero… soy bastante cabezota. Es difícil hacerme cambiar de opinión.

–Me alegra ser la excepción a la regla. Se supone que no querías relacionarte con alguien que fuese famoso.

–Y es cierto. Sigo manteniéndolo.

–Te relacionas conmigo y soy famoso.

–Pero tú eres diferente. Cuando te conocí ni siquiera sabía quién eras, y no me fijé en ti por eso.

–Te fijaste en mí, ¿no?

–Era difícil no hacerlo. Tu compañía siempre me hizo sentir bien y encima un día, de pronto me dijiste… ¿quieres *follar*? Supongo que nunca conocí a un tío tan directo, que no tuviese miedo a escuchar un no por respuesta. Porque podría habértelo dado, Noah

–Pero no lo hiciste. Aunque me sorprendiste poniendo las cosas claras desde el principio. "*Sólo sexo, no quiero involucrarme con un tío famoso"*, eso dijiste.

–Y era cierto, ya lo sabes. Supongo que nunca has conocido a una chica como yo, que tenga las cosas tan claras en esta vida ¿no? – Nos decíamos todo esto a gritos, por el alto volumen al que estaba sometida la discoteca en la que se encontraba.

–No negaré eso. Nunca había conocido a nadie como tú – sonrió, rompiendo a reír después.

–Ahora dime… ¿Cuándo vas a venir a verme? – me sorprendió su reclamo, no esperaba algo así. – Sé que estás ocupado con el trabajo, los partidos y todo lo demás, pero … ¿por qué siempre tengo que ser yo la que viaje para que podamos vernos? Creo que debes demostrar un poco de interés, ¿no crees?

–Estás siendo tan descarada sólo porque has bebido ¿no?

–En realidad, también lo pienso. Sólo que suelo ser más prudente a la hora de decir las cosas, en este momento me apetece ser más atrevida.

–Intentaré encontrar un hueco, ¿te sirve eso?

–Al menos sé que lo intentarás – los golpes en la puerta de gente fuera queriendo entrar fueron evidentes, voces de sus amigas culpándola de dejarlas tiradas, y risas por su parte. – Tengo que dejarte, mi hermana va a matarme si no vuelvo ahí a saltar con ellas.

–¿A saltar?

–¿Es que acaso el rock puede bailarse de otra manera? – preguntó, sonreí, divertido. – Es la música favorita de mi hermana, siempre acabamos aquí, dándolo todo al ritmo del mago de oz.

–¿Tú que tipo de música prefieres?

–Me es indiferente, siempre que tenga una buena letra. ¿No es eso lo que importa al final? El mensaje que la canción quiere dejar – sonreí. Ella era única, especial y diferente. Me gustaba mucho. – ¿Y tú?

–Soy muy previsible. Adoro el tecnho, y a veces el trap.

–Tienes razón, eres previsible. ¿Por qué todos a los *"tíos de gimnasio"* os gusta esa mierda? Puede que el tecnho tenga algunas canciones que no están mal… pero ¿el trap? Si lo único que habla es de follar, de engaños y de lo mucho que quieren engañar a su mujer con otra.

–Hay excepciones a la regla. Cuando volvamos a vernos te enseñaré algunas.

–Tengo que dejarte, Noah – colgó el teléfono, sin despedirse si quiera, y yo me quedé allí, dándome cuenta de que me había puesto de pie en la habitación, y ni siquiera me había dado cuenta.



Capítulo 19:

FALTA.

(Rosaura)

Las semanas pasaron. Era un gran alivio volver al trabajo, me sentía realizada después de cada operación y muy querida en las consultas. Mi nivel de profesionalidad siempre me caracterizó como una buena neurocirujana.

Hablábamos poco a causa de lo liados que estábamos con nuestros trabajos. Él tenía entrenamientos a todas horas a causa de que se acercaba la Champions League.

Esa noche jugaba un partido súper importante, había estado ausente todo el día y unas horas antes me llamó, según él para que le diese suerte en el partido.

Mi padre estaba en el salón con mi sobrino, ambos mirando hacia la televisión, expectantes. Era uno de los partidos más esperados, Chelsea contra el Real Madrid.

No sabía bien por qué, pero me apetecía verlo para apoyarle de alguna manera. Me senté en el sofá y miré hacia mi progenitor.

–Papá. Explícame un poco, ¿quiénes son los de blanco?

–Los del real Madrid – contestó, algo desubicado al verme allí. Mi hermana se sentó junto a mí, con un bol de palomitas en la mano.

–¿Desde hace cuánto te interesa el fútbol? – Me encogí de hombros, prestando atención a la televisión.

–¿Por qué han elegido el blanco en vez de otro color? Se van a poner perdidos – me quejé, logrando que mi sobrino Pedro rompiese a reír.

–No pueden elegir, es algo que decide el club. – me explicaba él. Asentí, entendiéndolo, mientras cogía unas cuantas palomitas del bol de mi hermana y me las comía con calma. – Ya empieza. – Avisó a mamá para que dejase de hablar con la vecina por la ventana de la cocina y se metiese dentro.

Apenas escuchaba al comentarista pues tenía la vista fija en la pantalla, mirando los movimientos de unos y de otros. Eran tan rápidos que me costaba coger el ritmo. Él salió quitándole el balón a otro. Estaba guapísimo, a pesar de estar sudado y con el cabello pegado a la cara. Hizo su jugada, juego de pies, moviéndose de aquí a allá, marcando el primer gol de la noche.

–Hazard es el mejor – aseguraba mi sobrino, quitándome un par de palomitas de la mano.

–Toma – mi hermana me pasó el bol. – Voy a por más.

"… Hazard remonta y gol del real Madrid. Señoras y señores, que partidazo…" – proseguía el comentarista, repitiendo la jugada que Hazard acababa de marcarse, metiendo el segundo gol de la noche.

Pedro se sentó a mi lado, dejando a papá en el suelo, agarrando más palomitas, mientras seguía el partido con ilusión, entusiasmándose cada vez que Hazard salía en pantalla.

–¿Te gusta? – pregunté, se giró para observarme – Pareces sentir gran admiración hacia ese Hazard.

–Es uno de mis favoritos, cuando sea mayor quiero ser como él – sonreí al darme cuenta de que su trabajo era incluso más importante que él mío. Él daba esperanza a la gente, les daba algo en lo que creer, una ilusión. ¿Cuánta gente habría como mi sobrino, dispuestos a seguir el mismo camino que él? ¿A cuánta gente hacía feliz?

En la primera parte del partido, el otro equipo consiguió igualarse, por lo que estaban dos a dos.

–Aún queda tiempo – aseguraba Pedro – si no remontamos en la segunda parte, siempre queda la prórroga. – Aprendí mucho sobre fútbol gracias a él.

–Nena – me llamó mi madre, sentándose junto a nosotros en el sofá, dejado a mi hermana preparando la cena en la cocina. – ¿Y ese repentino interés por el fútbol? – me encogí de hombros, sin darle importancia, justo cuando el partido volvía a empezar. Podía escuchar al comentarista hablando aquí y allá, mientras yo le contaba a mi madre como me había ido la semana.

–¡Falta! – gritó Pedro, haciendo que volviese a fijarme en él. – ¡Eso ha sido falta! ¡Tarjeta Roja árbitro! – Miré hacia la pantalla, observando a Noah, tirando en el suelo, tocándose el pecho, roto de dolor. Me puse en pie de un salto, tirando las palomitas al suelo, preocupada, haciendo que mi madre mirase hacia mí.

–¿Qué ha pasado? – pregunté, histérica, mientras mi sobrino me agarraba de la mano para que volviese a sentarme.

–Drinkwater le ha hecho la zancadilla, y cuando ha ido a quitarle la pelota le ha dado una patada en el pecho – eso me preocupó incluso más.

El comentarista seguía hablando, obviamente lo que decía era que su goleador estrella estaba lesionado, y que se lo llevaban en seguida.

Una camilla apareció de la nada, lo subieron a ella y se lo llevaron entre unos cuantos, mientras deliberaban, repetían las imágenes una y otra vez, para demostrar que efectivamente había sido falta por parte del otro equipo, pero como el árbitro no se dio cuenta, el partido seguía como si nada.

Al final quedaron 2-2. Pero a mí eso me daba igual, yo estaba preocupada por él. Estuve llamándole largo rato, pero no servía de nada. Suponía que, si se lo habían llevado a urgencias, igual no llevaba el móvil consigo, lo habría dejado en los vestuarios.

Yo:

“Estoy preocupada. Dime que estás bien. He visto el partido.”

Hacía como una hora que el partido había terminado y aún no tenía noticias suyas. Ni siquiera tenía hambre, justo me tomaba el postre, por exigencias de mamá cuando mi teléfono comenzó a sonar.

–Rosaura – me llamó mi padre, molesto – ya sabes que no tolero los móviles encima de la mesa cuando estamos comiendo.

–Necesito coger esta llamada – me disculpé, me levanté de la mesa, y salí al balcón, descolgando el teléfono. – ¿Estás bien? – pregunté,

preocupada, mientras mi padre miraba a mi hermana en busca de respuesta.

–A mí no me mires, yo no tengo ni idea de qué es lo que le pasa.

–Está rarísima – declaraba mi madre.

–A mí me gusta – añadía mi sobrino. – Mola más.

–Estoy bien – dijo, con la voz ronca. Se notaba que estaba haciendo un gran esfuerzo para hablar. – Dijiste que no veías los partidos, que no te gustaba. – se tomó mucho tiempo para decir aquello, dejando claro que hablar le costaba.

–Quería verte – contesté, sin tan siquiera pensar en las palabras que había dicho. – Quiero verte, ojalá estuviese allí. – Sonrió, sintiendo una sensación cálida recorriendo su cuerpo. – Ese capullo te ha dado una patada, estoy tan enfadada y el puto árbitro de mierda ni siquiera lo ha visto. – Rompió a reír, quejándose después.

–No me hagas reírme – me regañó. – Son gajes del oficio, nada que no pueda arreglar el equipo de médicos del club.

–No sabía que ese deporte fuese tan peligroso.

–De normal no suele pasar nada, no te preocupes, que estoy bien. – Nos mantuvimos en silencio, escuchando solo la respiración del otro. – ¿De verdad vendrías hasta aquí ahora si estuvieses…?

–Sí – contesté, sin tan siquiera pensarlo.

———— ♡ ♡ ♡ ————

(Noah)

No os podéis imaginar lo inmensamente feliz que me sentía, a pesar de estar medio mal herido, tumbado en mi cama con un moratón en el pecho y un malestar general más que evidente.

No me dejaron ir a entrenar en toda la semana, los médicos querían que me recuperase del todo antes de volver al campo.

Yo sólo podía pensar en ella. Le escribía a diario, sólo quería volver a verla, pero de momento la cosa pintaba mal.

Estaba preocupado, entre otras cosas porque el partido era el martes de la semana siguiente, jugábamos contra el Manchester y era un partido muy esperado.

Al final de la semana hablé con mi hermano, que me aseguró que los médicos decían que necesitaba un poco más de tiempo para recuperarme. Eso me cabreó bastante porque iba a perder la oportunidad de jugar en un partido importante.

Estaba enfadado, ¡Joder!

–¿Y si te doy una buena noticia? – preguntó ella, cuando la llamé para contárselo. Sonreí, porque cualquier cosa que ella dijese me haría feliz. – He pensado que cómo estás algo enfermito y este fin de semana no tengo nada pendiente, podría…

–Sí – contesté, antes incluso de que hubiese terminado. – Vente, quiero verte.

–¿Te parece bien?

–Me parece genial. Deduzco que estos me van a tener en el banquillo hasta que se me quite el moratón del pecho, son unos alarmistas.

–Al menos podrás jugar el miércoles 25 ¿no?

–Eso espero.



Capítulo 20:

CELOS.

(Rosaura)

Ni siquiera quería pensar en las consecuencias de mis actos, ni en lo que opinarían los demás cuando se enterasen. No le dije nada a mi familia sobre dónde iba, mentí diciendo que tenía un viaje de trabajo, incluso le solté esa mentira piadosa a mi mejor amiga. Sólo pensaba en él, en la cara que pondría al verme.

Agradecí a los chicos que me dejaron en atocha y cogí un taxi que me llevó a su casa. Bajé del coche en la esquina de su calle, llevaba una pequeña maleta, sólo iban a ser dos días, así que… no necesitaba mucho más.

Entré por la puerta de atrás, justo como él me indicó y llamé a su puerta. No vi necesidad de avisarle por teléfono de que estaba fuera, no lo creí necesario, aunque me arrepentí en cuanto la puerta se abrió y no era él el que me recibía.

Era tarde. Se suponía que no llegaría hasta el día siguiente, pero quería darle una sorpresa.

Jamás esperé encontrar a una chica allí.

Tragué saliva y le dirigí una mirada de arriba abajo: era morena, de mi misma estatura, con poco pecho y con mucho desparpajo.

¡Oh no! No podía ser cierto lo que estaba imaginando, ¿no?

–¿No es la casa de Charlie Putt? – me atreví a disimular, con rapidez.

–No, encanto. Te has equivocado, esta es la de Noah Hazard, el futbolista. – Masticaba un chicle de forma exagerada. Tragué saliva, asentí, e hice todo lo posible por respirar con normalidad.

–Me habré equivocado entonces – contesté, dándome la vuelta, caminando de vuelta a la esquina, sentándome sobre la maleta en cuento llegué al punto en el que el taxista me había dejado.

No quería sacar conclusiones precipitadas, estaba evitándolo con todas mis fuerzas. Mi mente se marchó al día en el que vi a Pablo, junto a su nueva familia. Él me cambió por otra sin dudarlo. ¿Y si Noah también hacía lo mismo? Peor aún… ¿y si me engañaba con otra?

“Tú y él no sois nada” – dijo una voz en mi cabeza, haciéndome daño. – *“Solo os habéis acostado un par de veces.”*

“Es incluso mejor que sólo seas un polvo, Rosaura” – decía otra voz – *“Así tendrás la excusa perfecta para dejarlo y nadie se enterará nunca de que estuviste a punto de echar tu vida por la borda por un futbolista.”*

No sabía qué hacer. Os lo aseguro.

Estaba en Madrid y había ido sólo por un tío al que ni siquiera conocía.

Volví a caminar hacia su casa, entré por la puerta de atrás y llamé a la puerta, sin saber bien cómo afrontar la situación.

–¿Otra vez tú? – se quejó la misma chica de antes. – Ya te he dicho que no es la casa de ese tipo.

–¿Él está aquí? – pregunté, como una idiota, evitando mirarla. – El futbolista – rompió a reír, como si mi osadía le hiciese gracia, cerrándome la puerta en las narices después

¿Cuándo me había vuelto así de patética? Mi teléfono vibró en el bolsillo, y me sorprendí al encontrar un mensaje suyo.

Noah:

“¿Qué haces? ¿Aún estás en el trabajo?

Estoy deseando que llegue mañana para verte.”

Yo:

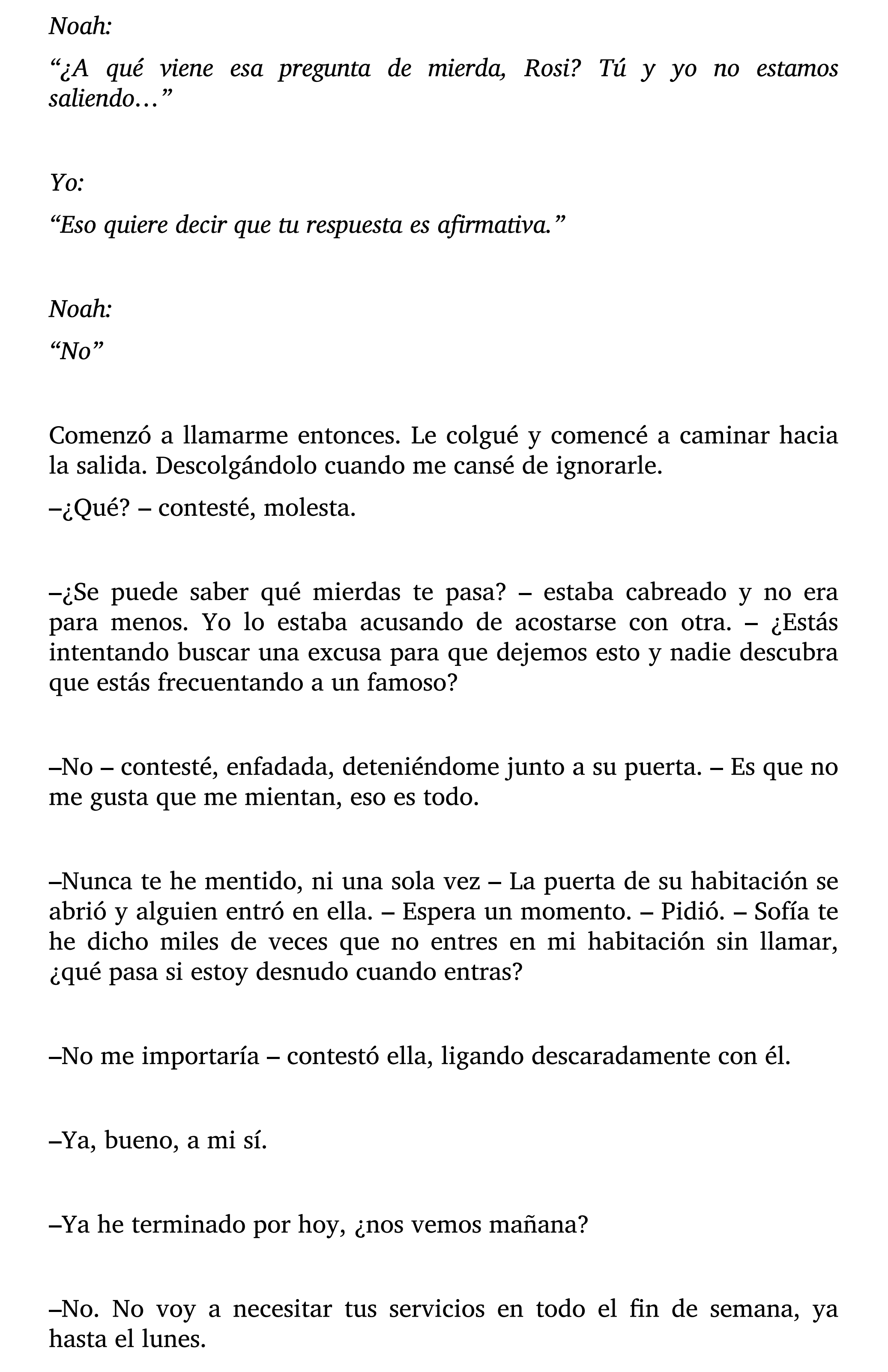
“¿Tú estás en casa?”

Noah:

“¿Dónde más podría ir? Me tienen recluido.”

Yo:

“Sabes que soy una persona muy clara, así que lo voy a decir sin rodeos. Cuando yo no estoy… ¿te follas a otra?”



Noah:

“¿A qué viene esa pregunta de mierda, Rosi? Tú y yo no estamos saliendo…”

Yo:

“Eso quiere decir que tu respuesta es afirmativa.”

Noah:

“No”

Comenzó a llamarme entonces. Le colgué y comencé a caminar hacia la salida. Descolgándolo cuando me cansé de ignorarle.

–¿Qué? – contesté, molesta.

–¿Se puede saber qué mierdas te pasa? – estaba cabreado y no era para menos. Yo lo estaba acusando de acostarse con otra. – ¿Estás intentando buscar una excusa para que dejemos esto y nadie descubra que estás frecuentando a un famoso?

–No – contesté, enfadada, deteniéndome junto a su puerta. – Es que no me gusta que me mientan, eso es todo.

–Nunca te he mentido, ni una sola vez – La puerta de su habitación se abrió y alguien entró en ella. – Espera un momento. – Pidió. – Sofía te he dicho miles de veces que no entres en mi habitación sin llamar, ¿qué pasa si estoy desnudo cuando entras?

–No me importaría – contestó ella, ligando descaradamente con él.

–Ya, bueno, a mi sí.

–Ya he terminado por hoy, ¿nos vemos mañana?

–No. No voy a necesitar tus servicios en todo el fin de semana, ya hasta el lunes.

–Vale – se marchó sin más y él volvió a dirigirse hacia mí.

–¿Por dónde íbamos?

–Esto es peor de lo que pensaba – me quejé, preocupándole. – ¡Has contratado a una puta, morena y plana para que vaya a follarte a domicilio!

–Yo no… – Se detuvo, perdiendo las ganas de discutir tan pronto como si dio cuenta de algo. – ¿Cómo coño sabes que Sofía es morena y plana? – me quedé callada en cuanto me di cuenta que me había delatado, observando como esa tipa salía de la casa y yo me hacía la despreocupada, mirando hacia un lado.

–¿Aún estás por aquí? – Preguntó ella. – ¿Eres una acosadora? Porque si es así… voy a llamar ahora mismo a la policía.

–No, yo no … – me retiré el teléfono de la oreja y busqué una forma de salir airosa de la situación.

–Noah – le llamó ella haciendo que levantase la cabeza para mirar hacia él que parecía haberse quedado sin palabras después de verme allí. – Vuelve a entrar en la casa, hay una puta fan loca aquí.

–Vete Sofía. La señorita y yo tenemos que hablar de negocios – tiró de mi mano, conduciéndome al interior de la casa, agarrando mi maleta con la otra, dejando a la chica algo confundida.

–¿De negocios? – me quejé, soltándome de él, molesta.

–¿Prefieres que le diga la verdad? – negué con la cabeza, al darme cuenta de la razón por la que había mentido. – ¿Que todo el mundo piense que eres la nueva conquista de Hazard?

–No me gustan los mentirosos – espeté, molesta porque aún no me

había dicho nada sobre esa chica que lo llamaba por su nombre.

–Ni a mí las novias celosas.

–Entonces es una suerte que yo no sea tu novia – contesté. Tragó saliva, mirando hacia mis labios con deseo.

¡Oh Dios!

Ni siquiera me había dado cuenta lo mucho que había añorado mirarle, cada arruga de su perfecto rostro.

Nuestros labios se unieron, nos besamos con desesperación, respirando en la boca del otro. Nos desnudamos con rapidez, entre muerdos y gemidos, ansiando estar con el otro, hasta que él se quejó. Aún estaba convaleciente.

–Lo siento – me disculpé. Apoyé las manos en su pecho y miré al feo hematoma que aún tenía en el pecho. Besé su piel con delicadeza mientras él apoyaba sus labios en mi frente.

"Él es mío" – resonó en mi cabeza – *"todo este cuerpo de futbolista es mío, y no quiero que sea de nadie más."*

–¿Te has acostado con ella? – Pregunté, aterrada mientras él tiraba de mi mano y me conducía a la planta de arriba. – Noah…

–Me cuesta respirar. Así que sentémonos un momento – Pidió, asustándome. Nos sentamos en su cama y nos recostamos en el cabecero. Él tardó muy poco en abrazarme por detrás y besar mi frente. – Sofía sólo es la chica que saca a pasear a Rey. Es la hija de Mamen, mi cocinera. Necesitaba la pasta y le dije que se pasara.

–¿Y por qué te tutea? – sonrió, sin poder creer que le estuviese montando una escena. – No te rías.

–No me gusta tratar a mis empleados de usted, lo hace sonar frío y antipersonal. – Tragué saliva. – ¿De qué tienes miedo, Rosi?

–No quiero que te acuestes con nadie más – me atreví a rogarle.

Sonrió, besándome entonces, volviendo a aferrarse a mí. – Noah…

–Sólo me acuesto contigo – prometió. – Ha sido así desde el Balneario – sonreí y dejé que él entrelazase nuestros dedos haciéndome sentir a salvo. –Me gusta mucho que hayas venido antes. Me moría por verte.

–Siento la escena de celos de antes – No dijo nada durante un momento y yo ladeé la cabeza para fijarme de nuevo en el cardenal que tenía en el pecho.

–Está mejor de lo que parece – me di la vuelta despacio y apoyé mis dedos en su piel. Estaba preocupada por demasiadas cosas y eso me asustaba. Él pudo darse cuenta en seguida de que algo iba mal. –¿Qué? – Negué con la cabeza y él insistió. – Vamos dímelo.

–Es sólo que no me reconozco, Noah. Yo no soy así, no me considero una persona celosa.

–No pasa nada.

–Tú no lo entiendes, pero yo no … – Ni siquiera sabía cómo explicárselo. – Es sólo que tu eres tan … – Sonrió al verme tan histérica. – … y claro, yo … No tiene gracia.

–¿Quieres seguir yendo despacio? – Pensé en ello, porque recién en ese momento tenía demasiadas dudas y mucho miedo.

–No lo sé – sonrió, al verme tan histérica y besó mi cabeza tratando de hacerme sentir mejor. – No quiero que las mujeres como ella te zorreen de esa forma, me llena de dudas e inseguridades, Noah.

–Eso es parte de mi vida, nena – me encantaba cuando me llamaba así, porque sólo mi familia lo hacía. – Es parte de ser famoso. No puedo evitar que las mujeres deseen meterse en mi cama.

–Pero yo soy la única en tu cama ¿verdad? – volví a insistir.



Capítulo 21:

HISTÉRICA.

(Noah)

Era la primera vez en toda mi vida que no me molestaba que una chica estuviese celosa. Al contrario, me encantaba que me demostrase lo mucho que le importaba y lo mucho que le asustaba que pudiese fijarme en otra chica.

Estábamos en la cocina, preparando un rico salmorejo. Ella llevaba puesta mi camiseta, sin nada debajo, bailando al ritmo de una canción electrónica, con ese culito que me volvía loco.

–¿Te apetece…? – La agarré de las manos y la atraje hasta mí, divirtiéndola. Con sólo una mirada y ella ya sabía qué era lo que yo quería de ella. – Tenemos que cenar algo, Noah. – Acerqué mis labios a los suyos y le robé un beso antes de auparla a la encimera. – Además, tu aún estás convaleciente.

–Estoy bien para esto – La miré con picardía antes de apoyar mis manos en mi camiseta y subirla poco a poco.

Metí la cabeza entre sus piernas y mordí sus muslos, con ganas de comérmela a ella, olvidándome de la cena.

El concierto de sus gemidos comenzó y tuve que detenerme cuando sentía que me asfixiaba, terminando mi labor con los dedos en su interior, mientras ella se colgaba de mi cuello y me atraía hasta sus labios para volver a besarme.

Su perfecto cuerpecito empezó a convulsionar y llegó al éxtasis con mis dedos en su interior moviéndose de forma estratégica.

Cerró los ojos y se dejó ir mientras apretaba su frente sobre la mía, y yo me moría por acostarme con ella. Pero … aún estaba débil y no quería forzarme.

–¿Estás bien? – Preguntó, preocupada a la par que excitada mientras me abría el cordón del chándal y acariciaba mi más que preparado miembro aún por encima de los calzoncillos. Retiré sus manos y me aferré a ellas.

–Aún estoy un poco débil para esto. – Ella asintió al entenderlo

volviendo a quedarse pensativa. – Dime qué pasa por esa cabecita tuya.

–Quiero intentar esto – La ayudé a bajar de la encimera y la atraje hasta mí. – Noah… yo … quiero estar contigo – asentí, echándome hacia delante, volviendo a besarla. Ella rompió a reír, enfadándose luego conmigo. – No me estás escuchando.

–Quieres estar conmigo – repetí sus palabras antes de echar el rostro hacia adelante y buscar sus labios con los míos. Sonrió y volvimos a besarnos. Un par de muerdos antes de que volviese a hablar. – ¿Quieres intentar una relación a distancia? – pregunté, para estar totalmente seguro de que estaba entendiéndola bien. – ¿Quieres…?

–Sí, quiero… que tú y yo …

–Suena bien. Una relación a distancia secreta – me besó entonces, lucía tremendamente feliz.

–¿Puedes por favor… hacerle saber a esa chica que estás con alguien? – sonreí, ella seguía obsesionada con Sofía. No tenía ni idea de que yo sólo estaba interesado en ella.

–Sólo estás proponiendo esto porque sigues celosa – adiviné.

–¡No! – exclamó, nerviosa, estaba demasiado histérica, y yo no podía entender por qué. – Sé que quiero estar contigo, sólo que no sé cómo manejarlo… – Volví a besarla porque sus labios eran como una adicción. – … ¡Dios! Mi padre va a matarme cuando se entere de esto – rompí a reír, ella lucía tremendamente preocupada. – No te rías.

–Perdona, es que te pones tan preciosa cuando estás nerviosa, ¿te haces una idea de lo mucho que me gustas? – sonrió, volviendo a besarme, manteniéndonos así por unos minutos hasta que rompí el beso y acerqué mi boca a su oído para hablar – ¿Qué quieres hacer, nena?

–No lo sé – seguía histérica, sabía que estaba así porque estaba saliendo de su zona de confort. Lo que sentía por mí salía de todos sus esquemas y eso lo complicaba todo más.

–Una pregunta… ¿con Pablo también te ponías así de nerviosa?

–Con él las cosas nunca se salían de control. Debo parecerte una puta loca ahora mismo.

–Tienes que calmarte, dejarte llevar y dejar de controlar esto. Sé que estás asustada, pero podemos manejarlo, nena – insistí, ella asintió, como si me estuviese creyendo. – Sé que quieres estar conmigo, pero … ¿no crees que lo estás forzando un poco? ¿Qué crees que pasará si empiezo a decirle a la gente que estoy con alguien? – ella entendió mi punto de verlo. – Es mejor si primero nos dejamos llevar y vamos viendo hasta donde llega esto, sin prisas y sin presiones. Ten claro que esto es entre tú y yo, sin terceras personas.

–Me parece bien – contestó, lucía un poco más calmada. – Olvidémonos de hacerlo oficial.

–¿Cómo fue tu experiencia viendo tu primer partido de fútbol? – quise saber. Me miró con una gran sonrisa. Estaba calmada y feliz. Y eso me encantaba, que volviese a ser ella.

–Fue fatídica porque el futbolista que me gusta salió lesionado – sonreí, al escuchar aquello.

–Así que … el futbolista que te gusta.

–Así es, estoy loca por él – ensanché la sonrisa. – Si incluso he venido a verle después de escaparme de casa. – La atraje hasta mí para volver a besarla. Me moría por ella.

–Entonces… – me retiré antes de que se volviese intenso. Porque me moría por acostarme con ella y aún no estaba recuperado del todo como para que algo así sucediese entre ambos. –¿Nunca has estado en

un partido de fútbol en vivo? – Negó en respuesta. – Te encantaría.

–Ya veo por donde vas y la respuesta es no – rompí a reír. – No pienso ir a verte al campo.

–¿Y si te dijese que eso me hace feliz? – me miró, sorprendida. – Si te dijese que tu presencia allí puede darme suerte…

–No me gusta el futbol, es muy estresante. Es como ver una película de miedo. Tengo el corazón en un puño y me da miedo de que algo malo te pase.

–Eso lo hace excitante, ¿no crees? Es como cuando operas un cerebro, sabes que las cosas pueden salir mal, pero das lo mejor de ti para que todo salga bien – ella sonrió, porque estaba comparando lo que hacía yo con lo que hacía ella.

–Tengo trabajo. Así que no podría, aunque quisiese…

–Haremos una cosa – negó en señal de que no estaba de acuerdo, antes si quiera de haberme escuchado. – Te conseguiré entradas para que vayas al próximo partido en el que juegue.

–Noah – se quejó, sabía que ella era difícil de convencer, pero también sabía que a mí no solía decirme que no. – No creo que sea buena idea, acabas de decir que no podemos exponernos, que no deberíamos hacer esto oficial…

–Sólo serás una espectadora más. Te doy mi palabra de que no voy a gritar tu nombre en el campo o a dedicarte un gol.

–No vas a darte por vencido hasta que te diga que sí, ¿verdad? – asentí, haciéndola reír. – Vale – contestó, haciéndome feliz por un momento. Volví a besarla, agarrándola de la cintura atrayéndola hasta mí.

Preparamos ese salmorejo y comimos entre miradas fugaces, bromas y risas. Era agradable, poder disfrutar de todo aquello con ella. Me gustaba mucho, como hacía mucho que no me gustaba nadie y me hacía feliz tenerla cerca. Quería que se quedase a mi lado por mucho tiempo.

Justo terminábamos de recoger la cocina cuando recordé algo.

–¿Recuerdas esa vez, cuando te dije que había canciones de reguetón que eran la excepción a la regla? – pregunté, quitándole el delantal, dejándola sobre la mesa, para luego tirar de ella hacia el salón. Conecté el móvil al hilo musical de la casa y busqué una canción en la lista de reproducción. Ella se mordió el labio inferior, impaciente. –Mira, esta me recuerda a ti, en el balneario – le dije, poniendo la canción ***Despeinada de Ozuna y Camilo***. La escuchó, poniendo su atención a la letra, dándose cuenta de que era justo lo que sucedió entre ella y yo. Al principio me puso las cosas claras: solo sexo, pero con el tiempo se convirtió en mucho más.

–Me gusta – aseguró, casi en el final de la canción. – Me encanta – sonreí, agarrándola de la cintura justo cuando se lanzó a besarme. –Nunca había tenido una canción, Noah, pero siento que esta es la nuestra – sonreí. Me encantaba cuando se dejaba llevar y se ponía así de intensa.

La canción terminó cuando nos besábamos y empezó otra que también me gustaba. Se titula ***dime cuántas veces de Micro TDH, Rels B, Leny Tavárez y Justin Quiles.***

Me moví al ritmo de la canción con cuidado, pues aún estaba convaleciente.

–Así es cómo sueles llevártelas a todas de calle ¿no? – rompí a reír, divertido, olvidándome incluso del dolor. Ella era mi mejor medicina.

–No negaré que alguna ha caído así – contesté, haciéndola reír a ella. No dejó de hacerlo durante un buen rato, improvisando por sí sola, haciendo pasos extraños, contagiándome esa risa preciosa suya.

La canción terminó y empezó ***Prendemos de Haze, Jhay Cortez, Lunay***, sorprendiéndola.

–¿Está también te recuerda a mí? – dijo cuando llegó al estribillo. Sonreí.

–Quizá – bromeé, tirando de su mano, acercándola, besándola de nuevo.

–Mira – me quitó el teléfono, buscó una canción y la puso. Era ***¿Cómo te va? De Lola Índigo y Beret*** – esta me gusta.

–Me recuerda a ti con Pablo – le dije, asintió, indicándome que a ella también.

–He estado pensando en algo, y quiero saber tú opinión. – Detuve la canción a la mitad y me concentré en ella. – Quiero buscar a Pablo y pedirle el divorcio, porque siento que no puedo avanzar del todo contigo, por tener un capítulo abierto con él.

–Es algo que tienes que hacer – contesté, entendiendo su postura. – Cerrar ese libro que ya terminó. Él tiene una nueva familia ahora, ¿no?

–Es eso. Quiero terminarlo de una vez, dejar de posponerlo y ser una mujer libre, para poder hacer lo que quiera sin sentirme una adúltera. – Sé que lo último lo dijo medio en broma. Sonreí, besándola. Me encantaban sus labios, ¿os lo he dicho ya?

–Vamos arriba, me muero por tener sexo contigo – bromeé, rompió a reír.

–¿Ya estás bien? – Asentí.

–Podemos probar a hacerlo despacio esta vez, pero sí. Creo que podré hacerlo.

–¿Quieres hacer el amor? – En cualquier otro momento me habría asustado después de escuchar esas palabras, pero en aquel momento no fue así.



Capítulo 22:

PABLO.

(Rosaura)

Un sonido infernal me despertó en la mañana, con él gruñendo para que alguien apagase ese sonido. ¿Había olvidado quitar la alarma el día anterior?

No. Recordaba como lo había hecho en el coche, de camino a Madrid, entonces… ¿qué…?

–¿Sí? – contesté con desgana, sin tan siquiera mirar a la pantalla.

–Rosaura Mejide – me llamó mi hermana dándome un susto de muerte. Parecía cabreada. – ¿Dónde demonios te has metido? Dijiste que estarías fuera por trabajo, pero he hablado con Alfredo esta mañana y he descubierto que eres una zorra mentirosa. ¿Dónde estás?, ¿eh?

¡Mierda!

Me levanté de la cama, con rapidez, agarrando su camiseta para ponérmela y asomarme a la terraza, sin quiera pensar en lo que estaba haciendo. Me senté sobre la tumbona y disfruté de las hermosas vistas: un nuevo amanecer en Madrid, mientras mi hermana seguía despotricando sobre mí.

–Estaría feliz por ti, ¡Dios sabe que necesitas a un hombre que te haga salir de esta vida tan al milímetro que sigues! Pero no es el caso. Pablo estuvo aquí anoche.

–¿Qué? – pregunté con incredulidad. – ¿Cómo? ¿Qué? – no podía decir nada más, me había quedado atónita con la noticia.

–Papá lo echó a patadas, salieron los vecinos y se lio gorda. Cuando todo se calmó bajé la basura y me sorprendió verle aún abajo. Me estuvo explicando un poco. Dice que no sabía que Carmen había muerto, que se enteró cuando coincidisteis en el avión, que Alfredo se lo dijo. No quiero ponerme de su parte, sabes que te apoyo a ti, incondicionalmente, pero lucía destrozado. Creo que deberíais hablar.

–¿Hablar? – pregunté – ¿hablar? – insistía, sin poder decir otra cosa, repitiéndolo como un papagayo, con distintas tonalidades cada vez más altas. – ¿Hablar?

–Sí, nena. Hablar. Le he dado tu número.

–¿Qué has hecho qué? ¡No quiero hablar con ese cerdo!

–Habla con él. Ambos necesitáis hacerlo y pasar página estaría bien. – Colgué el teléfono sin tan siquiera responderle, dándome cuenta del lugar en el que me encontraba.

¡Oh mierda!

¿Por qué había salido al balcón, donde cualquier podría verme y especular sobre que hacía una mujer medio desnuda en la terraza de Hazar?

Volví a entrar en la habitación, recostándome a su lado, sintiendo en seguida su abrazo por detrás.

Miré hacia el móvil, sin poder volver a conciliar el sueño. Aún estaba tensa con todo aquello.

Un mensaje de mi hermana apareció entonces.

Susana:

“Te dejo el número de Pablo por si prefieres llamarle tú

**Adjunto contacto.”*

Me quedé dormida en tan sólo un par de segundos, con su respiración en mi espalda. Era agradable. Cuando desperté él no se encontraba a mi lado, pero podía escucharle hablar en el salón. Bajé con sigilo y le vi allí discutiendo por teléfono con su hermano.

Me serví un vaso de zumo y un par de tostadas. Disfruté del desayuno con su voz de fondo. Parecía enfadado porque su hermano le hubiese conseguido que jugase en el siguiente partido. Rey apareció con el rabo entre las patas y la correa en la boca.

–¿Nos vamos de paseo? – pregunté haciendo que me mirase esperanzado.

Recogí los platos del desayuno y subí a su habitación para ponerme algo cómodo. Usé unas mayas, una camiseta ancha y unos deportes. Me lavé la cara y volví a bajar. Estaba a punto de salir por la puerta, cuando mi teléfono comenzó a sonar. Lo descolgué, despreocupada.

–Rosaura, soy yo, Pablo – me quedé estática de la impresión, incluso se me cayó la correa de Rey antes de habérsela colocado. Este llamó mi atención lamiéndome la mano, se sentó y levantó la patita, para ganarse su paseo. – Espero que no te importe, pero tu hermana me ha pasado tu teléfono. Estaba pensando en llamarte, no sabía cómo hacerlo, cómo pedirte perdón…

–¿Crees que por teléfono es la mejor forma de pedir perdón?

–Tienes razón. Deberíamos quedar, pero este fin de semana estoy en Madrid, así que hasta la semana que viene…

–Me parece bien. Porque da la casualidad que yo también estoy en Madrid por un asunto laboral – mentí. – Así que podemos vernos y acabar con esto de una vez.

–Claro.

–Quiero el divorcio – solté, sin filtro alguno, sorprendiéndole.

–Guau, eso ha estado fuera de lugar, ¿no crees? Mira, quedamos en el centro, en la cafetería *La Castellana*, ¿te parece bien a las 6?

–Me parece bien

Me marché a sacar a Rey después de eso, dejando a Noah allí que parecía no haberse coscado de nada.



(Noah)

Ella se marchó a sacar a mi perro y yo seguí enfrascado en aquella acalorada discusión con mi hermano. No me podía creer que hubiese conseguido que el club me tomase en consideración para el siguiente partido. Lo cierto era que, aunque fui tremendamente injusto con él con respecto a la decisión irrevocable de los médicos, lo apoyaba. Yo aún no estaba recuperado del todo como para jugar un partido. Ni siquiera podía acostarme aún con Rosi, como pude comprobar la noche anterior. Me asfixiaba y me dolía el pecho cuando me excitaba demasiado.

–Es que no puedo. Ya te lo he dicho, este fin de semana no me viene bien – me quejé, por enésima vez, que no le entraba en la cabeza a ese hombre que tenía planes, ¿Eh? Muy corto de mollera a veces.

–¿No te viene bien que el club vaya a dejarte jugar el partido del martes? Pensé que era eso lo que querías, me has estado comiendo la oreja toda la semana, y ahora que lo consigo… vas y me dices que no te viene bien entrenar el fin de semana. Haz el favor de poner en orden tus prioridades, porque me estás mareando, hermano.

–No es que no quiera jugar. Es que el médico tiene razón, mejor esperar a que los hematomas desaparezcan un poco más antes de volver, no quiero recaer por culpa de no haber curado una lesión antigua. – Sabía que él no iba a creer esa excusa de mierda, no cuando esa semana me cagué en todos los médicos y me comporté como un energúmeno.

–¿Ahora te pones de parte de los médicos? Pero ¿qué demonios te pasa? Vale, hablaré con el club, pero decídete de una vez… Hermanito… a veces creo que eres bipolar.

–Me disculparé con ellos si quieres y daré la cara, sé que me he comportado como un idiota esta semana.

–Sería todo un detalle por tu parte. Me reuniré con ellos sobre las seis.

Colgué el teléfono y miré hacia el aplicativo de mensajes, tenía uno de ella.

Rosi:

“He quedado con Pablo a las 6 para hablar de lo del divorcio, ¿no te importa no?”

Yo:

“¿Y esa rapidez?

No me importa, justo tengo que pasarme por el club sobre esa hora.”



Capítulo 23:

HACER EL AMOR.

(Rosaura)

Sabía que enfrentarme a mis fantasmas del pasado en aquella cafetería iba a ser duro, pero necesitaba hacerlo para cerrar esa etapa de mi vida de una vez y permitirme a mí misma ser feliz. Quería ser fiel a lo que sentía por Noah.

A cada paso que daba, con aquella falda de raso, mis botas marrones y una blusa blanca de topitos grises, sentía que Carmen me iba dando fuerzas para afrontarlo. Siempre estaba conmigo, nunca me abandonaba.

Llegué antes que Pablo. Así que me senté, pedí un capuchino con nata y una palmera de huevo que tenía una pinta excepcional. Pensaba darme un capricho.

–Siento llegar tarde – dijo una voz frente a mí, sentándose. Se fijé en la palmera que me comía y puso el grito en el cielo. – ¿Sabes la cantidad de carbohidratos que tiene eso?

–¿Qué te importa? – me quejé. Odiaba que siempre estuviese controlando lo que comía, incluso cuando estábamos juntos. Estar con un dietista era una mierda, sobre todo con uno bien tocapelotas como él.

–No he venido a pelear, Rosaura. – La camarera se detuvo junto a nosotros para tomar la comanda de él. – Un té verde con una ramita de canela, gracias.

–Bueno… ¿y qué te trae por la gran ciudad? – preguntó, en un amago por resultar amigable. Sonreí sin ganas.

–Trabajo.

–Ya claro, la mentira que le has contado a tus padres, ¿no? – menos mal que no había venido a discutir.

–¿No ibas a disculparte?

–Sí, verás… me asusté, ¿vale? Pensaba volver en cuanto pasasen unas semanas, tras haberme aclarado.

–Han pasado tres años, Pablo – recalqué. – Tres años no son unas semanas.

–La cagué, ¿vale? Me arrepiento cada día de haberme ido así, de no haberme podido despedir de nuestra hija. Me enteré hace sólo unas semanas, cuando volví de Australia, en el avión a Alicante. Cuando nos encontramos, no sé si te acuerdas. Ni siquiera me dejaste explicarme, saliste escopeteada. ¿A dónde ibas, por cierto?

–Tenía trabajo en Madrid – mentí. Pasaba de darle explicaciones.

–Claro, ya… trabajo. Me avisó Óscar, que las cosas se estaban poniendo mal con Carmen y que debía volver a despedirme, pero parece que llegué demasiado tarde.

–Ya…

–Vale. Sé que estás dolida, lo entiendo, pero lo que te cuento no es una milonga. Es la verdad, joder.

–¿La verdad? ¿Quieres que hablemos de la verdad aquí? Me dejaste, Pablo. Te marchaste a Dios quién sabe dónde, dejándome con todo a mi sola. Tuve que encargarme de absolutamente todo y encima … no sabes lo duro que fue para mí afrontar esta lucha sola, ¡joder! – mis lágrimas se precipitaron por mis mejillas al recordar todo ese infierno

–Lo siento. Sé que la he cagado y que no tengo perdón de Dios, pero … de verdad que no creí que …

–¿No creíste? Estuviste fuera 3 años, Pablo. Tiempo suficiente para darte cuenta de que la estabas cagando, ¿no crees?

–Mira, no quiero discutir.

–Entonces ¿a qué coño has venido? Tú ya nos has olvidado, rehiciste tu vida, incluso tienes una hija.

–¿De qué coño estás hablando?

–No soy idiota, Pablo. Tengo ojos en la cara y … en el avión no estabas solo.

–¿Hablas de Helena y Carolina? – preguntó, con incredulidad.

–Me importan una mierda sus nombres.

–¿Ah sí? ¿Acaso no te acuerdas de ella? ¿De Helena? La mujer de mi mejor amigo Óscar – me quedé helada. De hecho, recién me daba cuenta de que me sonaba aquella mujer. – Viajaba con ellos de regreso a Murcia, Rosaura. – Parecía que había estado equivocada, después de todo. – Tu petición de hace un rato, sobre el divorcio… ¿tenía algo que ver con mi supuesta doble vida?

–No. Por supuesto que no – agarré el café para dar un largo sorbo.

–En ese caso … debo deducir que me has puesto los cuernos con otro tío. – Rompí a reír, sin poder creer su desfachatez.

–Te marchas. Nos dejas a tu hija y a mí durante 3 años, en los que ni siquiera contactas con nosotras y ahora regresas, pidiendo perdón, como si nada hubiese sucedido. ¿Y me acusas a mí de que te soy infiel?, ¿en serio, Pablo? – estaba que echaba humo. – ¡Ni una puta nota, ni un mensaje, ni una llamada, joder! ¿Y vienes aquí a pedirme explicaciones sobre con quién me acuesto? – La camarera dejó el té sobre la mesa y yo tuve todas las ganas de echárselo encima. Me serené, con toda la ayuda que Carmen me brindó. – Si te pido el divorcio no es porque tenga a otro, es porque mi marido ha estado desaparecido por tres años y me he cansado de esperar. Simplemente

eso.

–Pues no voy a dártelo – me porfió como si una parte de él supiese que le estaba ocultando algo. – Porque pienso recuperarte – rompí a reír, porque os prometo que me parecía una puta cámara oculta. – Lo digo en serio.

–Tienes demasiada fe en ti mismo, creo yo. Hace tres años que perdí la esperanza de un nosotros. Yo ya no te quiero, Pablo.

–Eso sólo lo dices porque estás dolida.

–No, te aseguro que no lo digo por eso.

–Entonces… si ya no sientes nada por mí… ¿por qué has accedido a que nos viésemos?

–Porque necesitábamos hablar. Tu necesitabas disculparte y yo terminar con esto que se había quedado en el aire por tres años.

–Eso es la milonga que cuentas, pero en el fondo yo sé que aún me quieres. – ¿Cómo podía pensar que yo podía seguir queriéndole después de cómo se había comportado con nosotras?

–Mira, Pablo. Terminó hace 3 años, cuando te fuiste. Terminó ahí. Si no querías que terminase, no haberte ido. – Agarré mi bolso y me puse en pie sin si quiera haber pagado la cuenta.

De verdad… ese idiota me sacaba de mis casillas.

¿Qué? ¿Qué quería recuperarme?, ¿volver conmigo? ¿En serio? ¿Después de haberse ido por tres años sin explicación? Ni una nota, ni un mensaje, ni una llamada… NADA. Y esperaba volver sin que hubiese consecuencias. NO, me temo que no.

(Noah)

Volvía a casa en mi bugatti, pensando en ella. La reunión con el club había ido mejor de lo que esperaba. Comprendieron exactamente que no quisiese jugar más después de verme aún convaleciente.

¿Dónde estaría Rosaura? ¿Habría terminado ya su reunión? Me moría por hablar con ella, besarla y hacerle el amor.

¿Un momento? ¿Acababa de decir… hacerle el amor? ¿En serio?

¿Qué coño me estaba pasando con esta tía? ¿Por qué no podía sacármela de la cabeza? ¿Por qué me daba igual que el mundo se enterase de lo que había entre nosotros?

Aparqué el coche en el garaje, llegando a casa a la misma vez que lo hacía ella. Sonreí al verla, me bajé del auto y corrí hasta agarrarla de la mano y atraerla.

–Aquí fuera no – se quejó, mirando hacia alrededor. – Cualquiera puede vernos – tiré de ella hacia la casa y la besé apasionadamente en cuanto la puerta se cerró. Sonrió, calmada, como si fuesen mis besos lo que necesitaba para calmar su corazón.

–¿Cómo ha ido? – quise saber, negó con la cabeza, en señal de que no quería hablar de ello. – ¿Tan mal ha ido?

–El muy idiota ha tenido el descaro de acusarme de infiel. Él, que se marchó dejándonos a su hija y a mí durante 3 años. ¿En serio? – estaba enfadada e indignada. Era normal. Ese tipo me parecía un capullo. – Pero no sabes lo peor. Se ha atrevido a decirme que quiere recuperarme, que no me va a dar el divorcio y …

–Eso me preocupa – me miró con extrañeza. –Aunque sé que no tengo por qué. Tú no sientes nada por él ¿no? – negó con la cabeza.

–¿Qué pasa, Noah? – Tanteó con cierto matiz juguetón. – No me digas que estás celoso.

–¿Celoso yo? – Me señalé con el dedo poniendo una cara divertida, haciéndola sonreír. – ¿Y qué pasa si lo estoy?

–¿Tanto te gusto? – Parecía feliz después de haberme escuchado decir que lo estaba.

–¿No lo sabes? Ven – acerqué mi boca a su oído y susurré algo. – Estoy loco por ti. – Conseguí mi propósito: despertar las risas de esa preciosa chica. – Ya sé por qué ese idiota quiere volver contigo, has ido demasiado guapa a esa cita.

Se acercó más y se colgó de mi cuello para besarme dulcemente. Pretendía ser algo muy inocente, pero con ella los besos siempre se convertían en una locura.

Me detuve y me eché hacia atrás. La observé con detenimiento mientras ella abría los ojos y me miraba. Apoyé los dedos en su camisa y comencé a desabrocharla.

Su teléfono empezó a sonar justo cuando mis dedos rozaban la delicada piel de su abdomen. Lo ignoró y abrió la boca para respirar mientras mis caricias se establecían en sus brazos, echándole la camisa hacia atrás hasta dejarla caer al suelo. Le quité el sujetador con demasiada destreza y apoyé mis labios en su vientre dejando un camino de besos hacia sus pechos, haciendo que echase la cabeza hacia atrás tan pronto como mi lengua se enroscó alrededor de sus pezones.

Me empecé a ahogar después de ese momento y ella decidió coger las riendas de aquella situación. Desabrochó mi camisa entre miradas cómplices y caricias en mi rostro, nuca y cuello, besándome apasionadamente a cada tanto, empezando a despertar aquello que dormía entre mis piernas.

–Tranquilo – pidió, relajando la intensidad de nuestros besos, mientras sus manos recorrían mi torso desnudo. Me quitó la camisa y empezó a besar cada rincón de mi piel con mucha calma.

Un sonido gutural salió de mis labios tan pronto como ella metió la mano debajo de mi pantalón y empezó a masajeármelo.

–¡Oh, Cielos! – Gemí sobrecogido, mientras ella se echaba hacia atrás y se bajaba la faldita. Se quitó las botas y las bragas, quedándose desnuda frente a mí. Me faltó el aliento solo con eso. – Deberíamos subir, ¿no?

–Te deseo, Noah – se atrevió a decirme y se mordió el labio con sensualidad, volviéndome loco. – Quiero que hagamos el amor – Abrí la boca porque me estaba ahogando, joder. Y ella aprovechó mi enajenación mental para bajarme los pantalones y sentarme sobre el sofá de la sala. Se subió a horcajadas de mí y entonces todo empezó.

Lo hicimos con suavidad, lentamente, entre besos y miradas cómplices, con sus caricias recorriendo mi piel y nuestros gemidos envolviéndonos. Nunca antes hice nada parecido con ninguna otra mujer. Y ni siquiera me acordé del maldito dolor.



Capítulo 24:

QUERER Y DEBER.

(Noah)

Lo que sentía por ella era tan grande que me parecía irreal. Porque yo nunca antes me había enamorado y eso tan sólo me abrumaba mucho más. Estaba aterrado, joder. Pero no podía detenerme siquiera a pensarlo.

Hacer el amor con ella fue mágico, lo más especial que había hecho jamás con una mujer.

La abrazaba por detrás aún recostado en mi sofá, incapaz de levantarnos y enfrentarnos a nada más.

–¿Tienes hambre? – Pregunté después de besar su cabeza repetidas veces. – ¿Te apetece un helado?

–Mmmm – se dio la vuelta y me observó, recostada sobre mi brazo. – Me gusta más la idea de quedarme en el sofá en tus brazos un rato más. – Sonreí.

Su teléfono volvió a sonar por décima vez desde que habíamos llegado. Se puso en pie y caminó hacia su bolso que estaba en el suelo. Lo agarró y sacó de él su móvil. Yo aproveché para ponerme en pie y ponerme al menos los calzoncillos.

–¿En serio? – Se quejó haciéndome volver la vista hacia ella. – ¿Por qué sigue insistiendo el muy idiota?

–¿Quieres que me ponga yo y le diga que eres mía? – Una tonta sonrisa apareció en su rostro. ¡Guau! ¿Tan feliz la hacía esa broma? – Eso hará que te deje en paz. – La agarré de la mano y la atraje hasta mí para volver a besarla, mientras ella recibía un nuevo mensaje. Hizo una parada para volver a mirarlo. – ¿Es él? – Asintió en respuesta. – Vemos qué quiere ahora ese imbécil.

–Míralo tú – pidió cediéndome en móvil. Eso me sorprendió, pues de normal un teléfono es algo demasiado personal. ¿Qué tanto confiaba ella en mí cómo para poner sus secretos a mi alcance? – La contraseña

es 1012.

–¿Por qué 1012? – quise saber, mientras lo desbloqueaba despreocupado, escuchando su respuesta.

–Es el día que Carmen nació, el 10 de diciembre.

Abrí la conversación que tenía con ese idiota y perdí hasta el último suspiro en cuanto vi aquello. Era una fotografía, en la que aparecíamos los dos en la puerta de mi casa, era de hace un momento. Se veía claramente que había confianza entre nosotros, algo así como una relación o …

¡Joder!

Había algo escrito a pie de página.

"Quizás esto llame tu atención y me cojas el teléfono de una puta vez."

–¿Qué pasa? – preguntó, intentando coger el móvil. Lo aparté de ella, preocupándola aún más. Ella sabía que algo sucedía pues yo me había quedado mudo, incómodo y frío. ¿Y cómo no estarlo? Cuando estaba a punto de perderla antes de haber empezado algo.

–Espera – pedí, observando como ese tío escribía.

"¿He llamado tu atención no? Seguro que te lo piensas mejor en lo de pedirme el divorcio, ahora que tengo tu futuro en mi poder…"

"¿Qué piensa tu padre de que su hija favorita, esa a la que tiene en un pedestal se haya liado con un futbolista?"

"¿Debería contárselo?"

"Aún eres mi mujer y no voy a dejar que te revuelques por ahí con cualquiera."

Sus últimas palabras me pusieron especialmente tenso, tanto que actué por instinto sin tan siquiera pensar en las consecuencias de mis actos. Ella intentó quitarme el teléfono, cabreada y yo la aparté, escuchando como ese idiota contestaba.

–Mira hijo de puta. Si divulgas la foto, si le cuentas a alguien lo que has visto… Si se te ocurre tan sólo hacerle daño…

–¿Qué? – espetó él, al otro lado de la línea, rompiendo a reír. – ¿Qué vas a hacerme? Que yo sepa eres tú el que tiene algo mío. Soy yo el que tengo que estar enfadado de que te estés zumbando a mi mujer, ¿no?

–¿Tu mujer? – pregunté con incredulidad, mientras ella lucía muerta de miedo. – ¿Antes o después de abandonarla?

–Basta, Noah – Me quitó el teléfono y lo colgó. Leyó los mensajes, miró hacia las fotos y entonces levantó la vista hacia mí. Lucía incluso más asustada.

–Escucha – la llamé, intentando alcanzar su mano, pero se echó hacia atrás y dejó escapar algunas lágrimas – yo …

–No tenías ningún derecho de hacer esto – me reprochó, como si yo tuviese la culpa de algo. Negué con la cabeza, aterrado, intentando volver a retenerla a mi lado, pero volvió a apartarse. – No eres mi novio, joder. ¿Por qué…?

–¿No lo soy? – pregunté, mirándola con fijación.

–¿Cómo puedes serlo cuando sigo casada con él? – negó con la cabeza, aterrada con todo aquello. – No necesito que un hombre me defienda, que luche mis guerras por mí. Soy autosuficiente para poder hacerlo sola. – La había cagado y estaba temiendo el final. Me aterraba tanto, que lo único que pude hacer fue rogarle a Carmen, como si ella fuese una puta diosa. *"Por favor, Carmen, no dejes que ella se vaya."* – Perdóname – negué con la cabeza, incapaz de aceptar aquello. – No debí haberte involucrado en esto. Él tiene razón, aún estamos casados.

–Se fue hace tres años, es normal que quisieras rehacer tu vida. – negó con la cabeza, sin poder contestar. Se sentó en el puf y yo me senté a su lado. – Rosi…

–Sólo me estaba engañando a mí misma, todo este tiempo… – tragué saliva, aterrado – … pensando en que podría estar contigo, en que podría ignorar que pertenecemos a mundos distintos.

–No – la detuve, agarrándola de la mano, entrelazándola con la mía en mi estúpido intento de retenerla a mi lado.

–Pero él tiene razón, Noah – negué con la cabeza, con mis ojos nublados por tantas lágrimas. – No puedo estar contigo – mis lágrimas cayeron entonces.

–Pero tú quieres estar conmigo – contesté, intentando hacerle recordar eso.

–¿Sabes qué he aprendido en todo este tiempo, Noah? – negué con la cabeza, sintiendo como se me desgarraba el corazón, porque la tenía tan cerca, pero al mismo tiempo tan lejos. – Que a veces lo que nosotros queremos no importa, a veces las cosas que queremos no pueden ser… a veces tenemos que dejar ir a esas personas, aunque nos rompa el corazón. – Sabía que se estaba refiriendo a Carmen, en ese momento. Estaba comparando lo que sentía por ella a lo que sentía por mí. Me di cuenta que lo que sentíamos el uno por el otro, era mucho mayor de lo que había imaginado.



Capítulo 25:

DEBILIDAD.

(Rosaura)

Le abrazaba con el corazón sobrecogido, aterrada por tener que dejarle, marcharme y abandonarle, sintiendo sus silenciosas lágrimas en mi cuello. Ese pequeño llanto sin voz que había comenzado hacía un rato y que él se empeñaba en ocultar. Me estaba matando estar haciéndole tanto daño.

–Vas a estar bien – prometí, tras aclararme la garganta, aplacando aquella pena que tenía dentro. Acaricié su espalda, intentando hacerle sentir mejor. – Eres un hombre bueno, guapísimo… y, además, eres futbolista. Seguro que las tienes a todas… – Dejé de hablar tan pronto como escondió su cabeza en mi cuello, haciéndome cosquillas con su nariz húmeda. Subí las manos, aferrándome a su nuca y dejé que me zarandease, de un lado a otro, como si aquel abrazo fuese casi un ritual.

–No quiero que te vayas – contestó con la voz tomada del sofocón que llevaba encima. – Así que, si te aprieto así… ¿te fusionarás conmigo?

Mis lágrimas salieron a escena, sin que pudiese hacer nada por detenerlas. Aquella situación me estaba rompiendo el corazón, separarme de aquel hombre y decirle adiós sabiendo que no volvería a estar en la misma habitación que él.

Carraspeó la garganta y besó mi mejilla antes de aceptar separarse al verme tan destruida.

–Tienes que irte – se echó hacia atrás y secó sus lágrimas con las manos. – Esto tiene que terminar ya. No podemos seguir alargando este dolor…

Subí hasta la planta de arriba y metí toda la ropa en la maleta sin tan siquiera pararme a pensar en lo que hacía, porque dolía horrores y me estaba descargando tan sólo la idea de no volver a verle. Tenía que hacerlo. Yo misma había causado todo aquello. Debí resistirme más, ser fiel a mis normas, no dejarme llevar y …

¡Dios!

Me senté en la cama desecha, en la misma en la que habíamos hecho el amor horas antes y escondí la cabeza entre las manos. Estaba muerta de miedo.

¿Qué iba a hacer? ¿Cómo iba a continuar mi vida si no estaba él? ¿Quién me ayudaría ahora a seguir adelante?

¿Por qué Pablo seguía haciéndome daño, aún después de tres años?

¿Por qué no había tenido más cuidado? Si lo hubiese hecho no me hubiesen sacado esa foto y podría haberme aferrado a esa relación un poco más.

Los truenos sonaron en el exterior y la lluvia golpeó las ventanas. Acababa de empezar a llover. Era como si Carmen también estuviese triste por lo que estaba a punto de suceder.

Cerré la maleta, importándome bien poco si había olvidado algo y bajé las escaleras con rapidez hacia la parte de abajo donde él se hallaba sentado, con el móvil en la mano. Se levantó en cuanto se percató de mi presencia, y me agarró del brazo, para evitar que pudiese marcharme aún.

Me abrazó con fuerza y rompió a llorar. Aquella vez sin ocultármelo.

–Esto no es una despedida – intenté calmarle al notar la agonía que se reflejaba en su llanto. – podemos hablar cuando quieras, podemos seguir en contacto y … – Se apretó un poco más y besó mi cuello.

–Esto es una despedida – contradijo al retirarse después de unos minutos en silencio. Me observó, lucía molesto con la situación. – Nos haremos más daño si lo alargamos, Rosaura. – Agarró mi maleta y mi mano antes de tirar de mí hacia la puerta. Abrió esta y me hizo una señal con la cabeza para que me marchase. Lo único que pude hacer fue detenerme frente a él y levantar la mano para limpiar con los dedos las lágrimas de su rostro húmedo.

Traté de sonreír y entrelacé nuestros dedos presa de una loca idea por no poder aceptar esa estúpida despedida.

–¿Y si me das un poco de tiempo? – me observó sin comprender. – Escucha… necesito arreglar este tema con Pablo y convencerle de … – Una sonrisa tonta apareció en sus labios y me agarró de la mano libre para conectarla con la suya.

–Lo que propones va en contra de todas esas reglas tuyas – bromeó haciéndome reír del mismo nerviosismo. –Esa preciosa risa tuya… ¿cómo voy a olvidarla?

–Noah, yo … – asintió sin necesidad de que yo hubiese tenido que decir más. Bajé la cabeza, avergonzada y entonces él dijo algo más.

–Quédate hasta mañana – suplicó levanté la vista y mis ojos se encontraron con los suyos, descubriendo su rostro demasiado cerca.

–Debería irme – susurré mientras él acercaba su rostro al mío y cazaba mis labios con los suyos.

La puerta se cerró y nos besamos con mucha calma, como si quisiésemos disfrutar de la boca del otro y alargar el tiempo de esa manera.

Me cogió en brazos, sin previo aviso, haciéndome reír por la mirada divertida que me echó. Y entonces me condujo hacia la planta de arriba sin hacer otra cosa más que mirarme de esa forma cómplice que me volvía loca.

Atravesamos el pasillo, dejamos de lado el baño y la otra habitación, entramos en su habitación y nos detuvimos en el interior del vestidor.

Abrí la boca para hablar, para quejarme, justo cuando él me subió al armario de debajo de las camisas arregladas.

–Noah – le llamé, con la voz marcada por el deseo, sintiendo sus caricias en mis muslos, mientras hundía su cabeza en mi cuello para besarme. Agarré su cinturón y lo desabroché. Le quité el pantalón y me dejé llevar por lo que sentía en ese momento.

Se echó hacia atrás para quitarse la camisa, tarea en la que le ayudé. Y después de eso volvimos a besarnos entre risas divertidas y miradas que me llenaban el alma.

¡Dios! ¡Cómo iba a añorar esos besos que me hacían sentir tanto!

Tiró de mi mano para bajarme del mueble y me acercó a él, de nuevo. Abrió mi blusa despacio, sin dejar de mirarme, intensificando las ganas que tenía de hacer aquello con él. Me quitó la prenda, dejándola caer al suelo después, y se enfrascó en una lucha con mi sujetador, haciéndome reír nuevamente.

El sexo con él había dejado de ser sólo sexo hacía ya un tiempo. ¿Hasta cuándo iba a seguir negándomelo?

Mientras me hacía el amor sobre el mueble de las corbatas, con mis manos recorriendo sus perfectos pectorales, me exigí a mí misma una sola excepción en todo mi perfecto mundo. Y esa era él.

Hacía tan sólo un par de minutos que habíamos terminado usando un método conceptivo poco ortodoxo: la marcha atrás. Pero confiaba en él y sabía que nunca haría nada para dañarme.

–Dime que te quedarás – suplicó. Sonreí y levanté la vista para mirarle, que acababa de volver del baño tras limpiarse. Caminó hasta mí y se sentó a mi lado en la cama.

–Dime que vas a darme tiempo para que arregle todo esto a mi manera – sonrió como única respuesta. – ¿Eso es un sí?

–Sí – aceptó haciéndome feliz con tan sólo eso. Bajé la vista, avergonzada, fijándome en el hematoma de su pecho. Lo acaricié despacio. – ¿Quieres ir a dar una vuelta? – levanté la vista con rapidez para mirarle porque parecía que se había vuelto loco.

–Noah, está lloviendo – señalé hacia la ventana y él ensanchó la sonrisa.

–¿Y qué? – preguntó con ese tono atrevido que tanto me gustaba. – Es incluso más seguro que lo haga. La gente estará más preocupada de no mojarse que de fijarse en nosotros. – Pensé en ello. Me parecía una locura, pero … os mentiría si os dijese que no me apetecía. – ¿Y bien?, ¿qué me dices?



(Noah)

Caminar bajo la lluvia bajo nuestros chubasqueros con gorro, cogidos de la mano fue sin duda lo más raro que he hecho en mi vida. Pero me gustaba aquella sensación, sus miradas cómplices mientras hablábamos sobre Carmen. A ella siempre se le iluminaba la cara al hablar sobre su hija. Sabía que si esa cría hubiese estado viva me hubiese caído de puta madre. Parecía una chica muy especial.

Éramos los únicos que no corrían de un lado a otro bajo sus paraguas. Nosotros paseábamos calmadamente bajo la lluvia, sin siquiera un poco de prisa.

Me alegraba enormemente que ella se dejase llevar por mis locuras, que hubiese aceptado quedarse conmigo hasta el día siguiente y sobre todo que se hubiese replanteado la idea de dejar lo que teníamos.

Sabía que la situación era difícil por quién era yo, pero nos lo estábamos tomando con mucha calma y cuidado.

Ni siquiera quería pensar en lo que éramos o en lo que podríamos ser. Ella aún se resistía a ponerle nombre a lo que éramos, pero me gustaba que mandase al cuerno sus reglas cuando se trataba de mí e hiciese una excepción.

Entramos en el parque y nos ocultamos de miradas indiscretas en el interior de aquella extraña edificación de madera con forma de cúpula. Aún no entendía bien del todo ese tipo de arte moderno.

Ella se quitó la capucha y se sacudió su húmedo cabello. Se me había mojado en las puntas al sobresalirle de la tela impermeable.

–¿Estás bien? – preguntó al colocarse frente a mí, sin que yo me hubiese quitado aún la capucha. No quería tentar a la suerte: que me reconociesen y fotografiasen. – ¿Te duele?

–No me duele – confesé y era cierto. Supongo que tenía demasiadas cosas que ocupaban mi mente como para preocuparme también del dolor. – Tú eres mi mejor medicina – una sonrisa tonta se dibujó en su rostro. – Voy a tener paciencia contigo, Rosi. Sé que la situación es complicada.

–Lo siento. Siento hacerte pasar por todo esto – negué con la cabeza. – Es injusto que tengas que soportar todo esto por mi culpa.

–También es injusto que tú tengas que esconderte porque yo sea famoso – le expuse. Esa sonrió al darse cuenta de ese pequeño detalle. – Podemos manejarlo e ir despacio. Yo no tengo prisa.

–¿Por qué eres un tío tan genial? – Bromeó haciéndome sonreír. – Siento si te he asustado antes… – agarré su mano y besé el dorso de la mano.

–Tú también eres estupenda, así que no pienso dejarte escapar.

–No soy tan genial – se quejó en tono broma. – Soy demasiado cuadriculada con todas mis normas y … demasiado repelente a veces. – Rompí a reír cuando dijo eso último pues había puesto una cara de asco muy evidente.

–¿Sabes qué es lo mejor de que seas *“Doña Normas”*? – esperó a que dijese algo más. – Que no tienes problemas en romperlas cuando de mí se trata. – ensanchó la sonrisa.

–Tienes razón – aceptó al darse cuenta de ello. – Eres mi debilidad.



Capítulo 26:

DECIR ADIÓS.

(Rosaura)

Marcharme de esa casa fue lo más duro que he tenido que hacer jamás, junto a despedir a mi hija en el hospital, la noche en la que se marchó de este mundo. Creo que esas son las dos peores cosas a las que me he enfrentado jamás.

Le dejé, entre lágrimas, con su insistente mirada para que me quedase a su lado. Supongo que los dos teníamos miedo de que Pablo consiguiese separarnos.

Prometimos que volveríamos a vernos y que aquello no era el final, sólo para calmar al otro.

No podía hacer las cosas de otro modo. Tenía que hablar con Pablo y hacer lo posible para que borrase esa foto, guardase silencio. Tenía que evitar que me separase de la única persona que me hacía feliz.

El traqueteo del autobús me calmaba mientras recordaba sus besos frente a su puerta, sus miradas de amor y sus continuos agarres como si pretendiese raptarme para que me quedase a su lado.

No podía perderle. Era lo mejor que me había pasado en mucho tiempo, como un soplo de aire fresco que se llevó toda la pena que sentía por haber perdido a una hija tras ser abandonada por mi marido.

El dolor al pensar en Carmen se estaba marchando y en aquellos días … la recordaba con amor y sonrisas.

Apreté el teléfono, justo cuando una mujer se sentó a mi lado, debía tener más o menos la misma edad que mi madre, lucía cansada del viaje. Sacó de su enorme bolso un libro y comenzó a leerlo, mientras yo pensaba en cada uno de los momentos que pasé con él en su casa. Le echaba de menos y acababa de decirle adiós. ¿Qué locura era aquella?

Su sonrisa, su maravillosa sonrisa inundaba mi mente. No podía perder a ese perfecto hombre que hacía que mis días fuesen de colores. Realmente… me olvidaba de todo cuando estábamos juntos y ni siquiera me acordaba de todas mis reglas.

La mujer a mi lado, comenzó a gimotear, haciéndome salir de mis pensamientos.

–Perdona – se disculpó, limpiándose las lágrimas, dejando el libro

medio abierto sobre sus rodillas, ladeando la cabeza para mirarme. – Es por culpa de este libro. Es tan bonito, pero tan triste a la vez. Trata de una joven que piensa que durante toda su vida ha estado sola, pero entonces se da cuenta de que el hombre al que ama siempre ha estado ahí, cuidándola y tirando de ella para que siguiese adelante – asentí, escuchándola con interés. – Es muy triste, porque ella tiene una rara enfermedad y ha olvidado el tiempo que estuvo con él. Poco a poco va recordando, y estoy casi al final, ¿sabes? El dolor, las mentiras y los secretos la mantienen en el pasado, pero él quiere avanzar, ser esa persona que la ayude a superar sus miedos… Es muy bonita.

–¿Y cómo termina? Quiero decir… Al final…. ¿acaban juntos?

–Aún no he llegado al final – declaraba. Miré hacia delante, pensando por un momento en las similitudes entre la chica del libro y yo. Yo también tenía a una persona que me acompañaba en mis momentos fáciles haciéndolos más llevaderos.

El viaje a Murcia se me hizo eterno, sobre todo porque no dejaba de verle en mi mente y pensar en todas las cosas que podrían salir mal. Tenía miedo de no detener a Pablo y que todo el mundo se enterase de que era la nueva conquista de un jugador de fútbol. Al final terminé poniéndome los auriculares para escuchar música y no pensar.



(Noah)

Lo mejor para no pensar es el ejercicio, así que terminé yéndome a correr. Me dio igual no haber almorzado aún, y estar convaleciente. Me toqué sin querer el pecho, dolorido y pensé en la frase que mi padre solía decir cuando estaba en el hospital.

“Duele, si no duele no estás vivo. La vida siempre duele, pero también te regala momentos maravillosos. Son esos momentos los que tienes que atesorar, hijo”

Rey y yo corríamos por los alrededores de la urbanización, hasta llegar al paseo. A cada zancada me acordaba de ella, como un flash

que venía a mi mente. Recordaba cada sonrisa, cada mirada, cada risa, sus besos, el sexo con ella y vuelta a empezar.

La primera vez cuando la vi en el complejo, avergonzada, retirando la mirada en cuanto se percató de que la observaba. Cada una de nuestras charlas en las que me hablaba sobre su hija, y sobre muchas otras cosas. Aquella vez cuando la llevé a bailar. La primera vez que nos acostamos. Ese miedo que tenía de confiar en mí, la forma en la que lo superó y se dejó llevar. Nuestra despedida. Nuestro reencuentro en la playa, sin poder creerme la suerte que había tenido al volver a verla. Esa charla en la playa, la lluvia que nos cayó por el camino, nuestras conversaciones, ese loco encuentro en la discoteca, cuando nos bañamos desnudos en el mar, cada una de sus visitas a mi casa, …

La necesitaba. Era mejor persona cuando la tenía cerca.



Capítulo 27:

EL FINAL DEL LIBRO.

(Rosaura)

“Me volví hacia la mujer, observando cómo esta cerraba el libro y miraba hacia mí, con una gran sonrisa.

–Al final acaban juntos. Al final se casan, dejan el pasado atrás y empiezan de nuevo.

–Es una pena que la vida real no sea tan fácil – contesté, apretando mi teléfono móvil, desviando la vista un momento. – Los finales felices son difíciles de conseguir.

–Sí, pero lo importante de un libro y de nuestra propia vida no es el final. No importa como acabe, importa cada uno de esos momentos en los que fuiste feliz. A dónde nos lleve la vida no es algo importante, siempre que te sientas satisfecha con ella. – Sonreí, al entender su punto de vista. – Las decisiones que tomamos son las que nos definen. – Hizo una pausa para guardar el libro en el bolso y luego volvió a mirarme. – Mírame a mí, pensé que después del divorcio mi vida había acabado, pero mis nietos me demostraron que eso no es así. Ahora voy a Murcia a pasar unos días con mi otro hijo, que vive allí por trabajo y luego me volveré a Madrid, donde mis nietos me esperan con ansias. Son mi alegría de vivir, no necesito nada más. Me complementan incluso de una forma mucho más especial que un hombre – sonreí. – El amor puede presentarse en muchas formas, y no necesariamente se necesita un hombre al lado para ser feliz. Yo, con el amor de mis nietos, no necesito nada más.

–La entiendo – contesté, más que dispuesta a abrirme con aquella desconocida que me estaba enseñando tanto de la vida. – Porque yo me sentí así durante mucho tiempo, cuando tenía a mi hija. Pero un día se fue y estuve perdida… hasta que apareció él. Me enseñó que podía ser feliz después de la muerte de Carmen, que había salida después del infierno en el que viví.

–¿Vas a Murcia a verle? – quiso saber. Negué con la cabeza.

–Vengo de verle, vive en Madrid. Pero las cosas se han complicado. Ahora me veo en la tesitura de tomar la difícil decisión de dejarle fuera de mi vida, por culpa de unas fotos que podrían filtrarse y traernos problemas a ambos. Sé que esa decisión podría costarme la felicidad, pero también sé, que, si sigo adelante y esas fotos salen a la luz, podría costar la carrera de ambos…

–¿Él te hace feliz? – preguntó la mujer. Asentí – Entonces tómate tu tiempo para arreglar ese problema del que me hablas, pero luego vuelve con él. Porque te aseguro que, si él siente lo mismo por ti, te esperará. Si no lo hace… es que al final… no merecía la pena. ¿No crees?

–Carmen solía decir que cuando algo es para ti, independientemente de lo que hagas, lo será. Si al final pasa de largo y no se detiene es que no era tu destino quedarte con eso.

–Tu hija era una chica muy sabia – admitió, mientras yo sonreía. – Rosaura – llamó la mujer, alto y claro. La miré con extrañeza, porque no recordaba haberle dado mi nombre a esa mujer. – Nena."

Desperté en el sofá de casa con la tele puesta mientras mi madre me zarandeaba tratando de despertarme. Llevaba su inseparable delantal y toda la casa olía a puchero.

–Ayúdame a poner la mesa, vamos a comer ya – asentí, dejando de lado ese sueño que no dejaba de repetirse desde hacía más de una semana, desde que había vuelto de Madrid.

Quizás era una señal, quizás este me estaba indicando que pedirle a Noah tiempo era la decisión acertada. La conversación del sueño nunca ocurrió, nunca la mantuve con esa mujer. Ella se marchó cuando llegamos a Murcia y ni siquiera supe si había terminado el libro o no, pues me había quedado dormida la mitad del viaje. Cuando desperté la mujer no estaba a mi lado, al igual que la mayoría de pasajeros, que ya había abandonado el autobús.

Sacudí la cabeza, aún confusa y cogí los vasos, llevándolos a la mesa. Pedro entró por la puerta junto a mi hermana y papá.

–¡Qué bien huele! – comenzó papá, dejando la chaqueta en el perchero de la entrada y los zapatos en el zapatero. Llegó hasta la cocina para darle un beso a su mujer mientras la abrazaba por detrás.

Siempre he admirado a mis padres que, a pesar del matrimonio, los hijos y el tiempo, se amaban como el primer día. Siempre quise encontrar un amor así.

Los dejé a solas en la cocina y salí a saludar a mi hermana que venía molesta, mientras Pedro con su móvil en la mano jugaba a un juego de coches de carreras. Iba a gastarle la batería y luego cuando ella lo necesitase para cosas importantes, lo tendría apagado, siempre sucedía lo mismo. Pero era preferible a que pagase su enfado con el niño, así que lo dejé estar.

Me senté junto a ella en el sofá y agarré sus manos, intentando llamar su atención.

–¿Es Fabián? – quise saber. Ella negó con la cabeza. – ¿Ha pasado algo en el trabajo?

–Es Fran, ha metido a una nueva chica. –Apreté su mano, para indicarle que estaba allí y podía contar conmigo. – Es un zorrón verbenero, Rosaura. Si vieras como se le insinúa con ropa provocativa e invitándole a salir después del trabajo.

–Bueno, sois socios en esto, así que creo que tú también deberías opinar sobre las chicas que trabajan en la tienda – aconsejé. Negó con la cabeza, en señal de que no quería hablar de ello. – Tienes que imponerte, nena, si no lo haces… al final te quitarán esa autoridad que es tuya por derecho.

–Es que me fastidia, Rosaura – se atrevió a hablar sobre ello conmigo. Siempre conseguía que mi hermana me contase hasta sus más ocultos secretos. – Si se la quiere tirar que lo haga, pero que no la meta en la tienda. Tenemos una imagen que mantener y no me parece ético lo que está haciendo.

–Yo sigo pensando que todo esto lo hace para fastidiar. Ya te lo dije. Abrir un negocio con un novio no siempre es bueno. En tu caso, mira lo mal que te ha ido… Rompiste con él y ahora tu socio es tu exnovio, y tu nuevo novio siempre te estará echando en cara la situación.

–Mis dramas – se quejó, divertida, dándome un beso en la mejilla. – Al menos tengo a la mejor hermana del mundo para ayudarme a lidiar con ello. – Sonreí, abrazándola. Me encantaba que estuviésemos tan unidas. – Entonces… según tú, está haciendo todo esto porque está dolido.

–Sí, no hay más que verlo cuando Fabián va a recogerte a la tienda, siempre se pone a llamar la atención. Está celoso, nena.

–Pues que se aguante. Él tuvo su oportunidad y la dejó escapar, ahora que apechugue con las decisiones que ha tomado.

–¿Y cómo está Fabián? – quise saber. Su novio actual y padre de Pedro era piloto de aviones, así que nunca estaba en casa, siempre de un lado para otro.

–Ahora mismo está en Roma. Vuelve esta noche a casa. Estoy deseando verle porque esta semana fue una locura. – Ella tenía suerte de haber encontrado al amor de su vida, aunque él nunca estuviese disponible y se viesen poco, se amaban con locura. Le brillaban los ojos de una forma única cuando estaban juntos. Mi hermana era feliz y eso era lo único que importaba. – ¿Y tú como vas con ese chico? – tragué saliva, sin saber qué responder.

–Ahora mismo en pausa – contesté, sorprendiéndola. – Es un tema complicado, así que tengo que tomármelo con calma. Esta tarde he quedado con Pablo, para hablar.

–Ese otro que no ha sabido valorar lo que tenía hasta que lo ha perdido – contestó, justo cuando mamá nos llamaba para que pusiésemos la mesa.



(Noah)

Salí de la ducha, dejando un rastro de agua hasta la habitación donde me sequé con la toalla, ante la atenta mirada de Rey.

¿Qué coño hacía ya aquí? Se suponía que Sofía lo estaba sacando.

–Ya he… – comenzó una voz entrando en la habitación mientras yo me tapaba como buenamente podía. Ella parecía estar disfrutando de las vistas.

–¡Joder, Sofía! Te he dicho miles de veces que no entres sin llamar. Sal ahora mismo de aquí – la chica se marchó, sin esperar una invitación por mi parte. – ¡joder!

No pude evitar pensar en Rosaura en lo molesta que habría estado si hubiese visto aquella escena.

Quizás sería una buena idea decirle que tenía novia a Sofía, para que dejase de tomarse tantas confianzas. Pero era una mala idea. No quería que nada se filtrase a la prensa y hacerla huir de nuevo.

La culpa de que el servicio se cogiese tantas confianzas era mía, por tratar a mis empleados como si fuesen mis amigos. Pero desde niño me enseñaron de esa forma, a tratar a todo el mundo de la mismo igual, sin diferencias entre clases sociales.

Me coloqué unos calzoncillos, escuchando la puerta de la calle, mientras Rey se marchaba a beber un poco de agua a la parte de abajo.

Me tumbé en la cama, dejando caer mi cabello húmedo sobre la almohada, sin haberme echado ni una sola crema aún. Había pasado una semana sin ella y la añoraba.

No habíamos hablado demasiado y yo no quise insistir porque quería ser paciente. Ella me había pedido tiempo y era justo eso lo que yo quería darle.

El maldito teléfono comenzó a sonar, sacándome de mis pensamientos. Lo descolgué para atender al pesado de mi hermano, que estaba como loco porque yo volviese a entrenar, aunque tomándomelo con calma según habían aconsejado los médicos. No estaba seguro de cuándo volvería a jugar un partido, pero no iba a forzarlo de nuevo.

–Te aviso antes de que te dé un ataque. El club te ha puesto un nuevo entrenador personal, quiere que estés a tope fuera y dentro del campo. –Resoplé molesto, porque me apetecía cero no volver a tener vida. – El tipo tiene bastante experiencia en lesiones, así que lo va a dar todo

contigo.

–¿Algo más? – pregunté, con desgana.

–Sí, entrenarás con él lunes, miércoles y viernes. El resto de la semana lo tienes libre. Me adorarás después del trato que te he conseguido, ¿no?

–La verdad es que sí, a veces eres un buen mánager.

–Sólo a veces, ¿no? – colgué el teléfono y volví a pensar en mi preciosa chica.

¿Cómo le estarían yendo las cosas a ella?, ¿habría hablado ya con el idiota de su ex?



Capítulo 28:

EL NUEVO ENTRENADOR PERSONAL.

(Noah)

El entrenador personal era un tío legal. ¡Joder! Me caía de punta madre, aunque él era siempre muy correcto y mantenía las distancias.

Su nombre era Pablo, había estudiado en Estados Unidos y trabajado durante tres años en Australia. Parecía que dominaba bien el deporte, los entrenamientos y las dietas. Me aseguró que antes de dedicarse al deporte profesionalmente era dietista.

–No fuerces mucho los bíceps – me dijo, quitándome peso de la máquina para no cargar mucho el músculo. – Los ligamentos aún están sanando, no puedes recargarlos. – Volví a coger peso una y otra vez hasta que me indicó que me sentase en la otra máquina, para reforzar las rodillas.

–Podríamos quedar después del entrenamiento e ir a tomar algo – sugerí tratando de parecer sociable. Sonrió, negando luego con la cabeza. – No me refería a alcohol, podríamos ir a tomar un refresco o …

–Sin ofender, Noah. Estoy aquí por trabajo, no para hacer amigos. – Siempre en su línea, dándome un corte tras otro como si tuviese algo en mi contra. Se notaba a leguas que no le caía bien. – Además, tengo que volver a casa esta tarde. Aún tengo que traer bastantes cosas de la mudanza. – Eso si lo entendía, pero lo anterior… no había por dónde cogerlo.

–Quizás otro día – sugerí, rompió a reír, como si fuese gracioso. No lo era, en lo absoluto.

–Me halaga que insistas, eso quiere decir que te caigo bien, pero voy a tener que declinar tu oferta. No creo que hacernos amigos sea buena idea ahora mismo – le miré sin comprender, no entendía su punto de vista. – Mira, estoy en medio de algo, cuando solucione este tema… quizás. Ahora no – asentí, y no volví a insistir más.

(Rosaura)

Pablo se estaba haciendo de rogar. Me había dado plantón dos veces, siempre refugiándose en que tenía entrevistas de trabajo que eran importantes en Madrid. Esperaba aclarar el malentendido con él antes de que todo el mundo se enterase de que estaba acostándome con un futbolista.

Noah era un encanto. Aceptaba que le hablase a ratos y que aún no le hubiese llamado por teléfono.

Aquel martes por la tarde había quedado con las chicas (Graci y mi hermana) para tomar café. Estaba agotada después de pasarme todo el día en quirófano, pero necesitaba un respiro para distraerme.

Graciela estaba preciosa con ese nuevo cambio de look: se había teñido el cabello de rubio platino y lo llevaba al estilo bob. Para mi sorpresa mi hermana también se había atrevido con el cambio. Sin lugar a dudas habrían ido juntas, no me cabía la menor duda. En aquella ocasión, se había teñido de morena.

–Ahora no podrán confundirnos de espaldas – bromeó, en cuanto me senté. Levantó la mano hacia el camarero para que trajese otro capuchino, mientras yo me quitaba el bolso y lo dejaba colgado en la silla

–La próxima vez podríais avisar, quizás me venga bien un cambio de look – ambas negaron con la cabeza. Las odiaba cuando se ponían así.

–Tú estás preciosa así.

–¡Cómo pasa el tiempo! – se quejó Susana. – Dentro de nada volverá a ser navidad – tenía razón, estábamos a principios de diciembre. – Me estoy acordando ahora… – rompió a reír, ella sola, porque mi hermana era así. – ¿Te acuerdas de lo que pasó en tu despedida de soltera? – Puse los ojos en blanco, odiaba cuando hablaba sobre mi vida con Pablo.

–No, no se acuerda – añadió Graciela, porque quería escuchar más. – ¿Qué pasó? Yo iba muy pedo.

–Nos juntamos todas en casa, organizaste un estríper y apareció Pablo, moviéndose como todo un profesional, ¿os acordáis? – rompí a reír, porque me pareció de lo más cómico en su día. Ver a Pablo allí, moviendo el esqueleto, haciendo un estriptis, con lo delgado que era. – Es obvio que si ahora nos hiciese el mismo espectáculo… – lo dejó en el aire.

–Fran dice que cerró la clínica online – puse la oreja, porque aquello me interesaba. – Que ahora se dedica a otra cosa.

–¿Sabías algo de eso? – preguntó mi hermana hacia mí. Negué con la cabeza. – ¿Quedasteis al final el otro día?

–No. Sigue cancelando nuestra cita.

–¡Oh Dios Mío! – comenzó mi mejor amiga, haciendo que ambas mirásemos hacia la puerta, donde un bombón de infarto acababa de entrar. – Dime por favor, que ese pedazo de hombre que acaba de entrar por la puerta no es Pablo.

¡Madre del amor hermoso!

¿En qué momento se había puesto tan cachas que no me había dado cuenta?

Pablo, con una camiseta negra que le marcaba bien los pectorales, una chupa de cuero y unos jeans entró en la cafetería.

Abrí la boca, sin dar crédito, mientras él se percataba de nuestra presencia.

–Buenas tardes, chicas – Graciela comenzó a hiperventilar, mientras mi hermana le dedicaba una sonrisilla y yo desviaba la mirada. ¡Dios! No sabía dónde meterme. – Rosaura – me llamó. Le miré, con rapidez, olvidándome hasta de respirar. – Te he estado llamando.

–¡Oh! – Eso me sorprendió. – Tenía el móvil en silencio. Llevo todo el día en quirófano.

–Tengo un hueco luego, por si te viene bien quedar.

–Sí – admití. Él sonrió, con una sonrisa perfecta que me cortó la respiración. – Me viene bien.

–Estupendo, te hablo luego por mensaje y te cuento más – asentí, observando cómo se marchaba a la barra sin más.

–¿Tú estás viendo eso? – insistía Graciela. – A ver, sé que se ha portado como un cabrón con todo el tema de Carmen y eso, pero …. Madre mía, si yo tuviese un marido así…

–¿Podemos dejar el tema?

–Claro, había olvidado que Doña Normas tiene un nuevo maromo del que no quiere hablarnos – me crucé de brazos, molesta, justo cuando el camarero me traía el capuchino. – Odio tanto misterio.

–Para tu información ya no estamos juntos – no era exactamente así, pero cuanto menos supiesen sobre el tema mucho mejor. Ambas me miraron como si estuviese cometiendo un crimen.

–¿Por qué? – Preguntó mi hermana, alarmada – Se suponía que te hacía feliz. No deberías alejarte sólo porque sea famoso.

–Espera, espera, ¿qué? – añadió Graci, sin poder dar crédito a lo que oía. – ¿Qué es famoso?, ¿y cuándo pensabas contármelo?

Mi teléfono vibró, tenía un nuevo mensaje de Pablo.

Pablo:

“Cambio de planes. Me acaban de avisar del trabajo, mañana entro antes, así que voy a irme en un rato. Pero vente a casa y hablamos antes de que me vaya.”

Yo:

“Fran dice que dejaste la clínica online, ¿en qué estás ahora?”

Pablo:

“Me saqué un curso de entrenador personal cuando estuve en Estados Unidos, y luego estuve trabajando por tres años en Australia. Esa fue una de las razones por las que no volví, Rosaura. Estaba consiguiendo mi sueño. Sé que suena egoísta, sí, puede que fuese un egoísta de mierda, y no sabes cuánto me arrepiento de no haberme podido despedir de nuestra hija, pero …

Bueno, hablemos de todo esto cara a cara. Odio hacerlo por mensaje.”

Yo:

“¿En tu casa? ¿En media hora?”

Pablo:

“Por mí bien. Pero te tendrás que deshacer del dúo sacapuntas.

Por cierto, te mando la ubicación, porque no estoy viviendo con mis padres, si no en casa de Óscar.

¿Sabes dónde es?”

Yo:

“Claro.”

–Voy a tener que irme ya – dije, tras dar un largo sorbo al café. Ambas me miraron, dejando la conversación que tenían sobre ropa en pausa. – Acaba de salirme un imprevisto.

–Cabrona, ya nunca te vemos – se quejaba Graci. – Y encima me ocultas información. Te odio.

–Prometo que os lo compensaré este fin de semana. – Ambas sonrieron, felices.

–¡Esa noche nos vamos de fiesta! – animó mi hermana, rompiendo a reír, mientras la otra le seguía el juego. Eran tal para cual. Aún no sabía bien que hacía entre aquellas dos. Sólo estaba con ellas porque Su era mi hermana. No podíamos ser más diferentes.



Capítulo 29:

PEDIR DISCULPAS.

(Rosaura)

Me sentía como una estúpida allí llamando al adosado de Óscar. Pero él y yo teníamos una charla pendiente.

–Rosaura – me saludó Helena al abrir la puerta, con su pequeña Carolina en brazos. – ¡Cuánto tiempo! – se acercó a darme dos besos mientras su hija se enganchaba a mi pelo. La agarré de las manitas y soplé su nariz, haciéndola reír. Abrió las manos y dejó escapar mi cabello. – Sigues teniendo muy buena mano con los niños. Me enteré de lo de Carmen, lo siento muchísimo…

–Si, ya… gracias – contesté, con rapidez, algo incómoda. – ¿Dónde está Pablo?

–Está en la habitación del fondo del pasillo – me dijo, dejándome entrar en la casa. Caminé hacia la habitación, observando como recogía la ropa y la metía en una bolsa. Lo tenía todos manga por hombro, la mayoría de sus cosas metidas en cajas y otras muchas esparramadas por la cama.

–Siento el desastre – se disculpó, al percatarse de mi presencia. – Me avisaron el otro día, de que tenía un nuevo paciente y no me ha dado tiempo a llevármelo todo.

–No pasa nada – entré en la habitación, observando como cogía un par de camisetas interiores y las metía de cualquier forma en la bolsa.

–Rosaura – me llamó, justo cuando me detuve junto a la cama. – Quería disculparme por lo del otro día, me comporté como un capullo.

–¡No me digas! – contesté con sarcasmo. – Te pasaste cuando me amenazaste con esa foto.

–Olvídate de la foto. La he borrado. Fue una idiotez por mi parte

intentar chantajearte de la forma en la que lo hice. Sólo estaba … – se detuvo, incapaz de continuar. Cerró los ojos y resopló molesto después de tocarse el tabique nasal. Lucía frustrado. – Mira, sé que he cometido muchos errores a lo largo de mi vida, pero Carmen y tú no fuisteis uno, irme de la manera en la que lo hice sí. – Siempre fue un tipo sensato, por eso nunca entendí que se marchase. – Fue el mayor error de mi vida y me va a perseguir siempre porque mi pequeña se marchó y no pude si quiera despedirme de ella. ¿Estaba enfadada? – negué con la cabeza.

–Ella comprendió la razón por la que te fuiste. Nuestra hija siempre fue ese tipo de persona, Pablo.

–Lo sé… – tragó saliva mientras yo bajaba la cabeza. Me sentía incómoda. – Escucha – acarició mi mano con la suya, haciendo que volviese a prestarle atención. – No quiero discutir. Sé que estás enfadada, dolida y … también sé que lo del fin de semana estuvo mal. No debí hacer esa foto, no debí seguirte, para empezar… No he estado con nadie en estos tres años, me he refugiado en el trabajo y … os eché de menos cada día.

–Ya… – No le creía.

–No he venido aquí para pedir explicaciones y mucho menos a joderte la vida, Rosaura. Pero … necesito saber una cosa, sólo una cosa, nena – no quería que me llamase así porque nosotros ya no éramos nada. – ¿Lo que hay entre Hazard y tú…? – Dejé escapar una risotada y me solté de su agarre, tremendamente molesta.

–No voy a hablar de eso contigo – volvió a agarrar mi mano para evitar que pudiese escapar. – Pablo…

–No voy a enfadarme – me calmó. – Lo entiendo, ¿vale? Después de lo que le ocurrió a nuestra pequeña te sentías sola y Hazard estuvo ahí, ¿no? – esperé paciente a que dijese algo más porque era obvio que yo no iba a contestar. – Parece un buen tío. Eso no lo niego, pero … sólo quiero saber… si lo que hay entre vosotros va en serio.

–Perdiste el derecho de preguntarme sobre mi vida privada cuando te

fuiste, Pablo. – Asintió sin rechistar y yo tragué saliva, histérica.

–No le diré nada a nadie – prometió, dejándome aún más sorprendida. – Haré como si no hubiese pasado, pero … quiero que reconsideres lo del divorcio, nena.

–No.

–Escucha – dio un paso hacia mí y yo di uno hacia atrás. Asintió, como si entendiese mi forma de actuar. – Sé que estás dolida. Lo sé, pero… sigo siendo yo, nena – negué con la cabeza. – Sé que la he cagado, ni siquiera me di cuenta de cuánto hasta que me enteré de la muerte de nuestra hija, joder – acaricié su mejilla por inercia limpiando sus frustradas lágrimas.

–¿Dónde te irás? – quise saber, ladeando la cabeza para romper nuestro contacto visual y me fijé en la cama.

–A Madrid – contestó, mientras yo dejaba caer la mano y él volvía a acariciar mi mano con la suya. – Es irónico. El mundo parece un lugar tan pequeño cuando suceden cosas como estas. Resulta que me han contratado como entrenador personal de tu novio, Rosaura.

–¿Qué? – Pregunté, sin dar crédito. Sonrió, divertido. – ¿Cómo? ¿Qué? – Estaba hiperventilando.

–Te pones tan guapa cuando lo flipas – bromeó, acariciándome la mejilla. Aparté su mano y le miré en busca de respuestas. – Soy el nuevo entrenador personal de Hazard.

–No – me quejé, haciéndole sonreír – Eso no es posible, no puedes…

–Soy un profesional. No mezclo mis problemas personales con los laborales, ¿sabes? – tragué saliva, sin saber qué contestar. – Él ni siquiera sabe quién soy y no lo sabrá por mi parte.

–¿Por qué me lo cuentas?

–No volveré a perder los papeles y a comportarme como un niñato egoísta, Rosaura. Quiero ¡ser la persona de la que te enamoraste. –Sabía perfectamente lo que estaba tratando conseguir con esa actitud y mi respuesta siempre sería la misma: No. No voy a volver contigo, aunque vuelvas a ser el hombre del que me enamoré. Ya es demasiado tarde, joder. – No digas nada aún. Sólo déjame enmendar cada uno de mis errores.

Sus labios se posaron sobre los míos, y yo ni siquiera lo vi venir. Traté de resistirme, pero él me tenía bien sujeta y eso hizo despertar en mí sentimientos que pensé que estaban muertos y enterrados.

Le empujé asustada y le crucé la cara. Se tocó el rostro y sonrió, sin estar ni un poco arrepentido.

–¿Qué es lo que haces? ¿Para esto querías quedar?



(Noah)

Pablo estaba muy distraído aquel miércoles. No dejaba de mirar el móvil y lucía tremendamente preocupado. Aun así, no compartió sus temas personales conmigo. Se limitó a hacerme partícipe del entrenamiento del día y poco más.

–Disculpa un momento – me dijo, justo cuando su teléfono comenzó a sonar. – Nena – contestó. ¡No podía ser de otra forma! Era obvio que estaba mal por culpa de una mujer, al igual que yo. – Sí, sí, sé que no estuvo bien. Y no volverá a suceder, lo prometo – se disculpaba, a diestro y siniestro. – Pero … necesitaba hacerlo, necesitaba comprobar si aún se me acelera el corazón cuando te beso…

Ignoré su conversación privada y me puse a hacer flexiones, pensando en mi preciosa Rosi, de la que no había vuelto a saber nada desde que había empezado la semana.

Le escribiría en cuanto terminase mi entrenamiento, quería saber cómo le estaba yendo.

Colgó el teléfono y se sentó a mi lado, parecía mucho más accesible que de costumbre. Quizás porque acababa de tener una conversación con su novia.

–¿Problemas con mujeres? – indagué. Sonrió, bajando la cabeza. – No hay quién las entienda, pero no podemos vivir sin ellas – agarró una de las chocolatinas dietéticas de la mochila y se la comió, antes de responderme.

–No voy a hablar de mi mujer contigo – contestó, lucía molesto por mi atrevimiento y yo no lograba entender por qué siempre estaba a la defensiva. Porque era obvio que le caía bien, pero siempre que intentaba saber más sobre su vida personal, era así de borde. – Mira, tío, estoy aquí por trabajo. No negaré que me caes bien, porque es cierto, me caes de puta madre, pero no vamos a ser colegas – levanté las manos, en señal de que no iba a volver a insistir y seguía haciendo flexiones.



Capítulo 30:

LA REVISTA.

(Noah)

Mi hermano y Pablo hablaban sobre mi mejoría, mientras yo cogía el móvil del bolsillo de mi chaqueta, después de salir de las duchas y escribía un mensaje.

Yo:

“¿Cómo va todo? Hace tiempo que no hablamos y te echo de menos.”

Rosaura:

“Ei. Yo tampoco he sabido nada de ti, pensé que te habías buscado a otra.”

Yo:

“Eso es imposible y lo sabes.”

Rosaura:

“Las cosas van bien. El trabajo es una pasada, mi hermana y mi mejor amiga siguen tan emocionadas como siempre, y Pablo y yo estuvimos hablando.”

Yo:

“¿Qué pasó?”

Rosaura:

“Se disculpó por lo de la foto y … está intentando recuperarme. Me besó, Noah.”

¡Mierda!

Eso sí que no lo había esperado.

Yo:

“¿Y cómo fue? ¿Removió sentimientos en tu interior?”

Por favor, que diga que no, que diga que no.

Rosaura:

“Fue raro, me sorprendió. Ha prometido no volver a besarme a traición.”

Yo:

“¿Piensas volver a quedar con él?”

Rosaura:

“Probablemente.

¿A ti como te van las cosas?”

Yo:

“En el club están deseando que vuelva, por eso me han puesto un entrenador personal, para que me recupere del todo y pueda volver a jugar.”

Rosaura:

“Estuve pensando en nosotros y … “

Sonreí como un idiota, dejé de escribir mensajes y la llamé por teléfono. Necesitaba escuchar su voz.

–Hola – saludé, mientras que Pablo llegaba hasta mí para despedirse. –¿En qué pensaste?

–Pues no sé… en nosotros, en lo complicada que es mi vida ahora mismo y … ¡Dios! A veces me gustaría que las cosas fuesen más simples.

–Ya… – necesitaba saber más. – Pero…. al menos has pensado en nosotros, eso es algo bueno, ¿no?

–Mira, ahora estoy saturada con el trabajo y tareas extra por la clínica en la que ayudo a Alfredo con un tema, así que no puedo saturarme con nada más, pero … sólo sé que no quiero decirte adiós. Suena a locura ¿no?

–En lo absoluto. Además, yo voy a ser paciente y a darte el tiempo que necesites.

–Pero no es justo para ti.

–No tenemos por qué pensarlo ahora.

–Rosaura – escuché que una voz la llamaba por detrás. – Vente a mi despacho ahora y hablamos sobre el día de puertas abiertas.

–Espera un momento – me dijo, para luego girarse hacia su jefe. – Es que no es justo, Alfredo. Jeff está libre y yo tengo que encargarme de todo.

–Lo discutimos en mi despacho – asintió antes de dirigirse a mí.

–¿Podemos hablar luego? Mi jefe se empeña en que haga horas extras hoy.

–Cálmate, si te requieren allí es porque eres la mejor. – Sonrió, agradecida de que siempre tuviese ese tipo de palabras para ella y luego me colgó.

–¿Problemas con chicas? – me preguntó Pablo, sorprendiéndome, más que nada porque se suponía que él no era de los que compartía temas personales con sus clientes.

–Sólo es una amiga – contesté porque no quería que lo malinterpretase y que un nuevo rumor empezase a esparcirse por ahí. Terminé de vestirme y metí las prendas sucias en una bolsa.

–No parecía una amiga. – Le miré confundido, dejando caer la chaqueta sobre el hombro, algo molesto con su insistencia.

–¿Me estás hablando a mí? – me señalé con cierta chulería. – Ignoraba que fuésemos colegas que se cuentan sus problemas. Esto es una relación meramente laboral, ¿recuerdas? – Le dejé con la palabra en la boca y me fui a casa.

(Rosaura)

Estaba enfadada, muy enfadada. Odiaba que el estúpido de Jeff se llevase todos los cumplidos, los mejores horarios y encima se iba de rositas en la jornada de puertas abiertas. No me valían las excusas que mi jefe me ponía, sobre que era un gran profesional, que había estudiado nada más y nada menos que en la mejor universidad de Canadá. Sólo por eso ya teníamos que besarle el culo y estar súper agradecidos de que hubiese decidido trabajar en nuestro hospital.

Me caía pésimo.

Por esa razón, llegué media hora tarde a la reunión que tenía con las chicas. Pero parecían no haberse dado ni cuenta. Allí estaban, en nuestra mesa de siempre, charlando animadas.

–Perdonad el retraso – me disculpé, dejando el maletín y el bolso en una silla, sentándome junto a ellas mientras ambas hacían una parada en su conversación para mirar hacia mí.

–Menos mal que has llegado – comenzó Su, poniendo una revista a mi alcance. La miré, sin comprender, no entendía nada. – Página 58, ¿cuál de estos solteros de oro es el chico con el que sales?

–¿Otra vez con esas? – Me estaba cansando de sus preguntas sobre el tema. Era obvio que no iba a hablarles sobre Noah. Agarré la revista, resignada con aquellas dos cotillas. – Ya os he dicho que no…

¡Oh Dios Mío!

Me llevé la revista a la cara, sin poder dar crédito mientras mi hermana y mi mejor amiga me miraban sin comprender.

Necesitaba saber qué mierdas era aquello para poder respirar con normalidad. Por eso decidí dejar de intentar incendiar la revista con los ojos y eché la vista a un lado. Era incapaz de seguir mirando hacia ese artículo en el que Hazard junto a una chica morena posaban para un evento. El titular que podía leerse era el siguiente: ***"Hazard y Vanesa Gómez, una pareja explosiva."***

–¿Qué es eso tan impactante que te ha puesto en este estado? – se quejó mi hermana arrebatándome la revista para estudiarla minuciosamente. Pero yo necesitaba seguir leyendo más sobre el tema, así que volví a quitársela y leí la noticia.

"Hazard y Vanesa Gómez, una pareja explosiva.

Aunque la pareja asegura que sólo son buenos amigos. Han asistido juntos a la gala benéfica contra el sida, que ha ofrecido la cadena Posh, este pasado sábado.

No han querido hacer declaraciones sobre una posible relación amorosa entre ellos, pero recordemos que meses atrás, hubo rumores de boda entre ellos… Así que puede que se hayan reconciliado y pronto tengamos boda."

¿Qué? ¿Boda?

Así que yendo con esa cantante a una gala benéfica. Muy bonito, ¿eh?, sí señor.

Volví a tirar la revista a la mesa, rebusqué en mi bolso y saqué el teléfono, mientras aquellas dos intentaban sacarme información.

Graciela cogió la revista y rebuscó en ella algo que le indicase la razón de mi enfado, mientras mi hermana me agarraba de la mano para calmarme.

–Ahora no – la callé, antes de que hubiese dicho nada. Marcando su número, colocando el teléfono en mi oreja.

A cada tono me iba poniendo cada vez más histérica, ante el solo hecho de que tuviese algo con esa tipa.

Estaba celosa. ¡Joder!

–¿Sí? – contestó una voz, al otro lado, donde también se escuchaba

jaleo, como si estuviese en un bar. – ¿Rosi? No te oigo bien, he salido a tomar algo con unos amigos.

–¿Con unos amigos? – pregunté histérica. – ¿Hombres o mujeres?

–No van a ser uno de los solteros – susurraba Graciela a mi hermana. – Creo que es uno de los que tienen novia, por eso se ha puesto así.

–Espera que salgo – me dijo, mientras yo apretaba el zumo de melocotón medio vacío de Su. – Ya estoy, ¿qué pasa?

–¿Ibas a casarte? – pregunté, alertando a mi hermana que le quitó la revista a nuestra amiga y empezó a buscar ella misma.

–¿Qué?

–He leído que ibas a casarte. Había rumores…

–¡No me jodas! – soltó Graciela por detrás, mientras yo le echaba una mirada de pocos amigos, observando como mi hermana le enseñaba un artículo. Me puse en pie y me acerqué a la puerta para hablar con más calma.

–Sólo eran rumores, Rosi – me calmó. Pero estaba muy lejos de conseguirlo. – Me ayudó a buscar un regalo para el cumpleaños de mi madre, un anillo con diamantes. Fuimos juntos a comprarlo y la dependienta confundió las señales. Probablemente fue ella la que filtró esa noticia.

–Fuiste a una fiesta con ella – me quejé, dándome cuenta de que estaba armando una montaña de un grano de arena. Me detuve entonces. – Olvídalo.

–Estoy con alguien ahora, pero no es Vanesa – Sonreía como una idiota porque sabía que estaba hablando de mí. – Ella me ha pedido un tiempo, y es justo eso lo que le estoy dando.

–Perdóname. – Me sentía como una adolescente idiota, en aquel momento. – Es sólo que yo … te echo de menos.

–¿Estás mejor? – quiso saber. Sonreí, dándome cuenta de que lo único que necesitaba para calmarme era a él. Siempre veía las cosas con más calma cuando hablaba con él.

–Sí, gracias.

–Voy a volver dentro, me estoy quedando helado aquí fuera. ¿Te parece si hablamos más tarde?

–Me parece bien. Hasta luego, bombón.

Colgué el teléfono y volví dentro, donde aquellas dos seguían proponiendo posibilidades sobre Noah.

–¡No me jodas, te has liado con Mario Casas! – lanzaba Graci, mientras yo rompía a reír. Negué con la cabeza.

–No es mi tipo, me van más los rubios – me defendí mientras el camarero llegaba hasta nosotras y me preguntaba sobre qué quería para tomar.

Sonreí.

No quería estar en ningún otro lugar más que allí hablando con aquellas dos locas sobre chicos mientras disfrutaba de mi tónica y pensaba en la cantidad de posibilidades que había para que adivinasen quién era el chico que me volvía loca.

¿Qué haría cuando lo descubriesen, cuando el mundo se enterase que estaba saliendo con Noah Hazard?

No tenía ni idea, pero lo que sí sabía es que no quería pensar en ello. Ya lo haría cuando llegase el momento. No iba a quedarme con la duda antes de haberlo intentado. El miedo se quedaría fuera de mi vida en aquel aspecto.

“No podemos vivir con miedo. Las cosas que tememos sucederán si han de suceder. Nuestra forma de vivirlas es lo importante, mejor disfrutar antes del desenlace y si al final tiene que no ser… al menos lo habremos intentado” – solía decir Carmen.

¡Qué razón tenía! Tan joven y tan lista.



Capítulo 31:

HELADO.

(Rosaura)

Una cena. Sólo era una cena – me repetí a mí misma mientras me maquillaba frente al espejo de mi habitación, ignorando los comentarios que mi hermana me había soltado esa tarde cuando le dije que había quedado con mi marido para cenar.

Iba guapísima, con una camisa blanca y unos pantalones de vestir negros con topitos grises. Se supone que una no debe arreglarse tanto si no está interesada, ¿no? Al menos quería dar buena impresión, o quizás quería demostrarle lo que se había perdido por marcharse.

–¡Qué guapa! – me dijo al verme aparecer, incluso se levantó y retiró la silla en plan caballeroso. Dejé el bolso colgado en la silla, junto al abrigo y me senté, agradeciendo el gesto.

–Tú dirás – le dije, apretándome los nudillos, nerviosa. – ¿Qué es eso de lo que querías hablar?

–Carmen – declaró. Perdí la confianza en mí misma en cuanto escuché su nombre. – Quiero saber sobre nuestra hija – asentí, con resignación.

–Un poco tarde para preguntar por ella, ¿no crees?

–¿Qué van a tomar los señores? – preguntó el camarero, llegando a nosotros. Él levantó la vista, más que dispuesto a ordenar por mí. Odiaba cuando hacía eso.

–Una botella de agua grande y dos cremas de la casa con verduras…

–De hecho, yo voy a pedir el solomillo con patatas – añadí, porfiándole.

–¿Carne por la noche? Es súper indigesto, Rosaura – se quejó, mientras el camarero intentaba entender qué era lo que íbamos a pedir. – Está

bien, está bien – se calmó, al notar la mirada asesina que le eché. – En ese caso, cambie su crema con verduras por la carne. Yo seguiré tomando lo mismo – el muchacho asintió, dejándonos a solas.

–Así que… entrenador personal del gran Hazard, ¿cómo es eso posible? – bromeé, intentando cambiar de tema. No quería hablarle sobre Carmen. No cuando se había perdido los últimos tres años de su vida por irse a perseguir sus sueños. Al final, cualquier cosa había sido más importante para él que su familia. Y por eso no podía perdonarle, a pesar de que estuviese intentando enmendar su error.

–Hice un curso en California y estuve trabajando un tiempo para un importante cantante de Medellín, Colombia. Luego me llamaron para Australia, donde estuve con un actor que había tenido un accidente de coche, y ahí empezó mi carrera. Sin tan siquiera darme cuenta, me convertí en una eminencia – explicaba. El camarero dejó la botella de agua en el centro, junto a dos vasos. Y luego él sirvió esta, dando un largo trago antes de continuar. – Uno de mis conocidos conocía a un tipo en Madrid, que le habló maravillas sobre mí al presidente del club, así que … aquí estoy.

–¿Y cómo te va con él? – sonrió, torciendo el gesto, contestando a mi pregunta.

–No es mal tío. El problema es que está obsesionado con mi mujer. – No podía estar de acuerdo con él, pues hacía ya mucho que yo no era su mujer. – A ver, entiendo que te sintieras atraída por él y todo eso. Estabas sola y puede que él apareciese en el momento perfecto para llenar ese vacío que nuestra hija dejó. Pero … aún estamos casados.

–¿Y eso justifica que hayas pasado tres años desaparecido del mapa? – me detuve cuando el camarero nos sirvió la tapa de la casa, algo que solían poner siempre, aunque no lo hubieses pedido. Era un revuelto de habas. – Gracias. – Esperé a que se marchase para seguir hablando. No pareció importarte estar casado durante estos tres años, sólo ahora que has vuelto y te has dado cuenta de que ya no me tienes comiendo de tu mano, ¿no?

–Sé que aún estás enfadada, pero estoy seguro de que cuando pase el

tiempo y te des cuenta de que sigo aquí, de que he vuelto por ti... volveremos a ser una familia.

–Eh… No. Eso no funciona así. Nuestras decisiones tienen consecuencias, Pablo. Si vuelvo contigo y hago como si nada, te estaré dando el mensaje equivocado.

–¿Así que de eso va todo esto? Necesitas darme una lección. Pero en el fondo sigues tan loquita por mí como en esa fiesta, en la universidad. – Rompí a reír porque me hacía gracia que tuviese tanta confianza en sí mismo. – Ese tipo sólo ha sido el que ha calentado tu cama mientras yo no estaba, ¿no?

–No hables así de él – me molestaba demasiado que lo hiciese a ver como si sólo fuese mi amante. – Ni siquiera le conoces.

–¿Qué no le conozco? Ese es el problema, nena. Que le conozco muy bien. De hecho, todo el mundo en este país le conoce. Te has liado con un futbolista, amor.

–Bueno, cenemos – le corté porque sabía que era lo que intentaba y no quería discutir con él. Levanté el tenedor y pinché un poco de habas, para luego probarlas.

–¿Cómo van las cosas en el hospital? ¿Alfredo sigue tratándote cómo a una hija?

Hablamos sobre mi trabajo durante un largo rato. Le conté sobre Jeff, al que no soportaba y me desahogué un rato.

La cena fue agradable en cuanto dejamos de hablar de sentimientos. Éramos como dos viejos amigos disfrutando de la comida.

Los temas de conversación fueron evolucionando y terminamos hablando de sus padres, de lo mucho que se había enfadado con ellos cuando se enteró que se desentendieron de su nieta. Esa era la razón por la que no vivía con ellos y se quedaba en casa de su amigo cuando estaba en Murcia.

Y entonces, sin saber bien cómo, terminamos hablando de nuestra

pequeña.

–Era muy lista – aseguraba, con cierto brillo especial en su mirada al hablar de ella. Sonreí, porque era cierto, nuestra niña era muy inteligente. – Parecía tener una respuesta sabia para cada una de las situaciones que sucedían en esta vida. ¿Te acuerdas de lo que dijo cuándo se enteró de que tenía cáncer?

–¿Cómo no me voy a acordar? Nos abrazó durante horas, intentando calmarnos y luego soltó esa frase que sólo ella diría, como si tuviese un plan para cada uno de nosotros – sonrió, dando un sorbo después a su vaso de agua.

–¿Te preguntó por mí alguna vez después de que me fuera? – quiso saber. Habíamos llegado a los temas peliagudos que quería evitar.

–Ella lo entendió cuando se lo conté, Pablo – contesté, sorprendiéndole. – Al contrario que yo. Tu hija te quería y no te guardó ningún rencor por lo que hiciste, en ningún momento. – Jugué con las patatas que tenía en el plato, antes de decir algo más. – Me contó que te despediste de ella el día antes.

–Estaba dormida. Se suponía que lo estaba.

–Ya… nuestra hija tenía la habilidad de hacer que fuese fácil, ya sabes.

–Por eso se fue. Las personas maravillosas como ella son las que se van primero. Piensa en ello, ¿quieres? Un ser de luz como ella se acabaría quemando en un mundo tan cruel como este. Que se fuese de esta manera, tan sólo fue un poco de compasión por parte del de ahí arriba.

No quería entrar en polémica con él, así que lo dejé estar.

–¿Sabes qué fue lo que ella me dijo unas semanas antes de irse? – negó con la cabeza, masticando los espárragos que le habían puesto con el plato. – Que debía olvidarte y encontrar a un buen hombre – rompió a reír atragantándose incluso, teniendo que beber un poco de agua para tragarlo. – Disculpa – añadí, justo cuando mi teléfono empezó a sonar.

Abrí el bolso y lo saqué, con rapidez, era una llamada de Noah. Lo bloqueé, colgando la llamada y lo dejé sobre la mesa.

–¿No lo coges? – quiso saber, metiendo algunas verduras más en su boca. Me encogí de hombros, intentando no darle importancia, pero él pareció adivinarlo. – Es él, ¿no? – no contesté, me limité a terminarme las patatas. – ¿Le has hablado de mí?

–Por supuesto que le he hablado de ti – me quejé. – Además, tu hablaste con él el día de la foto, ¿recuerdas?

–Me refiero a si le has dicho que soy su entrenador personal.

–No soy yo quién tiene que decírselo – Sonrió, al darse cuenta de que no lo había hecho. – ¿Qué?

–Yo no he dicho nada – Me molestaba terriblemente que no lo hubiese hecho.

¿Sabéis esa sensación en la que con sólo una mirada podéis saber lo que esa persona está pensando? Eso justo era lo que me pasaba con él, llevaba casada con él 12 años y medio.

–No hace falta que lo digas, todo se te refleja en la cara.

El camarero llegó para preguntarnos si queríamos postre y ambos lo tuvimos claro. Aquella cena estaba durando demasiado y yo sólo quería librarme de él para hacer una llamada importante.

–La cena la pagamos a medias – dijo él cuando me vio sacar la cartera. – Si quieres invitar a algo, seguro que sugieres ir a por helado. Esa manía tuya de tomar algo frío después de cenar.

–Ayuda con la digestión – aseguré, haciéndole sonreír.

–Claro, y puesto que has tomado carne para cenar, es algo que necesitas – bromeó.

–Exacto.



Capítulo 32:

MAL PRESENTIMIENTO.

(Rosaura)

Caminábamos hacia la heladería más cercana. Hacía frío en pleno diciembre. Antaño solía ser mi estación favorita porque era el cumpleaños de la personita más importante de mi vida. Pero ella ya no estaba allí para alegrar mis días.

Siempre he pensado que la navidad tan sólo es una invención de la sociedad para reunirse en familia y gastar dinero. Los regalos y las demostraciones de cariño deben hacerse cada día, de forma esporádica y no por obligación de una fecha señalada.

–¿Te apetece algo un poco más fuerte? – preguntó, deteniéndose frente a la cristalera de mi heladería favorita. – Es viernes noche, tengo que celebrar que no trabajo el fin de semana.

–Una copa y me voy a casa – advertí mientras mi teléfono comenzaba a sonar por tercera vez consecutiva en la noche. – Vamos al bar de Berni, los viernes suele estar bastante vacío.

Saqué el teléfono del bolso y vi la llamada perdida. Volvía a ser Noah. Parecía preocupado después de que le confesase que tenía una cita con Pablo.

El local estaba a reventar, pues habían organizado un concurso de roqueros y todos los grupos poco conocidos, además de todo el que se atreviese, estaba allí, dándolo todo en el escenario.

–¿Aún seguís frecuentando este lugar? – quiso saber mientras me hacía una señal para invitarme a entrar a aquel antro. Estaba tan lleno que ni se cabía.

–Mi hermana sigue siendo una roquera de pura cepa.

–¿Cómo le va con el piloto? – me encogí de hombros y entonces llegamos a la barra. – ¿Quieres una cerveza o prefieres algo un poco más fuerte?

–Una cerveza está bien. – Pidió las cervezas y yo puse la tarjeta para pagarlas.

No había ni una mesa libre, así que terminamos junto a una viga, cerca del escenario.

–Estás distinta, como más feliz.

–Seguí los consejos de nuestra hija, sobre dejar de lado las normas y dejarme llevar por la vida. Noah me ayudó con eso.

–Bailemos – pretendió no haber escuchado lo último que había dicho. Y tiró de mi mano para que le siguiese el juego.

Él estaba guapo. No lo negaré. El problema era que yo sentía cosas por otro tío. Alguien que me hacía sentir genial cuando estábamos juntos. Y era por culpa de eso por lo que no podía darle otra oportunidad a Pablo.

Trató de besarme en más de una ocasión y conseguí salir airosa de la situación, haciéndome la tonta.

–No hay ninguna posibilidad para que tú y yo volvamos a estar juntos, ¿verdad? – adivinó al fin. Sonreí con cierta añoranza dentro. Pero sólo era eso, no había nada más. – No sentiste nada el otro día cuando nos besamos, ¿no? Yo lo sentí todo por ti ese día, nena. – Tiró de mi mano hasta él y se acercó tanto que rozó delicadamente nuestras narices, haciéndome flaquear un momento. – Aún te quiero, Rosaura.

–Creo que debería irme – traté de soltarme de su agarre, pero no me dejó.

–Demuéstrame que de verdad has cambiado, que eres esa chica que presumes, que se deja llevar por la vida. Tómate una cerveza con tu marido y baila con él.

El teléfono comenzó a sonar una vez más en aquella noche y yo me sentí en la obligación de contestar aquella vez.

–Tengo que contestar – me solté de su agarre y salí fuera. Más que nada en el mundo necesitaba escuchar la voz de Noah.

–Hola – escuché su preciosa voz al descolgar. – ¿Ya estás en casa?

–Aún estoy por ahí – confesé. – Estamos tomando una cerveza en un bar. – Le noté algo tenso al otro lado. – Te echo de menos, Noah – eso le hizo sonreír. – Sé que las cosas se han complicado con la llegada de mi…

–De tu ex – terminó por mí y me alegré de que siguiese denominándole así.

–Quiero verte. – Eso le hizo inmensamente feliz.

–¿Qué pasó con lo de ir despacio y ser precavidos, Rosi?

–Podríamos encontrarnos por casualidad en algún lugar cómo esa vez en Barcelona – sugerí. Rompió a reír. – Alguna cabaña alejada de la civilización podría estar bien.

–Ahora estoy un poco liado con los entrenamientos del club y mi recuperación. Pero… vale, podríamos vernos algún fin de semana. ¿Te parece?

–Me apetece mucho.

–Rosi, no te recojas muy tarde.

–Tendré cuidado, lo prometo.

Colgué el teléfono y volví dentro. Beber con Pablo y bailar no me apetecía mucho, pero tenía que demostrarle que había pasado página. Quizás de esa forma aceptase darme el divorcio y sería libre para estar con Noah. Eso era lo único que nublaba mi mente en ese momento.

(ornament)

(Noah)

Pasaba de mi hermano y los chicos. Sólo podía dar vueltas por la habitación, con la copa en la mano, pensando en la razón por la que ella no me había cogido el teléfono. Quizás… quizás estaba aún con él. Me hirvió la sangre con sólo pensar en esa posibilidad, porque sabía que había un mínimo atisbo de que ese tipo pudiese volver a conquistarla y eso me estaba matando, joder.

Tenía que dejar de desconfiar de una vez y quedarme con la última conversación que habíamos tenido. Ella quería volver a verme, me echaba de menos.

–Hazard, el gran Hazard – empezó Chris con sus malditas bromas que me sacaban de quicio. – ¿Esta noche no te apetece llamar a alguna chica?

–Podríamos llamar a algunas chicas y pasarla bien – añadió Piti. Negué con la cabeza pues no me apetecía ninguna de esas opciones. Sólo quería hablar con Rosi. Pero como de costumbre, no me hacían caso, iban a su bola.

–Dejaros de chicas, chicos – añadía mi hermano. – Si el presi se entera…

–Nadie se lo va a contar – aseguró Chris, marcando el teléfono de su contacto, pidiéndole un total de tres chicas para alegrarnos la noche. Pasaba de mamoneos, así que me salí a la terraza y volví a llamarla. Por supuesto no contestó.

En tan sólo un rato, la fiesta se animó considerablemente y si yo no hubiese estado tan preocupado por esa chica que no estaba contestando al teléfono a esas altas horas de la noche, también lo habría pasado bien. El antiguo Hazard lo hubiese hecho.

–Hola, nene – comenzó una chica morena, muy sexy, sentándose sobre mí en la silla, importándole bien poco mis continuos ruegos por que se

alejase. Había perdido la cuenta de cuantas copas me había bebido. Estaba borracho y preocupado, joder. – Vamos, relájate – insistió, acariciándome la entrepierna por encima de los pantalones. Me besó apasionadamente y ni siquiera atiné a ponerle remedio.

–Estoy con alguien – contesté con la razón nublada por el deseo, mientras ella me empujaba contra la pared. Espera un momento, ¿cuándo había llegado a la habitación?

¡Oh Dios Mío!

Aquello era una mala idea. Sobre todo, si ya estaba empezando con las lagunas mentales.

–Estás conmigo ahora, nene – alegó la chica, presionándome contra la pared antes de volver a besarme apasionadamente.

Era increíble lo que esa chica me había hecho. El antiguo Hazard le habría dado lo suyo a esa morena y le habría demostrado la clase de hombre que era. Pero en aquel momento sólo podía pensar en la rubia.

¿Dónde estaría mi rubia?

El sonido de mi cremallera bajándose me hizo salir de mis pensamientos.

–No – la detuve, sacando la voluntad de dónde no la había tenido con anterioridad. – Tengo novia – me abroché los pantalones y la aparté de mí.

–Es una pena, el gran Hazard, el garrote nocturno, está cogido. Lo pillo, ¿vale? – Se puso en pie de un salto, molesta con mi negativa. – Vanesa Gómez tiene suerte.

–Vanesa y yo sólo somos amigos – asintió al darse cuenta de lo que quería decir. Abrió la puerta y se marchó sin más, dejándome solo en la habitación.

¡Joder!

Necesitaba irme a casa, antes de que las lagunas mentales se hiciesen plenas y pudiese cometer una locura de la que arrepentirme más

tarde.

Un fuerte olor a pescado me despertó. Algo mojado estaba chupándome la nariz. Rey me estaba lamiendo la cara para despertarme y lo estaba consiguiendo.

Desperté sobre el sofá, apartando a mi perro, quejándome al respecto. Miré hacia el teléfono percatándome de que eran las ocho de la mañana y no tenía ni una sola llamada perdida o mensaje de Rosaura.

Eso era malo. Terriblemente malo. Y tenía un presentimiento que no se marchaba de mi pecho.

Me levanté con rapidez al darme cuenta del estropicio que había montado la noche anterior: mi ropa estaba tirada por el suelo y yo estaba en pelota picada sobre el sofá. Había chismes por todas partes.

¿Qué coño hice anoche? No podía recordarlo. Aunque parecía que no había cometido muchas locuras. No me había levantado junto a ninguna chica y eso era una buena señal.

Hablando de chicas, ¿qué habría sido de Rosi?

Agarré el teléfono y marqué su número, me importaba una mierda la puta hora, sólo quería escuchar su voz.

Escuché un tono, dos, tres, cuatro. Casi iba a desistir y hacerme a la idea de que ella aún estaba dormida, cuando alguien contestó al otro lado. Pero no era mi chica.

–¿Sí? – contestó la voz de un hombre adormilado, haciendo que mis miedos comenzasen a expandirse por cada parte de mí. – ¿Quién llama? – insistió, al no obtener respuesta. – ¡Mierda! – colgó el teléfono al darse cuenta de que no era el suyo.



Capítulo 33:

DESTROZADA.

(Rosaura)

Hacía calor. El sol incidía en mi piel, tostándola mientras escuchaba a Carmen contándole a su padre la forma correcta de colocar los manguitos para que se los colocase a su primo Pedro. Pablo seguía sus instrucciones y al cabo de un rato lo consiguió.

Un sonido infernal que no parecía salir de ninguna parte inundó aquella playa. Era un maldito teléfono móvil.

¡Aush! ¡Apáguenlo ya! ¡Yo quiero seguir durmiendo!

¿Durmiendo? ¿Aquello era un sueño? ¿Y dónde estaba mi preciosa ardillita?

"Muerta" – me recordé a mí misma, justo cuando ese sonido se apagó. – *"Esparciste sus cenizas en el mar hace unos meses, ¿recuerdas?"*

Quería seguir soñando con aquellos maravillosos días en los que mi niña seguía conmigo.

–¡Mierda! – resonó en el silencio de la habitación. Abrí los ojos, cabreada con quién fuese que había vuelto a romper ese maravilloso momento, percatándome entonces de la situación.

¡Oh, joder!

¿Dónde demonios estaba?

Esa habitación no era mía.

Espera un momento… ¿Pablo? ¿Qué hacía él…? ¿Y mi ropa?, ¿dónde estaba mi ropa?

–¡Oh, no, no, no, no, no! Dime que no ha pasado nada entre nosotros – supliqué, poniéndome en pie y comenzando a vestirme mientras él me hacía unas señales con las manos para que me relajase. – ¡No pienso calmarme! Dime ahora mismo qué …

–Hazard ha llamado – aseguró, cediéndome el teléfono, haciendo que lo mirase incluso más preocupada, si es que eso era posible.

–¿Qué? ¿¡QUÉ¡? – comprendí entonces la situación. – ¡No! ¡NO!

–Estábamos borrachos – comenzó, intentando explicarse mientras yo seguía vistiéndome con rapidez, altamente enfadada conmigo misma, con él y con el mundo entero. – Bebimos demasiado y …

–¡No puedes hacerme esto! – espeté mientras me abotonaba la camisa. – ¿Por qué vienes a destrozarme la vida que estoy intentando recomponer? ¿Eh? ¿Por qué te molesta tanto que pueda llegar a ser feliz? – le empujé para apartarle de mi camino, cansada de que no me diese las respuestas que quería escuchar: *“No ha pasado nada”* Eso era lo que necesitaba oír. –Dime al menos que has usado protección – exigí, pero de nuevo más silencio y su mirada abandonaba la mía. – ¡Maldita sea, Pablo! ¿Por qué tienes que joderlo todo? Soy feliz, ¿no lo entiendes? ¡Él me hace feliz!

–Quizás sea eso – contestó temblando de rabia, atreviéndose a contestar. – No es justo que el que te haga feliz no sea tu marido.

–¿Justo? ¿Vamos a hablar ahora de justicia? ¿Fue justo que me dejaras enfrentarme a esto sola? Teníamos una hija, Pablo. Se puso enferma y te marchaste. ¿Fue justo que me abandonaras, que te fueses y dejases a tu mujer sola? ¿Sabes si quiera lo duro que fue? – mis lágrimas cayeron y aquel dolor desolador empezó a apropiarse de mi alma. – No tienes ningún derecho a reaparecer e intentar recuperarme, no después de lo que hiciste, Pablo. Tú me dejaste – repetí. – Y él ha estado ahí, como un soplo de aire fresco, como si nuestra hija lo hubiese mandado para recomponerme y llenar el vació que dejó. Y no puedes… – me rompí en ese instante.

–Rosaura… – comenzó, intentando llegar a mí, pero le detuve con el rostro plagado de lágrimas, sin tan siquiera ver nada y el corazón lleno de cicatrices.

–Estoy enamorada de él – me atreví a reconocer en voz alta. Dejándole sin palabras, incluso yo me sorprendí. – Le quiero, ¿lo entiendes? Y… – me limpié las lágrimas que quemaban en mis ojos antes de decir algo más. – No te lo perdonaré en la vida cómo hayas estropeado lo que tenía con él.

Le quité el teléfono de la mano, me coloqué los zapatos, agarré el bolso, el abrigo, y me marché sin más.

Atravesé el parque, sin poder dejar de llorar, deteniéndome junto al estanque. Apreté el teléfono y pensé en lo sucedido.

¿Cómo iba a volver a su lado después de lo que había pasado?

Me sentía tan mal, tan sucia, tan estúpida.

Él no merecía a una mujer como yo.

–Carmen – la llamé en voz alta, aterrada. – Ojalá estuvieses aquí.

Mi teléfono comenzó a sonar y lo descolgué con rapidez, pensando en que era Noah. Necesitaba que fuese él. Pero al escuchar la voz de mi hermana, al otro lado, pidiéndome que me pasase por su casa a recoger a Pedro para que pasase el día con nuestros padres y ella poder quedarse a solas con el piloto, que acababa de llegar de viaje. Rompí a llorar, preocupándola, pero ni siquiera podía contestar y eso sólo la aterraba un poco más.

–Vente a casa – me suplicaba. – vente y me lo explicas todo. Olvídate de todo lo que te he dicho, mi hermana es más importante que todo lo demás. ¿Dónde estás? ¿Necesitas que vaya a recogerte?

–Parque – le dije, sin poder pensar en nada más. – Lago. Ven – colgué el teléfono, dejando que mi llanto siguiese llenándolo todo, haciendo que varias personas que hacían ejercicio por el lugar mirasen hacia mí.

Abrí la aplicación de los mensajes y le mandé uno a mi hermana con la ubicación y luego me quedé embobada, mirando su nombre, recordando lo acontecido tan sólo unos minutos.

“Hazard ha llamado”

No, no, no y no. Esto no podía terminar así. Me negaba a creer que había terminado. Pero ¿de qué otra forma podía ser? Yo me había acostado con Pablo, con mi marido, ¿en qué punto nos dejaba aquello?

Mi mente divagó y llegó un momento en que ni siquiera sabía por qué estaba llorando. ¿Era por Noah, ese tipo que se me había metido tan dentro, que necesitaba como el aire para respirar? O ¿era por Carmen, mi preciosa niña a la que añoraba cada día?

¿Por qué Dios tuvo que llevársela? Mi pequeña, que nunca hizo daño a nadie, tan sólo quería lo mejor para la gente que la rodeaba. ¿Por qué tuvo que marcharse de mi lado?, ¿por qué?

Debía haber algo realmente malo en mí. Salvaba a la gente de morir, pero en el tema personal los alejaba a todos de mi lado. Pablo se marchó, Carmen también lo hizo y Noah lo haría pronto.

Susana llegó tan sólo una media hora después. Me abrazó en cuanto me vio en ese estado y se mantuvo allí un largo rato, intentando calmarme, con un constante golpeteo en mi hombro, haciéndome sentir mejor.

–¿Por qué a ella? – pregunté en voz alta. – Mi Carmen nunca hizo nada malo, era creyente y siempre veía las cosas buenas de esta vida.

–Esto es como la bonoloto – aseguraba mi hermana. – Se supone que todos lo tenemos dentro, pero a algunos se le activa y hace que todo se vaya a la mierda. Le tocó a Carmen, como le podría haber tocado a cualquiera.

–Pero Carmen no se merecía algo así – más lágrimas inundaban mi rostro, mientras mi hermana me apretaba con fuerza.

–¿Qué ha pasado? Estabas bien, estabas genial.

–Pablo ha pasado – me quejé molesta. Me solté de ella y me aferré al banco de hierro sobre el que estaba sentado con las manos. Me limpié las lágrimas. – Ha vuelto para destrozarme la vida, Su.

–No digas esas cosas – ella odiaba que hablase así. – Él aún te quiere, sólo tienes que escucharle cuando habla de ti.

–Pero yo no le quiero a él, joder, ¿tan difícil es de entender?

–Nuestros padres nunca le perdonaran por lo que hizo. Así que está bien si tú tampoco lo haces, pero una parte de mí entiende que fue duro para él.

–¿Qué fue duro? Por supuesto que fue duro, pero éramos una familia,

teníamos que afrontarlo juntos.

–Ay, nena, pero para él fue mucho peor. Tuviste que dejar tu trabajo y dedicarte por completo a Carmen, mientras él salía fuera e intentaba manteneros. Todo el peso recaía sobre él, las facturas se acumulaban, tú te volviste irascible y discutías por todo. La culpa de todo siempre era de él, incluso le acusaste de que te engañaba con Alba.

–Eso no fue así – me quejé, a la defensiva.

–¿En serio? Hermana, te quiero. Pero … ¿no crees que a veces puedes llegar a ser asfixiante? Siempre esperando a que los demás den la talla, exigiéndoles más de lo que pueden ofrecerte. Sinceramente, creo que tensaste demasiado la cuerda, él se cansó, se agobió y se marchó.

–¡Su! – me quejé, porque me estaba dejando a mí como la mala, cuando no era así.

–Mira, no te juzgo. Sabes que siempre he estado de tu parte, sólo digo que entiendo sus razones.

Ninguna de las dos dijo nada en los próximos cinco minutos y luego ella agarró mi mano, entrelazándola con la suya, volviendo a crear esa conexión que sentía cuando éramos pequeñas y estábamos más unidas.

–Sé que ahora estás con otra persona, pero quizás, podríais ser amigos. Después de doce años de matrimonio, creo que al menos eso estaría bien.

–Es que no lo entiendes, Su. Ese idiota puede que se haya cargado lo que tenía con Noah – insistí, con el corazón en un puño, preocupadísima.

–Sobre eso, ¿aún vas a seguir con el secretismo? Dime ya de una vez quién es. Las conjeturas de Graci me están matando – sonreí, por un momento su comentario me hizo gracia. Pero perdí la sonrisa, tan pronto como recordé la situación.

Mi teléfono comenzó a sonar, nuevamente. Lo saqué del bolso y miré sobrecogida su nombre en pantalla. Ni siquiera me disculpé con mi hermana y lo descolgué porque necesitaba escuchar su preciosa voz.

–Noah – le llamé, sintiendo como un enorme nudo se formaba en mi estómago. Tenía ganas de llorar, pero más de hablar con él. – Escucha, yo …

–No digas nada – me detuvo, sonaba frío y afectado. – No quiero hablar de esto por teléfono. Voy de camino a Murcia.

–¿Qué? – pregunté, con incredulidad.

–Es que me importa una mierda todo ahora mismo. Sólo quiero ir allí y romperle la cara a ese capullo… No quiero que me digas nada o intentes disuadirme. Ahora mismo sólo quiero verte, sólo eso. Si vas a terminar esto, quiero que sea cara a cara, como la última vez. Quiero mirar a tus ojos sabiendo que nunca… – Su voz se quebró.

–Perdóname – fue lo único que dije, antes de escuchar como él colgaba la llamada.



(Noah)

Conducía mi bugatti de camino a Murcia. Aún me quedaban como cinco horas de viaje. El tráfico era denso, pero me daba igual. Tan sólo me interesaba ver a esa chica y me importaba un bledo todo lo demás. La puta locura que estaba cometiendo, el club, mi hermano y todo, joder. Sólo quería verla.

Una puta canción de mierda se escuchó en cuanto puse la radio. Era una canción tan triste que sólo me hacía sentir peor. Se trataba de ***Lonely de Justin Biever***. Esa canción estaba en todas partes en aquellos días.

Para rematarlo todo un poco más, la lluvia me cogió por el camino y me obligó a ir más despacio, pues no quería tener un puto accidente

antes de verla. Necesitaba aclararlo si todo era un puto malentendido o si realmente se había acostado con su ex, justo como sospechaba.

Aquello me parecía de lo más absurdo. Un marido podía acostarse con su esposa sin que aquello estuviese mal visto. Quizás la culpa era mía, por haberme fijado en la mujer de otro.

Pensaba en todo esto por el camino, sintiéndome cada vez más patético, por correr a los brazos de una mujer que parecía haberme dejado a un lado, volviendo al lado del hombre que era su marido, ese que eligió para casarse 12 años atrás.

Pero os aseguró que valió la pena cuando la vi.

Caminé hacia ella, quitándome la gorra, importándome bien poco si era reconocido o no, en aquel parque, subiéndome al carrusel, al igual que lo hacía ella.

Ambos nos agarramos a una de las barras, cerca de un caballito, mientras aquello daba vueltas y todo a nuestro alrededor giraba, incluso la lluvia parecía algo lejano. En aquel momento sólo importábamos nosotros.

Me colocó la gorra, siempre tan precavida, cuidando hasta el más mínimo detalle, queriéndolo controlar todo.

La agarré de la cintura atrayéndola hacia mí, haciéndola reír y me lancé a besarla antes de que hubiese pensando en ello demasiado. Me daba igual la puta situación, sólo necesitaba besarla. Me di cuenta en seguida. Ella seguía sintiendo lo mismo por mí, incluso más, pues la forma en la que encajábamos como dos piezas de un puzle, me sobrecogía.

–Jamás pensé que algún día estarías aquí – me dijo, apoyando su frente en la visera de mi gorra. Sonreí, acariciando su mejilla, secando esa lágrima que acababa de caer.

–Una vez me dijiste que necesitabas una prueba de que lo que sentía por ti era real, que debía venir a verte, que no era justo que siempre lo hicieses tú. Bien, pues aquí estoy – volvió a besarme, enfrascándose en un largo beso hasta que la atracción se detuvo y tuvimos que bajarnos. – Ven aquí. – La agarré de la cintura y volví a atraerla a mí, bajo el techo de madera, entre sus risas. – ¿Conoces algún lugar más íntimo, por aquí, donde podamos hablar?

–¿Tienes hambre? – quiso saber, con una gran sonrisa en el rostro. Volvía a ser ella misma y supuse que era porque había ido a verla. –

Casi es la hora de almorzar, deberíamos ir a comer.

Ni siquiera quería pensar en la mera posibilidad de que ella iba a terminar aquello entre nosotros o en lo que había sucedido con su ex, tan sólo quería centrarme en el momento que estaba viviendo con ella, porque era obvio que estaba feliz por tenerme allí.

Cualquiera podría vernos, pero ni siquiera me importaba. Estaba sentando en el parque, comiendo una hamburguesa de pollo, bromeando sobre cómo me había ido la semana.

Ella dio un bocado más, casi se había terminado la suya y dio luego un sorbo a su botella de agua.

Me encantaba aquello que habíamos improvisado de la nada. Había escampado, así que ya no teníamos miedo a mojarnos.

Sonreía, sin tan siquiera decir mucho, sin poder dejar de mirarme. Eso me encantó, que a pesar de todo no quería quitar sus ojos de mí.

–El tío me cae bien – aseguraba, hablándole sobre mi nuevo entrenador personal. – Es buen tío, sólo que demasiado reservado con su vida privada. – Frunció el ceño, como si las cosas no fuesen bien, y eso me preocupó. – ¿Va todo bien?

–Hay una cosa… – comenzó. ¡Mierda! La conversación que intentaba evitar estaba a punto de comenzar y eso me aterraba, joder. Tragué saliva. – Se supone que es él el que debería hablarte sobre ello, pero …

–¿Él? – Era obvio que me había perdido, no tenía ni idea de qué estaba hablando.

–Verás… no quería hablar sobre esto, porque no me corresponde a mí decírtelo, pero … – dudó, dejando la mitad de la hamburguesa envuelta en la servilleta sobre el banco y se sacudió las manos antes de continuar. – Siento como si te estuviese ocultando algo y eso no me gusta, Noah.

–¿Qué ocurre, nena? – quise saber. Su actitud me estaba preocupando a más no poder. Dejé incluso de comer y me centré sólo en ella.

–Pablo es tu entrenador personal – anunció. No entendí lo que quería decir con esa frase.

–Sí, mi entrenador personal se llama Pablo – Negó con la cabeza.

–Pablo, mi marido – declaró, dejándome con las patas colgando.

–¿Qué? ¿QUÉ? – Me puse en pie con la hamburguesa en la mano. Se me pasó el hambre de golpe y la tiré en la papelera.

Me pasé las manos por la cara, previamente limpias en mis pantalones, obviamente no estaban manchadas de nada, sólo tenían ese olor característico a carne.

Se puso en pie y se acercó mientras yo retrocedía. Aquello me parecía una broma de mal gusto. Rosi frunció los labios, molesta, aunque no conmigo y apretó los puños, antes de decir algo más.

–Se supone que él debería habértelo dicho – rompí a reír, porque aquello me parecía de lo más absurdo. Recién entendía la razón por la que él no quería hablarme sobre su vida privada, era obvio que no quería que me enterase de que la mujer por la que estaba loco era la misma que la mía. – Escucha, esta situación de mierda…

–Te acostaste con él, ¿no? – bajó la mirada en seguida, totalmente al descubierto mientras yo volvía a refregarme la cara con las manos, frustrado, pues todo aquello se me estaba yendo de las manos. – Esto entre tú y yo termina ahora.

–No – suplicó agarrándome del brazo antes de que hubiese echo si quiera el amago de marcharme. Miré hacia su agarre y luego a ella. No entendía su actitud. – Te pedí tiempo, Noah.

–¿Tiempo? – inquirí, altamente cabreado. – ¿Tiempo para qué? ¿Para revolcarte con él? – me cruzó la cara en ese justo instante, dolida. Y joder, me lo merecía, pero no podía enfrentar aquella situación de otra forma. – No vuelvas a buscarme – declaré, sintiendo como mi corazón se rompía en mil pedazos. Pero era necesario. No podía volver a confiar en ella después de que se hubiese acostado con su marido. – No quiero tus mensajes, tus llamadas o tus…

–Noah, por favor – suplicó, soltándome el brazo, acercándose un poco más a mí. Lucía tan derrotada que me estaba destrozando. – No me hagas esto, no puedo perderte a ti también.

–Tu marido ha regresado, Rosaura – negó con la cabeza. – Estaba dispuesto a quedarme y luchar por ti, pero … creo que esto me supera. Toda esta situación. No puedo quedarme, aunque quiera con toda mi alma…

–Escucha… – temblaba de miedo y bajó la mirada un momento antes de seguir. – Sé que es difícil, que probablemente no puedas perdonar lo que he hecho, pero yo… me gustas de verdad, Noah.

–Ya – contesté, secamente. – Y ahora es cuando me dices que lo que sientes por él es mayor que eso, ¿no? Que te has dado cuenta de que aún le amas.

–No. No es con él con el que quiero estar – rompí a reír, sin poder creerme ni una palabra. – Noah…

–Mira, todo esto tendría algún sentido si no te hubieses acostado con él – tragó saliva sin poder decir lo contrario. – Dejemos de engañarnos de una vez. Pertenecemos a mundos distintos, así que de todas formas… no habría funcionado. Tu vida ya es demasiado complicada cómo para hacerla más aún, ¿no?

–¿Y si quisiera complicarla aún más? – insistió, negué con la cabeza. – ¿Y si quisiera…?

–Es obvio que ya lo has hecho – solté, molesto, buscando hacerle pagar todo el daño que ella me estaba haciendo a mí. – Acostarte con tu marido cuando tienes a otro esperándote. Eso ha sido una jugada sucia, Rosi.

–Escucha – insistió, agarrándome del brazo. Me solté de malos modos y me eché hacia atrás. Ella lucía tan destruida que sólo quería pisotear

mi orgullo y quedarme a su lado. Pero no podía.

–Ya no quiero seguir con esto. No me compensa seguir intentando esta mierda.

–No – suplicó incapaz de aceptar que había terminado. Sus lágrimas salieron y yo sólo me enfadé un poco más conmigo mismo, por no poder ser un puto cornudo y quedarme a su lado. – Escúchame, por favor… – volvió a intentar alcanzarme, pero me eché hacia atrás. – Noah, por favor. Yo …

–No me busques más, Rosaura.

Me di la vuelta, echando a andar hacia el auto mientras ella se quedaba allí, observando cómo me marchaba sin hacer nada por detenerme.



Capítulo 34:

PASAR PÁGINA.

(Rosaura)

Tenía los brazos agarrotados del frío y la lluvia seguía cayendo sobre mí, pero yo no podía moverme. Seguía mirando hacia la oscuridad de la noche, justo al lugar por el que él se había marchado horas antes, como si aún esperase que fuese a regresar.

"Ha terminado" – me recalqué a mí misma, dejando escapar algunas lágrimas que se perdieron con las gotas de lluvia. – *"He perdido mi única oportunidad de ser feliz."*

Sentía como si hubiese perdido a Carmen por segunda vez. La única chispa de luz que había encontrado en aquel mar de oscuridad también se marchaba de mi lado.

"¿Por qué no hice las cosas de otro modo?" – me recriminé al sentir aquel dolor en el alma que estaba consiguiendo resquebrajarla un poco más. – *"¿Por qué no pude decirle a todo el mundo lo que sentía por él? ¿Por qué ni siquiera podía reconocérmelo a mí misma de la forma en la que sí lo hice a Pablo?"*

Me había enamorado de él y ni siquiera había podido confesárselo ni una vez.

Dolía tanto como si me extirpasen otro trozo del corazón, el que quedaba sano después de la muerte de Carmen.

Mi teléfono volvió a sonar, haciéndose notar entre la lluvia. Pero ni siquiera lo saqué del bolso, me daba igual si era Pablo otra vez, que me había estado llamando durante toda la tarde, o si eran mis padres, o incluso mi hermana. Tan sólo quería dejar de existir. Quizás si lo deseaba con toda el alma Dios me permitiría morir y volver a ver a mi pequeña. Ya no me quedaba nada por lo que seguir luchando en aquella estúpida vida.

"Pero ¿qué estás diciendo?" – resonó la voz de Carmen en mi cabeza, como si me estuviese echando la broncha al escuchar todos mis pensamientos. Cosa ilógica, pues ni ella tenía esa facultad ni estaba viva. – *"Tú que tienes toda la vida por delante, estás sana y puedes vivir quieres morir, y yo que lo deseaba con todo el corazón, no pude hacerlo."*

No podía venirme abajo, Carmen se sentiría mal si me veía flaquear. Tenía que ponerme en pie y seguir luchando. Existir, al menos con eso estaría bien.

Me puse en pie, con dificultad, saqué el teléfono del bolso y me percaté de que tenía como diez llamadas perdidas de Pablo.

Tenía que sacar a Noah de mis pensamientos y olvidar ese dolor, centrarme de nuevo en Carmen. Sólo con eso lograría escapar de los sentimientos.

–¿Dónde estás? – quiso saber mi marido. – Tu hermana está preocupada, al igual que yo. Tus padres creen que estás con Graci. Dime, por favor…

–Estoy en el parque.

–¿Aún estás allí? – parecía que Su le había estado contando algo. Yo no quería que se enterase de los detalles de mi vida. – Está lloviendo mucho. Espera, en seguida estoy allí – colgó el teléfono, antes de que pudiese haberle mandado a la mierda.



Pablo me abrió la puerta de copiloto y me ayudó a entrar. Era el coche de mi hermana y ni siquiera quería preguntar cómo lo había conseguido. Tan sólo me centré en mirar por la ventanilla.

No escampó. Era como si el cielo estuviese casi tan disgustado como lo estaba yo.

–¿Qué es eso que ha ido tan mal? – quiso saber, al sentarse en su lugar, sin encender aún el coche. Se limitó a dejar caer la cabeza sobre el reposa cabezas y girar su cabeza para mirarme. – Estoy preocupado, habla conmigo, Rosaura.

–Ha terminado – contesté, girando la cabeza para mirarle, dejando caer algunas lágrimas. – Eso era lo que querías, ¿no? – miró al techo, cómo si una parte de él estuviese arrepentido. – Ni siquiera intentes que volvamos a estar juntos, Pablo. Sigo queriendo el divorcio, quizás ahora mucho más.

–No pasó nada – me dijo, con la mirada fija en el techo. Le miré sin comprender. – Anoche, entre tú y yo – volvió a mirarme, mientras me explicaba aquello. – Estabas borracha y me besaste, no dejabas de hablar sobre él y creo que te confundiste. Te cabreaste cuando te dije que no era él, te quitaste toda la ropa y te metiste en mi cama. Te arropé y me acosté a tu lado. Eso fue lo que pasó.

–¿Por qué me hiciste creer que sí pasó? – tragó saliva, arrepentido.

–Quizás una parte de mí quería saber tu reacción.

–Dices que has cambiado, pero sigues siendo el mismo.

Arrancó el coche, poniendo rumbo a casa de mi hermana, mientras yo miraba por la ventanilla.

–Puedo hablar con él. Estoy seguro de que si se lo explico…

–No hagas nada – le corté. Me miró, sin comprender. – Ya no me quedan fuerzas para seguir luchando. – Y era cierto. Me sentía tan destruida que tan sólo quería olvidarlo todo, sacarlo de mi corazón y seguir adelante. – Si es tan complicado es que no tiene que ser.

Se detuvo frente a la casa de mi hermana, justo cuando ya había escampado. Apagó el motor y miró hacia mí que seguía derramando lágrimas silenciosas, mirando hacia el frente, sin tan siquiera querer marcharme de aquel lugar aún.

–Estaré dentro, tómate el tiempo que necesites. – Se marchó después de ese momento y yo me sentí libre para romper a llorar escandalosamente por un largo rato.



Transformar la pena y el dolor por la indiferencia y la fingida felicidad era una de mis cualidades, algo que aprendí después de perder a Carmen y le sacaba el máximo partido en aquellos días.

Me centré en seguir con mi vida, porque hace mucho aprendí que la vida no se detiene a pesar de lo mucho que sufras, por más que sientas que vas a morir de dolor y que tu alma nunca se recuperará, siempre lo hace. Sólo hay que tener fe y seguir adelante.

Nunca fui de las que se quedan en la cama compadeciéndose de sí mismas y llorando a lágrima viva.

Además, mis padres ya lo habían pasado bastante mal tras la muerte de Carmen, no podía dejar que volviesen a verme destruida. Por eso, y por tantas otras razones, tenía que recomponerme.

Tampoco se acaba tu vida porque un hombre se marche de ella. Ya lo comprobé con Pablo, así que aquella vez, ya estaba curada en espanto.

Comía cerezas en almíbar, sobre la mesa del salón, estudiando para mi próxima presentación en la universidad. Me hice un resumen y repasé los puntos importantes de la conferencia justo cuando mamá entró en la casa con el carro de la compra y el correo.

–Hay una carta para ti. – Ni siquiera presté atención al sobre amarillo que se entreveía entre el resto de la correspondencia que mi madre había rescatado del buzón. – ¿Otra vez comiendo cerezas?, ¿qué es lo que te preocupa esta vez? – me encogí de hombros, como si no supiese de lo que estaba hablando. – A mí no me engañas. Siempre que algo te preocupa empiezas a comer fruta en almíbar.

–Es por la presentación – mentí con la boca llena. – Tengo que dar lo mejor de mí.

–Siempre lo haces – me dio un beso en la coronilla y se marchó a la cocina para seguir cocinando. – Rosaura, deja eso y ayúdame con la ensalada.

Recogí la mesa con rapidez, metí todo en el maletín y lo llevé a mi cuarto, para luego recoger la fruta y llevarla a la cocina, metiéndola en su lugar. Abrí el frigorífico y saqué los ingredientes de la ensalada: una cebolla, la lechuga, el tomate, el jamón de york y la tabla para cortar del mueble de la esquina.

Corté la lechuga, volcándola luego en el bol de cristal que mamá puso a mi alcance, escuchándola hablar sobre fútbol. Eso no me ayudaba en mi tarea del olvido de cierto futbolista. Pero ya me había resignado.

–Nena, ¿estás bien? – quiso saber mamá, justo cuando pelaba el tomate. Me percaté entonces de que una fina lágrima recorría mi

mejilla.

¡Demonios! Se suponía que ya estaba recuperada, que todos mis sentimientos y mis recuerdos estaban a salvo de mí misma, ocultos en una habitación que yo misma cerré con llave. ¿Qué ocurría entonces?

–Estoy bien – contesté, mirando hacia ella, dedicándole una gran sonrisa. Me empeñé en hacerlo, despreocupándola del todo. Pero el sexto sentido de las madres me delató en seguida, porque una madre siempre sabe cuándo su hija está mintiendo.

–¡Oh, nena! – mamá me abrazó, dejando de prestar atención a la olla en la que calentaba el potaje, atravesando todos mis muros, clavándose de lleno en mi corazón. Mis lágrimas silenciosas empezaron a aflorar, sin que pudiese hacer nada por detenerlas. – Tu padre y yo nunca perdonaremos lo que Pablo te hizo. Así que está bien si le odias, está bien sí necesitas hablar con nosotros sobre ello. Desde que ha vuelto estás…

–¿Cómo están las dos mujeres de mi casa? – preguntó papá entrando por la puerta, haciendo que ambas nos separásemos y yo me limpiase las lágrimas con rapidez, empezando a pelar la cebolla. – ¿Qué pasa aquí?

–La cebolla – mentí, mientras la cortaba, explicando mis ojos húmedos con aquella estupidez.

–Acabo de encontrarme con Su en la calle. Está aparcando el coche y sube. Dice que se queda a comer con nosotros – aseguraba papá. Sonreí, agradecida, porque mi hermana era la única que sabía lo que estaba ocurriendo. A pesar de que yo no le conté mucho, suponía que Pablo lo había hecho.

Odiaba aquella situación, porque mi hermana y mi marido hacían muy buenas migas aquellos días.

Papá puso la estufa de gas y yo llevé las cosas a la mesa, justo cuando Su y Pedro entraban por la puerta.

El pequeño llegó a la mesa y cogió un poco de queso. Era como un

pequeño ratoncito.

–Susana, ven y me dices como está de sal esto – la llamaba mamá mientras yo daba un sonoro beso a mi sobrino en la mejilla y este se quejaba al respecto. Se fijó en las cartas que aún estaban sobre la mesa y no me había dado tiempo a recoger.

–Llévatelas al sofá y las clasificas. Luego me haces un resumen de lo que ha llegado – las agarró y se marchó al sofá. Le gustaba sentirse útil, por eso le hacía bromas como esas a menudo.

–¿Otra vez alubias? – se quejaba papá. – Mujer, me vas a destrozar la flora intestinal con tanto potaje.

–Si no te gusta vete al bar – bromeaba mamá, ganándose un sonoro beso en los morros. Aquellos dos y sus bromas extrañas. Nunca los comprendería.

–¿Qué vas a querer para beber, nena? – me preguntaba mi hermana. – ¿Agua? – no contesté, y eso servía para que supiese que era justo eso lo que quería.

–Tita – comenzó mi sobrino, tirándome de la rebeca que llevaba puesta.

–Ahora no, Pedro – contesté, colocando las servilletas en el centro y los tenedores alrededor de la mesa.

–¿Me dejas abrir el sobre amarillo? – insistía el niño. Contesté sin tan siquiera prestarle atención.

–Abre lo que quieras – volví a la cocina, mirando aquel caos. Papá y mamá seguían besándose delante de nosotras como si nada y Su los miraba con cierto cariño. – No sé si lo sabéis, pero vuestras hijas quieren comer.

–¿Y a esta qué le pasa? – quiso saber papá, pues yo nunca me comportaba tan borde. Sólo cuando estaba enfadada y en aquel

momento lo estaba.

–¡Qué pasote! – escuché en el salón a mi sobrino. – ¡Son dos entradas para el partido del Real Madrid y el Inter, en el estadio San Siro, en Italia!

Espera.

¿Qué?

Me giré con rapidez y le quité el sobre amarillo de la mano, fijándome en su interior. El niño tenía razón. Había dos entradas y una carta, y sabía exactamente quién lo había mandado.

Maldita sea.

¿Por qué los problemas no se acababan jamás?

No pude evitar sonreír, como una idiota, mirando hacia una de las entradas. Estaba reservada a mi nombre, con pase vip incluido. Mientras, mi familia me miraba atónita.

–¿Entradas para la Champion League? – preguntaba mi padre, sin dar crédito. Yo seguía absorta en mis pensamientos, recordando la promesa que él me hizo en su casa.

Desplegué la carta, ignorando a mi familia. Me di la vuelta para leerla.

"Una promesa es una promesa, indistintamente de cuándo se hiciese. Ya había pedido las entradas. Así que sería una pena que se perdieran. Estarías dejando a dos fanáticos fuera cuando hay sitio dentro, porque tú no has querido venir.

Ya te lo dije, sólo serias un espectador más. No pienso dedicarte ningún gol ni ponerme a gritar tu nombre.

Espero que vengas, porque sólo pensarte entre el público me dará suerte, sobre todo ahora que juego de pena, palabras textuales de mi hermano.

Espero que vengas.

Firmado: El chico del balneario."

Sonreí, como una idiota, mientras mi hermana caminaba hacia mí y me quitaba la carta de las manos. Traté de cogerla mientras nuestros padres nos observaban sin comprender.

Abrió los ojos de par en par después de leerla y tiró de mi brazo para sacarme a la terraza mientras mi sobrino recuperaba el sobre amarillo.

–Volvemos ahora – les informó a nuestros padres antes de cerrar la puerta de climalit para que nuestros padres no pudiesen oírnos. Papá agarró el sobre que Pedro le cedía y estudió las entradas con detenimiento, tratando de entender qué era lo que estaba sucediendo. – ¿El tipo misterioso era un futbolista? ¡No me jodas! ¡Estoy flipando! – rompí a reír, porque os prometo que me parecía de lo más cómico. – ¿Qué vas a hacer?

–No sé a qué te refieres – contesté, restándole importancia.

–Vas a ir a ese partido, así tenga que llevarte yo misma. Y … ¿crees que quedarán entradas en taquilla? Porque papá y mamá también querrán venir.

–No pienso ir.

–Sí que vas a ir. ¡No me lo puedo creer! ¡Un futbolista!

–Dilo más alto, para que se entere todo el barrio.

–Y dime ahora mismo la razón por la que pareces un alma en pena – ordenó pero negué con la cabeza. – Rosaura Mejide – resoplé porque odiaba cuando se ponía así. – Pablo me dijo algo de pasada, pero ni siquiera sé a qué se refería con …

–¿Qué te dijo? – quise saber.

–Que por su culpa habías roto con él – Nuestros padres y Pedro se marcharon a la cocina para dejarnos un poco de intimidad. Hablaban sobre el remitente de aquel sobre y lanzaban al aire miles de posibilidades. Bajé la cabeza, avergonzada, dejando escapar algunas lágrimas. – Que lo despidieron a los dos días, porque su cliente era el chico misterioso. Pero no me dio más detalles, ¿quién era o …?

–Yo no he roto con él. Él lo hizo conmigo – la interrumpí haciendo que se quedase patidifusa al escuchar aquello. – Y no me extraña que Noah lo despidiese, más cuando Pablo me hizo creer que nos

habíamos acostado. – Se llevó las manos a la boca terriblemente sorprendida. – Así que no. No voy a ir a ese partido. Ya no quiero rebajarme más por esta historia.

–Vas a ir – volvió a insistir mientras yo negaba con la cabeza. – Y deja de una vez el secretismo y dime quién es mi cuñado.

–¿Qué pasa contigo? ¿Por qué no escuchas lo que digo? Se ha terminado, Su.

–No es lo que parece en esta carta.

–Sólo me ha mandado esas entradas por una estúpida promesa que me hizo antes de que rompiésemos. Nada más.

–Podría haberle dado las entradas a cualquier otra persona o revenderlas, nena. Pero no lo ha hecho. En lugar de eso, ha preferido enviártelas con la esperanza de que tú vayas a ese partido – negué con la cabeza y solté una carcajada a la vez. Porque me parecía del todo improbable. – Mira aquí – señaló hacia la parte en la que decía que le daría suerte si iba a verle. – Ahora deja de hacerte de rogar y dime cuál de todos esos hombretones jugadores del Real Madrid es el que ha conseguido derretir el corazón de hielo de mi hermana.

–¿Y para qué quieres saberlo? Es una tontería, más a estas alturas del partido – se cruzó de brazos y me puso una de sus famosas caras de resignación. Suspiré antes de confesarlo. – Vale. De acuerdo. Es Hazard.

Mi hermana tardó un rato en reaccionar, parecía haberse quedado en el limbo. Un gritito de fan emocionada salió de su garganta, asustándome incluso.

–¡El chico misterioso era Hazard! – su mente estaba intentando asimilarlo. Yo, por mi parte, me hice una coleta porque de pronto tenía calor. ¿Cómo podía estar tan acalorada con el frío que hacía? – pero … ¿tú le has visto? – seguía hiperventilando, y no era para menos. No todos los días se entera uno que tu hermana ha estado liada con uno de los hombres más deseados de todo el país. – Si está

buenísimo. Ahora entiendo cuando decías que pertenecíais a mundos distintos. ¿Cuándo has estado tú con un bombón así? – la miré, con cara de pocos amigos. – Con más razón tienes que ir, hablar con él e intentar solucionarlo.

–Ya no quiero hacer eso. Ya te lo he dicho. No quiero seguir metiéndole en esta mierda. No se lo merece, Su.

–¿Y vas a dejar escapar al hombre que te hace feliz sólo por miedo, nena? – Ella tenía razón, pero en aquel momento no quería verlo. –¿Sabes lo feliz que harías a nuestros padres? – La miré, sin comprender.

–¿Feliz? ¿A nuestros padres? ¿Por estar con un famoso? – Aquello me parecía de lo más irreal.

–Es que no es un famoso cualquiera. Es Hazard, ¿sabes si quiera la admiración que siente nuestro padre hacia él? – mi cara era un poema. ¿De verdad mi padre sentía eso? Jamás lo imaginé. – No tenías ni idea, ¿no? Oh, nena, ahora comprendo tantas cosas… Ese día viendo el partido de fútbol con nosotros… me pareció extraño, porque no te gustaba el fútbol, nunca te ha gustado, pero claro no lo estabas viendo por eso, si no por él…

–¿Qué cuchicheáis? – quiso saber papá, cansado de esperar a que terminásemos y le diésemos una explicación a toda la familia.

–Llámale – me pidió ella, antes de girarse a mirar a papá. – Y pídele que nos envíe algunas entradas más, porque nuestros padres y yo no vamos a quedarnos en tierra en esta aventura, Rosaura. – La miré sin comprender, justo cuando ella se volteaba para hablar con papá. – Es gentileza de tu hija, papá. Pero su amigo se ha equivocado y sólo nos ha enviado dos, cuando es obvio que son 5. – La miré alarmada, porque me estaba metiendo en un lío del que me iba a ser difícil salir. – Será mejor que le llames y le pidas las entradas. No querrás quitarle la ilusión a tu familia, ¿verdad? – iba a matarla, os lo aseguro.

–Te estás pasando, Susana. – Estaba enfadada y ella lo sabía, pues sólo cuando lo estaba la llamaba por su nombre completo.

–En ese caso… – comenzó papá, ilusionado. – Voy a ir consiguiendo los billetes de avión. Isabel, que nuestra hija nos ha conseguido entradas para el partido de Italia, que nos vamos todos de viaje. – Mi madre ensanchó la sonrisa, ilusionada, pegando un grito de jubiló y yo me sentí aún más miserable, porque la única salida que tenía era la única que no quería elegir.

–A ver… – Su me quitó el teléfono cuando estaba barajando mis posibilidades y comenzó a buscar en la agenda.

–¿Qué estás haciendo? – me quejé, haciendo el amago de quitarle el teléfono, observando como lo llevaba a su oreja y esperaba a que la otra persona, contestase.

–Llamar a mi cuñado, por supuesto.

–¿Qué? – me asusté. – No.

–¿Hola? – preguntó al obtener respuesta al otro lado. – Perdona que te molestemos a la hora de comer – se disculpaba, mientras yo volvía a intentar quitarle el teléfono. – Pero tienes que entender que estamos todos un poco histéricos después de recibir las entradas. Soy Su, por cierto, la hermana de Rosaura. El caso es que te has confundido. Nos has enviado solo dos entradas y somos cinco. – Se mantuvo en silencio para escuchar lo que él tenía que decirle, mientras yo me ponía histérica. – Claro, te la paso – me cedió el teléfono. La miré como si estuviese loca, negando con la cabeza, porque yo no quería hablar con él. No podía, ¿qué iba a decirle? – Quiere hablar contigo – reforzó, por si no había quedado claro aún.

Lo cogí con manos temblorosas y lo llevé a mi oreja, escuchando su voz al otro lado. Esa preciosa voz que me cortaba la respiración y me hacía tanto daño. No estaba preparada aún para enfrentarme a ello.

–¿Hola?

–Siento muchísimo todo esto – me disculpé histérica. Me sentía tan patética en ese momento. – Mi familia se ha confundido, mi hermana

lo ha liado todo y …

–No te preocupes. No sabía que en tu familia fuesen tan fanáticos, si lo hubiese sabido hubiese mandado más entradas. ¿Cuántas necesitas?

–Tres más. Pero, de verdad, no tienes por qué…

–Dime una cosa. Si te consigo esas entradas y te las mando… ¿vendrás con ellos? – su ilusión por volver a verme me golpeó y restableció un ápice de esperanza en mi interior.

–Sí. Una promesa es una promesa, ¿no es cierto?

–En ese caso te las mandaré – prometió, calmándome de forma sobre natura, no sólo por la ilusión de mi familia, sino también por la mía, aunque no por la misma razón.

–Escucha, sobre lo que pasó el otro día. Yo … – comencé, en un intento estúpido de intentar retomar esa conversación perdida, de enmendar mis errores, y volver a aferrarme a él, a sabiendas de que eso no era posible.

–No hablemos de eso ahora – me detuvo. Asentí, admirando las hermosas vistas desde aquel balcón. – Te aviso en un rato, cuando las consiga.

Colgó el teléfono y yo me acerqué a mi hermana para darle la información que necesitaba escuchar.

–Va a conseguirnos las entradas – me abrazó para reconfortarme. Pero yo no podía volver a estar bien, no después de haber escuchado su voz de una sola pieza, como si a él no le hubiese afectado nuestra ruptura.

Eso hizo que el miedo me sobrecogiese y que imaginase mil escenarios distintos. El que más me aterraba era: ¿habría conocido a otra?

Entramos en casa, donde mamá y papá buscaban en la Tablet vuelos

económicos para esa tarde, y Pedro saltaba de alegría, cantando una alegre cancioncilla, deteniéndose cada cierto tiempo para decir *“Voy a ir a ver a Hazard”* Sonreí al ver aquella estampa. Hacía mucho que no era tan feliz, sólo faltaba Carmen, aunque la sentía allí, como si nunca se hubiese ido.

–Nada. Sólo hay uno para las diez de la noche, el resto están todos llenos. Los compro ya que quedan solo 7 plazas. ¿Has conseguido las entradas? – preguntó papá.

–Estoy en ello – contesté, mirando hacia el teléfono pues acababa de llegarme un mensaje.

“Vas a deberme una muy grande por esto. Las he tenido que comprar en reventa, más caras que su precio habitual, y encima son en asientos privilegiados y me han salido por una pasta.”

Yo:

“Te las pagaré.”

Noah:

“Estás loca si piensas que voy a dejarte hacer eso.

Ya te he dicho que compraría el estadio entero si con eso conseguía tenerte allí.”

Yo:

“Estás loco.”

Noah:

“Y pensar que después de todo lo que hago … no sirve de nada… porque esto entre tú y yo te sigue dando miedo, Rosaura.”

Yo:

“Es complicado y lo sabes.”

Noah:

“Las cosas siempre son complicadas. Nunca nada es fácil en la vida, ¿o crees que he llegado hasta aquí de un día para otro? Me ha costado mucho llegar hasta donde estoy, pero no porque fuese complicado tiré la toalla, Rosi.”

Yo:

“No quiero que hablemos de esto por aquí. Es demasiado frío.”

Noah:

“No vamos a hablar sobre esto, ni por aquí ni en persona. Todo lo que teníamos que decirnos nos lo dijimos ese día. Se acabó Rosi, ya no quiero seguir intentándolo más.”

Yo:

“¿Entonces por qué quieres que vaya a verte?”

Noah:

“Porque te hice una promesa, y yo siempre cumplo mis promesas.”

–¿Qué dice? ¿Tenemos las entradas? – preguntaba mi hermana con el corazón en un puño. Levanté la vista hacia ella, fingiendo una sonrisa, asintiendo después. Mi familia entera estalló a gritos, saltando de alegría, abrazándonos todos después.

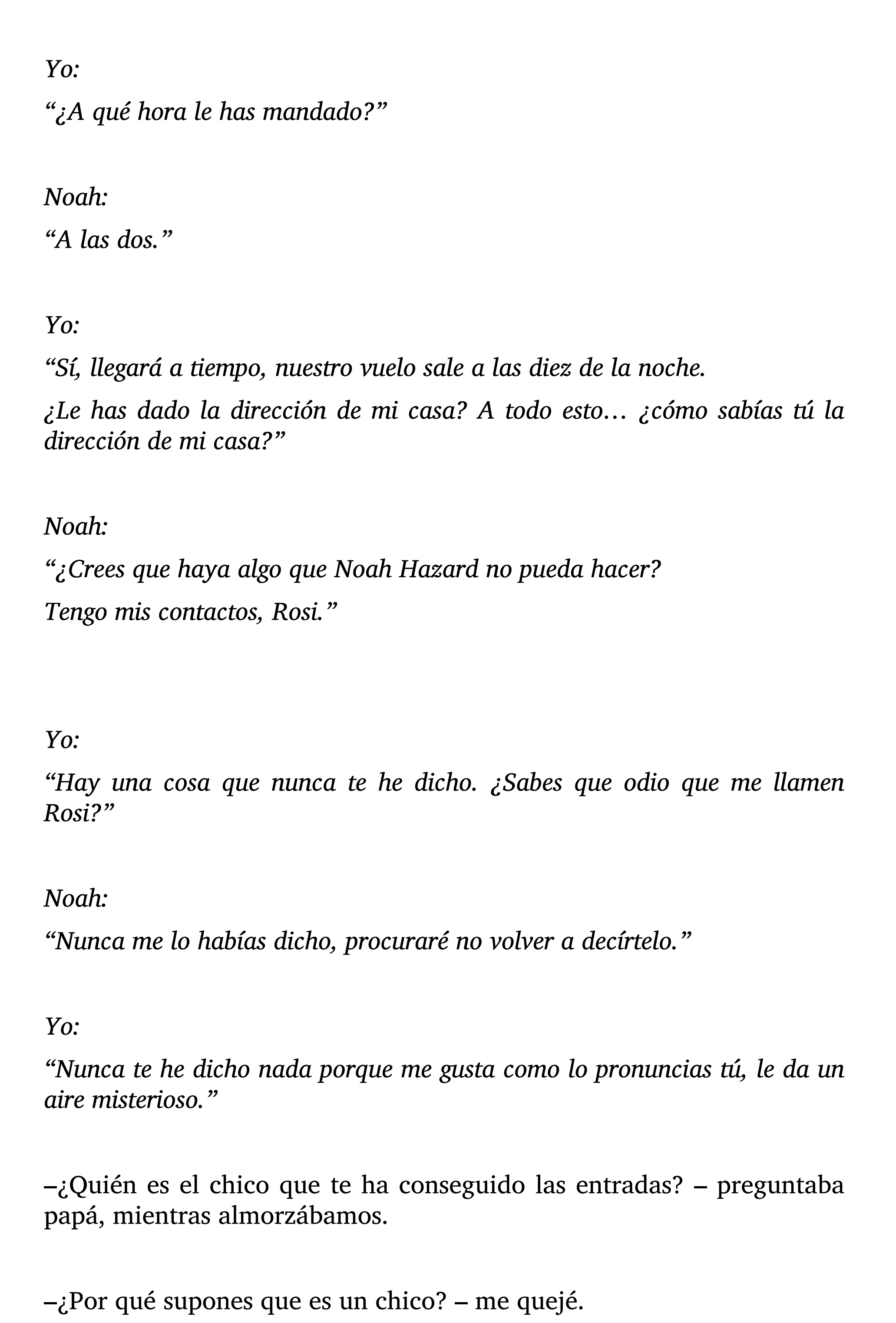
Rompí a reír, sin poder evitarlo, me encantaba que volviésemos a estar así. Si tan sólo no hubiese tenido esa sensación de pérdida dentro, hubiese podido estar al cien por cien con ellos.

–Anímate – me decía mi hermana, justo cuando papá imprimía los billetes. – Mañana podrás verle en persona.

–Le veré desde las gradas, como todos los demás. – Sonreí, sin muchas ganas y miré hacia el móvil pues tenía otro mensaje de él.

Noah:

“He mandado a un mensajero, tardará unas 4 horas. ¿Llegará a tiempo o lo digo que dé la vuelta?”



Yo:

“¿A qué hora le has mandado?”

Noah:

“A las dos.”

Yo:

“Sí, llegará a tiempo, nuestro vuelo sale a las diez de la noche.

¿Le has dado la dirección de mi casa? A todo esto… ¿cómo sabías tú la dirección de mi casa?”

Noah:

“¿Crees que haya algo que Noah Hazard no pueda hacer?

Tengo mis contactos, Rosi.”

Yo:

“Hay una cosa que nunca te he dicho. ¿Sabes que odio que me llamen Rosi?”

Noah:

“Nunca me lo habías dicho, procuraré no volver a decírtelo.”

Yo:

“Nunca te he dicho nada porque me gusta como lo pronuncias tú, le da un aire misterioso.”

–¿Quién es el chico que te ha conseguido las entradas? – preguntaba papá, mientras almorzábamos.

–¿Por qué supones que es un chico? – me quejé.

–Porque es obvio que solo un chico removería cielo y tierra para conseguirte esas entradas, cariño – declaró mamá. – ¿Estás saliendo con él?

–¿Qué? ¡No! – me quejé, haciéndoles sonreír. – Qué digo que no, solo somos amigos.

–Bueno y… ¿cuál es el plan? – comenzó mi hermana, intentando echarme un cable. – Vamos esta noche a Italia, mañana al partido, pero … ¿cuándo nos volvemos?

–Eso, decidme cuándo, que tengo que llamar ahora a Alfredo para que … me va a matar….

–Te adora – aseguraba mamá. – Te considera como una hija.

–Sí, pero a ver – intervenía papá. – Que el padre de esta criatura soy yo – rompí a reír, no podía evitarlo.



Capítulo 35:

CANSARSE DE REMAR.

(Noah)

Estaba de los nervios después de saber que ella estaría entre el público disfrutando de mi próximo partido. Quería dar un espectáculo incluso mejor del que normalmente daba. Hacer que se sintiese orgullosa, que supiese lo que se perdía si no estaba conmigo. Quizás lo hacía por eso, para demostrarle que era un buen partido, a pesar de que ella no era de las que se dejaban impresionar con facilidad.

Además de eso, creo que la había recuperado de alguna forma: amistad.

Después de esa estúpida idea de mandarle las entradas a su casa, agarrándome a esa estúpida promesa que le hice antes de que todo hubiese terminado. Pensé que ella iba a pasar de mí, pero me encantó que me llamase su hermana y me pidiese más entradas con la promesa de que asistiría si las conseguía. Y joder, me resultó especialmente difícil, pero … estaba dispuesto a todo con tal de volver a verla.

Eso había creado una nueva oportunidad entre nosotros y me aterraba, joder. Traté de mostrarme frío en cada uno de los mensajes que me escribió ese día, pero fingir que ella no me interesaba se me daba de puta pena.

Me escribía todo el tiempo, mostrándome cada lugar de la ciudad que visitaba, junto a su familia. Lucía feliz.

Llegados a ese punto, creo que todo mi esfuerzo había valido la pena sólo para llegar a ese momento y hacerla sonreír. Lo haría todo de la manera en que lo había hecho sólo para llegar a ese resultado, aunque eso significase tenerla fuera de mi vida.

Justo estaba en la habitación de hotel deshaciendo la maleta cuando recibí un mensaje suyo. Era un vídeo, con la canción de Bruno Mars Just The Way You are, traducida. Sonreí, y más aún después de lo que escribió después.

Rosi:

“Escuché esta canción cuando entramos en una tienda y me acordé de ti. Creo que solías verme de esa forma en el balneario.”

Yo:

“No solo en el balneario, sigo pensando que eres preciosa incluso ahora y no solo por fuera.

Tienes razón esta canción es justo tu canción, justo como yo te veo, ¿sabes?”

Rosi:

“¿No hay posibilidad de que recibas alguna visita antes del partido?”

Yo:

“No.”

Tragué saliva, porque una parte de mí quería explicarle la razón de mi negativa, pero el puto miedo a volver a sufrir no me dejaba hacerlo.

Ni siquiera quería pensar en la conversación que tuve con Pablo sobre ella. Había terminado y ni siquiera quería aclararlo. Porque ella ni siquiera intentó volver a ponerse en contacto conmigo, ¿por qué tenía que seguir aferrándome a ella de esa manera tan incondicional? Estaba cansado, joder.

Rosi:

“Lo pillo. No volveré a insistir, lo siento.”



(Rosaura)

Miré hacia el cielo nublado, sintiendo la brisa moviendo mis cabellos mientras mamá y papá se hacían fotos junto a la Fontana de Trevi, y mi hermana cogía una moneda para tirarla a la fuente y pedir un deseo.

Apreté el teléfono en la mano sin querer pensar en lo injusta que era mi vida. Amistad. Eso era lo único que podía tener de él.

Volví a echar un vistazo a ese lugar en el que los enamorados suelen pedir los deseos. Y pensé en Carmen.

“¿Por qué me guiaste hasta él para luego hacerme sufrir así?” – me senté en un banco de piedra tras echar un leve vistazo a lo feliz que parecía mi familia en aquel lugar. Sonreí y dejé caer la cabeza hacia atrás. Estaba tan cansada de seguir remando…

Cerré los ojos y di una bocanada de aire al recordar su último mensaje. Había sido tan seco y tan tajante.

¿Por qué había insistido en que fuese a verle al partido si iba a ser así?

“Nadie dijo que fuese fácil” – dijo la preciosa voz de Carmen en mi cabeza, haciendo que recordase ese puzle de mil piezas que armábamos en el salón de casa años atrás. Sonreí, quedándome con esa imagen en la cabeza. – *“Si fuese fácil no sentirías satisfacción al haberlo terminado.”*

Era cierto. Y eso sólo me frustraba más.

Sólo quería recorrer cada hotel de aquella maldita ciudad buscándole, como una auténtica loca. Sonreí, al verme a mí misma en aquella situación.

Sin duda mi yo adolescente lo haría, pero ya no era esa chica alocada que se dejaba influenciar por su mejor amiga.

–¿Nos vamos? – dijo mi hermana, sacándome de mis pensamientos. – Tenemos que volver al hotel a arreglarnos, el partido será en un rato. – Asentí, siguiéndoles hacia el taxi tras echar una leve ojeada al cielo azul mientras alguien nos observaba alejarnos más y más.

Me quedé medio dormida de camino al hotel y soñé con esa plaza en la que acabábamos de estar. La brisa acariciaba mi rostro, pero había un olor distinto en el ambiente, como a azahar. Justo el champú que solía usar para lavar el cabello de mi hija. Giré la cabeza y la vi allí con una gran sonrisa en el rostro.

–A veces es difícil – dijo, mirando hacia la fuente mientras ambas nos sentábamos en el banco de piedra. – Por mucho que intente ponerle en tu camino, si tú no luchas por él, no servirá de nada. – La observé atónita, porque estaba respondiendo a la pregunta que le había hecho antes. – Tienes que dejar de pensar que no lo mereces, porque tú en el fondo sabes lo que sientes. Lo que realmente te da miedo es que él te deje como hizo papá… Pero no puedes tirar la toalla cada vez que tengas miedo, tienes que enfrentarte a él y quedarte al lado de Noah, aferrarte a la posibilidad de ser feliz.

–Ya es demasiado tarde – contesté, sin emitir sonido alguno, pero ella me escuchó. Sonrió.

–Nunca se es demasiado tarde si estás dispuesta a luchar por ello. Pero esta vez… de verdad, sin miedo y sin peros.

–¿Lo pondrás en mi camino de nuevo? – ella se encogió de hombros, parecía que no había escuchado mi pregunta, así que me dispuse a pronunciarla de nuevo. Pero antes de haberlo hecho, desperté. Estábamos frente al hotel y mi hermana me zarandeaba, porque teníamos que bajarnos.

Noah tenía razón: ver el partido en el campo era infinitamente mejor que verlo en la televisión. El sentimiento de la gente, los gritos de victoria, ver a los jugadores tan cera a apenas unos metros de ti.

Por supuesto papá se sentó a mi lado, pues quería disfrutar de aquel momento junto a su hija favorita. Yo no sabía si podría disfrutarlo al cien por cien, no cuando sabía que nunca volvería a verle.

Él estadio entero irrumpió en aplausos, tan pronto como los jugadores del Real Madrid inundaron el campo. Había una enorme pantalla para que pudiésemos apreciar el partido mejor, a pesar de que nuestros asientos eran buenos. Pero a mí no me hizo falta eso para reconocerle. Estaba guapísimo con ese porte, esa mirada, esos labios… todo lo que pudo haber sido mío pero que dejé escapar, como una idiota.

Me cargué la entrada de tanto estirarla entre mis manos, histérica al saber que esa sería la última vez en que le vería como si fuese un mero espectador más. No podía dejar de pensar en cada momento que pasé a su lado, en el balneario cuando me pidió que nos acostásemos, cuando me dijo que quería que siguiésemos en contacto, ese día en la playa, cuando me recogió el pañuelo, nuestra cita posterior, o cuando corríamos bajo la lluvia, nuestros besos, el baile en la discoteca, cuando nos bañamos desnudos en la playa, mi viaje a Madrid a la convención, cuando perdí el avión y me quedé en su casa, a Rey, cada una de las veces que hicimos el amor, cuando lo hicimos sin condón por primera vez, los encuentros que hubo después de eso…

–Nena – me llamó papá preocupado, haciendo que volviese a la realidad y me diese cuenta de que lloraba como una idiota. – ¿Qué pasa?, ¿es uno de esos ataques de ansiedad? – negué con la cabeza, sin saber qué decir, sintiendo como mis lágrimas seguían cayendo.

–No puedo – fue lo único que pude decir mientras papá me miraba sin comprender. Volví a prestar atención al partido fijándome de nuevo en Hazart que estaba haciendo uno de sus famosos juegos de pies. Sonreí, rompiendo a llorar incluso más fuerte.

–Nena – me llamó, pero no podía escucharle. Tan sólo podía pensar en él de nuevo: en sus besos, nuestras bromas, los momentos en su casa, la forma en la que él cuidaba de mí, y … la forma en la que todo terminó. – Voy a llamar a tu madre, no sé si me va a escuchar con todo este escándalo.

Me puse en pie, al darme cuenta de algo de lo que ni siquiera me había dado cuenta, algo que mi hija había tratado de decirme en ese extraño sueño de camino al hotel. Varias personas se quejaron de que no les dejaba ver y papá me obligó a volver a sentarme.

–Mira – señaló hacia el partido, intentando hacerme sentir mejor. – Hazard está dando un buen espectáculo hoy. Céntrate en él y olvídate del pánico. – Agarró mi mano, entrelazándola con las suya y yo miré hacia ese punto, recordando que una vez fue la del propio Hazard la que estuvo de esa manera. – Estoy aquí, cariño. Siempre te he dejado espacio para que hagas tu vida, pero quiero que sepas que …

–Le quiero – dije en voz alta, sorprendiéndome a mí misma de confesarlo en voz alta de nuevo. Ya no quería seguir ocultándolo más. Me daba igual el miedo o el mundo entero. – Estoy enamorada de él, papá. – Sonrió, limpiando mis lágrimas para hacerme sentir mejor.

–Tráele un día a casa – pidió como si tal cosa, sorprendiéndome. – Debo agradecerle que nos haya conseguido las entradas.

–Papá, pero tú no lo entiendes… – mi voz quedó ahogada entre los gritos del estadio. Hazard acababa de meter el primer gol del partido.

–Hazard lo ha vuelto a hacer – sonreí, mirando hacia él, que se quitaba la camiseta y corría por el campo sin ella. Volvió a colocársela en cuanto le llamaron la atención. Sonrió con chulería y guiñó un ojo hacia el público.

Era como si acabase de quitarme un peso de encima después de confesar abiertamente mis sentimientos. Y después de ese momento, pude disfrutar del partido como un fanático más.

Sonreí, uniéndome al grito del gentío: *“Hazard, Hazard, Hazard”*

Una lluvia suave empezó a caer sobre el campo mojando a la multitud. Gracias a dios nosotros estábamos bajo el techo y nos resguardamos. Pero papá insistió en que nos colocásemos el chubasquero que nos vendieron antes.

Con la tormenta el partido se volvió más difícil. Los jugadores corrían de un lado a otro con los cabellos mojados y las ropas se les pegaban al cuerpo.

Las cosas sucedieron demasiado rápido, sus ojos se empañaron, limpió el agua de estos y cuando volvió a levantar la cabeza, se chocó contra el tipo que llevaba el balón, que estaba tan concentrado que ni siquiera lo vio. Noah cayó al suelo sujetándose la cara con las manos con un dolor importante.

–¡Cielo Santo! – Escuché a papá mientras yo me ponía en pie altamente preocupada.

La cámara enfocó a su jugador estrella que parecía haberse hecho daño en la nariz y la sangre salía de ella.

–Seguro que está bien – aseguraba papá, al verme tan preocupada. – Sólo ha sido un golpe en la nariz, como mucho se la habrá roto.

Los paramédicos llegaron hasta él e intentaron sacarlo del campo, pero él era demasiado cabezota. Se taponó la nariz y dejó que le limpiasen la sangre antes de volver al campo.

–¿Ves? Está bien.

–Voy a dejar de ver los partidos – me quejé. Me miró extrañado, justo cuando me sentaba junto a él. – Cada vez que veo un partido tiene un accidente. – Papá rompió a reír, divertido.

–Ahora vas a tener tú la culpa de lo que le suceda a los jugadores.

El partido fue un exitazo, 6-1.

El público estaba entusiasmado, porque Hazard metió cuatro goles de 6. El resto fueron obra del resto de sus compañeros. La clave de este juego se basa en un buen trabajo en equipo.

Estaba feliz, no podía evitarlo.

El estadio entero irrumpió en aplausos y gritos, justo cuando los jugadores se marchaban. Los acomodadores nos hicieron señas para que fuésemos desalojando el estadio, pero mi padre me detuvo antes de que hubiese si quiera pensando en hacerles caso.

–Tenemos pases vips ¿no? – se percató en el pasillo. – Eso quiere decir que podemos ir a hacernos una foto con los jugadores. – sonreí porque sin darme cuenta él me había hecho el mejor regalo del mundo.

Mi hermana se quedó fuera, porque era la única que no tenía pase vips. En realidad, era la entrada de papá, pero ella le hizo el favor, porque él estaba ilusionadísimo con la sola idea de hacerse una foto con Hazard. Yo, por mi parte, recompuse la entrada como pude. Sólo estaba un poco rajada por la mitad, esperaba que aún valiese.

–No sabía que fueses tan fan – le dije cuando esperábamos la cola para entrar en la sala vip.

–Es uno de los mejores jugadores del mundo, nena. Por supuesto que tengo que admirarlo. ¿Sabes sobre los muchos de sus logros? Dona todos los años la mitad de lo que gana a una asociación que lucha contra el cáncer. – Eso me sorprendió porque no lo sabía. – Perdió a su padre hace unos años y fue duro para él, incluso perdió el camino un tiempo, pero desde que ha vuelto siento que vuelve a ser el de siempre. – Parecía que había algunas cosas que aún no sabía sobre Noah y sorprendentemente quería saber más. – Es un buen hombre. Uno de esos hombres inalcanzables. Escuché que estuvo prometido, hubo una noticia al respecto, pero él desmintió los rumores, asegurando que sólo era una amiga. Creo que la mujer que logre ganar su corazón será una mujer afortunada.

–¿Tú crees? – asintió.

–Al igual que el hombre que logre ganar el corazón de mi hija.



Capítulo 36:

FRENTE A LOS DEMÁS.

(Rosaura)

Atravesamos la multitud, llegando a la estancia. El tipo de seguridad me miró de reojo cuando le entregué la entrada medio rota, yo tan sólo me encogí de hombros. Mamá estaba entusiasmada, se hizo fotos a diestro y siniestro con algunos jugadores, consiguiendo una camiseta firmada por uno de ellos, incluso consiguió que uno le firmase una teta, mientras papá rompía a reír sin escandalizarse ni un poco.

Yo evité su mirada todo el tiempo. Me fijé en que al mismo tiempo que firmaba autógrafos y se hacía fotografías con los fans, sonreía cada vez que veía a mi familia disfrutar.

–Es Hazard – gritaba mi padre, tirando de mi mano, sin darme cuartel. – Vamos, que se ha quedado libre, hagámonos una foto con él.

Tragué saliva en cuanto estuve frente al susodicho que estaba incluso más guapo que de costumbre. La ropa de la equipación y el sudor le daban un aire seductor que me gustaba mucho.

Nuestras miradas se cruzaron y ambos sonreímos como dos idiotas. Aceptó hacerse una foto con mis padres, firmó camisetas y se mordió el labio algo nervioso en un par de ocasiones.

–Ahora tú – me obligó papá. Noah me agarró de la cintura haciéndome estremecer con su cercanía y me acercó a él para que mi padre pudiese hacernos la foto.

–Estás temblando – se percató mientras yo tragaba saliva, histérica. – ¿Estás bien? – quiso saber, mientras papá comprobaba si las fotografías habían salido bien y la gente que había detrás en la cola se empezaban a impacientar.

–Tenéis que salir ya – nos dijo uno de los chicos de seguridad.

–Isabel, vamos – rogó papá hacia su mujer mientras yo miraba hacia Noah una vez más. Era mi última oportunidad para demostrarle que quería estar con él.

–¿Cómo tienes la nariz? Nos has preocupado a todos ahí fuera – sonrió haciéndome feliz. Era increíble que tuviésemos esa conexión incluso en ese momento. – Parece que ya estás mejor.

–¿Y cómo estás tú? – quiso saber.

–Estoy bien – mi padre me agarró de la mano, indicándome que teníamos que irnos. – Noah – le llamé sorprendiendo a mi padre que no había esperado que supiese su nombre. Me mordí el labio, nerviosa, susurrando algo para que sólo él pudiese escucharlo. – No pienso rendirme – me di la vuelta para seguir a mis padres hacia la salida. Casi había abandonado la sala cuando sentí su agarre en mi muñeca haciendo que todos los ojos se pusiesen en nosotros.

¡Oh Cielos! Mi corazón latía a toda velocidad y ya no sabía si era por el miedo a que el mundo entero se enterase de lo que había entre nosotros o si era por su mera cercanía.

–¿No piensas o no quieres? – preguntó en voz alta, haciendo que la gente no entendiese nada. Lo cierto que en aquel momento me daba igual ser descubierta frente a todas aquellas personas.

–Ni pienso ni quiero – contesté, sorprendiéndole. Una sonrisa se fue formando poco a poco en su rostro y eso fue lo último que vi antes de que soltase mi mano y fuésemos conducidos a la salida por el chico de seguridad.

–¿Se puede saber qué demonios ha sido eso? – preguntó mamá cuando salimos del estadio. Me encogí de hombros, divertida.

–Me apetecía llamar su atención, ya sabes… un hombre tan guapo. Que me firmase una teta no me parecía suficiente provocación – papá rompió a reír, sin poder evitarlo, mientras mamá me miraba con cara de pocos amigos.

Mi teléfono comenzó a sonar de camino al hotel. Tardé un rato en contestar porque no podía encontrar el maldito teléfono en el interior de mi bolso.

–Hola – contesté al descolgar el teléfono.

–Demuéstrame que estás interesada – pidió, sin tan siquiera saludar. Sonreí, mientras papá y mamá me observaban. Al mismo tiempo, Pedro le contaba a su madre lo sucedido en la sala vip y esta se quedaba a cuadros.

–¿Dónde? – pregunté. Sonrió. Sabía que iba a proponer ese lugar incluso antes de que lo dijese.

–En la Fontana de Trevi – sonreí.

–¿Cuándo?

–¿Qué tal en dos horas? Aún tengo que ducharme y ponerme presentable.

–Puedes venir así. El uniforme te da un aire seductor que me gusta mucho.

–No pienso llevar gorra, ni nada, ¿te parece bien?

–Me parece perfecto.

Mis padres no dijeron nada en todo el camino, me veían tan decidida que parecía irreal. Me puse el único vestido que había traído y miré hacia mi familia, con una gran sonrisa.

–Vamos a hacer un poco de turismo – me miraron sorprendidos de que quisiese ir con ellos. – Quiero ir a la Fontana de Trevi.

–Pero si acabamos de estar allí – se quejaba Pedro.

–Sí, pero no he podido echar mi moneda con mi deseo a la fuente.

Volvimos a enfrascarnos en aquella aventura, sin rechistar. Papá no hablaba mucho, estaba intentando adivinar que mosca me había

picado y repasaba cada detalle que pudiese habérsele pasado por alto. Mi hermana no dejaba de preguntarme al respecto, mientras yo me encogía de hombros, sin soltar prenda.

Lo cierto es que quería demostrarme algo a mí misma.

El taxi nos dejó lo más cerca posible. Caminamos por la calle, metiéndonos entre la multitud. Había más gente que antes y entendimos la razón en seguida: Hazart estaba allí en el centro de la plaza rodeado por algunos fans con los que se hacía fotografías. Lucía despreocupado y guapísimo. Vestía una camiseta gris, unos pantalones verdes y una chaqueta del mismo tono.

Nos detuvimos a una distancia más que prudencial, junto a toda aquella gente.

Papá me agarró de la mano en cuanto di el primer paso hacia él.

–Te perderás si te metes entre toda esa multitud.

–Tranquilo. No voy a perderme – me solté y empecé a caminar hacia él.

Me mordí el labio, divertida, bajando la cabeza un momento, mientras él hacía justo lo mismo, como si ya me hubiese visto. Cuando volví a levantarla no tenía dudas de que era lo que quería hacer.

Me abrí paso entre la gente mientras él dejaba de firmar autógrafos y empezaba a caminar en mi dirección. La multitud le abrió paso, sin entender hacia dónde iba hasta que nos detuvimos el uno frente al otro.

–¿Qué está pasando? – Preguntó mamá sin entender la situación.

–¿No querías saber quién nos había conseguido las entradas? – intervino Su, haciendo que papá y mamá la mirasen con ojos como platos. – Fue él – señaló hacia Hazart.

–Pensé que no ibas a atreverte – sonreí, divertida. – ¿Ya no te da miedo que la gente se entere de esto? Tus padres… – levantó la vista para observarlos al fondo. Papá acababa de entender algo después de recordar lo que aconteció en el partido. Su sonrisa se dibujó en su rostro al comprender lo que Susana estaba si quiera proponiendo. – ¿Por qué?

–¿Por qué no? – Rocé mi mano con la suya, fingiendo casualidad. –Quizás esté cansada de tirar la toalla antes de haber empezado. Alguien me dijo una vez que hay que luchar por lo que uno quiere, aunque sea complicado. – sonrió y me atreví a volver a rozar nuestros dedos, pero en aquella ocasión él no me dejó escapar y se aferró a ellos.

–¿Qué quieres, Rosi?

–Te quiero a ti – eso fue suficiente para hacer que se diese cuenta de que yo seguía sintiendo lo mismo. Tiró de mi mano, acercándome un poco más, mientras la gente nos hacía fotografías.

–¿Me quieres? – asentí. – Pero ¿es un *"I want You"* en plan quiero poseerte o un *"I Love You"* de estoy enamorada? – Rompí a reír mientras la gente a nuestro alrededor seguía atenta a nuestros movimientos.

–¿Cómo se dice en alemán? – quise saber. Sonrió, divertido.

–¿Vas a decírmelo en alemán? – una sonora carcajada salió de sus labios haciendo que sus fanáticos empezasen a entender el tipo de relación que había entre nosotros. – Anda ven – me agarró de la cintura con su mano libre y me acercó más. Sé que mis padres, a la vez que la mayoría de personas de aquella plaza estaban expectantes.

Tenerle tan cerca volvió a disparar mi corazón de esa forma loca en la que solía hacerlo. Levanté la cabeza y acorté la distancia que había entre nuestros labios. Nos fundimos en un beso apasionado que hizo que la multitud se volviese loca y empezase a gritar entre fotografías y aplausos.

Rompimos a reír después de eso.

–Me parece que ya no podremos seguir manteniendo esta relación en secreto – bromeó, rompí a reír de nuevo, sin poder dejar de mirarle. Me encantaba lo que me hacía sentir. Estaba completamente enamorada de él y no entendía en qué momento había sucedido,

porque ni siquiera me había dado cuenta. La culpa de todo aquello la tenía Carmen.

–Mantener una relación suela bien.

–Voy a tener que buscar a ese esposo tuyo para obligarte a que te dé el divorcio – me colgué de su cuello y volví a besarle. – Aunque según lo que me dijo, eso ya está en trámite, ¿no?

–¿Has hablado con él? – me sorprendieron sus palabras. Asintió – ¿Qué te dijo?

–Me acusó de falta de profesionalidad. No se debe mezclar el trabajo con los problemas personales. Sé que lo decía por haberlo despedido, pero no podía seguir permitiendo que el hombre que me había robado a la chica de la que estaba enamorado siguiese trabajando conmigo.

–La chica de la que estabas enamorado – repetí. Porque me encantaba como sonaba eso, aunque estaba un poco preocupada de que hablase sobre ello en pasado.

–No pasó nada entre vosotros. También me dijo eso – sonreí. Al darme cuenta de que él lo sabía. Ni siquiera quería pensar en la razón por la que no me había buscado, quizás se sentía dolido porque yo no lo hubiese hecho primero.

–No quiero que volvamos a pelear nunca. Pensé que no volvería a verte… – sonrió, volviendo a besarme antes de acariciar mi nariz con la suya.

–¿Te gustó, ver un partido en directo?

–Lo cierto es que no lo he disfrutado tanto como me gustaría – se preocupó al respecto. – No podía dejar de pensar en cada momento contigo, en lo mucho que iba a echarte de menos y … No quería perderte, Noah.

–Voy a tener que regalarte otras entradas para que puedas disfrutar, entonces, ¿no? – rompí a reír. – ¿Damos un paseo? – preguntó para luego volverse hacia sus fanáticos. – Vamos a irnos a dar un paseo, chicos.

–¿Es tu nueva conquista? – Preguntó la voz de un chico haciéndose escuchar entre el gentío. – ¿Qué pasó con Vanesa Gómez?

–Vanesa y yo sólo somos amigos – confesó.

–¿Y ella también es una amiga? – Preguntó otro.

–No. Ella es mi novia – me mordí el labio, histérica. Aún no sabía de qué forma iba a afectar todo aquello a nuestros futuros. Pero sinceramente, en aquel momento me daba igual. – Luego os haré un directo en redes, pero ahora necesito ir a dar un paseo con ella. Acabamos de reconciliarnos. – Sus fans eran un encanto. Sonrieron después de que él les confesase algo así y le abrieron el paso para dejar que nos marchásemos. Eché una leve mirada a mi familia y sonreí hacia ellos. Papá asintió, en señal de que para él estaba bien que me fuese de aquella forma. Me agarró de la mano y juntos abandonamos el lugar. – *"Ich liebe dich"* Así se dice te quiero en alemán.

–Ich Liebe Dich – repetí, como si estuviese familiarizándome con esas palabras. Asintió. Sin saber qué lo estaba diciendo en serio. Le amaba, y eso no iba a cambiar.

Mientras caminaba por aquellas abarrotadas calles no me preocupaba el mundo que nos rodeaba, tan nosotros como unidad. No necesitaba más que nuestras miradas cómplices, las bromas, las risas y nuestros besos.

Noah Hazart estaba cambiando mi mundo para poder tenerle a mi lado, y no estaba ni un poquito asustada.

Siempre quise ser recordaba por mis logros, pero … conquistar el corazón de Noah Hazard también era uno de ellos, ¿no?

FIN.



EPÍLOGO.

La luz del día brillaba con un tono especial, los cantos de los pájaros se escuchaban aquí y allá, las mariposas revoloteaban con su peculiar aleteo, los patos de un lugar a otro corrían pues a todos querían saludar, los ciervos bebían agua en la fuente, y los pavos reales desplegaban sus plumas para a todos mostrar.

En aquel jardín celestial, con cantos gregorianos de fondo, la armonía prevalecía sin igual. Y en la puerta de aquel bello lugar, sentado en un hermoso banco de piedra caliza, un hombre singular se encontraba, con un impoluto traje blanco y un bastón del mismo color. Parecía estar esperando algo, o a alguien, pues no hacía más que mirar hacia el horizonte, hacia el largo pasillo sin fin que había frente a él.

Poco a poco, de la más simple nada, un extraño humo blanco rodeó la escena, era tan espeso, que apenas podía verse a través de él. Los cantos de hace un momento se habían detenido, ya ni siquiera podía escucharse el agua que caía al estanque, el chapotear de algunos patos curiosos o el canto de los pájaros. Y el más pleno silencio inundó aquel lugar.

Se puso en pie en seguida, pues una figura fue apareciendo frente a él, atravesando aquella extraña niebla, haciéndose cada vez más nítida. Era una niña, no tendría más de 12 años.

–Te estaba esperando, querida – dijo el hombre, con una voz muy calmada, como si no tuviese prisa por hablar.

–¿Qué es este lugar? – preguntó la niña, mirando a su alrededor, observando como la niebla seguía acechándola.

–¡Oh! Disculpa – añadía aquel extraño, levantando una mano en alto, chasqueando los dedos después, haciendo que todo aquel humo desapareciese sin más – Así está mucho mejor.

La niña observó entonces su alrededor, maravillada por el bonito lugar en el que se encontraban. Una enorme escalinata de piedra caliza, que subía las escaleras hacia la entrada de aquel bonito jardín.

Pero el paisaje no era lo único que había cambiado con el chasquido del hombre, pues cuando esa niña volvió a mirarle, se percató de que vestía de forma distinta, un traje azul cielo se podía ver esta vez.

–¿Estoy en el cielo? – quiso saber la muchacha. El hombre tan sólo sonrió.

–Seguro que yo la sabes, el lugar en el que estamos – dijo como respuesta – pero no podemos quedarnos aquí, tenemos que entrar al jardín.

–¿Usted es dios? – volvió a preguntar la niña, haciendo reír a su compañero, justo cuando subían las escaleras de piedra.

–Claro que no – contestó, entrando al jardín, por aquellos largos pasillos con hermosas rosas a los lados y setos más allá.

–Entonces… ¿quién es? – se atrevió a decir la muchacha.

–Eso es algo que estás a punto de descubrir – contestó, sin más, saludando entonces al jardinero, vestido con un hermoso traje blanco, dando forma a un seto – sígueme por aquí, Carmen – la llamó, introduciéndose a través de una cortina de yedra, que caía en pendiente entre dos árboles. La niña lo hizo, observando aquel bonito lugar, lleno de vegetación, luces, muy extenso, tanto, que ni siquiera podía verse el final.

En el centro había un árbol muy antiguo, ancho y de raíces milenarias, similar a un sauce, con hojas afiladas y verdosas, con cierto brillo en sus hojas, algo casi mágico. Y bajo él, un enorme lago lo bordeaba.

Carmen y aquel extraño hombre se acercaron al árbol y justo entonces, pudieron ver que había alguien allí, justo detrás, observando sus aguas, preocupado.

–Harold – lo llamó, haciendo que se percatase de que tenía visita – no te esperaba. Pensé que ya habíamos hablado de ello, no puedes frecuentar este lugar cada vez que te sientas perdido, tienes que seguir adelante.

–Es que él está sin control – aseguraba el hombre, preocupado, percatándose entonces de que no venía solo. – ¡Oh, lo siento, no sabía que estabas ocupado!

–No te preocupes – le calmó – Carmen ha venido a descargar sus preocupaciones en las aguas – aseguró, haciéndole una señal a la joven, para que se acercase.

La joven se colocó frente al árbol, observando su majestuosidad, aquellas ramas largas y deformes, dejando caer una manta de hojas delicadas, era precioso.

Una pequeña hoja cayó de una de las ramas, se meció con la brisa, aquí y allá, hasta que calló sobre la superficie del agua, mostrándole a la muchacha su preocupación…

"En una solitaria playa, junto a sus familiares más queridos, una mujer esparcía las cenizas de su fallecida hija al mar, con lágrimas en los ojos, derrotada por haberla perdido, por no volver a ver a su pequeña, a la luz de sus ojos."

–¡Oh! – Exclamó Harold, junto a aquella muchacha, tras ver lo que el árbol les había mostrado. – ¿Quién es ella? – quiso saber, muy intrigado.

–Es mi madre – contestó la niña, haciendo tan feliz a aquel hombre, que parecía irreal. Miró entonces al extraño ser que los observaba, pretendiendo no saber nada de lo que ocurría, cuando lo cierto es que lo hacía, sabía mucho más.

–Hay una cosa que quiero mostrarte – dijo Harold, sonriendo hacia la pequeña, acercándose a ella, agarrando su mano sin previo aviso, haciendo que otra hoja se soltase de la rama, meciéndose de nuevo – mira – señaló hacia el lago, justo cuando la hoja cayó sobre la superficie, mostrando una nueva imagen.

"La mujer de antes, se encontraba paseando por la ciudad, una extensa calle de piedra, con miles de miradas sobre ella, cuchicheos y fotografías que algunos sacaban con el móvil. Pero no estaba sola, había alguien junto a ella, agarrando su mano, con fuerza, sonriéndole de vez en cuando, al mirarla con amor."

La niña sonrió, porque ese era su gran anhelo, conseguir que su madre fuese feliz, que dejase atrás todo el dolor, y realmente conociese a alguien que hiciese aquello posible.

–Esto es lo que podría suceder – añadió Harold, haciendo que la muchacha le mirase, agradecida de que se lo hubiese mostrado – tan sólo debemos asegurarnos de hacerlo posible.

–Por supuesto que sucederá – aseguró el extraño del traje azul cielo, con una gran sonrisa – ya está en marcha.

Carmen lo comprendió entonces, la razón por la que estaba allí, el haber muerto de esa forma tan prematura. Y justo como siempre pensó, su muerte tenía un propósito, Dios la había elegido por una razón, y ella era su madre, conseguir que conociese al hombre que estaba destinado para ella.

Porque a veces las cosas deben suceder justo como están escritas, y eso era algo por lo que estaba dispuesta a sacrificarse.

En aquel momento, comprendió quién era aquel hombre, ya no necesitaba preguntar por su nombre, porque sabía perfectamente quién era…

El Destino.



CAPÍTULO EXTRA:

Graciela acababa de llegar a casa, estaba agotada después de una larga mañana de consultas, sin parar. Se dio una ducha, y salió justo a tiempo, pues el timbre de la puerta sonó, indicándole que su cita ya estaba allí.

Abrió la puerta, despreocupada, observando a aquel hombre que la volvía loca. Era el hombre con el que más tiempo estaba aguantando, y eso era todo un logro. Quizás se debía al hecho de que Ulises estaba incluso más loco que ella.

–Ponte la tele un rato, me pongo algo y nos vamos – él asintió, dejando que ella se fuese a la habitación y puso la tele, justo estaban echando un programa del corazón.

La presentadora dejó de hablar sobre el segundo embarazo de Shakira con aquel famoso jugador de fútbol, cambiando de tercio completamente.

"Y otro de los jugadores que también se ha fijado en una rubia despampanante es Hazard, que el pasado fin de semana, después del partidazo que nos ofreció en Italia, salió a pasear por las calles de Roma, junto a la que parece que es su actual pareja. No ha querido hacer declaraciones al respecto, pero tenemos fotos en primicia, sobre aquel encuentro."

Las fotos comenzaron a aparecer en pantalla, haciendo que a Ulises le faltase el aliento.

–¡Graciela! – la llamó, asustándola. Salió al salón, con el cabello medio seco, mirándole, molesta. – ¿Esa no es tu amiga? La que te trajiste a Barcelona esa vez.

Mi amiga levantó la vista, fijándose en el titular de la noticia, y luego en la foto, quedándose en shock, sin poder dar crédito a lo que veían sus ojos.

–¡Qué hija de puta! – exclamó, agarrando el teléfono del bolso, sin tan siquiera escuchar los comentarios de Ulises, marcando mi número de teléfono.

Por supuesto, tardé en contestar, porque estaba haciendo el amor junto a un chico maravilloso, el hombre al que amaba, en aquella

habitación de hotel, en Roma. Había decidido tomarme unas vacaciones adelantadas, mi jefe iba a matarme, pero necesitaba tiempo para pasar junto a aquel que me volvía loca. Él, hizo justo lo mismo, a sabiendas de que le caería una buena bronca por parte de su hermano. Éramos dos rebeldes.

El teléfono seguía sonando, pero yo seguía sobre aquel hombre, besándole apasionadamente, hasta que él me detuvo, quejándose del ruido.

–Cógelo, puede ser importante – asentí, sentándome en la cama, poniéndome en pie, con tan sólo su camiseta del equipo, ante su atenta mirada.

–Vuelvo en seguida – prometí, agarrando el teléfono de la mesilla de noche, más que dispuesta a descolgarlo – te quiero.

–¿Qué has dicho? – tiró de mi mano, haciéndome pegar un grito, divertida, incluso me olvidé del teléfono. Sujetó mis cabellos detrás de mis orejas, y se quedó allí, observándome. Sonreí.

–Voy a contestar y vuelvo en seguida – prometí. Sonrió, feliz, contagiándome su buen humor – te haré el amor en cuanto vuelva – se lanzó sobre mis labios, entonces, besándome apasionadamente.

Salí de la cama en cuanto me fue posible, volviendo a ponerme en pie, descolgando el teléfono que no dejaba de sonar, quién fuese estaba insistiendo mucho en contactar conmigo.

–¿El chico misterioso era Hazard? – preguntó la voz de mi mejor amiga, al otro lado. Sonreí, como una idiota. – ¡Por el amor de Dios, Rosaura! ¿Cómo no me has dicho nada antes? Pedazo de hombre que te has agenciado.

–¿Ya te has enterado? – contesté, quejándose al otro lado. Sonreí, mirando de reojo hacia mi hombre, que me observaba con interés – me encantaría seguir teniendo esta conversación tan interesante contigo, pero … tengo a un pedazo de hombre esperándome en la cama, no sé si me entiendes.

–Tiene que ser un auténtico animal en la cama, ¿no? Cuéntame

detalles.

–Tengo que colgarte – colgué, sin tan siquiera soltar prenda, para luego marcharme a la cama, donde ese hombre me esperaba.

Entre arrumacos, besos y risas, termina esta historia.